BIBLIOTECA CLÁSICA.

Biblioteca Pública de Teruel

Sala .....

Estante .....

Signatura P 9 - 143

FA 5682

CENT[illegible]DE LECTURA

R-E-2957

CIVILIZADORES Y CONQUISTADORES

BIBLIOTECA PUBLICA TERUEL

A- 3156

FA-5682

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO LIV

CIVILIZADORES Y CONQUISTADORES

POR

A. DE LAMARTINE

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS POR

M. JUDERÍAS BENDER

TOMO II

nh-7.001
R-2456

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1910

MADRID.— Imp. de los Suc. de Hernando, Quintana, 33.

BIBLIOTECA PÚBLICA TERUEL

CROMWELL.

I.

Ha sido hasta la hora presente sinónimo de astucia, de codicia y sed de mando, de usurpacion, de ferocidad y de tiranía el nombre de Oliver Cromwell, protector de Inglaterra, no debiendo serlo en realidad sino de fanatismo. Porque la historia, que, al modo de la Sibila, revela sus arcanos al tiempo lentamente, no habia explicado hasta los momentos actuales el enigma oscuro y vago del carácter y de los actos del hombre misterioso por excelencia, y de aquí que lo imaginara la generalidad gran político, no siendo sino gran sectario; falta esta en que cayeron historiadores de tanta sagacidad y de tan profunda penetracion como Hume, Lingard, Bossuet y Voltaire, y que ántes debe de atribuirse á la época en que vivieron que no á ellos mismos. Pues como los verdaderos documentos no habian sido exhumados todavía, el retrato de Cromwell que conocieron era el que pintaron sus enemigos, los cuales ultrajaron su memoria del propio modo que la restauracion de Cárlos II su cadáver;

que ya fueran católicos ó protestantes, realistas de las dos ramas, whigs ó tories, todos estaban igualmente interesados en desfigurar la imágen verdadera del protector republicano.

Pero las usurpaciones del error son pasajeras, y eterno el imperio de la verdad, cuya luz esclarece ya por completo la figura de Oliver Cromwell, hasta aquí oscurecida y como velada en las sombras de la historia.

II.

Uno de esos eruditos laboriosos que son á la historia lo que á los monumentos del arte antiguo los arqueólogos activos y sabios, llamado Tomás Carlyle, escritor escocés, en quien se reunia el entusiasmo exaltado y la paciencia pertinaz, mal avenido con los retratos convencionales y apénas bosquejados de Cromwell que hasta entónces habian hecho los historiadores, determinó de no dar tregua ni descanso á su actividad hasta descubrir y restablecer la imágen del verdadero personaje tal cual habia sido en realidad. La muchedumbre de contradicciones en que así los historiadores nacionales como los extranjeros incurrian al trazar el retrato de Cromwell, dando por resultado el tipo de un tirano fantástico, hipócrita de melodrama, igualmente absurdo en ambos casos, persuadieron á Carlyle de que, bajo la figura inverosímil y contradictoria consigo misma que producian, y cuyos hechos no podian ser resultado natural, consecuencia lógica de los móviles supuestos en él, debia de hallarse latente otro individuo, el verdadero Cromwell, de todo punto diverso del Cromwell imaginario. Y de-

jándose llevar del instinto de la lógica y de la verdad, inspirador y guía de los mayores descubrimientos literarios, ganoso de lanzarse presto y sólo á su empresa, y animado tambien del espíritu de secta, comenzó á exhumar y compulsar todas las correspondencias que atesoraban los archivos públicos y privados, y en las cuales, sin pensarlo, se autobiografió Cromwell completamente, cual si lo hiciera para la posteridad, comprendiendo su vida entera, lo mismo la privada que la pública, la oscura y de familia que la política y la militar. Cuando hubo reunido Carlyle estos inestimables tesoros de verdad y de revelacion, se recogió durante algunos años á una solitaria casa de campo, contrayéndose al estudio y desarrollo de su trabajo, hasta que despues de haber acumulado, clasificado, analizado, comentado y reproducido las extensas cartas de su héroe, y de haber extraido de ellas como de una tumba sellada el espíritu del hombre y de su siglo, lo puso todo delante de los ojos de la Europa, diciendo con más razon que Juan Jacobo Rousseau: «Tomad, y leed; hé aquí el verdadero Cromwell!» A nuestra vez vamos á intentar escribir la vida del dictador, asentando por base los nuevos é incontestables documentos aducidos por Carlyle.

III.

Cromwell, á quien la mayor parte de los historiadores, haciendo coro á los libelistas de su época, suponen hijo de un cortador de carne ó de un cervecero, era oriundo de familia noble, ilustrada con los primeros títulos de Inglaterra; como que un hermano de su tatarabuelo fué Tomás, creado conde

de Essex por el rey Enrique VIII, y que, despues de haber sido de los más afanosos y entusiastas usurpadores de los bienes de la Iglesia romana y de los monasterios al establecimiento del protestantismo, á consecuencia de una veleidosa ferocidad de aquel tirano, murió en cadalso.

Shakspeare puso proféticamente á este Tomás Cromwell en la escena en una de sus tragedias, haciendo que le digera el cardenal Wolsey, camino del suplicio á que condenó al prelado la inconstancia de Enrique VIII: «¡Cromwell! ¡Cromwell! ¡ten cuenta con la ambicion! si yo hubiera puesto al servicio de Dios la mitad del celo que puse al de mi Rey, no me hallaria en este trance, abatido y ensangrentado en poder de mis enemigos!»

IV.

Este mismo Cromwell, conde de Essex, cuando fué primer ministro de Enrique VIII, empleó á uno de sus sobrinos llamado Ricardo en la persecucion de los católicos, y lo enriqueció con los despojos y robos de las iglesias y de los conventos. Ricardo fué bisabuelo del protector Oliver Cromwell.

Su abuelo, conocido en su provincia bajo el nombre del *Caballero dorado*, aludiendo á las riquezas de que su familia se apoderó la época del saqueo de los bienes de la Iglesia, se llamaba Enrique Cromwell, y residia en el condado de Lincoln, en la granja de Hinschinbrook, otro tiempo Monasterio de religiosas, trasformado por Cromwell en morada señoril. Su hijo mayor casó con una jóven de la familia de Estuardo, establecida en la comarca y llamada Isabel, la cual fué tia de Oliver Cromwell,

matador de Cárlos I, y por tal manera parecia el destino complacerse mezclando en las mismas venas la sangre de la víctima y la del verdugo.

V.

Al pasar por el condado de Lincoln el rey Jacobo I de Escocia cuando fué á posesionarse del trono de Inglaterra, se alojó en la residencia de los Cromwell á causa de su deudo con Isabel Estuardo, tia del futuro protector. El cual, por haber nacido en 1599, tenía cuatro años á la sazon, y pudo recordar más adelante, siendo huésped del palacio de los Estuardos en White-Hall, haber visto en su hogar y en su mesa, obsequiado de los suyos, al príncipe augusto cuyo hijo sería destronado y decapitado por él.

No conservó mucho tiempo la riqueza y el bienestar la familia de Cromwell, porque Ricardo, el primogénito, malvendió la residencia señoril de Hinschinbrook y se trasladó á una granja que poseia en las lagunas de Huntingdon, miéntras su hermano menor, Roberto, padre del futuro soberano de Inglaterra, educaba pobremente su numerosa familia en otra finca vecina, situada orillas del Ouse, comarca miserable, triste y pantanosa, con el cielo nebuloso siempre, la vegetacion raquítica, desierta casi de habitantes, y salvajes casi, en fuerza de ser toscos y agrestes, los pocos que poblaban las ruines cabañas que alcanzaba la vista esparcidas en distintas direcciones. En este lugar, que más parecia formado para reconcentrar y entristecer el carácter de sus moradores, creció y se desarrolló Cromwell; y como los horizontes y paisajes que per-

cibimos se reflejan, por decirlo así, en nuestras almas, de ahí que los grandes fanáticos hayan salido generalmente de comarcas ingratas y tristes: Mahoma, de los abrasados arenales de Arabia; Lutero, de las heladas montañas de la baja Alemania; Calvino, de las monótonas é inanimadas llanuras de la Picardía; Cromwell, de los pantanos del Ouse: que así es el hombre como el lugar que habita, y el alma espejo ántes de ser foco luminoso.

VI.

Oliver Cromwell, cuya biografía nos proponemos escribir, era el quinto hijo de Roberto, que murió jóven aún. Cursó en la Universidad de Cambridge, ciudad vecina de su casa, y en la cual hizo sus estudios liberales, restituyéndose al lado de su familia cuando frisaba en los diez y ocho años, con motivo del fallecimiento de su padre, para servir de apoyo á su madre y á sus seis hermanas, á quienes amó tiernamente, gobernando con prematuro buen juicio la casa y hacienda paterna. A los veintiuno tomó por mujer á Isabel Bourchier, jóven y hermosa doncella, de no escaso caudal para una provincia, y cuyos retratos revelan bajo el casto y tranquilo aspecto de las hijas del Norte, un alma contemplativa y penetrada de piedad y entusiasmo, siendo este amor el primero y único de Oliver Cromwell.

El cual se estableció con su jóven esposa en la casa paterna, en compañía de su madre y hermanas, viviendo allí diez años en las delicias de íntima y amorosa unión, atendiendo al cuidado de su hacienda, no nada pingüe, á las ocupaciones rura-

les propias del labrador, y á los pensamientos religiosos de reforma que agitaban entónces hasta producir arrebatos de locura la Escocia, la Inglaterra y la Europa.

Su familia, sus amigos, sus vecinos y los de la comarca en que vivia, todos eran fanáticos partidarios de la nueva causa del protestantismo y del puritanismo, cuya legalidad ponian en duda los restos de la Iglesia vencida, prontos á revivir áun en Inglaterra; y como Hampden, el famoso patriota que debia tomar la iniciativa de la revolucion, negándose legalmente á pagar un impuesto de veinte schellines á la Corona, era primo del jóven Cromwell y puritano como él, esta tribu, por decirlo así, revolucionaria en religion y en política, debia de animarse y exaltarse mútuamente, comunicándose sus pensamientos en la soledad concentrada en que vivia. Y, en efecto, así fué, subiendo tanto de punto la pasion religiosa, propia de aquella época, y sublimándose de tal modo en la naturaleza tétrica y ardiente del jóven Cromwell, que á las veces hasta su inteligencia se resentia por efecto de ella, y temia condenarse, y no ser todo lo escrupuloso y devoto que debiera, tolerando, vg , ciertos símbolos católicos, entre otros la cruz en el remate de los edificios y los ornamentos religiosos que dejaba subsistir aún en la iglesia de Huntingdon el reciente protestantismo. Sentíase amenazado á cada hora de la muerte, y lo espantaba la idea de los juicios inescrutables de Dios, de tal manera que Warwick, contemporáneo suyo, refiere que cuando le sobrecogia un acceso de melancolía mística enviaba buscar sin más tardanza, fuera ó no de noche, al médico del pueblo vecino, y departia con él acerca de sus escrúpulos y terrores religiosos.

Asistia siempre á las pláticas y sermones de los ministros puritanos ambulantes que acertaban á pasar por Huntingdon y aprovechaban su estancia en la poblacion enardeciendo las pasiones y los odios; buscaba la soledad, meditaba mucho en órden á los textos sagrados orillas del rio que pasaba por su hacienda; y como la enfermedad característica de la época, la interpretacion de la Biblia, que habia invadido todas las imaginaciones piadosas de aquel tiempo, labraba la suya de una manera dolorosa, ponia el mayor cuidado en sus propias inspiraciones acerca del alcance religioso y político de los textos sagrados, y aceptaba, de igual modo que sus correligionarios en puritanismo, esta manera singularísima de revelacion individual y perpétua tratándose de la inteligencia del libro infalible y divino, cuyo sentido empero no tenía facultades ni autoridad para explicar sino el mismo espíritu de Dios obrando en cada persona separadamente. Así, pues, el puritanismo de Cromwell consistia en la obediencia ciega y absoluta en todo á las Santas Escrituras, y en la libertad más completa tratándose de su interpretacion; dogma contradictorio ciertamente, pero seductor, porque si de una parte impone la obligacion de creer en la divinidad de un libro, de otra deja en libertad la imaginacion de cada uno para definir el sentido del libro impuesto.

VII.

Y como de la fe incondicional en las propias internas y constantes inspiraciones del sectario á las alucinaciones y al don profético de cada uno sólo habia un paso, los puritanos fervorosos y Cromwell

mismo eran con insistencia extraordinaria y simultáneamente inspiradores é inspirados, profetas y seides todo junto. Una religion tal, que tenía tantos pontífices como adeptos, y tantas definiciones como pontífices, habia de ser por necesidad la religion de las imaginaciones calenturientas, y el fanatismo la medida de su devocion. Así sucedia, en efecto, y Cromwell, uno de sus mayores parciales, verdadero tipo del puritano, pasaba la vida embriagándose con estas imaginaciones, concentradas en la soledad y exaltadas dentro de sí por efecto de su juventud y de la energía y del aislamiento de sus ideas.

Ni podia tampoco ser de otra manera, supuesto su fanatismo religioso y el género de vida que hacía, sin más distracciones que las del hogar, la lectura de la Biblia, el cultivo de su hacienda y la multiplicacion y venta de sus ganados. El mismo iba, como hacen los labradores entendidos, á comprar de feria en feria los rebaños para cebarlos en sus prados y revenderlos despues, y sin duda porque su comercio tomara más incremento vendió en dos mil guineas parte de la herencia paterna, y adquirió con ellas una finca muy abundante en agua y renombrada por la excelencia de sus pastos, cerca del lugar de Saint-Ives, á pocas millas de Huntingdon, estableciéndose con su familia, numerosa ya, en la granja llamada *Sleep-Hall*, que vale del Sueño en nuestra lengua, rodeada de sauces y asentada orillas de las tierras en que apacentaba sus ganados. Tenía entónces treinta y seis años; y repasando su correspondencia de aquella época no hallamos en toda ella sino repetidos testimonios de afecto á los suyos, de su felicidad doméstica, de las satisfacciones que le proporcionaban sus hijos, de sus quehaceres campestres y de la solicitud de

su alma en bien de los misioneros puritanos, cuyas predicaciones propagaba, y cuyo celo y proselitismo excitaba caritativamente por medio de colectas entre sus convecinos. Pero la vida ejemplar que hacía, la inmejorable administracion de su casa, su fama de agrónomo peritísimo, su intervencion inteligente y asidua en los asuntos generales de la provincia, concluyeron por conquistarle la popularidad local necesaria y la estimacion y confianza del pueblo de tal modo que todos sus convecinos se concertaron para designarlo por su procurador para representar y defender de la manera debida los intereses de la comarca tan quebrantados, y las opiniones que ya prevalecian en los consejos deliberantes de la patria. Cromwell, que conocia mejor que otro alguno su falta de aptitudes parlamentarias, y cuyas ambiciones no habian salido de las lindes de su hacienda, no solicitó los sufragios de los electores de Huntingdon y de Saint-Ives; pero los intereses de la religion, que constituian su política, pesaron más en su ánimo que toda otra consideracion contraria, y se creyó en el deber sagrado de aceptarlos, siendo elegido el 17 de Marzo de 1627 representante de su provincia en la Cámara baja, y comenzando su vida pública precisamente con las tempestades parlamentarias de la Gran Bretaña que debian dar por resultado el naufragio de la monarquía, la muerte del rey legítimo en cadalso y el encumbramiento de un rústico labriego al ejercicio de mayor autoridad que la destruida por el estrago de la revolucion.

Para comprender mejor á Cromwell y darse cuenta más exacta del destino que le reservaba la suerte, conviene que nos fijemos un espacio en el estado de Inglaterra el momento histórico aquel en

que hizo su entrada en la escena política, desconocido y silencioso, el futuro protector de su patria.

VIII.

El Calígula británico, á quien llama la historia Enrique VIII, cambió la religion de su reino en un acceso de cólera contra Roma, realizando el acto más arbitrario y desaforado de soberanía que haya podido ejecutar la voluntad de un hombre sobre un pueblo, al imponer su capricho por ley de la conciencia de sus vasallos y someter sus almas á la potestad civil de la realeza. Repudiado el añoso catolicismo por el príncipe, fué puesto á la vergüenza y arrojados sus despojos á la codicia de los grandes y del pueblo, desplomándose y dispersándose con sus dogmas, entónces, jerarquía, clero, frailes, monasterios, propiedades, feudos, templos y riquezas, y tornándose la fe católica crímen de Estado, y su sólo nombre piedra de escándalo y sentencia de sus fieles; que fué tan rápida y terrible la apostasía nacional como los efectos del rayo, desapareciendo instantáneamente la nacion católica bajo la nacion anglicana. Empero Enrique VIII y sus consejeros se propusieron conservar de la religion antigua del Estado cuanto tenía de favorable al príncipe, de útil al clero y de grandioso á los ojos del pueblo, es decir, el principio de autoridad personificado en el Monarca, el cual, á virtud de su doble soberanía espiritual y temporal, lo impondria más fácilmente á las almas y á los cuerpos; la jerarquía, los honores y riquezas para la conveniencia de los obispos, y, por último, la liturgia y el esplendor de las ceremonias al pueblo. Por lo demas, Inglaterra cons-

tituyó su propia Iglesia en un terreno político equidistante de Roma y de Lutero; rebelde al catolicismo que imitaba combatiéndolo, y sometida en realidad á Lutero, á quien impugnaba y restringia, teniendo con su secta grande semejanza, sin embargo; establecimiento civil ántes que religioso, que daba más cuerpo que alma y más apariencias que realidad á la devocion oficial del pueblo.

El cual, no obstante, orgulloso de haber sacudido el yugo de Roma, y en odio á la supremacía de la Iglesia derrocada que dominó y poseyó tanto tiempo las islas Británicas, y al *papismo*, palabra que resumia en su concepto las supersticiones y servidumbres todas impuestas por el extranjero, se afilió fácil y prontamente á la nueva secta, viendo en ella el símbolo de su independencia, el *palladium* necesario contra Roma y la prenda preciada de su nacionalidad. De aquí que los soberanos sucesores del rey Enrique VIII, cualesquiera que fuesen sus creencias personales, tuvieran obligacion precisa de proteger y amparar el culto anglicano, pues la declaracion de fe católica hubiera equivalido para ellos á suscribir la renuncia del trono, toda vez que la nacion no habria fiado la guarda de su independencia civil á príncipes sometidos al poder espiritual de Roma.

IX.

Habia, sin embargo, penetrado la libertad naturalmente con la revolucion en las conciencias, y despues de haberse revelado á la voz de su príncipe contra la venerable y tradicional autoridad de la Iglesia romana hubiera sido necio y absurdo imagi-

nar que la conciencia nacional se sometiera sin oposicion á la unidad de las nuevas instituciones. Porque como los fundamentos del protestantismo se habian echado á la vista de todos, amasados con el cieno y la sangre de la tiranía, y los vicios y crímenes del rey Enrique se hallaban frescos y vivos en la memoria de los ingleses, nadie atribuia orígen divino á la nueva Iglesia, y por tanto cada conciencia quiso gozar de la plenitud de su libertad, surgiendo entónces las sectas del seno de la perturbacion religiosa tan innumerables cual pueden serlo ciertamente las ideas del hombre abandonado á su propia razon y tan fervorosas cual las novedades místicas, que su catálogo excederia de los límites que nos hemos trazado al escribir la biografía de Cromwell. Pero la más numerosa de todas ellas era la de los puritanos, especie de jansenistas de la Reforma, secta lógica y extrema del protestantismo, formada de los radicales y republicanos de la Reforma. Los cuales, una vez entrados en la region de las creencias libres é individuales, no hallaban razon ninguna que los persuadiese á transigir con lo que llamaban supersticiones, idolatrías, abominaciones, símbolos y ceremonias de la Iglesia romana. Para ellos nada tenía perfecta y absoluta autoridad sino la Biblia, en cuyos textos la reconocian únicamente; pero así y todo, sólo recibian su explicacion y aplicacion de lo que llamaban el *espíritu,* es decir, la inspiracion arbitraria que surgia en su propio pensamiento para elevarse al entendimiento. Y como llevaban al oráculo dentro de sí mismos, lo consultaban contínuamente, y para evocarlo con más eficacia se reunian en asambleas piadosas, formando cenáculos é iglesias, en las cuales cada fiel tomaba la palabra cuando sentia el estre-

mecimiento sagrado, y entónces las mayores naderías y las más extrañas divagaciones del orador se reputaban por discursos y sentencias de Dios mismo.

Así era la secta que desde la época del rey Enrique VIII luchaba contra la Iglesia anglicana dominante y los restos del catolicismo proscripto.

X.

Tres reinados consecutivos habian agitado las disensiones del culto: el de María, hija católica de Enrique VIII, que favoreció la vuelta de sus vasallos á su propia fe, y á quien aborrecian los puritanos, calificándola de Jezabel *papista;* el de la gran Isabel, hija tambien del mismo rey, pero protestante y nacida de otra madre, que persiguió á los católicos, inmoló á María Estuardo y prescribió penas pecuniarias y corporales, la de muerte inclusive, contra los súbditos de su imperio que no hicieran, á lo ménos una vez cada seis meses, demostracion ostensible de protestantismo; y el de Jacobo I, hijo de María Estuardo, pero educado en la Iglesia protestante por los puritanos escoceses; príncipe que ocupó el trono de Inglaterra por caducidad de la casa de Tudor á la muerte de Isabel; monarca filósofo, tolerante y benigno, que quiso condescender con los dos cultos y contemplarlos y hacer vivir en paz bajo sus leyes las sectas rivales y exaltadas con la forzosa tregua en que vivian.

XI.

Cárlos I, su hijo, que le sucedió á los veintiseis años, estaba dotado por la naturaleza, el carácter y la educacion de cuantos dones son necesarios y propios al gobierno de las naciones poderosas é ilustradas en tiempos ordinarios, pues era de rostro hermoso, de corazon bizarro, leal, elocuente, honrado y firme, ganoso del amor de su pueblo y de su gloria, incapaz de atentar á las leyes y libertades de la Constitucion, y celoso únicamente de conservar á sus sucesores por deber de conciencia, íntegra y sin menoscabo alguno, la mal definida parte de autoridad que atribuye á sus reyes la Constitucion ántes práctica que no escrita de Inglaterra.

Al ocupar el trono Cárlos I halló en el puesto de primer ministro, y lo mantuvo en él por respeto á la memoria de su padre, al duque de Buckingham, su indigno privado; el cual no tenía otros títulos para el ejercicio de su cargo que la hermosura, el porte, los modales, la insolencia y el orgullo, siendo en todo ejemplo vivo de lo que pueden hacer los caprichos de los príncipes débiles, ya que no logren ser eficaces á improvisar verdaderos hombres de Estado. Más propio para ser amante de damas linajudas que ministro, despues de haber pagado con negra ingratitud los extraordinarios favores y mercedes del padre, y de intrigar en contra suya en el Parlamento, aunque no á cara descubierta, se proponia el de Buckingham seguir reinando en nombre del hijo por costumbre. Pero, si la modestia de Cárlos le dejó algunos años todavía embrollar los negocios del Estado y agitar la Inglaterra en la me-

dida de su capricho, y avanzar y retroceder, segun quiso, al Monarca, en sus relaciones con el Parlamento, más de lo que consienten el derecho y la tradicion á estos poderes, engendrando por tal manera el espíritu de resistencia y de invasion parlamentaria en daño del espíritu de iniciativa y de prepotencia de la Corona, que (á Buckingham ya que le faltara el genio y el carácter del cardenal Richelieu pretendia remedar su absolutismo;) el puñal de un fanático vengativo (1) lo libertó al fin en Plymouth de tan peligrosa tutela.

Desde aquel dia quiso el Rey, como Luis XIV de Francia, gobernar por sí mismo sin primer ministro; pero como el infortunado Cárlos I no habia tenido por precursores de su reinado ni un Richelieu para vencer las resistencias y abatirlas, ni un Mazarino para corromperlas, y como, además, la Francia en los momentos en que Luis ocupaba el trono habia cerrado el período de sus agitaciones y guerras civiles, miéntras que Inglaterra lo iniciaba, no es lícito, pensando razonablemente, atribuir á inferioridad personal de Cárlos la serie innumerable de disturbios, desgracias y guerras que agitaron y abrumaron á su patria, porque ántes fueron producidos estos males y daños por los errores de una época de perturbaciones que no por los del Monarca.

(1) Felton, á quien habia injustamente destituido de su empleo en el ejército.

XII.

Bastaron pocos años de lucha entre Cárlos I y su Parlamento, envenenada de las facciones religiosas aún más que de las facciones políticas, para producir en Inglaterra, Escocia é Irlanda esa fermentacion que precede generalmente á las guerras civiles y á las grandes catástrofes en los Estados. Disuelto el Parlamento várias veces á causa de su espíritu rebelde, y otras tantas convocado á causa de la necesidad de subsidios, se convirtió en centro activo y popular de todos los partidos de oposicion al Monarca; y como toda la Inglaterra se puso de parte de sus oradores, apareció el Rey como enemigo comun de las sectas religiosas y libertades patrióticas, al propio tiempo que de cuantos intentaban conquistar sobre la régia prerogativa el más pequeño jiron de su púrpura. Cárlos la defendió enérgicamente, aunque sin éxito, por algun tiempo, ya con un Ministerio, ya con otro; pero el espíritu de resistencia y de contradiccion estaba tan generalizado en todas las clases sociales, que no bien se constituia un nuevo Consejo de S. M., se hacía sospechoso, quedando por tanto impotente para el bien y sin crédito en la opinion pública.

XIII.

Un ministro, sin embargo, más hábil y más atrevido que sus predecesores, llamado Tomás Wentworth, conde de Strafford, cuya elocuencia le conquistó en la oposicion merecida fama, designándolo

al propio tiempo al Rey, le consagró por completo su popularidad y su talento.

Y como pareciera el trono vacilante asegurarse un momento con la elocuencia, sabiduría y firme intrepidez de Strafford, el Parlamento acusó al ministro. El Rey, que lo amaba por extremo, no pudo defenderlo, y al cabo de largo cautiverio, amenazado Strafford de la pena capital, más por sus servicios al Monarca que por sus crímenes imaginarios á la patria, compareció ante una comision de jueces escogidos por la Cámara entre sus mayores enemigos. Todo cuanto pudo Cárlos obtener en aquella circunstancia fué la gracia de asistir al proceso de su ministro desde una tribuna cerrada con celosías, recibiendo en el corazon los golpes que la enemiga del Parlamento asestó entónces á su consejero. Nunca tampoco se armonizó mejor la palabra de un reo con la majestad de la inocencia que lo estuvo en el último discurso pronunciado por Wentworth ante sus enemigos y el Rey por quien padecia; como que Aténas y Roma no registran en sus anales nada más trágico, más patético, ni más elocuente.

XIV.

«No hallando en mi conducta, dijo Strafford á sus jueces, hecho alguno al que pudieran aplicar la palabra y el castigo reservado á los traidores, en defecto de ley se inventa no sé qué manera de evidencia *constructiva* y *acumulatoria*, en cuya virtud cada uno de nuestros actos, inocente ó laudable en sí, es eficaz á producir una traicion colectiva. Pero ¿en dónde, señores, en cuál de nuestras antiguas venerandas leyes se ha ocultado por tan largo es-

pacio esta naturaleza invisible é impalpable del crimen? Más valiera ciertamente vivir sin leyes que no imaginar siquiera que las hay, para concluir luégo en que no existen otras sino aquellas que forjan en la medida de sus pasiones el odio y el capricho de nuestros acusadores. Pues, si navegando por las aguas del Támesis chocara mi buque con un ancla, siempre que no hubiera boya que la indicara, todos tendrian esta falta en cuenta para mi abono; mas si el escollo está convenientemente indicado, mi naufragio sólo á mi torpeza ó á mi temeridad podrá ser atribuido... Pero en el caso presente, ¿cúya es la señal que indicara el peligro? ¿De qué modo pude advertir que delinquia? De ninguno. El escollo permanecia oculto bajo la tersa superficie, sin que ninguna señal me lo indicara; siendo por tanto cual si no fueran toda la pericia y toda la prudencia humanas para preservarme de la catástrofe que me amenaza.

»Va para dos síglos y medio que han sido definidas y clasificadas todas las maneras de traicion, y durante tan largo período de años soy el primero, el único, para quien se haya hecho tan extensa la definicion de este delito, cual si se quisiera envolverme y aprisionarme dentro de las sutiles mallas de una red misteriosa. ¡Milores! felizmente para nosotros, hemos vivido en el seno de la patria, y gloriosamente para el mundo fuera de ella. Démonos por satisfechos con aquello que nuestros padres nos dejaron, y que no sea la ambicion estímulo que nos lleve á desear mayor sutileza que la suya en el arte pérfido y cruel de acriminar la inocencia! Muestra evidente de prudencia y sabiduría dareis, milores, proveyendo á vuestra propia seguridad, á la de vuestros descendientes y á la del reino todo, si

arrojais al fuego esos misteriosos y sanguinarios repertorios de traiciones *constructivas*, como hicieron los primeros cristianos con los libros peligrosos, para no atender sino á la letra de la ley vigente, que os dice de una manera clara y precisa qué cosa es crímen, dónde se halla y por qué signos se conoce; que sólo así, señores, absteniéndoos del crímen, no incurrireis en su penalidad...

»¡Guardaos bien, milores, de sacar de su letargo á esos leones que ahora duermen para concitarlos en daño de todos!... Porque á todas mis amarguras y dolores presentes que me abruman y destruyen con su peso y muchedumbre, añadiriais entónces una mayor afliccion: la de que mis culpas como pecador, ya que no mi traicion como ministro, hubieran servido de pretexto á introducir tan triste precedente como el que intentais, atentatorio y funesto á las leyes y libertades de la patria!...

»Y, dicho esto, callo, milores, que harto he abusado de vuestra benevolencia; exceso—añadió, poniendo los ojos en sus hijos, tiernos niños que asistian de luto, medrosos y acongojados al proceso de su padre, llevando impreso en sus rostros infantiles el ánsia de indefinido peligro, el presentimiento de innominada desgracia y la súplica elocuente, humilde, conmovedora, irresistible de las lágrimas arrancadas á su inocencia por angustia prematura—que no habria cometido ciertamente, á no ser en bien de estas prendas queridas de mi alma, que su santa madre me dejó al subir al cielo, fiándome su amparo en la tierra y su custodia...»

Al pronunciar las palabras trascritas, Strafford se interrumpió visiblemente impresionado. Cuando se hubo repuesto, prosiguió diciendo.

«Nada es y nada vale para mí lo que pueda per-

der; pero confieso que si la extension que por la necesidad de la defensa he dado á mi discurso, lo propio que la omision ó silencio de algo que á ella conviniera, fuesen funestas á mis ya huérfanos hijos, la herida que con esto se abriria en mi corazon sería terrible. Perdonad, señores, mi flaqueza... pues teniendo aún algo que añadir lo callo, por imposibilidad física de hablar más.

»Y ahora, milores, que, merced á la Divina Providencia, comprendo y veo claramente cuánto es vana y efímera la vida y sus grandezas comparada con la eternidad, me someto humilde, completa y tranquilamente á vuestro fallo, pues ya me sea favorable ó adverso, ya me dejeis la vida ó me condeneis á muerte, descansaré siempre penetrado de gratitud y confianza en el seno del Soberano autor de mi existencia... *¡Te Deum laudamus.*»

XV.

Así habló Strafford; mas en vano; que tanta elocuencia y virtud no hallaron eco en sus oyentes, y fué condenado á muerte.

Empero la sentencia no podia ejecutarse sin estar sancionada por el Rey. Y como suscribir á ella era para Cárlos renegar de sus convicciones y de la gratitud, del afecto y de la dignidad, y negarse valia tanto como arrojar su guante al Parlamento y al pueblo, y atraer sobre la Corona las iras y los odios que la muerte del ministro alejaria, sin saber qué partido tomar, intentó miéntras cuantos medios dilatorios son imaginables para librarse de la vergüenza ó del peligro, llegando al extremo de presentarse ántes como pretendiente que como Rey al

Parlamento, y de suplicar á los jueces que alejaran de él las amarguras de aquel suplicio. Movido sin embargo de la Reina, no nada benévola nunca con Strafford, y en cuyo corazon de fina consorte y amorosa madre no habia dudar entre la muerte de su esposo y la de un ministro, Cárlos manifestó al Parlamento que si bien su conciencia y su dignidad le impedian reconocer culpado del crímen de lesa nacion á Strafford y sancionar con su muerte una calumnia inicua, como no lo estimaba inocente de ciertas irregularidades y fraudes cometidos en perjuicio del Tesoro público, si circunscribia el fallo al crímen de dilapidacion, le ratificaria, por estimarlo, en conciencia, de justicia.

XVI.

En tanto que permanecia el Parlamento inflexible, y lloraba la Reina sin consuelo, y fermentaba la nacion, Cárlos, aunque ya predispuesto á ceder, vacilaba todavía. Entónces Enriqueta de Francia, hija de Enrique IV, princesa de singular hermosura, muy querida del Rey, que ántes parecia su galan enamorado que no su dueño, se presentó al amante compañero vestida en traje de duelo, rodeada de sus tiernos hijos, y puesta de rodillas en su presencia, le rogó atribulada y con grandes súplicas que abandonase al pueblo la víctima que pedia, y que no estaba en sus manos arrancarle sin atraer sobre aquellas prendas tan amadas de su corazon la muerte que intentaba en vano apartar del condenado.

«Escoged, le dijo, entre vuestra vida, la mia y la de nuestros hijos inocentes, y la del hombre que se ha hecho tan odioso al pueblo.»

Cárlos se horrorizó con la idea de sacrificar su esposa idolatrada y sus tiernos hijos, única esperanza de la monarquía, y le contestó que si no peligrase otra vida que la suya propia, sin vacilar la ofreceria en cambio de la del conde, á quien seguia creyendo exento de culpa; pero que la idea solamente de perder á su esposa é hijos se sobreponia en su ánimo á todo, incluso al deber. No obstante, aplazó la sancion de la sentencia.

XVII.

Cediendo entónces verosímilmente Wentworth al secreto ruego de la Reina, escribió á su desgraciado señor y rey una carta para desligarlo de toda obligacion con él y aliviar su conciencia del remordimiento de su muerte, diciéndole: «Señor, no vacile más V. M. en sacrificarme á la malicia de los tiempos y á la pasion de los que ansian ver mi sangre derramada en el cadalso, pues dando por este papel mi consentimiento voluntario á la sancion de mi sentencia que se os pide, quedais ante Dios libre y exento de toda culpa. Ni tampoco en la tierra se comete injusticia ratificando una sentencia, no sólo consentida, sino pedida por quien ha de sufrirla. Y, pues, la gracia del Señor Todopoderoso me ayuda en este instante de tal modo que á cuantos han intervenido en mi proceso los perdono con tranquilidad y resignacion tan grandes y espontáneas que deleitan mi alma, llenándola de inefable placer y disponiéndola mejor á partirse de este mundo, bien puedo, señor, renunciar á la vida terrenal en el punto en que me hallo, con libertad y contenta-

miento, y ofrecerla en pago á V. M. de las mercedes que me ha dispensado estando á su servicio!»

XVIII.

Esta carta, esfuerzo sublime de la virtud triunfante de la materia, y escrita para quitar á sus propios verdugos el remordimiento de haberlo sacrificado, disipó los últimos escrúpulos del Rey, el cual, creyendo que alcanzaba la eficacia del consentimiento de la víctima para perdonar el crímen cometido con ella, y que Dios absolveria lo que remitia el sacrificado, aceptó la vida de Strafford que le ofrecian en cambio de la de sus hijos, de su mujer, de la suya, tal vez, y de la salud de la monarquía. La pasion por su mujer y sus hijos, y la esperanza de conjurar la guerra civil, de traer á mejor acuerdo el Parlamento, empeñando su gratitud con la grandeza del sacrificio que le hacía, lo cegaron. Empero, en su deseo de velar hasta cierto punto la negra ingratitud y la horrible cobardía que iba en aquel momento á poner de manifiesto á los ojos de todos, creyó lo más ocasionado no ser él mismo quien la cometiera directamente, y buscó intermediarios que lo separasen del crimen, nombrando una comision de tres individuos de su consejo, en quienes delegó la facultad de sancionar en su nombre la sentencia del Parlamento contra Strafford. Dicho se está que ratificaron la sentencia los comisarios. Hecho esto, Cárlos se cerró en su cámara, para gemir como débil mujer lo que no supo amparar como animoso y leal caballero, no queriendo ver la luz del dia triste y aciago que alumbrara el

suplicio de su servidor inocente, creyendo acaso que si lo pasaba en las tinieblas, orando por el alma del ajusticiado, vertiendo copioso llanto, y olvidado de todos y olvidando, no le sería contado en el cielo ni en la tierra; quimérica idea, en verdad, porque aquella luz que no acertó él á ver inundó los horizontes para dar testimonio á Dios y á la historia de la cruenta iniquidad del Rey, de la pusilánime traicion del amigo y de la sublime grandeza de la víctima.

XIX.

—«Pequé,—decia el Rey, escribiendo á su mujer algunos años despues, y acusándose de haber cedido á firmar movido de su ternura de padre y de esposo;—pequé,—añadia,—contra mi conciencia, y ella me advirtió, sobrecogiéndome el corazon cuando suscribia tan baja y criminal flaqueza.

—Dios quiera,—exclamó el prelado consejero eclesiástico suyo, viéndole arrojar la pluma despues de firmar el nombramiento de los comisarios;—¡Dios quiera que V. M. no sienta nunca el estrago que ha de hacer en su conciencia esa rúbrica!

—Strafford es más feliz que yo,—contestó el príncipe, poniéndose las manos delante de los ojos;—¡decidle que si no se tratara del reino, habria ofrecido mi vida por la suya!»

El enemigo personal y encarnizado de Strafford, el feroz Pym, aquel demagogo inglés que proferia en el Parlamento fingidas amenazas, y alimentaba los bárbaros instintos del populacho arrojando á su voracidad víctimas inocentes, cosas ambas que contribuian al acrecentamiento de su fama, se felicitaba

en alta voz, como de la más señalada victoria, de la cobardía de Cárlos; infamia tan insigne que nunca pudo esperarla más conducente á sus fines políticos.

—«¡El Rey,—decia,—nos dá la cabeza de Strafford! ¡Está visto que ya no es capaz de negarnos ni áun la suya que le pidamos!»

XX.

Todavía esperaba Cárlos que, satisfecha la Cámara de los Comunes con la humillacion impuesta y aceptada por él y su respeto al fallo pronunciado por sus individuos, no exigiria la efusion de sangre, y que conmutaria la pena de su amigo. Pero no conocia el Rey á los partidos, más implacables que los mayores tiranos, pues no tienen corazon sino pasiones, y que como los sistemas carecen de sensibilidad, sus secuaces votan unánimes, temiendo los unos de los otros, aquello mismo que, separados y aisladamente, repugnarian pensar siquiera, porque agrupados, formando colectividad, dejan de ser hombres para constituir un elemento. Para conmover, pues, al elemento tan poderoso de la Cámara de los Comunes empleó Cárlos el medio que más podia lisonjear el orgullo y excitar la sensibilidad de los tribunos del pueblo, escribiéndoles una carta patética en la cual iban por iguales partes lágrimas y palabras, y enviándosela, para imprimirle carácter irresistible, por medio del príncipe de Gales, su hijo, niño aún, en quien la edad, la inocencia y la hermosura conspiraban de consuno para que nada negasen los súbditos requeridos en

aquella forma por el más ilustre y sin ventura de los pretendientes.

Abria el Rey de par en par su alma en esta carta á los representantes del pueblo; mostrábales las heridas de su corazon; declaraba las angustias que hubo de sufrir ántes de inmolar su honor de soberano y sus afectos de amigo á la voluntad de sus vasallos; exaltaba la grandeza del sacrificio hecho al Parlamento, y concluia pidiendo en pago de tanta muestra de abnegacion de su parte, que no fuera Strafford al cadalso, conmutándosele la pena por la inmediata. Despues de firmar Cárlos este papel, y como si temiera el fracaso de la súplica, escribió un *post-scriptum* pidiendo que, á lo ménos, si no deferian los diputados á su ruego tan encarecido, quedara en suspenso la ejecucion de Strafford hasta el sábado siguiente, para dar tiempo al reo de prepararse á morir.

XXI.

En vano fueron la súplica del padre y la intervencion del niño, pues los tribunos del Parlamento, por no ceder en nada, ni una hora más de vida consintieron al reo; que su popularidad exigia de su ambicion ser inexorables y prontos, para manejar mejor al pueblo é imponerlo con fuerza más incontrastable al Rey. La hermosa condesa de Carlisle, Cleopatra inglesa, de quien Strafford fué amante preferido la época de su grandeza, puso en juego esfuerzos generosos de seduccion para salvar la vida de aquel en cuyo amor cifró su orgullo poco hacía; pero fracasó en la empresa. Sin embargo, como si por ley fatal de su destino debiera Strafford

verse abandonado juntamente del amor y de la amistad, la versátil Condesa, más apasionada del poder y el valimiento que de la persona de sus adoradores, hizo á otro dueño de su hermosura, pasando sin tardanza de los brazos de Strafford á los de Pym, como despojo de la monarquía conquistado por la revolucion, y tornándose dama del verdugo despues de haberlo sido de la víctima. Pym, dice la historia inglesa, era un ambicioso que representaba papeles de fanático: *Homo ex luto et argilla epicurea factus*, segun la enérgica frase de Haket, esto es, un hombre amasado con cieno é inspirado de concupiscencia, tal cual los hallamos en toda ocasion, así en los partidos populares como en los monárquicos, serviles aduladores de sus pasiones al extremo de hacerles hasta el sacrificio de su conciencia para mejor gozar de su privanza, y de ofrecerles, si así les place, sacrificios humanos y espectáculos de sangre.

XXII.

Aun cuando Strafford se hallaba preparado á todo desde que supo la conducta que observaban con él Cárlos y la de Carlisle, el rey á quien sirvió tan fiel y la dama á quien amó tan rendidamente, al recibir la noticia de que S. M. habia ratificado por medio de los comisarios el *bill* de su sentencia, la naturaleza pudo más en él que la resignacion, y dando un suspiro y levantando atónito las manos, exclamó: «*Nolite fidere principibus et filiis hominum, quia non est salus in illis!* No pongas tu confianza en los príncipes y en los hijos de los hombres, porque no está en ellos la esperanza de salud.»

Pidió que lo dejaran á solas un momento con Laud, arzobispo de Lóndres, como él prisionero en la Torre por idéntico motivo. Laud era un prelado de mucha santidad y superior á su siglo; pero aquella entrevista que habria reconfortado el ánimo de los dos servidores del Rey, les fué negada.

—«Está bien,—contestó Strafford al gobernador de la Torre;—pero decid al ménos al Arzobispo que deseo verlo al pasar mañana por delante de su reja, para decirle adios ántes de morir.»

XXIII.

El dia siguiente, como instaran todos á Strafford para que pidiera ir en carruaje al cadalso, temerosos de que anticipándose la saña popular al verdugo diera muerte al que Pym y los oradores del Parlamento habian mostrado á su ignorancia por enemigo de la paz pública y de la libertad,

—«No,—contestó él,—sé mirar al pueblo y á la muerte cara á cara, y llegado este trance, así es igual para mí acabar á manos del populacho como á manos del verdugo!»

Al pasar cerca de la ventana del calabozo de Laud, que recibia luz del patio, se acordó Strafford de la cita, y levantó los ojos, no viendo sino las manos trémulas y descarnadas del Prelado que salian por entre los barrotes de la reja con ademan de bendecir al reo. Strafford entónces se arrodilló, é inclinando la frente,

—«¡Dadme vuestra bendicion,—dijo,—y rezad por mí!...»

Lo cual oido del venerable anciano, sin fuerzas para soportar la emocion que le produjo la súplica

de su antiguo amigo, se desmayó en brazos de sus carceleros al bendecirlo.

—«¡Dios proteja vuestra inocencia, padre mio!»—añadió Strafford; y poniéndose en pié marchó con paso firme, á pesar de su dolencia y de la postracion de sus fuerzas, al frente de los soldados, que más parecian seguirlo que custodiarlo.

XXIV.

Segun la humanitaria costumbre de Inglaterra y Roma, que consiente al reo, cualquiera que sea, ir al suplicio acompañado de sus deudos y amigos para exhortarlo y consolarlo en el momento supremo, Strafford iba con su hermano al lado.

—«¿Por qué lloras así?—le dijo.—¿Acaso ves algo en mi vida ó en mi muerte que sea motivo de sonrojo para tí? ¿Acaso tiemblo como criminal, ó hago alardes impropios de cristiano? Imagina para tu tranquilidad que asistes á mi tercer casamiento y que me sirves de padrino. Ese tajo—prosiguió, mostrándole aquel en que debia posar el cuello para ser decapitado—me servirá de almohada, y está cierto de que cuando en ella duerma, será mi sueño tranquilo.»

XXV.

Cuando subió á la plataforma con su hermano y amigos, se arrodilló un espacio como para saludar el ara de su sacrificio; y levantándose á seguida, y poniendo los ojos en la muchedumbre innumerable y silenciosa que cubria la colina y la torre de Lón-

dres llamada del Cadalso, con la misma voz vibrante y grave que otro tiempo habló en la Cámara de los Comunes, teatro de su majestuosa elocuencia, dijo:

—«¡Pueblo congregado aquí para verme morir, escucha! Deseo todas las prosperidades y grandezas que Dios pueda otorgar á los que viven la vida del mundo á mi patria tan amada! En vida hice siempre cuanto estuvo de mi parte para labrar la felicidad del pueblo inglés; al morir, sólo tengo el anhelo de verla realizada y completa desde la eternidad. Empero suplico á todos cuantos se hallan presentes, y á cada uno en particular, que, á solas con su conciencia y la mano puesta en el corazon, se pregunten, despues que yo haya cesado de vivir, si entienden que la primera página de reformas saludables debe aparecer escrita con sangre... ¡Reflexionad esto bien...! Y ahora, nada más digo, sino que no permita el cielo que mi sangre caiga sobre vuestras cabezas, y que temo mucho por vuestro porvenir y el de la patria viéndoos empeñados en el camino de perdicion!»

XXVI.

Hecho este advertimiento á su patria desde lo alto del cadalso, Strafford se arrodilló de nuevo y meditó y oró por espacio de quince minutos con muestras de humilde y fervorosa devocion, durante los cuales el fanatismo revolucionario no pareció impacientarse con la tardanza del espectáculo de sangre que habia venido á presenciar. Mas como Strafford entendiera un vago rumor que se hizo al fin en la multitud, levantándose y dirigiéndose á los que le rodeaban, les dijo de esta manera:

—«Casi es ya como si hubiese acabado de vivir. Sólo un instante me separa de la eternidad, quedando yo muerto para el mundo, viuda mi esposa, huérfanos mis desgraciados hijos, y sin amo mis buenos servidores. ¡Dios sea con ellos y con vosotros! Gracias al auxilio interior que me presta el Todopoderoso,—añadió despojándose por sí mismo del jubon y recogiéndose los cabellos para que nada pudiese amortiguar el golpe,—hago esto con tanta tranquilidad de ánimo como si lo hiciera para entregarme al sueño!»

Llamó entónces al verdugo, lo perdonó, puso sin ayuda de nadie su cuello en el tajo, no sin dirigir al cielo una suprema súplica, y rodó ensangrentada su cabeza por el tablado.

—«¡Dios salve al Rey!»—gritó el verdugo, recogiendo del suelo la cabeza de Strafford, asida de los cabellos, y levantándola en alto para que todos la vieran.

En aquel punto, el pueblo, que habia permanecido silencioso y acaso compasivo, exaltado con la vista de la sangre, rompió en gritos de alegría y de venganza, produciendo un tumulto de voces incoherentes que daba testimonio del frenesí de los tiempos; y no cabiendo en sí de gozo al ver muerto ignominiosamente á su más ilustre conciudadano, corrió como insensato, dando alaridos por las calles y mandando que todo el vecindario de Lóndres iluminara las fachadas de sus casas en celebracion del suceso.

XXVII.

Durante tan cruento sacrificio permaneció el Rey cerrado en su Cámara, pidiendo perdon á Dios de la sangre derramada por su debilidad. El eclesiástico que acompañó á Strafford al cadalso, fué la única persona recibida por S. M. aquel dia para darle cuenta de los últimos momentos de su ministro.

«Nada es comparable, dijo el eclesiástico á Cárlos, con la majestad y grandeza de la muerte de Strafford. Muchos he visto morir; pero nunca subió al cielo desde la plataforma de un cadalso alma tan pura como la suya.»

Lo cual oido de Cárlos volvió la cabeza para llorar. Sólo entónces comprendió con claridad que se habia herido del mismo golpe que dejó descargar sobre su leal servidor, y que la muerte del amigo no era sino el sangriento aprendizaje que hacía la revolucion para ejercitar la mano y ser más certera cuando llegase su vez al Rey; sintiendo, al darse cuenta de la inutilidad del sacrificio consumado para salvar su propia vida y la paz del reino, irremediable y tardío arrepentimiento, y experimentando en su alma conturbada profundo y acerbo dolor. Y como su conciencia era recta, no trataba de calmar siquiera con sofismas los remordimientos que lo asaltaban por la flaqueza cometida, y áun ménos de justificarse, sino al contrario, juzgándose tan severamente como habria de hacerlo la posteridad. Pero, al humillarse por consecuencia de su falta, reconociéndola y declarándola sin reticencias, juró que seria la última tambien de aquella índole que cometeria en lo sucesivo, y que nunca más transigiria con la iniquidad de sus enemigos,

fortificando y robusteciendo el propósito en que ya estaba de luchar y vencer ó morir por su derecho, por el derecho de la Corona y por el derecho del último de sus vasallos en la intensidad de su propio acerbo arrepentimiento.

XXVIII.

No vió, en efecto, la Cámara otra cosa en la muerte de Strafford sino un triunfo señalado sobre la régia prerogativa y el corazon de Cárlos; reproduciéndose á seguida por consiguiente los conflictos entre la Corona y el Parlamento, bajo diversos pretextos y exigencias. En vano acudió el Rey á la Cámara en busca de ministros, pues no halló en ella hombres de verdadera fidelidad al modo de Strafford, sino sospechosos ó enemigos implacables, y áun éstos cuando los llamaba para entregarles el gobierno se negaban á recibirlo, en razon á que habia subido tanto de punto y era tan irreconciliable y universal el espíritu de hostilidad á la Corona en Inglaterra, que los individuos populares del Parlamento se consideraban más fuertes en el ejercicio de su mandato y siendo jefes de fracciones políticas que no ministros de un príncipe sospechoso y condenado en la opinion pública. Por lo que hace al bando puritano en la Cámara, observaba en aquella circunstancia con Cárlos I la misma conducta que despues adoptó el de los Girondinos en 1791 con Luis XVI, retrayéndose y alejándose del Monarca, en perpétua guerra con el Ministerio y rehusando formar en él, para tener derecho á combatir el poder que se le ofrecia, ó aceptándolo para ser traidores al Soberano y entregarlo por adulacion al pueblo y por complicidad á los republicanos

Tal era el estado de las cosas y la situacion respectiva del Parlamento y del Rey durante los primeros años que perteneció Cromwell á la Cámara de los Comunes.

XXIX.

Pero ni las luchas parlamentarias interesaban á Cromwell, ni las agitaciones únicamente políticas, no siendo por naturaleza sino sectario religioso, importándole ménos el triunfo de los puritanos sobre la Corona que sobre las Iglesias de Roma y de Inglaterra, en cuyo favor se suponia interesado al Monarca. Ni podia ménos de ser así, conspirando en él juntamente para desviarlo de las discusiones su fanatismo religioso y su relativa indiferencia política, su criterio estrecho, si bien exacto, su elocucion tarda, monótona y difusa, sus ambiciones limitadas al triunfo de sus correligionarios, aunque sin aspirar, por su parte, á nada personal, excepto la salud de su alma y el servicio de su causa. En efecto, mudo permaneció durante legislaturas enteras en su escaño de la Cámara popular, significándose únicamente á los ojos de todos por su abnegacion sin límites y su menosprecio del aura popular, y por el fervor de su celo en preservar y amparar la libertad de conciencia de sus correligionarios.

XXX.

Pero si las dotes de su ingenio no eran ocasionadas á llamar la atencion de una Cámara que se habia familiarizado con los arranques tan elocuentes de Strafford y de Pym, nada tampoco en su exte-

rior lo recomendaba, siendo los rasgos de su fisonomía vulgares por extremo; como que participaba del labriego, del soldado y del cura de aldea, viéndose confundidos en ella detalles de socarron, de animoso y de sectario ferviente, sin que ninguno se acentuara de tal modo que pudiera servir de indicio al espíritu más sagaz para presentir en él vocacion determinada ni predisposicion probable, y ménos aún condiciones de orador ó de caudillo. De mediana estatura, con el busto corpulento, de traza vigorosa, el andar inseguro y pesado, ancha y combada la frente, azules los ojos, grande la nariz é incorrecta, más hácia la izquierda que no en el centro de la cara, gruesa y colorada por la extremidad como suelen traerla los aficionados á la bebida (síntoma sospechoso que sólo indicaba en él la acrimonía de la sangre alterada del fanatismo); labios hendidos, carnudos y groseramente modelados, que no prometian por cierto sutileza de inteligencia, ni sentimientos delicados, ni ménos la facilidad de palabra indispensable al orador; el rostro más redondo que oval, y la barba maciza y saliente á la manera de sólida repisa puesta allí para sustentáculo de la cabeza. Así era Cromwell; y á decir verdad, estos rasgos tantas veces reproducidos por los artistas más célebres, á no presentarse á nuestros ojos con el nombre del Protector al pié, no indicarian sino los de una persona vulgar en toda la extension de la palabra, siendo imposible descubrir en ellos el menor detalle característico y propio del genio. Adviértese no obstante, al considerar la tosca rusticidad de su conjunto, que así debia ser el hombre merecedor de la confianza de su partido, á quien hizo famoso el amor de los suyos y una combinacion de circunstancias extraordi-

narias, no la naturaleza; pudiéndose decir tambien que más elevada y clara inteligencia que demuestra hubiera perjudicado á la grandeza de su destino; pues con más talento, Cromwell habria sido ménos fanático, y no siéndolo, no hubiese personificado á su partido, mejor aún, no hubiese su partido personificado en él sus pasiones y credulidades; que la importancia de los héroes populares no tanto consiste y se funda en su talento, como en la relacion que guarda éste con las preocupaciones y groseros instintos de la plebe que los encumbra para rendir culto en ellos á sus pasiones, viéndose así que nunca designan los fanáticos por su caudillo al de más ingenio y capacidad, sino al mayor fanático de todos. Por eso los jacobinos de Francia se fijaron en Robespierre, y los puritanos de Inglaterra en Cromwell.

XXXI.

Durante aquellos diez años de silencio, las contadas veces que habló Cromwell en el Parlamento, fueron para pronunciar algunas palabras, muy de tiempo en tiempo, y dirigidas al objeto de proteger á sus hermanos los misioneros de la secta puritana, y á denunciar á los ministros de la Iglesia anglicana dominante y á los católicos que aspiraban á dominar de nuevo; pudiéndose decir que la consideracion demostrada en tales circunstancias por sus colegas en favor del místico representante de Huntington, consistia en que á pesar de su sobriedad de discursos y de su modestia, ó tal vez por esto mismo, gozaba en la Cámara del respeto que no escatiman las asambleas deliberantes á los hombres circuns-

pectos, sensatos y desinteresados de aplausos, pero fieles á la causa que sostienen.

XXXII.

Al terminar cada legislatura volvia Cromwell á su distrito y al ejercicio de su cargo de juez de paz; y poniéndose por tal modo en contacto directo con el pueblo puritano de aquellos contornos y con los misioneros de su fe, confortaba y fortalecia sus pasiones religiosas, y las exaltaba y sublimaba en pláticas, sermones, meditaciones y rezos, única distraccion y descanso de la vida campestre que hacía. Y como, por otra parte, la dulzura, la piedad y el fervor de su mujer, aficionada del propio modo que lo era él á los cuidados domésticos y á las faenas rurales, y la educacion de sus hijos y la ternura de sus hijas apartaban entónces de su alma toda otra idea de ambicion que no fuera la de su progreso espiritual en la virtud y la del progreso de su secta en las conciencias, no contiene su correspondencia íntima durante aquellos largos años de retiro y vida doméstica una sola palabra eficaz á revelar en él otros ideales que no fueran los de su creencia religiosa, ni otro anhelo que alcanzar por sus merecimientos y virtudes la vida eterna en el Señor. ¿De qué podia tampoco servir entónces á un hombre como Cromwell, en quien nadie se fijaba, la tan famosa hipocresía de que los historiadores tratan extensamente, suponiéndola base y móvil de su carácter? Si ninguno conocia su rostro, ¿á qué la máscara? En efecto, Cromwell no fingia con su mujer, con su hermana, con sus hijas, ni ménos con Dios, y si se antoja enmascarado á los ojos de la his-

teria, es lisa y llanamente porque vivia sin misterio y pensaba en voz alta.

XXXIII.

Citaremos algunos párrafos de las cartas familiares del futuro Protector, que arrojan mucha luz sobre aquella época tan oscura é ignorada de su vida.

«Querido y buen amigo (escribia desde Saint-Ives, el 11 del mes de Enero de 1635, á uno de los confidentes de sus obras piadosas): Construir templos materiales y asilos consagrados á consolar los cuerpos y congregar los fieles, debe reputarse por obra religiosa y digna de las mayores alabanzas; pero los que levantan templos espirituales donde hallen alimento las almas, son en verdad hombres religiosos. Esto es lo que habeis hecho, amigo mio, fundando una cátedra de predicacion y confiándola discretamente al Dr. Wells, varon de mucha santidad y de aptitudes iguales por lo ménos á cuanto he conocido de más ilustre y mejor. Digo esto, porque tengo el convencimiento de que, merced á su intervencion, nos ha hecho el Señor singulares mercedes y favores inapreciables desde que se halla entre nosotros. Fuerza es, por tanto, que quien os inspiró esta fundacion piadosa os haga perseverar en ella y completarla. ¡Elevad á él vuestros corazones! Harto sabeis los que vivís en una ciudad tan afamada como Lóndres por las luces resplandecientes que arroja el Evangelio por toda ella, que suprimir el sueldo del predicador equivale á derribar la cátedra; porque ¿quién podrá combatir sin otro auxilio material que los recursos propios con enemigo

fuerte, aguerrido y numeroso? Así os suplico encarecidamente, por las entrañas de Jesucristo, que hagais lo necesario para encaminar bien este negocio, alcanzando sueldo con que viva el digno Ministro de quien hablo, seguro de que os bendecirán por ello las almas de los hijos de Dios. Así lo hago tambien yo, quedando vuestro cariñoso amigo en el Señor

OLIVER CROMWELL.»

Mas no era sólo con palabras, si que tambien con su módico haber, fruto de obstinado é ingrato trabajo, como sostenia Cromwell la causa de su fe, pues tres años adelante leemos las palabras trascritas á continuacion en carta confidencial á Mr. Hand, secretario fervoroso de su grey:

«Entregad cuarenta chelines (suma importante á la sazon tratándose de un labrador modesto, cargado de familia y de obligaciones cada dia mayores) para remunerar á los médicos de Benson. Si los amigos no quisieran aprobar este desembolso, dad el dinero por cuenta mia, y conservad como justificante hasta nuestra vista la presente.

»Vuestro amigo,

CROMWELL.»

«Habito (escribia pocos años despues á su prima, casada con el fiscal del Tribunal Supremo, Saint-John, y animado del mismo espíritu de compuncion) en *Cedar*, palabra que significa *tinieblas* y *oscuridad*. Empero el Señor no me abandona, y acabará, segun voy entendiendo, por conducirme á donde tiene asiento su reposo, esto es, al tabernáculo Mi corazon descansa entre tanto en la esperanza con

los compañeros del primer hombre; y si puedo rendir tributo de gloria y alabanzas al Señor por medio de obras meritorias ó de sufrimientos, ¡cuán grande no será mi consuelo! A decir verdad, ninguna otra criatura humana tiene más motivos que yo para sacrificarse por la causa de su Dios, habiendo recibido tantas mercedes de su providencia. Pero como por mucho que haga nunca será bastante para pagarle sus beneficios, que me acepte Nuestro Señor en la persona de su hijo y nos ponga en el camino de la luz que es él! Si me concede al ménos la dicha de ver la luz en él, no apartando de mí su rostro por completo, ¿qué felicidad será comparable á la mia? Un sólo destello, una ráfaga no más arroja tan claros resplandores allí donde tienen asiento las tinieblas! ¡Bendito sea su nombre por haberse dignado de brillar en recinto tan sombrío como mi alma!... ¡Misero de mí, bien sabeis cómo fué mi vida pasada! ¡Gozábame ántes en las tinieblas, habitaba en ellas y aborrecia la luz! ¡Era yo entónces muy gran pecador; pero el Señor se dolió de mí! ¡Qué manantial es Dios de bondades y de misericordias tan inagotable!... ¡Alabadlo por mí y orad por mí tambien, para que quien comenzó en mi alma la obra prodigiosa de un cambio tan grande se digne completarla en Jesucristo!... ¡Sea con vos el Señor! como lo desea vuestro aficionado primo.

OLIVER CROMWELL.»

XXXIV.

Cuanto hallamos escrito de la mano de Cromwell durante aquel prolongado período de recogimiento y meditacion de su vida que abarca desde los veinte á los cuarenta y un años, lleva impreso el mismo sello de misticismo, exaltacion y sinceridad, de negra melancolía, en una palabra, iluminada de los resplandores de fe ardiente y activa; melancolía que debió sostener y fomentar más y más la monótona regularidad de sus ocupaciones rurales y la tristeza del cielo y del lugar que habitaba por la fuerza de las circunstancias. Su vivienda, edificio que aún enseñan las gentes del lugar á los viajeros que pasan por las tierras bajas de Saint-Ives, tiene cierta semejanza con un convento abandonado. Las hiladas de árboles que plantó él mismo en las lindes de su propiedad, asentada en medio de los pantanos, formaban ya en tiempo de Cromwell una cortina de follaje que interceptaba el horizonte, y para mayor tristeza nubes pardas, densas y bajas por extremo, flotan allí siempre como un toldo sobre los techos de las habitaciones, oprimiendo el espíritu con su lobreguez. Aún designa la tradicion un oratorio construido de ladrillo por el hidalgo puritano detras de la casa y que se comunicaba con la sala de familia en la cual Cromwell reunia los labriegos de la vecindad para que oyesen la palabra de Dios de boca de los misioneros de su secta, y áun para predicar y orar él mismo cuando la inspiracion desbordaba de sus labios. Bandos de innumerables cornejas poblaban las arboledas, sobre cuyas copas subian los penachos de

humo del inmediato pueblecillo de Saint-Ives, y á corta distancia, el Ouse arrastraba sus ondas negruzcas, parecidas al desagüe de una fábrica, por entre orillas cenagosas. Fácil es comprender que la residencia en estos lugares sólo podia ser eficaz á dos maneras de pensamientos: ó á encerrar el alma de sus moradores en los límites vulgares y estrechos del tráfico, de la industria y del pastoreo de ganados; ó á obligarlos, si no, á remontar el vuelo viviendo en los éxtasis de la contemplacion.

XXXV.

En este lugar tan apartado, solitario y triste fué donde Cromwell y su jóven esposa, digna compañera del futuro Protector, por la sencillez y piedad de carácter, educaban pobremente los siete hijos nacidos del amor y fidelidad conyugales. Y como ni Cromwell ni su mujer buscaron las grandezas del mundo, fueron ambos solicitados de ellas.

A juzgar de las noticias que tenemos acerca de la vida de Cromwell durante aquellos años, se ve cuánto le preocupaban el rumor de las controversias religiosas en Inglaterra, Escocia é Irlanda, y los folletos políticos que parecian, multiplicándose al calor de las pasiones públicas, cosas ambas que lo absorbian, si bien daba siempre la preferencia sobre todo á los argumentos teológicos.

Entónces llegó por primera vez á sus oidos el nombre inmortal del Dante británico, autor de un folleto famoso escrito en favor de las ideas republicanas. Milton, cuya gallarda pluma lo habia producido, acababa de llegar por aquel tiempo de Italia, en donde respiró, evocando los recuerdos de Roma,

el ambiente de la libertad antigua, y contemplando el espectáculo de su corrupcion presente, la independencia religiosa; que, del propio modo que Chateaubriand y Madame de Stael en 1814, Milton daba el tono en la época de Cárlos I á las pasiones pasajeras del momento.

XXXVI.

De la necesidad de independencia en materia religiosa comenzaba entónces á nacer, por la fuerza misma de los hechos y su lógico encadenamiento, el partido de los independientes en materia de gobierno; que ambas libertades se relacionan, y no es posible creer con libertad en la servidumbre que nos veda decir lo que queremos y practicar aquello que creemos. Y esta misma necesidad absoluta de creer libremente y de propagar sin trabas las creencias, inclinaba el ánimo de Cromwell hácia la república; lo cual conocido de Hampden, pariente suyo, á quien hizo popular por extremo su oposicion al Monarca, se propuso robustecer las huestes republicanas aportándoles un hombre de convicciones tan arraigadas y de costumbres tan ejemplares como lo era en efecto el labrador de Saint-Yves; y para empeñarlo más en este camino, lo hizo elegir diputado por Cambridge, donde tenía incontrastable influencia.

Pero no por haber obtenido la representacion de distrito más importante y en momentos críticos para la política, se distrajo Cromwell de los ideales que habia perseguido siempre. «Remitidme, decia el místico sectario á su amigo Willingham, de Lóndres, un apunte de los argumentos que hacen los escoceses para sostener la uniformidad en la

religion expresa en su manifiesto, porque deseo imponerme bien de toda ella y estudiarla como es debido ántes de que se abra en la Cámara de los Comunes el debate relativo á este asunto, que será pronto.»

Sin embargo, durante un espacio se confundieron en su espíritu los intereses populares y los religiosos, movido acaso de la justicia de la causa, y ciertamente con el objeto de hacer simpática la conducta de los independientes y de los republicanos al pueblo, por consecuencia del apoyo que habia éste de hallar en ellos tratándose de la defensa de sus intereses en una determinada cuestion, cual era la de disputar á la Corona la facultad que de antiguo poseian los reyes de Inglaterra de hacer merced á sus favoritos y amigos de tierras del comun para que las incorporasen á sus feudos; derecho que le disputaban con razon los municipios.

Dice á este propósito en sus Memorias el ministro de Cárlos, que «Cromwell, á quien no habia oido ántes hablar en la Cámara, fué designado para formar parte de la comision parlamentaria encargada de discutir el caso con los secretarios de S. M., y un dia se acaloró tanto con él, que despues de hablar de intimidaciones, cohechos y otros manejos que suponia empleados por los ministros de la Corona con los testigos, se dejó decir palabras tan groseras é impropias, accionó con tanta violencia, y fué tan insolente su actitud, que hubo de retirarse de la junta y de aplazar sus reuniones; cosa que no le perdonó él nunca.»

La popularidad que conquistó á Cromwell y al partido republicano su conducta en aquella circunstancia, lo estimularon á buscar otras maneras de acrecentarla, poniéndose de parte de los libelis-

tas que más encarnizadamente combatian á la Corona y á la Iglesia, y cuyos escritos se quemaban de vez en cuando en la plaza pública por mandato del Rey ó de los obispos. Al efecto presentó á la Cámara la exposicion que un autor agraviado le dirigia, y pronunció con tal motivo su primer discurso; pudiendo más en él la indignacion de su conciencia herida que no el temor de hablar mal en público.

«Era el mes de Noviembre de 1640, dice un testigo realista, y yo, que tambien pertenecia entónces al Parlamento y tenía la pretension de suponerme tipo de nobleza y elegancia, como tantos otros jóvenes hidalgos, ví al entrar en la sala de sesiones que hablaba un diputado. No lo conocia; estaba vestido de paño burdo, sin adornos ni bordados, y á juzgar de la hechura del traje, parecia obra de algun sastre de pueblo. La camisa era de tela ordinaria, y además la tenía sucia y manchada de sangre por el cuello, el cual apénas si era bastante grande para cubrir el de su chaqueta. El sombrero lo traia sin presilla y la espada sin garbo y caida perpendicularmente. Su estatura era buena, el rostro redondo y abultado, y la voz estridente, sin armonía ni flexibilidad; pero expresaba sus ideas con elocuencia penetrada de místico fervor. Defendia una causa insostenible, pues hablaba en favor de cierto libelista condenado á expiar en manos del verdugo sus procacidades; y debo añadir que la actitud silenciosa y deferente de la Cámara con él en aquella circunstancia mermaron mucho mi respeto hácia el Parlamento.»

XXXVII.

Habiéndose apurado todos los medios de resistencia y todas las concesiones del rey Cárlos en la lucha parlamentaria que tenía empeñada con las Cámaras, nadie dudaba ya de la inminencia de la guerra civil, para la cual se hacian preparativos más ó ménos abiertamente por una y otra parte. Cromwell aprovechó uno de esos momentos de calma precursores de las grandes tempestades políticas para ir á su pueblo, visitar á su familia, y reanimar el espíritu de los suyos, é inflamar el místico entusiasmo de las gentes del campo, logrando por tal modo hacer soldados de sus correligionarios. Empleó íntegramente sus ahorros en comprar pertrechos de guerra para los de Cambridge, y áun se atrevió á tomar posesion de su fortaleza, invocando para ello su calidad de diputado, y á embargar la plata labrada de la universidad, que se guardaba en el tesoro del castillo para ocurrir con su producto á las necesidades de la milicia. Estas tropas lo reconocieron sin más tardanza por su jefe, no sólo á título de representante del distrito, sino movidas tambien de su arrojo y decision en defensa de la causa popular. Hecho lo cual, bastó ya el prestigio de su palabra para sublevar las milicias entre Cambridge y Huntingdon, y hacer prisioneros á los realistas que acudian con armas y caballos á ponerse bajo las banderas del Rey, privándolos en todas partes de los medios de auxiliar á la Corona.

«Ningun mal os causaré, contestó cierto dia en aquellos de tanta turbacion á un noble que protestaba de la violacion de su domicilio por los solda-

dos de Cromwell. Vengo, por el contrario, para impedir mayores males y estragos. Sed prudente y cauto y nada temais; pero si no procedeis así, perdonadme al ménos lo que hago discretamente y sin cometer grandes violencias en cumplimiento de mis deberes con el pueblo.»

Ni tampoco se libró de su visita por idéntico motivo su tio el de Hinschinbroock, noble realista que habitaba una torre situada en la marisma.

Sin embargo de esto, decia por cartas á otro caballero:

«Siendo *el siglo actual batallador*, y el enojo más grande aquel que se produce por diferencias de opinion, entiendo que agraviar á los hombres en sus personas, familias, hogares ó hacienda es mal remedio para restituirlos á la calma. Con todo, bien será proteger los derechos legítimos del pueblo.»

Cubrióse la Inglaterra de asociaciones para ocurrir á la defensa y libertad de la independencia y de la religion contra la Iglesia y la corte; pero luégo comenzaron á disolverse por falta de jefe activo y único, no quedando de todas ellas más que la denominada de los *Siete Condados del Oeste*, sometida en cuerpo y alma incondicionalmente á Cromwell. Entónces, por efecto de la disciplina y organizacion á que la sometió, comenzó su nombre á extenderse por Inglaterra y á presagiar en él los revolucionarios el caudillo que habia menester la guerra santa, llegando algunos á designarlo en las asambleas puritanas bajo el nombre del Macabeo de la Iglesia de Dios. «Proseguid, decia no obstante Cromwell al ministro de la Iglesia anglicana, vuestras tareas; leed las Escrituras al pueblo, y predicad en vuestra catedral como soleis, y áun más frecuentemente que lo haceis.»

Y si estas palabras no fueran bastante gráficas para expresar su tolerancia, véase de qué modo protegia la libertad de conciencia en los demas el que se levantaba en armas para conquistarla en su provecho: «Habeis despedido de las filas, escribia Cromwell á uno de sus tenientes, á un oficial por ser anabatista, y en verdad que no apruebo vuestra conducta, sino que la creo muy mal aconsejada. Pues no puedo persuadirme de que un incrédulo, afamado por su falta completa de principios religiosos, sus blasfemias y mala conducta, os parezca más digno de confianza que quien evita el escándalo y el pecado! Sed tolerantes os digo con aquellos que no profesan vuestros principios religiosos, y tened en cuenta que, al escoger sus servidores el Estado, no ha de preocuparse de cuales puedan ser sus opiniones religiosas, sino es únicamente de sus aptitudes para el mejor desempeño de los cargos que se les confien.»

Como se ve, los primeros actos de Cromwell, precursores para él de la guerra civil y del Imperio, dejaban ya entrever el don de Gobierno que lo caracterizó despues, una de cuyas condiciones más principales fué siempre la de atraer partidarios á su causa en vez de víctimas á sus partidarios; sirviendo la sociedad de los *Siete condados*, sometida en todo y por todo á la influencia de tan activo patriota y fervoroso sectario, no solamente de base á la futura popularidad y grandeza de su jefe, sino tambien y muy presto al Parlamento largo de palanca eficacísima para la guerra civil.

XXXVIII.

Ya hemos visto que la guerra se hacía por momentos inevitable. Al fin estalló, dando la señal Escocia, más fanatizada todavía que Inglaterra por sus jefes puritanos, hombres de fe ardiente y corazon sanguinario. Eran los escoceses, aunque independientes por sus leyes y su Parlamento, súbditos de Cárlos; pero el espíritu de rebelion que agitaba y perturbaba entónces la Inglaterra de uno á otro extremo, encubierto en Escocia como en todas partes todavía, bajo los nombres de independencia y de oposicion, les inspiró la idea de penetrar en territorio inglés al frente de numeroso ejército, pretestando hacerlo de acuerdo con los puritanos y el Parlamento de Lóndres, en defensa de los derechos de ambos pueblos amenazados por la misma corte.

Cuando hubieron recibido este auxilio y confortádose con él los oradores de la oposicion en el Parlamento de Lóndres y los más celosos partidarios del puritanismo, no tuvo límites su audacia, ni conoció freno su insolencia, osando los mayores desafueros con el Rey. Los tribunos ménos infatuados de la nueva fe, tales como Vane, Hampden y Pym lo parecieron, tornándose á los ojos de los republicanos de Inglaterra en Catones, Brutos y Casios, y de los puritanos en otras tantas víctimas de la tiranía merecedoras de ocupar señaladísimo asiento en el martirologio de la libertad. Y como se acrecentaran y sublimaran las susceptibilidades del partido puritano en la medida que se aumentaban sus medios de resistencia, y se indignara viendo llegar de Francia, llamados de la reina Enriqueta,

varios sacerdotes que habian ido para dirigir su conciencia, ejercer en Lóndres su culto, y habitar en la corte, dieron á entender que aquello era la parte visible de tenebrosa conjura contra el protestantismo, haciendo sospechosa y temible á los ojos del vulgo la inofensiva fidelidad de la jóven y encantadora dama que por tal modo rendia tributo á las convicciones de su conciencia y á los ritos de su religion; y poniendo en ejecucion sus malos pensamientos, acusaron al Rey de complicidad, ó cuando ménos de culpable tolerancia con la esposa que tanto amaba. Y pues el Rey cedia siempre á todas las exigencias animado del mejor deseo y de sus pacíficas inclinaciones, de una en otra pretension llegaron á pedirle que sancionase un *bill* en cuya virtud quedara el Parlamento antorizado á reunirse de hecho si S. M. dejaba pasar un intervalo de tres años sin convocarlo. Hasta entónces la convocacion anual ó trienal de los Parlamentos ántes habia sido costumbre que no derecho de la libertad inglesa, y consentir Cárlos en tamaña pretension era tanto como reconocer frente á la suya y con iguales facultades la soberanía representativa. Pero no satisfecho aún el Parlamento, cuyas pretensiones se acrecentaban en la medida de la debilidad del Rey, logró establecer, de acuerdo con S. M., la permanencia de su intervencion y de su poder por medio de una junta que residiria en Lóndres los interregnos parlamentarios. Hizo más todavía, y creó aparte de la dicha junta, otra encargada de seguir y acompañar á todas partes la persona del Rey en el viaje de pacificacion que S. M. se proponia emprender por Escocia; pero cuando le fué otorgada esta facultad, llevó su audacia desmedida y su ambicion desaforada en todo al extremo inconcebible de pedir el

nombramiento de un *Protector* del reino, especie de tribuno nacional ó de virey de la Cámara, cuyo trono se asentara enfrente del de Cárlos. Hé aquí el orígen del título, imaginado del delirio parlamentario, que debia naturalmente tomar Cromwell cuando lo hizo dueño de su patria el estrago de la guerra civil; que no lo forjó él, como se ha dicho, sino que lo halló prevenido y al uso de las facciones con cuyo esfuerzo caeria derrocada la monarquía.

XXXIX.

En tanto que viajaba el Rey por Escocia, como hubiera quedado abandonada la Irlanda y desguarnecida de tropas que mantuvieran la paz en ella, con motivo de ser necesaria su presencia en otro lado, se agitaron de nuevo los ánimos y se revelaron contra la autoridad del Monarca, no contribuyendo poco al desórden general del reino la conducta desatentada y turbulenta de sus propias Cámaras, las cuales imitaron en todo el mal ejemplo de Inglaterra. Pero si la nacion irlandesa, dividida de muy antiguo en dos razas y dos religiones que se aborrecian, se confederó en un principio para libertarse del yugo de la Corona, presto los católicos y los viejos irlandeses de las provincias más apartadas del centro rompieron el pacto separándose; y aprovechando la ocasion que les brindaba los disturbios de la capital y la debilidad del Gobierno que los contenia, degollaron en aquellas nuevas *Vísperas Sicilianas*, más sangrientas que lo fueron las de Sicilia, á todos los colonos ingleses de siglos atras establecidos en los mismos lugares y con los cuales formaban un solo pueblo, en fuerza de mezclarse y confundirse

unos con otros. Y fué la matanza tan horrenda, que ni la llamada de San Bartolomé, ni las jornadas de Setiembre, ni las proscripciones de Roma en la época de Mario, ni las de Francia cuando el Terror, pueden ser comparadas con los actos de barbarie perpetrados por los irlandeses, y que arrojaron una mancha de infamia sobre su raza y la historia patria; subiendo tanto de punto en sus excesos, que hasta los mismos caudillos é iniciadores de la conspiracion en la provincia del Ulster se asombraron de la ferocidad, rencor, fanatismo y saña desaforada del pueblo desencadenado por obra suya; como que las fiestas celebradas por los bárbaros vencedores para conmemorar su criminal victoria, fueron someter los vencidos á suplicios más lentos y crueles que cuantos pudo nunca inventar la perversidad de los caníbales; prolongando los martirios y agonías de los prisioneros de ambos sexos para prolongar su infernal regocijo, y haciendo correr la sangre gota á gota y evaporarse la vida en suspiros de angustia para vigorizar y exaltar y enfurecer su propia saña.

Estas matanzas tuvieron lugar en todas las provincias de Irlanda, excepto en Dublin, su capital, donde algunas tropas del ejército bastaban á mantener la paz. Más de cien mil víctimas inocentes entre hombres, mujeres, niños, ancianos y enfermos cayeron muertos en el umbral de las casas que habitaban y en los campos que labraban en comun con sus desnaturalizados hermanos; no extinguiéndose las llamas del incendio de sus hogares sino en la sangre de las víctimas del incendio. Muchos lograron escapar al estrago, huyendo á los montes con sus mujeres é hijos; pero tardaron poco en sucumbir de hambre y de frio. Hubiérase dicho que la

tierra irlandesa se entreabria para ser sepulcro de la mitad de sus hijos; no siendo posible leer en las historias más imparciales la relacion de tan prolongado y cruento crímen nacional sin sentirnos movidos á maldecir á sus instigadores y verdugos, y no comprendiendo hasta entónces las maldiciones del cielo que han caido sobre Irlanda. Pues si nada es eficaz á justificar la tiranía, el pueblo que acumula en sus anales tan espantable serie de crímenes y asesinatos, no puede acusar á sus opresores de tiranía sin evocar el recuerdo de sus iniquidades; que las desdichas de las naciones no siempre son crímenes imputables á sus conquistadores, si que tambien á veces el merecido castigo de sus crímenes; desgracia esta la más irremediable, porque no solamente los priva de libertad é independencia, sino hasta del derecho de mover de lástima y de ser compadecidos.

XL.

El Parlamento acusó al Rey de todas estas calamidades, y el Rey, á su vez, con más equidad al Parlamento de su impotencia. Y como el partido republicano cobrase nuevas fuerzas en el país por efecto del encarnizado y estéril conflicto que surgió entre la Corona y los parlamentarios que dejaban desorganizarse la nacion y asesinar sus correligionarios por los católicos, los más exaltados recabaron de la Cámara, bajo el nombre *Remonstrance* (Amonestacion), un llamamiento al pueblo de la Gran Bretaña; verdadera y sangrienta acusacion contra el Gobierno del Rey, pues en este papel se reunian y acumulaban en un solo capítulo de cargos

todos los errores y desdichas del reinado, arrojando sobre la frente del Soberano las culpas de los partidos, y hasta la sangre de los ingleses asesinados por los católicos en Irlanda, y concluyendo tácitamente que la salud de Inglaterra consistiria en lo sucesivo en restringir el poder real y acrecentar sin límites el parlamentario.

Cárlos contestó á tan procaz acusacion sincerándose de una manera conmovedora, pero débil. Lo cual visto del Parlamento, hizo subir de punto la insolencia de algunos de sus individuos, que se atrevieron á dirigir evidentes golpes á su prerogativa y decoro, poniéndolo en el trance de avenirse á vergonzosa humillacion para su rango y calidad, ó reivindicar su derecho enérgica y resueltamente. Y optando por esto último, se dirigió en persona á la Cámara de los Comunes para mandar prender aquellos de sus individuos que habian incurrido en el delito de lesa majestad. Al efecto requirió al Presidente para que sin tardanza los designara.

—«Señor,—le contestó el Presidente puesto de rodillas,—como en el sitial que ocupo sólo á la Cámara debo prestar obediencia, ruego humildemente á V. M. me perdone si no cumplo su mandato.»

Humillado el Rey, se retiró del Parlamento seguido de su guardia, y se trasladó al Municipio para recabar de los concejales de Lóndres que no dieran asilo á los culpados. Al salir de las casas de la ciudad la muchedumbre lo acogió con los gritos de ¡viva el Parlamento!, y el pueblo en masa corrió á las armas profiriendo las palabras bíblicas que dicen: *¡Israel, á tus tiendas!*, y pasó luego haciendo alarde bélico de su fuerza y muchedumbre al pié de las ventanas de White-Hall, residencia del Monarca. El cual, entónces, viéndose amenazado, escarnecido

y sin medios de ocurrir á su defensa si los tumultos tomaban ciertas proporciones, se recogió á Hampton-Court, residencia solitaria de verano, imponente y fortificada, y no léjos de Lóndres.

XLI.

Temerosa la Reina de lo que pudiera sobrevenir á su marido y á sus hijos, rogó á Cárlos con vivas instancias para que calmara la sobrexcitacion popular á fuerza de condescendencia. Mas áun cuando lo hizo así el malaventurado consorte, fué vano el sacrificio, pues llovian sobre la Cámara peticiones incendiarias, y era esta el ídolo del pueblo y su salvaguardia desde la retirada del Monarca. Y como el Parlamento, so color de proteger á las masas en el caso de que volviera el ejército realista sobre Lóndres, se alzó con el poder militar, nombró por sí mismo los gobernadores de plazas fuertes y los generales; quedando reducido el rey por tanto á un pequeño número de partidarios y leales defensores en Hampton-Court. Entónces se decidió á poner mano á la espada, declarando guerra á los rebeldes. Empero ántes de hacerlo llevó á la Reina orillas del mar y la obligó mal de su grado á embarcarse la vuelta del continente para sustraer por tal modo al ménos á su mala estrella y adversa suerte lo que más amaba en la vida.

La separacion de los que sin faltar á la estricta verdad histórica pudieran llamarse apasionados amantes, fué desgarradora, como si ambos presintieran ser aquel el adios postrero que se daban y que ya nunca más volverian á verse sino en el cielo. Adoraba Cárlos á Enriqueta de Francia, la

compañera de su juventud, á quien ponía por sobre todas las mujeres de su tiempo; y como acaso por esto mismo no pudo nunca ofrecerle sino tribulaciones, ya que no estuvo en su mano remediar las desdichas pasadas, ni tampoco lo estaba conjurar las presentes injurias, al ménos queria ponerla en paraje seguro donde la viera libre de compartir con él la suerte aciaga que presentia para sí mismo por término de su azarosa existencia. Desmayada y en brazos de sus servidores, llegó la hija de Enrique IV á bordo del buque donde debia volver al continente, no recobrando sus sentidos sino para lanzar apóstrofes á la Inglaterra, y pedir al cielo de lo íntimo de su corazon prosperidad y ventura para su esposo, el más rendido y fino de todos.

XLII.

Con el corazon desgarrado; pero resuelto á todo y enardecido Cárlos con la partida de su esposa, se alejó de Hampton-Court y fué á establecer sus reales á la buena y fidelísima ciudad de York, juntamente con sus hijos, en medio de un pueblo adicto y entre tropas realistas.

Entónces hizo de modo el Parlamento que pareciera la conducta del Monarca equivalente á un peligro para la patria, y á fin de conjurarlo puso un ejército sobre las armas y confió su mando al conde de Essex. Dicho se está, supuesto el estado de sobrexcitacion del país, que se levantó en mesa el pueblo á la voz de las Cámaras, y que cada ciudad envió numerosos voluntarios á su milicia.

A su vez, Cárlos, más grande y fortalecido en la contraria suerte que cuando gozaba de la plenitud

de su poder, demostró en aquella situacion adversa, pero despejada y franca, el esfuerzo, cordura y luces naturales que le faltaron á veces al luchar con el Parlamento, cuyos embates y agresiones no supo sufrir resignado ni contrarestar animoso. La nobleza y la clase media, ménos fanatizadas que las clases ínfimas de la sociedad por las predicaciones puritanas, y ménos accesibles tambien á las seducciones oratorias de los tribunos parlamentarios, se pusieron en su gran mayoría de parte del Rey, siendo denominados *caballeros*. Pero las grandes ciudades del reino, y su capital más principalmente, como se tornaran en centros de agitacion y núcleos de resistencia, se alistaron bajo las banderas del Parlamento. Así las cosas y deslindados los campos de la manera que dejamos dicha, el conde de Essex, general acreditado, aunque contemporizador, y más propio para la guerra regular que no para la civil, avanzó á la cabeza de quince mil hombres contra el Rey, que no contaba en sus filas más de diez mil.

XLIII.

El primer encuentro de los dos ejércitos fué dudoso en resultados para la causa que cada cual defendia, y decisivo únicamente para dar testimonio de la bizarría personal de S. M., el cual concurrió al combate ántes como soldado animoso que como prudente capitan, cargando á la cabeza de sus escuadrones allí donde mas empeñada estaba la refriega. Cinco mil hombres quedaron muertos en el campo; triste suceso que produjo universal consternacion en Lóndres por algunos dias, calmándose luégo cuando se supo que Cárlos se hallaba tan

quebrantado por efecto de la lucha que no podia dirigirse á la capital.

Esta primera batalla, conocida en la historia bajo el nombre de la de *Edge-Hill*, aunque gloriosa para las armas del Rey, fué inútil, sirviendo sólo á excitar el fanatismo de las masas y á engrosar indefinidamente las filas del Parlamento; y como éste reclutaba sus tropas en la multitud, y Cárlos sólo en la nobleza y el ejército regular, seguíase de aquí, que miéntras el Rey tenía un ejército, la revolucion acaudillaba un pueblo entero, y que por tanto la continuacion de la lucha debia reducir y acabar á aquél, sin causar á éste daño irremediable.

«Quédese para nuestros enemigos la honra tradicional,—exclamaba en la Cámara de los Comunes Hampden el republicano, resumiendo el pensamiento de la revolucion,—y para nosotros la defensa de la idea religiosa.» Y así era, en efecto, como lo demuestran los párrafos siguientes de una carta escrita entónces al cardenal Mazarino por el embajador de Francia en la corte de Cárlos I.

«Estoy maravillado,—decia el diplomático francés á pesar de la parcialidad de su corte á favor del rey de Inglaterra,—viendo cuán pródigo se muestra de su vida el Soberano, y cuánto es infatigable y laborioso y constante áun en medio de los mayores contratiempos y reveses. Porque á todas horas se le ve á pié ó á caballo, marchando con sus tropas, haciendo poco uso del carruaje para viajar de una parte á otra; y como los soldados parecen comprender todas las necesidades y angustias de su caudillo, se dan por satisfechos con lo poco que S. M. puede hacer por ellos, y van voluntarios y animosos, mal mantenidos y peor pagados, contra las tropas del Parlamento, mejor armadas y vesti-

das. Esto que digo lo veo con mis propios ojos, pudiendo por tanto añadir que S. M., en quien la desgracia revela cualidades de animoso en grado heroico, se muestra el rey más bizarro, prudente y tranquilo en medio de las grandes vicisitudes y contrariedades de todo género que lo rodean, políticas, económicas y militares. El mismo da todas las órdenes, hasta las que pueden reputarse insignificantes para ocuparlo; no firma un papel que no examine con escrupulosidad minuciosa; va generalmente á pié á la cabeza de sus regimientos, compartiendo así la fatiga del soldado, y sólo para descansar monta á caballo; desea la paz, pero viendo que todos la rechazan, acepta por fuerza la guerra... A mi parecer, tendrá ventajas al principio; mas no serán duraderas, á causa de la exigüidad de sus recursos y del trabajo con que los reune y aplica...»

En efecto, hasta de pan carecia que dar á sus soldados, cuando éstos no le pedian otra cosa en cambio de sus penalidades sino que los mantuviera; pareciendo más la relacion de los cuatro años de guerra que sostuvo errante y en pugna desigual con sus vasallos, novela de aventurero que historia verdadera de la lucha grandiosa sostenida por un rey contra facciones enemigas al frente de sus tropas en el seno de su patria.

«Ora—dice á este propósito el fiel servidor de Cárlos I que redactaba el diario de tan tristes jornanas—dormimos en el palacio de un obispo como en la choza de un carbonero. Hoy ha comido S. M. á campo raso; mañana tal vez no tenga el rey de Inglaterra un pedazo de pan que llevar á la boca. El domingo pasado, en Worchester, nadie probó alimento. Dia terrible fué aquél, pues anduvimos desde

las seis de la mañana sin comer hasta la media noche. Ayer, despues de caminar largas horas por las montañas, sólo hubo dos manzanas para la mesa de S. M., y á ellas quedó reducido, hasta que á las dos de la madrugada lograron los soldados encontrar algunos víveres. Hemos dormido en el suelo y sin abrigo,—escribe más adelante,—á la vista del castillo de Donnington.» Y en otra parte añade: «Anoche durmió S. M. en una carreta en los matorrales de Bockonnok, sin haber comido en todo el dia. Hoy le ha dado de almorzar una pobre viuda á orillas de la carretera.»

XLIV.

La constancia que demostraba el Rey luchando con la fortuna y sufriendo por ello las mismas privaciones y arrostrando los mismos peligros que sus soldados, los hacía esclavos de su voluntad; que no son abandonados los reyes sino cuando el abandono comienza por ellos. Era Cárlos en aquella circunstancia un Enrique IV, riñendo batallas por su reino; pero un Enrique IV desgraciado, no venturoso en lides; siendo tan extraordinario el efecto que su resignacion y constancia producian en las gentes, que sus mismos enemigos al verlo de cerca en el campo volvian á su causa, movidos de entusiasmo por él.

«Uno de ellos, llamado Roswell, desertó de las filas del Parlamento para incorporarse á las tropas de Cárlos; y como cayera prisionero de los republicanos y le preguntaran por la causa de su desercion, dijo así: «Pasaba por un camino á orillas del matorral, donde ví á S. M. rodeado de algunos lea-

les servidores, en ocasion que compartia con ellos un pan. Me acerqué movido de curiosidad, y quedé tan maravillado de la dulzura, calma, paciencia y grandeza del Monarca, que la impresion que me produjo en el alma la predispuso á consagrarse por entero á su causa.»

Sin embargo, Cárlos ocultaba la sensibilidad de su corazon á los ojos de sus servidores, temeroso de mostrar en el Rey las naturales emociones del hombre, de tal modo que, viendo caer un dia herido mortalmente al lado suyo á lord Litchfield, uno de sus fieles y esforzados compañeros de armas, continuó mandando con aparente impasibilidad, y como si el suceso no le hubiera impresionado. Despues de asegurar la retirada del ejército y salvarlo, permaneciendo durante la evolucion á retaguardia, mandó acampar, y se recogió á su tienda para disponer por sí sólo el plan del siguiente dia, en lo cual empleó el resto de la noche; pero al despuntar del alba, cuando acudieron sus oficiales á recibir órdenes, echaron de ver en sus ojos, húmedos aún, que habia llorado y no poco la muerte de Litchfield.

XLV.

En tanto que Cromwell, su antagonista, que combatia en las filas del Parlamento, bajo las órdenes del conde de Essex, hablaba y se conducia siempre con tanta exaltacion mística, que muchos calificaban el entusiasmo de su fe de verdadera embriaguez producida del vino, se hallan conformes los escritores de la época en decir que Cárlos, cual conviene á los hombres que se hallan en pugna con

la desgracia, se mostraba lleno de majestad en fuerza de permanecer sereno é imperturbable.

«Nunca lo vimos—dice uno de los generales de su ejército—exaltado por el triunfo ni abatido por los contratiempos, pareciendo en toda ocasion sobreponerse así á la fortuna como á la desgracia, y superior á los acontecimientos prósperos ó adversos.»

Sucedíale á veces, dicen los escritores de aquel tiempo, que despues de pasar la noche marchando á caballo al frente de sus tropas, al clarear el dia se encaminaba solo á un cerro para conocer exactamente la marcha y la situacion de las milicias del Parlamento, no dándose reposo hasta ver á los suyos en buenas posiciones.

«Señores,—dijo una mañana dirigiéndose al grupo de jinetes que lo rodeaba,—hé ahí la aurora, dispersaos, y pues teneis hogar y familia, tiempo es ya de que tomeis descanso. Yo carezco de ambas cosas, y es diferente. Por eso me aguarda un caballo de refresco, y con él marcharé todo el dia y la noche; que si Dios me da males y daños infinitos para probarme, no ha sido ménos pródigo de paciencia conmigo para que soporte mejor la miseria!»

«Por tal manera,—escribia un poeta de aquel tiempo,—Cárlos luchaba por luchar y por sostener su derecho, y remaba noche y dia sin tener puerto donde guarecerse.»

Por tal manera tambien la guerra lo engrandecia y sublimaba, no para el trono, sino para la posteridad.

XLVI.

No consienten los límites que nos hemos trazado seguir paso á paso en todas sus peripecias aquella guerra de cuatro años entre un monarca y su pueblo, la más larga, diversa y dramática de las civiles. Sí diremos que Cromwell, jefe de un regimiento de caballería compuesto de los confederados de Huntingdon, bajo las órdenes del de Essex, fué desarrollando en los campamentos el entusiasmo religioso que lo devoraba y comunicándolo á sus soldados; y que, ménos militar que apóstol, así aspiraba en toda ocasion al martirio en la batalla como á la victoria. Ni los triunfos señalados, ni los reveses, ni los ascensos, ni la celebridad fueron parte á distraer su alma un sólo instante del ideal que perseguia en la guerra sagrada; y miéntras el conde de Essex, y lord Fairfax, y Waller, y Hampden, y Falkland peleaban, eran vencidos ó morian en ella, unos por su provincia, otros por su patria y su fe, Cromwell nunca sufria derrotas. El Parlamento lo elevó al grado de general, y entónces hizo en mayor escala lo propio que ántes habia hecho más en pequeño, esto es, fortificar el cuerpo de ejército que mandaba, purificándolo. Poco le importaba el número de los suyos; lo principal era el fanatismo: de aquí que divinizando por tal modo la causa, el fin y los medios de la guerra, elevaba Cromwell sus soldados sobre la humanidad y podia pedirles lo imposible. Tambien por esta causa reconocen unánimes los historiadores de ambos partidos que á virtud del misticismo extraordinario que infundió Cromwell á los suyos pudo verificarse la

trasformacion de un ejército de facciosos en ejército de *santos*, y que la victoria coronara todos sus esfuerzos contra las armas del Rey.

Compulsando la correspondencia del futuro Protector, como ya lo hemos hecho ántes en diversas épocas de su vida militar, hallamos la prueba más evidente de que su devocion y piedad no fueron nunca fingidas, sino sinceras, ingenuas y verdaderas. Y pues revelan al hombre en el jefe de partido con tanta más claridad y certeza, cuanto que casi todas fueron escritas á su mujer, á sus hermanas, hijas é íntimos amigos, repasémoslas de nuevo, que cada una de ellas es á manera de pincelada de mano maestra que completa la fisonomía verdadera del héroe de aquellos tiempos tan azarosos.

XLVII.

Hé aquí ahora la descripcion hecha de su cuerpo de ejército:

«Los soldados puritanos de Cromwell llevan toda clase de armas: picas, alabardas, mandobles y mosquetes, y visten de todas las maneras posibles, realzando á veces lo abigarrado de sus trajes á fuerza de jirones y de remiendos multicolores. Cuando van de marcha, suele ocurrir que hagan alto de improviso para predicarse mutuamente sermones, así como cuando hacen el ejercicio suspenderlo para entonar salmos. Oyese á los capitanes decir: *¡Apunten, fuego! en nombre del Señor!* Despues de la llamada leen los oficiales la Biblia ó el Evangelio á sus compañías, y las banderas las traen cubiertas de pinturas simbólicas y de versículos del Antiguo y Nuevo Testamento. Regulan el paso en las marchas

cantando los salmos de David, en tanto que los realistas lo hacen al compas de canciones báquicas; y como la licencia de la nobleza y de las tropas regulares resalta más y parece más odiosa, no obstante la bizarría de los caballeros, comparada con la conducta de los mártires de su fe, al cabo será el triunfo de los campeones que se reputan soldados de Dios y paladines de causa divina contra causa humana. Cromwell lo comprendió así ántes que los demas, y lo predijo á su mujer desde las primeras batallas.

«Nuestros soldados—la escribia el dia siguiente de un encuentro—se hallaban en tal estado de cansancio y de abatimiento, cual no se ha visto; mas plugo á Dios inclinar la balanza de su lado, y aun cuando éramos pocos y muchos los contrarios, chocamos unos contra otros, peleando cuerpo á cuerpo buen espacio, logrando romperlos al fin y ponerlos en fuga. Yo caí sobre su jefe, lord Cavendish, jóven bizarro de veintitres años, espejo de la nobleza y de la corte, y lo perseguí hasta una marisma, en la cual sus jinetes se atollaron y mi teniente lo atravesó de una estocada. El honor de la jornada corresponde á Dios, á quien debemos atribuir el vencimiento de nuestros enemigos. ¡El te inspire y te ilumine!»

XLVIII.

Véase cómo dispuso de su módico haber en pro de la causa que defendia:

«Y ahora que hablo de esto, debo deciros—escribia Cromwell á su primo Saint-John—que la guerra de Irlanda y de Inglaterra me ha costado ya

treinta mil pesetas; razon por la cual no puedo auxiliar en lo sucesivo con mi peculio al Erario público. He dado á la causa de la religion mi caudal y mi fe, y estoy dispuesto á darle la vida; y como mi familia lo aprueba, y mis compañeros y soldados piensan de igual modo, mis tropas aumentan cada dia, viniendo á engrosarlas honradísimos varones, ejemplarísimos creyentes, hombres, en fin, tales, que si los conocierais los amarías cual yo los amo!»

El pueblo denominaba los soldados de Cromwell *Costillas de hierro*, aludiendo á su imperturbable confianza en Dios y á su resistencia en los combates. «Mis soldados no es á mí á quien aman con idolatría,—escribió una vez al presidente de la Cámara,—sino á vos, que no en otro tienen puestos los ojos, y que no por otro se hallan prontos á morir ó vencer; y esto es así, porque ántes aman su fe que no su jefe. El Señor es nuestra fuerza, y la gloria que buscamos es la del Todopoderoso. Rezad, pues, por todos nosotros, y pedid á los amigos que tambien nos encomienden.»

«No falta quien diga—escribia pocos dias despues á un amigo—que somos facciosos, y que tratamos de imponer por la fuerza nuestras opiniones religiosas, lo cual detestamos y aborrecemos tanto, que de mi parte os aseguro, con toda sinceridad, que nunca podria serme simpática la guerra que hacemos si no estuviera persuadido de su legitimidad y de su eficacia para defender nuestros derechos; terreno en el cual me propongo demostrar que soy tan honrado y sincero como recto. Perdona me si os importuno; pero no tengo costumbre de notar cartas, y por eso cuando veo el papel blanco delante de mí, paréceme que me brinda con sus már-

genes para exponer en ellas las cuitas que me sobrecogen. ¡Ni á quién comunicar mejor que á un amigo las calumnias que nos afligen, ni con quién tampoco desahogar las angustias más confiadamente!»

Más adelate refiere á su colega Fairfax un encuentro de sus tropas con un grupo de *clubmen*, partido neutral, pero en armas, que se habia formado por patriotismo para interponerse cuando lo estimaba necesario entre los realistas y el Parlamento, á fin de ahorrar á la nacion mayores y más sangrientos males.

«Despues de haberles dicho—escribia Cromwell—que no teniais otro propósito sino el de pacificar el país, y que nuestras intenciones eran contrarias á los actos de violencia y de pillaje, despedí á los emisarios con encargo de trasmitir mis palabras. Pero, como á pesar de mis promesas hicieran fuego sobre nuestras tropas, mandé cargar sobre ellos, y les cogí algunos centenares de prisioneros, á los cuales mandé dejar luégo en libertad, tratándolos como á idiotas, aunque supiera los malos procederes que habian empleado ellos mismos con los prisioneros de nuestra causa que tuvieron la desgracia de caer en sus manos anteriormente.»

XLIX.

Ya no era posible conseguir avenencia ni transaccion alguna entre los dos partidos extremos que dividian la Inglaterra, pues ni los realistas hallaban términos hábiles de concertarse con un Parlamento que habia luchado contra el Rey en los campos de batalla, ni los parlamentarios, que comenzaron

siendo facciosos por despecho, eran ya monárquicos, sino republicanos, punto á que habian llegado por la fuerza misma de los sucesos. Y, tanto eran así, que hasta los textos de la Biblia contra los reyes, comentados por los puritanos en las ciudades y en los campos, les servian para republicanizar el pueblo y el ejército, formando con esto parte integrante de la doctrina religiosa la política. Pero si era Cromwell por naturaleza indiferente á las controversias estrictamente políticas, como no podia esperar el triunfo de su fe religiosa sino fiándola en todo al gobierno popular, y la Iglesia anglicana y la realeza se confundian en la persona de Cárlos, ó, mejor dicho, en la de cualquiera otro rey de su raza, y el puritanismo sólo se hallaba seguro bajo la república, el buen sentido de Cromwell lo decidió á destronar á los Estuardos, entronizando el *Reinado de Dios*. Comenzaban por entónces sus convicciones á tornarlo intransigente con toda idea de paz, siendo esto tanto más temible para sus contrarios, cuanto que iba de victoria en victoria, y que áun cuando no tenía el nombramiento de general en jefe de los parlamentarios, el prestigio de su nombre y de su fama eran tan grandes como si lo fuera. Empero, áun cuando sólo vencia la revolucion allí donde se hallaba él, nunca se atribuia la gloria de sus triunfos, cifrándola, juntamente con el contento que le producian, en Dios Todopoderoso.

«Este negocio es una nueva gracia divina,—escribia Cromwell despues de la toma de Worcester y de Bristol.—Bien veis que no se cansa el Señor de protegernos, y pues todo es obra suya, bendigamos y alabemos sin cesar su nombre.»

Todos sus partes y comentarios militares revelan idéntica confianza en la intervencion divina. «Quien

lea—dice al concluir la relacion circunstanciada de la batalla de Worcester—este despacho, no podrá ménos de ver en toda ella la mano de Dios.» «Y sería necesario—añade—no creer en él para dudarlo. Pero si pensamos siquiera en el fervor de nuestros soldados, luégo comprendemos que así debia suceder. ¡Y cuán grande no es ahora su gozo al considerar que han sido los instrumentos de la gloria de Dios y de la salud de la patria! El Señor se ha dignado, en efecto, elegirlos para ejecutar grandes designios, y los que han merecido tan señalada distincion harto saben que solamente la fe y las oraciones les han dado la victoria y hecho dueños de las plazas que ántes tenía el enemigo en su poder. Pero si presbiterianos, puritanos é independientes se sienten animados del mismo espíritu de oracion y de fe, y piden las mismas cosas y lás obtienen de lo alto, con lo cual demuestran estar conformes y acordes, ¡cuán doloroso es que no suceda lo propio en política! No obstante, si para las cosas espirituales no empleamos con nuestros hermanos otras armas que las de la razon, para las demas Dios ha puesto la espada de su justicia en manos del Parlamento, y si su vista no intimida y sujeta los malvados, y acaso hubiera quien intentase despojarlo de ella, confundido sea, y Dios la conserve siempre en cuyo poder está!»

L.

Durante sus campañas habia casado Cromwell á dos de sus hijas, una de las cuales, llamada Brígida, la más jóven de todas, con el republicano Ireton. Esta era la preferida de su padre, quien gus-

taba de comunicarle sus pensamientos religiosos por hallar en ella los síntomas característicos de su propia exaltacion y ardiente misticismo. Citaremos algunos fragmentos de la correspondencia de Cromwell con su hija, y que servirán á demostrar cuál era la preocupacion constante de su ánimo.

«No quiero escribir á tu marido,—le dice una vez,—porque luégo me contesta cartas eternas, y ni tengo tiempo de leerlas, ni quiero tampoco que trabaje tanto en esas cosas.

»Tu hermana Claypole (la hija mayor de Cromwell) está preocupada de ideas que la perturban el seso, viendo cuánta es su vanidad y los errores lamentables á que la expone su espíritu carnal. Pero me consuela mucho que busque la única cosa en la cual sea posible hallar la paz y el sosiego del alma, pues quien busca del modo que lo hace tu hermana, se coloca por esto sólo en primera línea despues de los que han hallado, y los séres humildes y fieles que se muestran tan diligentes para encontrar, hallan al fin. ¡Bienaventurado el que busca! ¡Bienaventurado el que halla! ¿Quién ha podido gozar de la gracia del Señor un sólo instante sin sentir ánsias vivas de llegar á la plenitud de ella? Hija mia muy amada, pide sin descanso fervorosamente al Señor que ni tu marido ni cosa ninguna puedan entibiar jamás tu amor á Jesucristo; que si tal haces, tu mismo marido será nuevo y eficaz estímulo que te anime á servir y amar á Dios con más empeño, no amando en él sino la imágen de Cristo que lleva en sí! Atiende á esto y prefiérelo á toda otra cosa, y no ames lo demas sino por esto solamente! Adios; no me olvido de vosotros en mis oraciones; acordaos de mí en las vuestras!...»

Despues de haber trascrito estos fragmentos de

las cartas familiares de Cromwell, se ocurre preguntar si acaso puede ser este lenguaje de astuto político, que áun á los ojos de la hija preferida permanece misteriosamente velado, y cuyas más íntimas confidencias de familia no son otra cosa que indignas supercherías ocasionadas á engañar á una generacion que no habia de leerlas en vida suya.

LI.

Pero no era sólo el general quien daba muestras de tanto misticismo, sino todo el ejército.

«Miéntras hacíamos la mina para volar el castillo—escribe Cromwell en un despacho relativo á la campaña de Escocia—predicaba Mr. Stapleton, y los soldados que lo entendian hablar daban testimonio de su compuncion con gemidos y lágrimas.»

«Gloriosa jornada es esta,—dijo despues de la victoria de Preston.—Así ayude Dios á la Inglaterra á corresponder á sus singulares mercedes y á sacar provecho de sus misericordias infinitas, como yo lo deseo!»

Y despues de otra derrota sufrida por los realistas, escribia estas palabras á su primo Saint-John:

«No puedo hablar, ni decir cosa ninguna, en fuerza de la gratitud que siento hácia el Señor mi Dios por sus bondades tan señaladas. ¡Cuánto es grande y glorioso y digno de ser alternativamente ocasion de temor y de confianza para nosotros! ¡Fiemos en él y en su auxilio tan eficaz, que no faltará! ¡Alabe al Señor todo lo que respira y vive! ¡Recordadme á mi amado padre Enrique Vane (colega suyo en el Parlamento, y penetrado de su celo religioso y republicano), y que Dios nos ayude! Por lo que hace

cuanto puedan pensar los hombres de nosotros y de nuestras acciones, no debemos curarnos de ello; pues, al cabo al cabo, ellos harán segun la voluntad del soberano Señor, y nosotros serviremos las generaciones por venir. Y como no debemos esperar gloria y reposo verdaderos en este mundo, no debemos preocuparnos en modo ninguno del dia de mañana ni de otra cosa: punto y sazon este al que yo he llegado fortaleciendo mi espíritu con la lectura de la Biblia. Leedla tambien vos, leed á Isaias, versículos 8, 11 y 14, mejor dicho, leed todo el capítulo. Pero ántes, oid esto. Murió uno de mis pobres soldados en Preston. La víspera de la batalla, como estuviera muy enfermo y á punto de pasar de esta vida, llamó á su mujer, que trabajaba cerca de su lecho y le dijo:—«Tráeme un puñado de hierba.» Hízolo así ella, y viéndola, le preguntó si creia que despues de cortada se agostaría.—«Sí por cierto,» le contestó la buena mujer.—«Pues bien,» repuso el moribundo, «acuérdate de lo que digo: ¡Así sucederá con el ejército del Rey!»

»Y el soldado murió profetizando.»

LII.

Para Cromwell eran los combates juicios de Dios; hallaba siempre modo de justificar al Parlamento de los cargos que le hacian sus adversarios, y áun sus amigos tibios, cuando lo acusaban de haber extremado la resistencia, con argumentos exclusivamente religiosos, y confortaba y excitaba el cansado celo de sus parciales por medio de argumentos y discursos inspirados en la divinidad de su mision, pues el Mahoma del Norte, como el Mahoma de

Oriente, poseia en alto grado la resignacion obstinada en la contraria suerte, y así le acomodaba el papel de mártir como el de vencedor; estando de todas suertes demostrado con su conducta, que si al cabo de aquellos años de lucha gozaba de inmensa popularidad, no pudo esta vanagloria embriagarlo y desvanecerlo un solo punto.

—«¿Veis esa muchedumbre?—dijo por lo bajo á su amigo Vane el dia de su entrada triunfal en Lóndres;—pues habria más si me llevaran á ahorcar.»

Pero si su corazon estaba en el mundo, su espíritu y su gloria remontaban muy alto el vuelo. Ninguno juzgó nunca mejor ni más gráficamente al pueblo; y, sin embargo, á pesar de la exactitud de sus apreciaciones no se creyó autorizado á despreciarlo, siendo el pueblo la criatura de Dios. Queria dominarlo, es cierto; pero sólo para servirlo mejor, y ni le preocupaba la idea de fundar dinastía, ni tampoco ambicionaba empuñar las riendas del imperio largo espacio. Era la personificacion, y lo sabia, de la interinidad, y por tanto el Señor Todopoderoso lo apartaria de la escena político-religiosa de su patria tan luégo hubiera completado su obra y robustecido y afirmado su fe, asegurando de una manera sólida é indestructible al pueblo inglés la libertad de conciencia.

LIII

Sin embargo, el valor del Rey y la lealtad de sus parciales prolongaban la guerra civil con éxito vário, y aumentaba las probabilidades de resistencia el desembarco de la Reina, su mujer, que impaciente por abrazar á Cárlos y á sus hijos y de socor-

rerios, habia llegado á las costas de Inglaterra con refuerzos de Holanda y de Francia. Entónces fué cuando el almirante que mandaba la flota del Parlamento y que no supo ni pudo impedir el desembarco de los expedicionarios, se acercó de noche al lugar donde se hallaba Enriqueta, y rompió el fuego de su artillería desde abordo sobre la cabaña en que dormia la heroica Princesa, viéndose obligada para salvar la vida y asegurar el éxito de su expedicion, á huir medio desnuda de las ruinas de su asilo, y á buscar abrigo detras de un ribazo á las balas de sus súbditos; logrando al cabo de muchas penalidades y sobresaltos reunirse con su marido, á quien tanto amor, abnegacion y esfuerzo acrecentaron el denuedo y la bizarría.

Dióse de allí á poco una batalla en Marston, siendo iguales las fuerzas de los contendientes, y el Rey peleó cuerpo á cuerpo con los soldados de Cromwell, que aquel dia mandaba las tropas del Parlamento. Cincuenta mil hombres, patriotas todos, regaron en vano con su sangre la tierra que los vió nacer, pues el Rey, vencedor en la jornada, quedó abandonado de sus principales capitanes y parte de las tropas, habiendo de replegarse al Norte. Todavía se atrevió á embestir en su retirada al ejército del conde de Essex, generalísimo del Parlamento, derrotándolo por sorpresa. Vencido el Conde, y perdido su ejército, se embarcó la vuelta de Lóndres, donde á la usanza romana, el Parlamento le agradeció su conducta, y felicitándolo por su confianza en la patria, le dió nuevas tropas.

Estas tropas unidas á las de Cromwell y del conde de Manchester, dispersaron las del Rey en Newbury; pero Essex, aunque vencedor, hastiado ya de las diferencias que trabajaban á sus huestes, obtuvo

ser reemplazado por Fairfax, modelo de patriotismo y héroe de batalla, si bien incapaz de dirigir una campaña. Fairfax, no obstante, tuvo la modestia de pedir á Cromwell por segundo y consejero, y con esto quedó el Rey sin esperanza ninguna de reconquistar la Inglaterra, y hasta de poseer la tierra que pisaba. En efecto, Fairfax, Cromwell é Ireton, yerno de Cromwell, lo atacaron y vencieron en Naseby, siendo á seguida destruidos y dispersados sucesivamente por Fairfax y Cromwell los cuerpos de ejército de los últimos parciales de Cárlos.

Mas en tanto que la Inglaterra sacudia por completo el yugo del Rey, un héroe jóven y bizarro, llamado el conde de Montrose, reanimaba el abatido espíritu realista en Escocia por obra de una conspiracion caballeresca y de una batalla ganada sobre las huestes puritanas. Empero los bravos montañeses de Montrose, más ocasionados á realizar proezas que á sostener campañas regulares, no bien hubieron obtenido la victoria, se dispersaron para volver al seno de sus familias, y entónces Montrose perdió en un dia el fruto de sus hazañas. Porque, como cayeran sobre él en ocasion de hallarse solo y desprevenido los puritanos, tuvo que huir á la espesura de los bosques, donde se guareció y pudo escapar á sus perseguidores merced á varios disfraces, hasta que al cabo lo delató la hermosura de su rostro y la elegancia de sus maneras, siendo por ellas reconocido, encarcelado y muerto en cadalso; acabando por tan sublime manera como fué su empresa heroica, y sellando con el martirio su fe acendrada en la monarquía, de cuyo representante fué aquella vez el postrer amigo!

LIV.

El Rey, á quien sólo quedaba un puñado de caballeros alrededor suyo, escribió entónces á Enriqueta, que pues no podia pelear como rey, preferia morir como soldado; y despues de separarse de su esposa, tan amada siempre y en aquellos momentos amargura de su alma, y de hacerla partir para el Continente, se refugió en Oxford con los restos del ejército que aún le permanecia fiel. Una vez allí, cuando hubo llegado la noche y miéntras descansaban sus soldados, salió por una puerta secreta, seguido solamente de tres servidores, y se dirigió sin ser conocido á la colina de Harrow, desde la cual estuvo contemplando un espacio á Lóndres y deliberando consigo mismo si deberia ó no entrar en la ciudad para entregarse á merced del Parlamento ó para entorpecer sus acuerdos con su presencia. Pero desechando estos pensamientos, prefirió dirigirse con ostensible confianza al cuartel general de los escoceses, cuyo ejército, si era eficaz auxiliar de sus enemigos, áun no habia renegado, como los ingleses, de la jurada fidelidad á la Corona.

Sorprendidos de su aparicion los generales, y no atreviéndose desde los primeros momentos á desmerecer de su confianza, le tributaron los honores debidos y le dieron guardia que ántes lo vigilase que no lo defendiese, con encargo de disimular su cautiverio cuanto más fuera posible. Abriéronse por aquellos dias negociaciones entre la Cámara y el Rey; mas fueron tales las exigencias del Parlamento que tanto valia, de aceptarlas, suscribir la renuncia de la realeza; como que recuerdan la Constitucion

de 1791 impuesta por la Asamblea legislativa y los jacobinos á Luis XVI. Cárlos se negó á ceder, y rechazó las condiciones.

Pero miéntras tenian lugar estos tratos, el ejército escoces negociaba traidora y villanamente con el enemigo la libertad del Príncipe que se habia entregado á él fiado en su honor, y consentia, por último, en venderlo al Parlamento por precio de ochenta millones; comercio infame y judaico que arrojó aquel dia una mancha de indeleble afrenta sobre la historia de Escocia, pues áun cuando su Cámara se negó en un principio á ratificar la venta convenida, el partido popular y fanático del clero escocés, le hizo fuerza para que viniera en ella.

Cárlos I jugaba en su cuarto al ajedrez cuando le llevaron el papel que decia lo necesario á quitarle hasta la última esperanza en órden á su futura suerte. Y estaba ya tan connaturalizado con la desgracia y érale por tal modo familiar, y tenía, en fuerza de la costumbre, tanto hábito de las contrariedades y desventuras, y era tanta su resignacion y él tan dueño de sí mismo, que continuó la partida sin distraerse ni palidecer, dejando á los testigos, que ignoraban el contenido del despacho, persuadidos cuando ménos de que no era mensajero de malas nuevas. La tarde misma de aquel dia fué Cárlos entregado por los escoceses á los comisarios del Parlamento, y atravesó despues prisionero, pero sin recibir insultos y ántes con muestras de respeto y cariño de parte del pueblo, las provincias que lo separaban de Holmby, punto designado por las Cámaras para servirle de prision, y en el cual sufrió rudo y brutal cautiverio. Y como el Parlamento y el ejército, divididos ya en materia de conducta, parecieran disputarse su posesion, Cromwell, que

conocia el fanatismo de los soldados, idéntico al suyo, y que temia, si la Cámara se apoderaba de Cárlos, que hiciera un acomodo con él funesto á la república, única garantía en su concepto de la fe puritana, lo mandó sacar de Holmby, á espaldas de Fairfax, su general en jefe, por uno de sus oficiales á la cabeza de quinientos hombres escogidos. Cárlos, que creia ser peor tratado de la milicia que no del pueblo, resistió, pero en vano, al emisario de Cromwell, cediendo al fin á la fuerza, y dejándose llevar por sus nuevos carceleros á Cambridge, centro á la sazon del ejército inglés.

LV.

Ofendido el Parlamento de la conducta del ejército, é impresionado de aquel acto de omnipotente arbitrariedad, reclamó el Rey. Pero acostumbrado ya el ejército á exigir y á imponerse al poder civil de la nacion, se sublevó contra el Parlamento y contra Fairfax, su general en jefe, proclamando por su caudillo á Cromwell, héroe del fanatismo puritano y de los soldados, y se dirigió sobre Lóndres, arrastrando á los capitanes en la rebelion.

Lo cual sabido del Parlamento acordó contener las tropas invasoras, cediendo á cuanto querian, para evitar su entrada en la capital en són de guerra, y quedando desde aquel punto sojuzgado del ejército como el Rey lo habia sido de él, y convertido en instrumento de Cromwell, quien, para demostrarle sin duda y hacerle sentir el peso de su influencia, lo expurgó de aquellos de sus individuos que más contrarios se habian mostrado á la milicia.

Cromwell y Fairfax trataron al Rey con más con-

sideraciones que los comisarios del Parlamento, y le consintieron ver á su familia é hijos detenidos hasta entónces en Lóndres. Cromwell, á quien no podrá negarse la cualidad de padre cariñoso, y que asistió á la entrevista de Cárlos con los suyos, se conmovió y lloró abundantes lágrimas; que áun prevalecian en él los sentimientos humanos sobre las preocupaciones del sectario, y creia que su causa no necesitaba para triunfar de todo y de todos del suplicio del Rey, sino de su destronamiento. Y como guardaba siempre á su prisionero cuantos miramientos y respetos eran compatibles con su fe, y no hablaba de las virtudes personales del monarca, del padre y del esposo sin dar muestras de admiracion afectuosa, impresionado Cárlos de su conducta y agradecido á ella, y acaso estimándola por presagio feliz de mejores tiempos, solia decir á Cromwell y á sus oficiales cuando le visitaban y á su modo le hacian la corte:

«Vendreis á mí por necesidad, porque ni podreis subsistir sin mí, ni conseguireis nunca reconstituir la nacion sino bajo mi cetro.»

Como se ve, tenía el Rey más esperanza entónces en el ejército que no en el Parlamento. Cromwell le hizo disponer habitaciones suntuosamente alhajadas en el palacio de Hampton-Court, y en esta residencia fué, aunque prisionero, árbitro de las negociaciones entabladas con los principales partidos que buscaban el medio de robustecerse atrayéndolo á su causa.

Eran los tres bandos principales el ejército, el Parlamento y los escoceses; pero Cromwell y su yerno Ireton se creian más seguros de influir en el ánimo de Cárlos para bien de su causa que los otros. Sin embargo, una casualidad les abrió los ojos, des-

cubriéndoles la verdad. Porque como hubiera escrito el Rey una carta secreta para su mujer, y encargado á uno de sus criados de confianza que la escondiera bajo el forro de la silla de su caballo, y la llevase á Douvres, en cuyo puerto los pescadores le servian de correos, y Cromwell é Ireton lo sospecharan, quisieron cerciorarse por sí mismos de la manera íntima de pensar de S. M. Al efecto redoblaron su vigilancia, é informados de la salida del mensajero y del sitio donde iba oculto el papel, montaron á caballo y se dirigieron de noche á Windsor, horas ántes de pasar por allí el emisario.

«Nos apeamos—dijo algun tiempo despues Cromwell—en una posada, y empleamos parte de la noche bebiendo cerveza. Cuando el vigilante apostado en el camino avisó que se acercaba el correo de S. M., salimos de la venta, y poniéndonos en medio de la carretera con las espadas desnudas lo detuvimos, diciéndole que teníamos encargo de registrar á los viajeros que transitaban por allí. Echó pié á tierra el jinete, descinchamos el caballo, entramos la silla en la venta, dejando fuera, sin hacer caso de sus protestas, al que la montaba; cerramos la puerta, pusimos los arreos sobre la mesa en que habíamos bebido, acertamos con el escondite de la carta, y cuando la hubimos en nuestras manos devolvimos el arnés al caminante, dejándole marchar persuadido de que todo el registro hecho se habia reducido á las pistoleras y al maletin de la grupa. Solos de nuevo, abrimos y leimos la carta del Rey á su mujer, y viendo en ella que preferia de todas las facciones que lo solicitaban á los escoceses, volvimos al campamento resueltos á perderlo, ya que nada podíamos esperar de Cárlos para nuestra causa.»

LVI.

Comenzaron por reforzar las guardias y aumentar la vigilancia; pero el Rey burló una cosa y otra, y seguido de sus confidentes Berkley y Ashburnham, atravesó de noche sin ser visto el bosque de Windsor, dirigiéndose orillas del mar; y no encontrando el esquife que debia esperarlo, buscó asilo en la isleta de Wight, cuya fortaleza, mandada por oficial que suponia fiel á su causa, le brindaba seguridad é independencia para tratar libremente con su pueblo. Mas de allí á poco y cuando ya no tenia remedio advirtió el desdichado que allí donde se creyó dueño era prisionero, pues el Gobernador del fuerte si obedecia en apariencia á Cárlos, en secreto cumplia las órdenes del Parlamento.

El Rey pasó el invierno en negociaciones con los comisarios del Parlamento. Pero entretanto perdian el tiempo unos y otros, Cromwell, Ireton y sus oficiales más fanáticos, preocupados é inquietos del término que pudieran tener las respectivas transacciones del Monarca y los diputados, se congregaron en Windsor secretamente, y despues de haber implorado con lágrimas en los ojos y fervorosas oraciones, inspiradas del fanatismo que los poseia, la gracia del Señor para ilustrar la deliberacion, tomaron el acuerdo de proclamar la república, de someter al Rey á un tribunal de Estado, y de inmolarlo, segun sus palabras, á la salud del pueblo.

«Porque—dijo Cromwell—no habrá paz ni sosiego alguno en la nacion, ni seguridad para los *santos*, miéntras pueda ser el príncipe, siquiera sea encerrado en estrecha cárcel, instrumento, móvil ó

pretexto de negociaciones, secreta esperanza de ambiciosos, y objeto de lástima ó simpatía de los pueblos.»

Religion implacable inspiró á los fanáticos, miedo á los cobardes, ambicion á los audaces, y por tal modo la pasion de cada uno pasó á los ojos de todos por respuesta del cielo, acordándose la comision del crímen por unanimidad. A partir de aquel dia el crímen, consumado en la mente de Cromwell, pareció extraviar visiblemente su alma, despojar de inocencia su religion, de sinceridad sus palabras, de piedad su conducta, y mezclar y confundir y amalgamar en todos los actos de su vida la astucia del ambicioso y la crueldad del malhechor á la supersticion del sectario; no siendo ya posible leer en su alma con claridad, en fuerza de lo enigmático y oscuro que se torna con todos y consigo mismo, dejando el ánimo siempre perplejo y sin saber si sólo fué fanático, ó no fué más que asesino: justo castigo de la resolucion criminal que confundió los intereses de su causa con el derecho de vida ó muerte sobre la víctima, y que se valió de medios reprobados para sacar triunfante la virtud!

LVII.

Al propio tiempo que los conjurados de Windsor pronunciaban la sentencia del Rey, él tambien se condenaba en la isla de Wight, rompiendo las negociaciones con el exigente Parlamento, y negándose á suscribir la humillacion de la Corona. Desde aquel punto ya no usaron sus carceleros de miramientos con él, ni le disimularon su cautiverio bajo las apariencias del respeto debido

á la majestad, y quedó encerrado como en calabozo en una pieza del castillo, sin poder comunicarse con sus amigos, y reducido á la compañía y servicio, durante triste y crudo invierno, de un pobre valetudinario que llegaba cada dia con sus comidas y cuidaba del fuego de su chimenea. En esta soledad de prisionero, aislado de todos los suyos, sin objeto alguno que lo distrajera de la memoria de las cosas pasadas ni del pensamiento de las porvenir, como no fuera el sordo rumor de las olas que iban á romperse al pié del castillo, vigorizó más el rey Cárlos con auxilio de la religion su alma fuerte ya de suyo, aunque tierna, y se puso en condiciones tales de espíritu que pudiese arrostrar la muerte que le destinaban los partidos coligados contra él para perderlo. Pero siendo su vida la prenda que cada faccion temia dejar en manos de la contraria; y como, por otra parte, ninguna de ellas odiaba en el Rey al hombre, sino á la institucion que representaba, y que todas querian derribar y destruir, su muerte, del propio modo que la de los proscriptos de Antonio, Lépido y Octavio en Roma, fué una manera de transaccion, de sacrificio mutuo que se hicieron opuestos bandos de ambiciosos y cobardes.

Otra faccion más radical todavía, la de los *niveladores*, comunistas religiosos de aquel tiempo, comenzaba por entónces á dar muestras de vitalidad en el seno mismo del ejército de Cromwell. Pero la nueva secta, suscitada sin saberlo ni quererlo por Cromwell mismo, y amparada de textos de la Biblia y del Evangelio á imitacion suya, interpretados en el sentido de la igualdad absoluta de las condiciones y de la participacion de los bienes celestiales en la tierra, quedó sofocada en la sangre de sus pro-

pios soldados apénas nacida por el futuro protector; pues, á medida que se acercaba al poder y que iba contrayendo hábitos de mando, el sectario cedia en él al político, desapareciendo el misticismo á impulsos de la sed de mando: que ya comenzaba Cromwell á relegar á las alturas del cielo aquellas teorías que áun pareciéndole santas por sus aspiraciones, eran inaplicables en las sociedades humanas.

Y como su buen sentido le revelaba la necesidad de gobierno y el respeto á la propiedad, cosas ambas instintivas en el Estado y la familia, para ir preparando acaso la solucion de ulteriores problemas, y facilitando sin duda la del más grave de los planteados en aquel momento histórico, se presentó en Lóndres, hizo purgar segunda vez el Parlamento de aquellos diputados adversarios suyos, por el coronel Pride, y proclamó la república bajo el nombre de Convencion del Pueblo.

A instigacion de los puritanos y de los demócratas, decidieron Parlamento y ejército comenzar el proceso del Rey. Todavía se mostraba remiso, al ménos aparentemente, Cromwell, considerando la enormidad del atentado que iban á cometer entre todos, y entónces fué cuando desde su escaño de la Cámara y en un discurso ántes de inspirado que de político, en el cual parecia ceder á influencias sobrenaturales para consentir en el juicio del Rey, dijo poseido de profunda emocion las siguientes palabras: «Si alguien me hubiera propuesto de su propio movimiento juzgar al Rey, lo habria considerado como al mayor de los traidores; pero toda vez que la Providencia y la necesidad nos imponen tan penosa tarea, sólo me resta pedir al cielo humildemente que ilumine vuestro consejo, ya que no estoy

preparado á daros siquiera mi parecer en órden á una medida de tanta trascendencia.

»Empero debo deciros, añadió con tono y actitud de grande humildad, que, cuando hace poco tiempo todavía, presentaba peticiones en favor de S. M., sentia que mi lengua se pegaba al paladar como negándose á darles el apoyo de la palabra, y que, desde aquel entónces comenzó á parecerme tan sobrenatural sensacion respuesta del cielo, que se negaba por tal modo á oir mi súplica y deferir á mi deseo, sellando mi boca y enmudeciéndome cuando queria pedir en bien del Rey...!»

Estas palabras recuerdan el *Alea jacta est* de César, al entrar con su caballo en el Rubicon. Pero no estará demas añadir al propio tiempo que el Rubicon de Cromwell era la sangre de un monarca inocente, derramada por la criminal ingratitud de su pueblo.

Dejóse arrastrar el Parlamento de la violencia de sus malas pasiones, y votó la acusacion, encargando al coronel Harrison, hijo de un carnicero, persona brutal y de sanguinarios instintos, para que fuese á buscar al Rey á la isla de Wight, como reo destinado al cadalso. Al pasar S. M. al pié de las ventanas del palacio de Windsor, oyó una voz lastimera que le decia por entre los barrotes de una claraboya: «¿Es posible, señor, que así os vean mis ojos, á vos tan bueno?

El Rey conoció al que le hablaba de esta suerte, que no era otro sino Hamilton, uno de sus antiguos servidores, como él destinado á morir á manos del verdugo, y le contestó: «¡Así, al ménos, he querido siempre serlo con vos!»

Pero el feroz de Harrison no consintió que se prolongara por más tiempo la plática, y obligó al Rey á continuar su camino á paso acelerado, si-

guiéndolo Hamilton con la vista, la voz y los ademanes, y llegando á Lóndres de esta manera, donde lo esperaba un tribunal compuesto de trescientos treinta y tres individuos; pero en realidad de setenta, únicos que asistieron á él. Alojáronlo en su propio palacio de White-Hall, trasformado en cárcel para custodiarlo, y ciertamente que al verlo entrar prisionero en su antigua morada hubiera costado trabajo reconocer en Cárlos al príncipe augusto que ocupó el trono de Inglaterra, por más que aún conservara la distincion de maneras, la dignidad y la calma propias de su persona, pues durante los meses de cautiverio que pasó en la isla de Wight se habia dejado crecer la barba, y que por efecto sin duda de tan prolongado encierro cubria su rostro extraordinaria palidez. Hubiérase dicho que llevaba ya el sello de la muerte impreso en el rostro, y que como habia perdido toda esperanza en la tierra, sus miradas y sus pensamientos sólo tenian por objeto el cielo. Ninguno, en efecto, estuvo más preparado que Cárlos I á ser víctima de la iniquidad de los hombres.

Reuniéronse los jueces en la gran sala gótica de Westminster; y al primer llamamiento de los individuos que debian componer el tribunal, como nombrasen á Fairfax, ausente á la sazon, una voz que partió de la muchedumbre de los espectadores, dijo: «¡Tiene demasiado buen sentido para estar aquí!» Y al darse lectura por un secretario al acta de acusacion, *en nombre del pueblo inglés*, gritó la misma voz: «¡Ni la décima parte del pueblo tampoco!» Lo cual oido del oficial que mandaba la guardia de la Cámara, mandó hacer fuego sobre la tribuna de donde salian estos mentís á la majestad del Parlamento, si volvian á repetirse; pero buscando entre

tanto á los culpados, se descubrió que quien habia proferido aquellas palabras era lady Fairfax, la esposa del generalísimo. Esta dama, que se dejó llevar en un principio, lo propio que su marido, de las nuevas ideas, abrazando y siguiendo con entusiasmo la causa del Parlamento, ahora temblaba como Fairfax mismo pensando en las consecuencias de su conducta pasada, y la redimia demostrando en aquel trance con bizarra nobleza la indignacion y la piedad que sentia juntamente, y su arrepentimiento de haber contribuido á poner la víctima en manos de sus verdugos.

LVIII.

Oyó el Rey esta muestra de arrepentimiento y perdonó á Fairfax con el alma las victorias alcanzadas por él sobre sus armas y que no quiso extremar tal vez hasta la muerte ó la humillacion de su persona, y siguió atento con la tranquila superioridad de la inocencia la lectura del acta de acusacion, mera fórmula legal del odio en que abundaban las palabras *traidor*, *asesino* y *enemigo público*, de tan elástico alcance, y que siempre sirven á los partidos vencedores para justificar la saña y la venganza de que hacen víctimas á los vencidos. Pero preocupado sobre todo con la idea de no mermar la majestad augusta de la Corona, de cuyo prestigio y decoro se consideraba depositario ante la Constitucion y los demas monarcas de la tierra, contestó que no se rebajaria en ningun caso al extremo de intentar justificarse ante un tribunal de súbditos suyos, y al que la religion como las leyes de Inglaterra le impedian reconocer.

«Fio, pues, á Dios mi defensa,—dijo Cárlos al concluir,—y callo temeroso de que ratificando en vosotros implícitamente, á virtud de mis respuestas, un poder y autoridad que no tiene más fundamento que las atribuciones de los bandoleros y piratas, atraiga sobre mí en la posteridad el cargo de haber infringido la Constitucion, en vez de hacerme digno de alabanzas por ser ahora mártir suyo.»

Lo cual, oido del presidente Bradshaw, calificó de blasfemia tan noble lenguaje, dejándose llevar de tal modo de la ira, que olvidó hasta la dignidad del oficio que allí ejercía y la gravedad del tribunal, y alentó con sus palabras insolentes el desenfreno del público. E imitando los soldados que de órden de Cromwell ocupaban el Parlamento y sus avenidas la procacidad de Bradshaw contra la persona del que habia sido su príncipe y era entónces su prisionero, cuando pasó Cárlos de regreso á White-Hall por delante de las filas, profirieron gritos de muerte contra él, escupiéndole al rostro. Cárlos no se irritó ni se humilló con estas profanaciones de su rango y de su desgracia, y alzando los ojos al cielo, evocó resignado el recuerdo de iguales ultrajes sufridos pacientemente por el Hombre-Dios, cuya fe y doctrina profesaba, diciendo sólo á los que iban cerca de él: «¡Hé aquí, señores, lo que hacen los mercenarios pagados para escarnecerme; lo propio harian mañana con quien hoy los tiene á sueldo, si yo los pagara para eso!»

La versatilidad del ejército, que tantas muestras habia dado de ser instrumento alternativo de todos los partidos, llamaba mucho su atencion desde los principios de la guerra civil; pero ántes le inspiraba lástima que no despecho. Sin embargo, aquel dia hubo un soldado que sintió vergüenza de la cobar-

día de sus compañeros y protestó contra ella, y al ver pasar delante de sí al Rey desposeido, afrentado de aquella turba soez y brutal, se prosternó, pidiendo al cielo con grandes voces que amparase *la majestad escarnecida de aquel Príncipe.* Pero, exasperados los oficiales con la leccion de dignidad y de respeto á la desgracia que les daba un pobre soldado, cayeron sobre él á estocadas, y allí mismo castigaron su piedad y su ruego juntamente, cual si fueran los mayores crímenes posibles. Cárlos apartó los ojos de aquella escena de ferocidad, exclamando:

«¡Qué suplicio! ¡y por qué causa!»

LIX.

Dominado el pueblo completamente por el ejército de Cromwell, era mudo é inmóvil espectador del proceso, limitándose á expresar con su tristeza y silencio la repugnancia y el dolor que le inspiraba la tragedia cuyo desenlace presentia, si bien esperaba que despues de haber obtenido el ejército para su satisfaccion la sentencia del Rey, ésta no se cumpliria, evitando por tal modo á la patria la vergüenza y la infamia del suplicio. No participaba Cárlos de las esperanzas de sus vasallos, y estaba en lo cierto desconfiando por completo en los hombres, pues no querian los republicanos consagrar á virtud de una indulgencia que habria parecido hija de la supersticion monárquica, el derecho de sus descendientes á la Corona, ni Cromwell tampoco, áun cuando no se forjara ilusiones para lo porvenir y creyera en la restauracion inevitable del trono al cabo de más ó ménos duradero eclipse; que tenía sobrada inteli-

gencia y conocia demasiado á los hombres para creer que podria fundar una dinastía su sangre y consolidarla, y harto desinteres religioso para desear siquiera encumbrarse á tales alturas. Pero si la gloria tan pasajera de las grandezas humanas desaparecia y se borraba de sus ojos cuando la comparaba con la del cielo, y toda su ambicion se cifraba, por decirlo así, en aspirar de una manera feroz á su salvacion eterna y á la de sus hermanos, queria que, asentada la república en la muerte del Rey y en el temor que su muerte produciria en los realistas para contenerlos, durase por lo ménos el tiempo necesario á fundar la libertad religiosa con solidez para resistir los embates combinados del catolicismo y de la Iglesia anglicana, si ambas volvian con los reyes, y que no pudieran prevalecer sobre los creyentes libres. Todas las cartas, confidencias y conversaciones de Cromwell en aquella época declaran que tales fueron los únicos pensamientos que lo preocuparon al desear la muerte de Cárlos I, pudiéndose decir que sobrenatural abnegacion de sí mismo le veló entónces la inicua barbarie del acto, y que una vez interrogada y obedecida su inspiracion, la calma y el sosiego implacables de su rostro y palabras, que los historiadores han calificado de crueldad, no fué sino efecto de fanatismo; fanatismo tranquilo, que Mr. Villemain calificó elocuentemente de *satisfaccion del crímen*, y que se reveló á la vista de todos los últimos dias del proceso por medio de palabras y ademanes tan cínicos como repugnantes, mostrándose, no el hombre de carne y hueso de otros tiempos, sino el sectario grosero y soldadesco. Pues siendo marido tiernísimo de su mujer, padre bondadoso y blando hasta el extremo de sus hijos, no perdonó al marido, ni al padre, ni

á los hijos en la víctima que ofreció á Dios en holocausto, al modo de patriarca del Antiguo Testamento, á quien profeta implacable hubiera mandado matar un rey enemigo de su pueblo. Porque la ferocidad propia de aquella época se habia comunicado íntegramente á su corazon al contacto de los libros santos, y esgrimia el cuchillo con mano tan sumisa como ántes blandió la espada; pudiendo decirse por tanto que ántes fué la muerte de Cárlos homicidio hebráico que no crímen inglés.

Y tanto era el celo de Cromwell y tan exaltado se hallaba su fanatismo en aquella circunstancia, que no sin oponer grandes dificultades, cedió á conceder á Cárlos I tres dias de vida despues de pronunciada la sentencia para prepararse á morir y consolar á los individuos ausentes y presentes de su familia; venciendo luégo con indignos é irónicos subterfugios la piedad y la indecision de los generales que le hacian presente la enormidad, la inutilidad y la barbarie de la ejecucion; eludiendo igualmente las súplicas de los embajadores que le ofrecian en pago de la vida del Rey las más ámplias compensaciones por medio de alianzas con Inglaterra y con él mismo; deshaciendo despiadadamente las gestiones de su deudo el coronel sir John Cromwell, encaminadas á salvar al reo, y repitiendo á todo y á todos la palabra del oráculo inspirador de sus actos, que, segun él decia, le contestaba siempre con esta frase, á pesar de sus ruegos y lágrimas para vencerlo: *¡La muerte!*

Y como si la muerte del Rey hubiera sido asunto de chacota y de burlas de cuerpo de guardia, sucedió por entónces que al entrar casualmente el coronel Ingolsby en la sala donde se hallaban reunidos los oficiales para ratificar la sentencia del Parla-

mento y negarse por su parte á suscribirla, en razon á parecerle inicua é injusta, Cromwell se fué hácia él riendo, y asiéndolo con sus brazos y levantándolo del suelo, lo llevó en volandas á la mesa, donde lo hizo firmar mal de su grado. Cuando todos hubieron puesto sus nombres con buena ó mala voluntad, y Cromwell los vió escritos en el papel que tenia delante, no cabiendo en sí de gozo, tomó la pluma de manos del último firmante, y mojándola en el tintero, la pasó por la cara del que tenía más cerca, rompiendo en carcajadas, sin advertir, ó advirtiendo acaso, que aquella tinta era la sangre de su Rey, asesinado por él!

LX.

Nunca pareció más evidente á los ojos de todos, en un mismo punto, el contraste singular que pueden ofrecer el asesino y su víctima, la ferocidad del fanático y la resignacion del hombre verdaderamente piadoso. Porque miéntras Cromwell se divertia, por decirlo así, con el hacha que habia de cortar el cuello al Rey, los tres dias otorgados á éste para disponerse á morir, revelaron al mundo cuánto el corazon de un hombre, príncipe, marido, padre y cristiano juntamente puede contener de grandeza, heroísmo, ternura, resignacion, esperanzas inmortales y santidad al propio tiempo. Pues los dias aquellos supremos los empleó Cárlos, única y exclusivamente, hora por hora, minuto por minuto, en vivir hasta el postrer momento con la calma natural y propia del varon justo cuya existencia hubiera sido preparacion constante á la muerte, aprendizaje de la eternidad, ó certidumbre

de que una vez llegado el trance temeroso de no ser en este mundo, gozaria la dicha inefable de los bienaventurados en el cielo; consagrándolos por entero á ejercicios religiosos y pláticas penetradas de resignacion, á examinar su conciencia severa y equitativamente, lamentándose, al recordar su conducta pasada, del inútil sacrificio de Strafford, consumado por culpa suya para vencer dificultades políticas; á las preocupaciones patrióticas propias del monarca y ciudadano que deja su patria sumida en las incertidumbres de sombrío porvenir, y á dolerse de la suerte aciaga de la esposa siempre amada y jóven aún, y de sus hijos pequeños que guardaban como rehenes sus implacables enemigos. Pero si estos pensamientos conturbaron su corazon con ánsias inexplicables y dolor inmenso, y afligieron su espíritu con tristes imaginaciones, luégo se sintió colmado de santa paz, de paz divina, de la paz sublime y perfecta que baja del cielo y penetra en la conciencia de los inocentes y justos al traves de las bóvedas de sus cárceles para consolarlos y fortalecerlos; como que de todas las agonías históricas, incluso la de Luis XVI, en el Temple, la que más semejanza ofrece con la del filósofo antiguo es la de Cárlos I de Inglaterra. Pero si bien la realeza y la religion imprimen carácter augusto y casi divino al suplicio de ambos príncipes, circunstancias que los colocan por sobre ciertos héroes del paganismo en razon á que la distancia que separa el trono del cadalso nos parece inconmensurable comparada con el espacio que media entre la vida y la muerte de los demas hombres, y á que cuanto mayor es el poder de los grandes, su riqueza y su felicidad, tanto es mayor el respeto y admiracion que infunden abandonándolo todo con

paz en el alma; y si bien rivalizaron en virtud Cárlos I y Luis XVI, la del de Inglaterra superó mucho á la demostrada por el de Francia: que Cárlos fué un héroe y Luis sólo un santo; grande hombre aquél en la plenitud de su fuerza, y éste sin más grandeza que la propia de un mártir resignado y sublime.

Sin embargo, la naturaleza (y en esto consiste la sublimidad de los últimos momentos de Cárlos, porque nada es bello fuera de sus límites) luchó mucho en él, aunque sin lograr vencerlo, cuando hubo de separarse de sus hijos. Eran éstos la princesa Isabel, el duque de Glocester y el de York, todos de tierna edad; que los demas, juntamente con el príncipe de Gales, se hallaban en Francia con su madre, la cual los habia sustraido á la vigilancia del Parlamento para reemplazar en el trono á su padre y para vengarlo. Isabel, áun siendo muy niña, era por extremo discreta y avisada, y aventajaba mucho, á pesar de sus pocos años, en madurez de juicio á sus hermanos menores; que las vicisitudes, el cautiverio, las agitaciones, los duelos constantes de la familia y la persecucion de que habia sido testigo desde la cuna, medraron su inteligencia en la desgracia, tan eficaz siempre para madurar el corazon de los niños. Amábala mucho Cárlos y se complacia en contemplarla y en hallar en ella cada dia nuevas gracias y encantos que le recordaban á la madre ausente. Hablábala y le comunicaba sus impresiones, y en cierto modo hacíala confidenta de sus temores y secretos; y pensando que guardaria en la memoria frescas y vivas sus palabras y que las trasmitiria con el calor de sus postreras caricias á su esposa, le habló así al despedirse de ella: «¡Dí á tu madre, hija mia, que miéntras ha sido

mi mujer, nunca, ni con el pensamiento, la he faltado á la fidelidad prometida, más por instinto que por deber; que mi amor hácia ella durará tanto como mi vida, y que cesaré de amarla en este mundo para comenzar de nuevo en la eternidad!»

Tomó luégo en brazos al duque de Glocester, á la sazon de cinco años, y lo sentó en sus rodillas, y queriendo fijar en su imaginacion infantil por medio de una imágen indeleble el consejo que dirigido á él daba, no obstante, á todos los suyos, le dijo: «¿Sabes que van á cortar la cabeza á tu padre?»

Lo cual oido del niño fijó sorprendido los ojos en su padre.

«Sí, van á cortarle la cabeza,—prosiguió él insistiendo para imprimir mejor el recuerdo de sus palabras con el espanto que habian producido en su tierno hijo;—y acaso quieran proclamarte por rey. Pero atiende bien á esto que voy á decirte: No debes ser rey miéntras vivan tus hermanos Cárlos y Jacobo. Si pueden coger á tus hermanos, les cortarán la cabeza como á mí, ¡y quién sabe si al cabo no harán lo propio contigo! Pero no te olvides de mi advertencia; no consientas en ser rey!»

El niño, en quien tan lúgubres palabras y tan solemnes consejos produjeron extraordinaria impresion, respondió con acento de resuelta obediencia y haciendo un enérgico ademan: «¡No seré rey; no quiero serlo; ántes me matarán!»

Cárlos, al oirlo y verlo en aquel momento, presintió en el heroísmo infantil de su hijo una manera de intervencion divina que lo tranquilizaba para lo porvenir en órden á la sucesion de la Corona cuando él ya hubiera muerto, prometiéndole por boca de un inocente probidad y justicia en los suyos. Lágrimas de alegría lloraba con esto el desgraciado

padre al devolver á sus carceleros y besar por última vez al duque de Glocester.

LXI.

Oíanse desde su cámara, en el palacio de White-Hall, los martillazos de los carpinteros que construian el cadalso, adosado á los muros del edificio; siniestros preparativos que si multiplicaban en el reo la sensacion de la muerte, no eran eficaces sin embargo á interrumpir la calma de sus conversaciones y de sus horas de sueño. Al despuntar del alba el dia del suplicio se levantó, y llamando á Herbert, el único servidor que le habian dejado le dijo que lo vistiera y peinara con más espacio y cuidado que nunca, para que su exterior fuese digno *de la grande y venturosa solemnidad en la cual tendrian fin sus aflicciones y comenzaria su vida eterna.* Despues pasó el resto de la mañana en compañía del venerable y elocuente Juxton, obispo de Lóndres, digno por su virtud y piedad de comprender aquella víctima y de asistirla en el trance supremo. Más en el cielo que no en la tierra se hallaban ambos interlocutores, cuando los oficiales de Cromwell interrumpieron la plática para prevenir al reo que habia llegado la hora.

El cadalso, como hemos dicho, se apoyaba en los muros de White-Hall, dando frente á la gran plaza de este nombre, y un pasadizo lo ponia en comunicacion con el palacio, por una de cuyas ventanas habia de salir el reo. Cárlos se presentó, avanzó por aquella manera de puente y llegó á la plataforma sin apresurar ni retardar el paso, cual si no quisiera diferir ni adelantar de su propio movimiento

la hora marcada por Dios. Nutridas filas de oficiales y soldados de Cromwell rodeaban el tablado. El pueblo de Lóndres y de las provincias vecinas cubria la plaza, los tejados, los árboles, las torres y balcones de todos los sitios inmediatos ó lejanos desde donde pudiera ser testigo de la ejecucion: unos para ver, otros para gozar, los más para dolerse de la víctima. Cromwell, que sabía el horror que inspiraba el suplicio de Cárlos á la inmensa mayoría de los ingleses, los cuales lo consideraban como un deicidio, queriendo impedir el efecto que pudieran causar las últimas palabras del reo á la multitud, no consitió que se acercara el pueblo al patíbulo, sino que permaneciese fuera del alcance de la voz. Pero el cadalso tiene tantos ecos, que á las veces alcanzan hasta las extremidades de la tierra y al fin de los tiempos los postreros gemidos de las víctimas sacrificadas en él. El coronel Tomlinson, designado por Cromwell para custodiar al Rey hasta que la sentencia quedase cumplida, viendo su firmeza, su resignacion y su tranquilidad se tornó su amigo, trasformándose por tanto el carcelero en servidor y adicto del preso; y como la mayor parte de los oficiales que rodeaban al coronel experimentaron en aquella circunstancia los efectos del culto involuntario que inspira siempre á los hombres el inocente condenado á muerte, acatamiento que la Divina Providencia le reserva cual si fuera el adios supremo de la tierra ó el presentimiento de que al fin la tarda justicia humana será equitativa con él en la posteridad, Cárlos apareció rodeado de numeroso cortejo de adversarios convertidos en parciales y amigos, más rey que lo fué nunca en las gradas del trono, cuando se adelantó para dirigir su voz al pueblo, triste privilegio

que corresponde al reo en Inglaterra, cuyas leyes le reservan el derecho de ser quien diga la última palabra en defensa propia.

Despues de justificar su inocencia y demostrar que cumplió estrictamente con sus deberes de rey empuñando las armas cuando el Parlamento se declaró en rebelion, y áun así para defender en la régia prerogativa una parte fundamental de la Constitucion, de cuya integridad era responsable ante sus descendientes, su patria y Dios mismo, reconoció con humildad cristiana que si estaba exento y libre ante la ley de los crímenes que se le imputaban, y por los cuales lo hacian morir, no lo estaba ciertamente á sus propios ojos de muchas debilidades y faltas que iba en aquel momento á expiar con la muerte, que aceptaba resignado por merecerla.

«Ratifiqué un dia cobardemente—añadió, aludiendo á Strafford,—una sentencia injusta, y la sentencia injusta que voy á sufrir es justo castigo de Dios, que me hiere por los mismos filos que yo herí á un inocente! No culpo, pues, á ninguno de vosotros de la muerte á que me condena la justicia divina, valiéndose de la iniquidad humana para mi castigo merecido. Y nada más digo al pagar con mi sangre la deuda contraida con Dios, y ser sacrificado por mi pueblo, sino que así logre mi muerte devolver el reino á la paz y á la fidelidad que debe á mis hijos como lo deseo.»

Todos los circunstantes lloraban, oyendo estas palabras, y Cárlos concluyó despidiéndose de los que fueron sus vasallos, é invocando á aquel que sería su verdadero juez, incorruptible y misericordioso á un tiempo. Calló, y entónces, viendo el obispo Juxton, que se volvia en direccion del tajo,

le dijo entre los suspiros y sollozos de los allí presentes:

—«Señor: solo un paso falta, penoso y duro á la naturaleza, pero corto! ¡Pensad que en un instante salvareis con ese paso una distancia inmensa, la que separa el cielo de la tierra, y que una vez en la presencia de Dios recibireis la merecida recompensa de vuestro sacrificio y la corona que nadie disputa, porque es la eterna!

—»Amigo mio, — repuso Cárlos, interrumpiéndolo y completando con perfecta calma la exhortacion del prelado;—cambio ahora una corona corruptible por aquella que nada puede corromper, y en cuya posesion quedaré ya para siempre!»

Iba el Rey á proseguir, cuando advirtió que uno de los allí presentes tomaba el hacha del verdugo que yacia junto al tajo, y temeroso de que pudiera mellarla y acrecentar así las sensaciones del golpe, le gritó con voz fuerte y vibrante: «*¡No la toqueis; dejadla!*»

Oró un momento en silencio, y terminada su postrera plegaria, se acercó al obispo Juxton para darle un abrazo, y le dijo, estrechándole fuertemente la mano como para grabar mejor en su memoria esta sola palabra: *¡Remember!* (¡Acordaos!); vocablo enigmático que luégo fué objeto de diversas interpretaciones y de comentarios más ó ménos misteriosos y violentos; pero que sólo tenía por objeto recordar la recomendacion ya hecha por el Rey al prelado de que si sus hijos llegaban á reinar en Inglaterra, perdonasen á sus enemigos. Juxton asintió con un movimiento; Cárlos se arrodilló y puso el cuello en el tajo; dos hombres enmascarados, que se supone fueron Cromwell mismo y uno de sus generales adictos, dispusieron al Rey de la manera conve-

niente y con el mayor respeto para el suplicio; y hecho esto, levantando uno el hacha, lo decapitó de un sólo golpe, y tomando el otro del suelo ensangrentado la cabeza, la mostró al pueblo, gritando:

«¡Hé aquí la cabeza de un traidor!»

Un murmullo sordo, pero inmenso, primera protesta de la conciencia popular, se levantó de la muchedumbre innumerable de los espectadores al oir estas palabras, que constituian ultraje más grande todavía que la ejecucion. Las lágrimas del reino protestaron así contra la ferocidad de los verdugos, y la Inglaterra se creyó, más que cómplice, culpada de parricidio y merecedora de castigo terrible. Cromwell comenzó á ser omnipotente, pero maldecido; y como asociaba la opinion pública en su persona el asesino al héroe y al político, no era posible que la libertad se sometiera de su grado á quien la ofendió en su poder y en sus recuerdos, siéndole ya desde aquel punto indispensable gobernar por medio del ejército vendido á él y cómplice suyo: que los soldados sirven y no discuten, y los suyos no tenian más conciencia que la paga. Por tal modo el crímen llevó á Cromwell á la dictadura.

El Parlamento á su vez se hallaba tan ligado y sometido á la voluntad del ejército y estaba tan divorciado de la opinion pública, que ni podia ni queria rehusar á Cromwell la menor cosa. Y como habia menester de un protector, hubo de someterse al tirano, quedando siervo suyo en el mismo punto que votó la supresion de la monarquía.

Deliberaron las Cámaras de allí á pocos dias en órden á los hijos del Rey, y se trató de colocar de aprendiza en una fábrica de botones á la princesa Isabel; pero la hija querida del Rey murió de dolor

por la muerte de su padre. No siendo posible por esto humillar y afligir á Enriqueta en la persona de Isabel, y contando el duque de Glocester muy pocos años para ponerlo en oficio, prefirieron los revolucionarios ingleses devolverlo á su madre, como así lo hicieron.

LXII.

Apareció entónces un libro terrible, obra y justificacion póstuma de Cárlos I, intitulado *Licon-Basiliki*, el cual produjo sensacion profunda, trastorno universal en las conciencias y en la opinion pública de Inglaterra, y terror tan extraordinario como hubiera podido causarlo una voz subterránea que saliera temerosa y amenazante de la entreabierta tumba del Rey ajusticiado. Este libro, apelacion de la virtud á la posteridad, distribuido á manos llenas en las clases populares y en toda Europa, incoaba nuevo proceso, el proceso eterno entre los reyes y sus jueces. Y fué tan inmensa y formidable la tempestad que levantó contra Cromwell, que intimidado el tirano buscó entre sus amigos los republicanos uno cuya voz fuera bastante fuerte para contrabalancear la de un muerto, hallándolo en Milton, el más épico de los poetas y el único inmortal de los demócratas ingleses. Milton estaba recien llegado de Italia, donde los manes de Bruto y Casio le inspiraron el asesinato político, justificado, segun él, por la tiranía. Y como habia contraido en su comercio literario con los grandes patriotas y los héroes populares del tiempo antiguo la noble pasion de la libertad republicana, vió en Cárlos I un tirano y en Cromwell un libertador, y creyendo

servir la causa de los pueblos oprimidos, impugnó el privilegio de la inviolabilidad de la vida de los reyes, cometiendo la bajeza injustificable de abogar por el asesino en contra de la víctima. Por eso consternó al mundo el libro de Milton sobre el regicidio. Ni tampoco podia ser de otra suerte, porque cuestiones de tal naturaleza no son para tratadas por el publicista, sino por el verdugo, y que cuando muchos imponen la muerte á uno por motivos políticos, la sentencia es acto de cobardía, si no crímen, no habiendo quien se precie de generoso, noble y justo que no se abstenga de aprobarla por equidad ó por clemencia. Por eso tambien el libro de Milton, que Cromwell pagó generosamente, nombrando además á su autor secretario del nuevo Consejo de Estado, bajo el Gobierno de la república, echó una mancha de sangre sobre su nombre; mancha que luégo desapareció en su vejez, cuando ciego, desvalido, menesteroso y proscripto como Homero, cantó como él, en un poema incomparable y divino, la primera inocencia de la tierra, la conspiracion del infierno, las facciones del cielo y el triunfo supremo de la justicia eterna sobre la rebeldía del espíritu del mal.

LXIII.

Puesto Cromwell en el caso de imponer silencio al pueblo inglés para ejercer la tiranía, hizo suprimir la libertad de imprenta por el Parlamento. Bien será decir al propio tiempo que le puso miedo el bando popular de los *niveladores*, que pretendia sacar las consecuencias antisociales de la igualdad y comunidad de bienes de la igualdad evangélica; y

que comprendiendo que quien ejerce la dictadura y deja expuesta la sociedad al saqueo, y á merced la familia de las utopias destructoras de la propiedad y del derecho hereditario, únicas bases de la existencia del género humano, ántes sería jefe de bandoleros que no de un Estado, su buen sentido le mostró la imposibilidad de razonar con semejantes ilusos y la necesidad de oponer un dique formidable que amparase juntamente la sociedad, la propiedad, el derecho hereditario y la familia, hogar sagrado de las naciones dignas del nombre de tales.

«En este caso,—exclamó un dia en el Parlamento, á presencia de los principales jefes del ejército, —no cabe transaccion ni tolerancia, ni término medio, sino reducir á polvo á ese partido, ó resignarse á que nos pulverice!»

Bastaron las palabras trascritas para dispersar á los *niveladores*, que desaparecieron de la escena, como algunos años despues, en tiempo de Cárlos II, con motivo de la insurreccion de Lóndres, como se desvanecerá siempre lo absurdo y lo imposible al luchar con la realidad.

Las divisiones que trabajaban al ejército y al pueblo, y que tan eficaces eran á contribuir al desarrollo y progreso del desórden, le sugirieron la idea de trasladarse á Irlanda, foco de anarquía y de rebelion, para vencer y dominar en aquel terreno á todos los malcontentos. Y poniendo sin más tardanza en ejecucion el proyecto, partió para la comarca insurrecta con refuerzos y rodeado de pompa régia, en carruaje de seis caballos, y seguido de un escuadron de su guardia y del Parlamento y del Consejo de Estado que lo acompañaron hasta Brentfort. Poco despues de su llegada fué vencido delante de Dublin el marqués de Ormond, que mandaba el ejér-

cito realista de los irlandeses, y así, de victoria en matanza, sofocó la insurreccion en sangre, permaneciendo nueve meses en el país entre combates y suplicios, hasta que las turbulencias de los escoceses le hicieron partir de allí, dejando encargado de continuar su obra y de imitar su ejemplo á Ireton, su yerno, acudiendo él al nuevo peligro.

LXIV.

La causa realista renacia de sus propias cenizas á cada paso. El príncipe de Gales, rey legítimo de Inglaterra por muerte de su padre, pero abandonado y hasta expulsado cobardemente de Francia por la servil complacencia del cardenal Mazarino con Cromwell, se refugió primero en Holanda y luégo en la isla de Jersey para estar más próximo y pronto á entrar en su patria por Escocia. Desde su asilo trataba el ilustre proscripto con el Parlamento escocés, compuesto de presbiterianos fanáticos; pero tan enemigos de la religion independiente de Cromwell como del llamado *papismo*, los cuales no le ponian otra condicion para restaurar su dinastía en el reino de María Estuardo que la de reconocer la Iglesia escocesa ó presbiteriana, especie de misticismo bíblico, feroz, con pretensiones de inspirado, establecida sobre las ruinas del catolicismo por un profeta llamado Knox la espada en mano, la excomunion en los labios y el fanatismo en el corazon; verdadera secta batalladora y propia para la guerra civil, que sustituia una intolerancia con otra y justificaba la ferocidad del pueblo con pretextos de risible santidad! La Escocia recordaba en aquellos momentos una tribu hebraica gober-

nada por supuesto espíritu divino, cuyos ministros fueran *inspirados* y sacerdotes, sin más teología que la demencia, ni otras prácticas que las naturales y propias del fanatismo; como que la superstición sincera en unos, hipócrita en otros, imprimia, no sólo á las costumbres, sino al Gobierno y al ejército de aquella insurreccion contra el catolicismo, austeridad y devocion tan implacables que renovaban las memorias terroríficas de la Inquisicion española. Vacilaba el príncipe de Gales, jóven de singular belleza, galan, enamorado, incrédulo, verdadero Alcibiades inglés, condenado á gobernar un pueblo de sectarios supersticiosos y crueles, en aceptar un trono que no podria conservar sino fingiendo el mismo fanatismo y la misma hipocresía de su Parlamento, ó rebelándose temerariamente contra el yugo de sus sacerdotes. Influia mucho entónces en sus dudas la circunstancia de que cuando las Cámaras escocesas le ofrecian la corona por tan poco precio; le brindaba con ella, pero más libre y gloriosa, el jóven y esforzado Montrose, tipo del paladin bizarro, que participaba igualmente del héroe de los tiempos antiguos y del caballero de la Edad media, y á quien comparan los historiadores contemporáneos con los varones ilustres de Plutarco y los personajes novelescos.

Era Montrose un caballero escocés de muy elevado rango y de cuantiosos bienes de fortuna, que despues de haber combatido al frente del ejército realista en favor de Cárlos hasta la conclusion de la guerra, logró llegar fugitivo al continente, y á quien su nombre, su causa, sus proezas, su juventud, hermosura, buen porte, amena conversacion y amables prendas de carácter, abrieron de par en par las puertas de las cortes alemanas, recibiendo

en todas ellas la mejor acogida sus proyectos de restauracion del trono legítimo en Inglaterra. Y como detestaba y despreciaba á los puritanos fanáticos, lepra de su patria, y era idolatrado de los *clanes* montañeses, gente rústica y belicosa parecida bajo muchos aspectos á la vendeana, y que no entendia sino de su espada y su rey, despues de haber alistado á su costa quinientos alemanes que sirvieran de núcleo al ejército que levantaria con solo presentarse á sus compatriotas, desembarcó en las costas de Escocia, y combatió cual héroe aventurero; pero con tan mala fortuna que cercado de las tropas del Parlamento ántes de haber podido sublevar á la mayoría de sus parciales fué derrotado, herido, hecho prisionero y llevado con grande aparato á Edimburgo para ser escarnecido y sacrificado por el fanatismo del clero y de las Cámaras (1). En efecto, con la cabeza descubierta y herida, las ropas hechas jirones y manchadas de sangre, un collar de hierro al cuello, una larga cadena en cada brazo, sujetas ambas á los cubos de una carreta, y el verdugo delante á caballo, entró el desdichado Conde acompañado de la monótona canturía de los salmos y de los gritos é insultos de los parlamentarios y del clero presbiteriano. El pueblo, dolido de que tanta desventura fuera el galardon del heroísmo, lloraba ocultando sus lágrimas temeroso de que la conmiseracion que sentia pareciese muestra de impiedad á los discípulos de Knox; pero, así y todo, el domingo siguiente predicaron los sectarios

(1) En la pág. 76 del presente estudio biográfico, á juzgar por los términos en que habla el autor de la prision y muerte de Montrose, parece fijarla en época muy anterior: pero es indudable que alude al desenlace final de la dramática historia del Conde.—N. del T.

contra la misericordia, diciendo que la dureza de corazon era el signo distintivo y característico de los elegidos del Señor.

Llevado el conde de Montrose ante la Cámara, cuyos individuos se atribuyeron facultades judiciales, defendió con elocuencia su honra, no su vida, en un discurso digno de los primeros oradores de Atenas y de Roma. El tribunal contestó condenándolo á muerte ignominiosa; y los sacerdotes presbiterianos, á pretexto de orar por la salvacion de su alma, despues de haber pedido su sangre, acudieron en tropel á la puerta de su calabozo para más ultrajarlo todavía con su ridícula caridad, diciendo á coro en voz alta: «Apiádate, Señor, del incrédulo protervo y traidor, que del suplicio á que lo condena la justicia humana pasará, si no lo remedias, al suplicio eterno que merece su impía perversidad.»

Hecho esto, le anunciaron que á virtud de su sentencia sería colgado en una horca de treinta piés de altura, en la cual permaneceria expuesto al público tres horas; que despues le cortarian la cabeza para clavarla en las puertas de la prision, y que, finalmente, se le descuartizaria, enviando sus despojos a las cuatro ciudades principales del reino para escarmiento de malhechores.

Lo cual oido del reo contestó: «Solo siento que no hagais más pedazos de mi cuerpo y que no los disperseis por las principales ciudades del continente para dar testimonio de vuestra perversidad y de la grandeza de la causa que defiendo hasta la muerte!»

LXV.

Cuando se vió libre de la presencia de sus perseguidores, Montrose, que cultivaba la poesía como lujo del alma, escribió unos versos consagrados al amor y á la muerte, y en los cuales eternizó la memoria de lo que más habia querido en la vida, mostrándose tan inspirado poeta en ellos como ántes cumplido caballero y bizarro paladin de la legitimidad en el combate.

Al otro dia sufrió la muerte con la resignacion del mártir.

Cuando Cárlos II supo en Jersey la derrota y la muerte de su amigo y el triunfo del Parlamento, no vaciló ya en aceptar la corona de las ensangrentadas manos de los presbiterianos escoceses, árbitros de todo á la sazon y sin rivales en Edimburgo, desembarcando en Escocia en medio del ejército que habia salido á su encuentro. Lo primero que vieron sus ojos al llegar fué un brazo de su partidario Montrose, clavado en las puertas de la ciudad por los mismos que ahora lo traian para sentarlo en el trono.

Fácil es conjeturar lo que sería el reinado de nuestro jóven pretendiente, dominado por el Parlamento, vigilado por el clero, sometido por los generales del ejército que abrazaba su causa, más prisionero que soberano de sus supersticiosos vasallos, obligado de la necesidad á fingir para complacerlos un fanatismo y austeridad de que se burlaba en su fuero interno, y perseguido en su propia casa por los profetas presbiterianos que acechaban hasta los latidos de su corazon para calificarle de

crímenes públicos las ligerezas propias de su edad. Cansado al fin de la vida que hacía, y prefiriendo la libertad á ser esclavo en el trono, huyó un dia de la corte con propósito de no volver más á ella y de buscar refugio léjos de tan enojosas influencias; mas lo alcanzaron fugitivo, y lo restituyeron á Edimburgo los escoceses; y como habian menester de su nombre para realizar sus fines, le otorgaron alguna parte de autoridad y le consintieron ponerse á la cabeza del ejército que marchaba sobre Inglaterra, llamado por los realistas del Norte.

Pero Cromwell le salió al encuentro con sus tropas, y penetró en Escocia. Burlando entónces el príncipe de Gales con catorce mil hombres las mal combinadas maniobras del Protector, penetró á su vez atrevidamente por la retaguardia del ejército inglés, y llegó á Worcester, á donde citó sus parciales de toda Inglaterra. Cromwell, no obstante, aunque sorprendido, infatigable, no le dejó tiempo de realizar su proyecto, pues cayó sobre Worcester con cuarenta mil hombres, peleó en las calles de la ciudad como un tigre, la inundó de sangre, y dispersó destrozados á los del Príncipe, quien, no sin haber acreditado su heroísmo y bizarría en la lucha, hubo asimismo de huir á favor de las tinieblas de la noche seguido de un puñado de caballeros. Despues de haber recorrido veinte leguas ántes del despuntar del dia, llegados que fueron á un bosque, abandonaron los caballos y se dispersaron á la ventura.

LXVI.

Acompañado únicamente del conde de Derby, caballero inglés que le habia llevado el contingente de la isla de Mann, se refugió primero Cárlos casa de un labrador llamado Penderell; tomó el traje y las herramientas de los leñadores, y juntamente con los cuatro hijos de su huésped se consagró á las faenas campestres para mejor burlar la vigilancia de los soldados de Cromwell, que lo buscaban por todas partes, hasta que las visitas domiciliarias de los puritanos lo pusieron en el caso de abandonar aquel abrigo, donde pasó algunos dias durmiendo entre paja, comiendo pan de centeno y trabajando como un gañan, para huir de poblado, entrarse por lo más intricado de los bosques y recogerse á dormir en las ramas de una copuda y añosa encina, conocida despues por la *Real*, cuyas ramas y hojarasca lo preservaron de ser visto de los esbirros que lo acosaban. Un coronel realista llamado Lane lo albergó luégo en Bentley, proponiéndose hacerle llegar al puerto de Bristol, donde podria embarcarse para el continente; y como las marchas y contramarchas habian herido de tal modo los piés del Príncipe que ya no podia valerse de ellos, fué necesario llevarlo á caballo, peligrosa manera de viajar en aquella ocasion, tratándose de él, por las comarcas más frecuentadas precisamente de los jinetes enemigos, sirviéndole de guia la hija segunda del coronel, la cual lo condujo disfrazado de campesino á casa de su hermana Mistress Morton, situada en las cercanías de Bristol. Llegados que hubieron, la entusiasta viajera no confió á nadie cúya

era la persona que iba en su compañía, y se limitó á pedir para Cárlos habitacion y cama en que descansara, y, añadiendo que tenía fiebre, lo recomendó á los criados. Uno de estos que acertó á entrar para servirlo, fijándose con curiosidad en las facciones del que suponia de igual condicion á la suya y objeto de inexplicable interes por parte de la hija del coronel, vió claramente que no era otro el imaginado labriego sino personaje de calidad á juzgar por la nobleza, majestad y hermosura de su rostro y gallardía de su persona; y como el criado conocia las opiniones de la familia de Lane, y se decia que vagaba el pretendiente por aquella comarca, y él mismo era realista, no dudó un punto de que aquel que tenia delante fuera el pretendiente perseguido, y poniéndose de rodillas á sus piés lo saludó pronunciando en voz alta la oracion acostumbrada por sus parciales para rendir homenaje al Soberano. En vano fué que Cárlos insistiera en negar lo que afirmaba el criado de Mistress Morton, y al cabo hubo de rendirse á la lealtad de su partidario y dejarse reconocer, encareciéndole solamente la mayor discrecion

LXVII.

No habiendo encontrado en la costa medio de trasladarse al continente, hubo de pedir hospitalidad á la familia realista de una viuda llamada Mistress Windham, la cual, despues de haber perdido á su esposo y tres hijos combatiendo por la causa de Cárlos I, aún tenía fuerzas y abnegacion bastante para ofrecer al pretendiente los dos que le quedaban. Excusado parece añadir que recibió en su ho-

gar á Cárlos II, más como rey que como fugitivo.

«Cuando mi marido se hallaba postrado y á punto de pasar de esta vida,—dijo la noble viuda,—mandó ir á su alcoba nuestros cinco hijos, y les habló así:

—«Hijos mios: hemos visto correr dias serenos, felices y tranquilos bajo el cetro de nuestros tres últimos monarcas; pero advierto en el horizonte los indicios de una grande tempestad; veo surgir por todas partes facciones batalladoras que amenazan turbar la paz del reino. Si tal cosa sucede, cualesquiera que sean los acontecimientos, respetad á vuestro príncipe legítimo, sedle fieles y obedecedle y acatadlo en todo. Sí, concluyó, acentuando de una manera enérgica sus últimas palabras: os mando que permanezcais fieles á la corona de nuestros reyes, *aunque la veais colgada de una escarpia en un camino!*»

«¡Estas palabras—prosiguió la de Windham—fueron ley para mis cinco hijos; tres murieron obedeciéndolas: hé aquí los otros ganosos de hacer en vuestro servicio lo que hicieron sus hermanos en el de vuestro augusto padre!»

Todos los realistas de la comarca eran sabedores de que Cárlos se hallaba hospedado en casa de los Windham; pero la fidelidad sellaba los labios de cuantos conocian el secreto, y así permaneció ignorado milagrosamente del enemigo largo tiempo, y sólo estuvo á punto de ser descubierto el dia que salió el Príncipe de su asilo en direccion de la costa para embarcarse y huir de su patria, poniendo el mar entre su cabeza y el hacha de Cromwell. Porque, como al caballo que montaba Cárlos se le cayera una herradura, el mariscal á quien acudió el jinete para reponerla, echó de ver á seguida que las restantes habian sido forjadas en el Norte, circunstan-

cia que despertó sus recelos; pero el herrador calló. y S. A. pudo salvar la distancia que lo separaba de la costa sin ser molestado, y embarcarse para el Continente, donde volvió á pedir asilo huyendo de la saña de Cromwell.

LXVIII.

Vencidos los realistas, decapitado el Rey, reprimidos los niveladores, anegada en sangre la Irlanda, sometida la Escocia, lisonjeada la nobleza, sujeto el Parlamento, extinguidas ó adormecidas, por medio de la libertad de conciencia, las facciones religiosas, y felizmente conducida y fecunda en victorias marítimas la guerra con la Holanda; y luego la dimision de Fairfax, que renunció á su mando, arrepentido y enojado de todo y con todo; y la flexibilidad de Monk, que gobernaba en Edimburgo y enfrenaba á los escoceses; y la subordinacion espontánea, servil y adulatoria de los demas jefes militares que se prosternaban delante del vencedor; y, por último, cuantas circunstancias, crímenes, cobardías, bajezas, infamias y éxitos forman el séquito de los favoritos de la fortuna, se daban cita entónces y acudian en tropel alrededor de Cromwell, habrian sido ciertamente muy eficaces á no dejarle nada por desear si la posesion completa y absoluta de su patria le hubiera bastado. Pero los que han hecho verdadero estudio de su carácter, analizándolo con estricta imparcialidad, saben que no le satisfacia eso únicamente, y que ántes se preocupaba de la salud de su alma que del imperio, pues nunca fué más teólogo que cuando se halló en el apogeo del poder. Así vemos que al quedar por dueño y árbitro de

todo, en vez de proclamar su soberanía bajo una denominacion cualquiera que fuese, deja que sus amigos entronicen la república, y se dá por satisfecho con empuñar su espada y llevar su voz, esto es, con ser su brazo y su palabra; como que sus decretos ántes parecen oráculos que no resoluciones, y él, no tanto pretende la jefatura del Estado, cuanto ejercer el oficio de *Gran inspirado* de la nacion. Algunos párrafos de su correspondencia, escritos en aquella época, servirán para demostrar lo que decimos y dar testimonio de la humildad de sus pensamientos, que no eran otros á la sazon sino los de un padre de familia cristiano y humilde, que no aspira en modo alguno á ocupar el trono, y ménos aún á vincularlo en sus hijos, fundando dinastía.

«No vayas en carroza de lujo,—escribe á su hija Dorotea,—sino en el caballo de campo del abuelo.»

Casa á su hijo mayor Ricardo con la hija de uno de sus amigos, de modesta condicion y escaso caudal, y apénas si le da medios con que ocurrir á sus obligaciones. En cambio, dice por carta lo siguiente á su consuegro:

«Os confío á Ricardo. Dadle buenos consejos, que bien los há menester, pues temo que si le faltan se deje llevar de inclinaciones mundanas. Hacedlo trabajar; que siempre fué muy eficaz el estudio para conseguir altos fines, sometiéndolo por supuesto á las cosas divinas, y de todos modos preferible á la holganza y á la voluptuosidad, en razon á que por su medio llegan los hombres á ser dignos y propios de consagrarse al servicio del pueblo, fin principalísimo para que ha sido creado.»

«No hay que desalentarse,—dice á otro parcial suyo, llamado lord Warthon,—porque si os causa escándalo que designen los electores por sus dipu-

tados malos é indignos representantes en menoscabo de los buenos y desprestigio del Parlamento, cosa que sucede las más de las veces por falta de criterio, y que así acontece hace nueve años, ved y considerad bien cuánto ha hecho Dios en ese tiempo valiéndose de tan detestables instrumentos! ¡Cuán impenetrables son los designios de Dios!...

»Por efecto del escándalo y perturbacion que producen estas cosas en vuestro espíritu,—añade Cromwell más adelante,—os sentís afligido, acongojado y lleno de tribulaciones. Yo, en tanto, me hallo rebosando confianza, fe, luz y satisfaccion interior. ¡Si supiérais—concluye al correr de la pluma—cuánto es engañoso el mundo, y cuánta su perfidia, y cuán numerosas y halagadoras y estultas las imaginaciones del orgullo que nos domina y avasalla!... ¡Si supiérais cuánto es noble y elevado ser el servidor de Dios en la empresa más ruda y humilde, y cuánto trabajo cuesta elevarse por tal modo sobre las miserias y debilidades del mundo y ponerse al nivel del servicio que nuestro Padre nos exige! ¡Pensad, no más, cuán cómodo y fácil y apropiado á nuestra naturaleza es flaquear y caer, teniendo tanto imperio en nosotros la carne sobre el espíritu!...»

LXIX.

Pero las cartas dirigidas á su hijo Ricardo están más penetradas todavía de uncion y domesticidad de lo que pudiera creerse y esperarse, áun despues de haber leido los párrafos que anteceden, tratándose de un hombre que tenía los piés en un charco de

sangre, donde se habian juntado y revuelto la de su Rey, y la de Irlanda, Escocia é Inglaterra; efecto singularísimo del reposo en que se hallaba su corazon, merced á su falseada conciencia, y del sincero, pero erróneo misticismo de su espíritu.

«Tus cartas me agradan por extremo y me conmueven,—dice á Ricardo;—porque ante todo me complacen las palabras que brotan del corazon sencillamente, sin estudio ni arte. Cada dia estoy más convencido de que debes á la infinita bondad de Dios la mujer que tienes y la familia con la cual has emparentado. ¡Loado sea el Señor por ello! ¡Alábalo tú tambien y bendícelo, y demuéstrale tu gratitud constantemente, y cumple con tus deberes para mayor gloria de Dios, y parecer ménos indigno de sus bondades! ¡Busca en toda ocasion al Señor y su divina presencia, y sea esto el gran negocio de tu vida! Porque bien será decirte que no alcanzamos el conocimiento de Dios por medio de libros y definiciones teológicas, sino de nosotros mismos; y que su eficacia es tan grande que trasforma el espíritu á virtud de una influencia independiente de nosotros y divina. ¡Conocer á Dios es tanto como divinizarse á sí propio en él y por él!... Pero ¡cuán poco se conocen las Santas Escrituras!... No te olvido en mis oraciones... Procura comprender y darte cuenta de la república fundada por mí, así como de las bases en que descansa... He sufrido mucho al sacrificarme por el pueblo... Tu suegro, mi buen amigo Mayor, te servirá de mucho para obtener el conocimiento de estas cosas... Acaso entiendas que no he menester de recomendarte que ames mucho á tu mujer. Pero te diré, no obstante, que pido á Dios con toda mi alma que te ilumine y enseñe á amarla, pues de lo contrario no sería santo ese amor, y siéndolo,

esto es, cuando el amor es puro entre los esposos, bien puede compararse su alianza con la del Señor y la de las almas que contiene su Iglesia. Saluda de mi parte á tu mujer; dile cuánto la estimo y me complazco de su bienestar espiritual, y añádele que deseo tener noticias de su fecundidad moral y física. ¡Y á tí, mi amado hijo, que Dios te colme de bendiciones!

Tu padre cariñoso,

OLIVER.»

LXX.

Y como advertimos la misma preocupacion de las cosas del cielo confundida con la misma inquietud respecto de las cosas terrenas en cada línea de sus cartas de siempre á parientes y amigos íntimos, nos ocurre preguntar: ¿Acaso fingió con deudos y familiares toda su vida? ¿Es posible fingir constantemente por espacio de muchos años, sin desmentirse una sola vez, ni en el seno de la esposa, ni al lado de los hijos, ni en el círculo estrecho de los parientes é íntimos, ni en las expansiones del hogar doméstico, ni en la hora suprema de la muerte?

«Desearia mucho saber cómo está el chiquitin de Ricardo y Dorotea,—escribia una vez á su consuegro,—y de buena gana reñiria por su negligencia en órden á esto á Ricardo y á su mujer, de la cual tenía mejor opinion que de su marido, cuya pereza conozco de muy antiguo. Se me antoja, ya que hablo de ambos, que Ricardo está echando á perder á Dorotea con sus mimos, cosa que no le perdonaré, á ménos que no se halle vuestra hija en cinta; que de ser así, bien está todo y que Dios la bendiga!...

Espero que dareis buenos consejos á Ricardo, pues se halla en la época más peligrosa de la vida, y el mundo lleno de vanidad, y si á todos es necesario y provechoso acercarse lo más posible al Señor, esta necesidad y conveniencia suben de punto tratándose de gente moza é inexperta. No me olvideis. Estoy muy atareado, y el despacho de los negocios absorbe todo mi tiempo de tal modo que si me viérais trabajar os daria lástima y comprenderiais que no valen los grandes empleos las molestias que causan. Sólo me consuela en este caso la idea de que Dios me ve, y la certidumbre de que no he ambicionado nada de cuanto tengo, sino de que, por el contrario, es el Señor quien me ha elegido para condecorarme con ello. De aquí la esperanza que me alienta en toda ocasion á perseverar y me fortalece para cumplir su voluntad y realizar el objeto para que fuí criado. ¡Auxiliadme, no obstante, con vuestras oraciones! Y dicho esto, me despido por hoy con recuerdos afectuosos á mi querida hermana, á Ricardo, á nuestra hija Dorotea y á mi prima Ana de parte de vuestro hermano y cariñoso amigo,

CROMWELL.»

Las mismas frases, aunque más finas y tiernas todavía, emplea en las cartas á su mujer, virtuosa y ejemplar matrona, con la cual vivió siempre santamente y en el mejor acuerdo.

«Para mi querida esposa Isabel Cromwell,» dice una de estas epístolas en el sobre, y dentro reza como sigue:

«Te quejas de mi silencio, y de que parezco desmemoriado de nuestros hijos pequeños y de ti, cuando soy yo quien debiera quejarse por el amor que os tengo á todos. En cuanto á tí, ¿qué decirte

sino que has sido, eres y serás el objeto más caro á mi corazon? ¡Y basta!...

»Pero si el Todopoderoso nos ha mostrado mucha misericordia y auxiliádome particularmente de una manera milagrosa, comienzo á sentir ya el estrago de los años, de las enfermedades y de los trabajos, y por más que hago el mal se apodera de mí con rapidez extraordinaria. ¡Plegue al cielo que mi propension al pecado ceda y disminuya en la medida de mis fuerzas físicas! ¡Acúerdate de mí en tus oraciones, y pide al Señor esta gracia para tu esposo!»

LXXI.

Y tanto se afana por alentar á los unos, fortificar á los otros, y predicar á todos con la fiebre de proselitismo y de conviccion que lo devora, que llega en ocasiones á persuadirse de la extravagancia de sus discursos.

«Perdonad,—decia en el apogeo de su grandeza y poder á un amigo que se apartaba de su lado en odio á la implacable fiereza de que daba muestras en Irlanda y Escocia;—perdonad mi extravagancia, pero sabed que, á las veces, eso mismo que tanto censurais, da ópimo fruto, en razon á que si excede los límites del buen sentido, el celo y la caridad la inspiran! ¡Tened esto en cuenta, y no dudareis entónces de que soy un hombre sinceramente sometido al Señor!—Señor!—añade al concluir su epístola,—no apartes de mí tu rostro, ni tu misericordia de mis ojos! Adios!»

«No puedo decidirme—dice á su mujer en otra carta—á dejar salir hoy el correo sin escribirte

algo, áun cuando en verdad nada ó muy poco tenga que decirte; pero ¡me complace tanto corresponder contigo, mi muy amada! ¡Que Dios te bendiga y multiplique sus dones sobre tí! ¡Que derrame sobre tí el Señor la luz de su fuerza, como yo se lo pido, por ser este beneficio más grande que la vida y el único que pueda tu alma desear! ¡Oh tú, la que habita dentro de mi corazon! ¡bendiga el Todopoderoso tus buenos consejos y ejemplos á nuestros amados hijos! Reza mucho por tu

OLIVER!»

LXXII.

No ménos expansivo, teólogo y afectuoso se mostraba Cromwell con su yerno Fleetwod, á quien habia dejado en Escocia con un mando á las órdenes de Monk. Decíale, pues, cierta ocasion, hablándole familiarmente y lamentándose de haber tenido que separarse, forzado de la necesidad, de aquella rama de su casa:

«Abrazad por mí á vuestra mujer, mi muy amada hija, y encarecedle la necesidad de que no esclavice su corazon; pues la esclavitud es causa de miedo, y el amor lo excluye. ¡Pobre Biddy! ¡en esto precisamente consiste su error!

»¡El amor razona de muy otro modo! ¡qué Cristo-Ley! ¡qué padre amoroso en él y por él! ¡qué nombre tan grande el suyo: Padre celestial!; como que se llama á sí propio con estas palabras paciente, misericordioso, hacedor de todo, dispensador de todo y perdonador de todas las faltas y trasgresiones! ¡Por eso es tan sublime su amor! Recuerdos cariñosos á mi Enrique, y decidle que rezo devota-

mente por él para que crezca y se fortifique y viva en el Señor. Hacedme presente á todos los oficiales.»

LXXIII.

Prósperos iban los negocios de Cromwell en aquellas circunstancias, y todo parecia conspirar en favor de su encumbramiento y de su gloria. Empero siempre atribuia las grandezas de la república, en vez de apropiárselas, al cielo, sin que haya sido posible hallar la menor huella pública ó privada en su vida que sea parte á dejar entrever siquiera el propósito de afirmar su poder y de robustecerlo por medio de un cambio en su denominacion y en la manera de condescendencia voluntaria que sujetaba en absoluto á su voluntad así el Parlamento como el pueblo y el ejército. La historia, por el contrario, á cuya escrutadora mirada no escapa cosa ninguna en el trascurso del tiempo, y que revela sus descubrimientos á la posteridad, sólo ha podido inquirir que Cromwell experimentaba entónces invencible aversion á encumbrarse más de lo que ya estaba. Y como es evidente por otra parte, á juzgar de sus propias palabras, que no seguia rumbo alguno sino aquel que á su parecer le trazaba la voluntad divina por medio del oráculo interior, y ni Dios ni el oráculo se habian explicado claramente aún en favor suyo, así se hallaba dispuesto á bajar como á subir, y esperaba la inspiracion ó el mandato para ejecutarlo sin más tardanza y con igual obediencia en ambos casos. Poco tardaron la movilidad natural del pueblo y la creciente y ambiciosa impaciencia del ejército en sugerirle con la

inspiracion el mandato de lo que debia poner por obra.

En efecto, sentíase la Inglaterra fatigada ya del Parlamento largo, y habia comenzado á denominarlo con apodos á cual más despreciativo: que por tan grotesca manera sentencia el pueblo á muerte los poderes que se le antojan odiosos. Ni podia tampoco ser de otra suerte, pues lo hacía responsable de las declamaciones de los puritanos, de las hipocresías de los *santos*, de la impopularidad de los demagogos, de las locuras antisociales de los niveladores, del asesinato del Rey, inicuamente sacrificado, de los remordimientos que agitaban la conciencia pública, de los impuestos, gabelas, muertes y desgracias ocasionadas por la guerra civil, y de la tiránica dominacion ejercida por sus individuos durante cinco años sobre la masa general del país; tiranía más insoportable por ser anónima que hubiera parecido siendo impuesta por un hombre grande y famoso. Y si á esto se añade que Cromwell tuvo el arte ó la fortuna de realizar actos miéntras los diputados peroraban, de popularizar su nombre y encumbrarse miéntras ellos se hundian en la opinion, y de asumir la gloria de los hechos militares, dejándoles solamente la responsabilidad de los crímenes, fácil será comprender que, áun no alcanzándoseles mucho el desprestigio en que habian caido, bastó que lo advirtieran para intentar el desagravio revolviéndose contra su señor. Comenzó entónces la conjura por cinco ó seis grandes republicanos, recelosos como la libertad, los cuales se propusieron perder á Cromwell; y como los discursos de Vane, su orador más principal, fueran dirigidos á poner en tela de juicio la autoridad militar, y el auditorio los acogiera con señaladas muestras de

aprobacion, y tan significativas demostraciones se antojaran amenazas al ejército, presintiendo sus caudillos el peligro, se reunieron en Lóndres y redactaron y firmaron á porfia un memorial dirigido al jefe de todos, pidiéndole la disolucion del envilecido Parlamento: que Cromwell, á quien tantas veces han acusado de haber sido inspirador del memorial, ninguna intervencion tuvo en él; y esto es obvio, pues nunca fué necesario infundir ambicion á los generales y despotismo á los soldados.

Pero volviendo á la peticion del ejército, diremos que se hallaba redactada en términos amenazadores; que la lucha podia estallar espontáneamente la hora ménos pensada entre las tropas y la Cámara, y que así la victoria de los unos como de los otros acaso fuera eficaz á reducir á Cromwell á la nada. «Mucha cuenta con esto,—le dijo por lo bajo Bulstrade, familiar suyo, miéntras leian el papel los oficiales;—mucha cuenta, que la cosa es grave, y necesario evitar la propaganda de lo que ahí se trasluce.» El Protector, no obstante, nada contestó de momento sino es que agradecia el celo demostrado en aquella circunstancia por los oficiales en bien de la patria. Pero la noche y la reflexion lo aconsejaron, y comenzó por intentar un acomodo entre la milicia y el Parlamento en várias pláticas que tuvieron lugar á presencia suya. Nada resultó provechoso de aquellas vistas, pues el Partamento colmó la medida de sus exigencias, formulando la pretension de perpetuarse por medio de una junta permanente compuesta de cierto número de individuos de su seno, la cual podria validar ó no, en la medida de su voluntad, todas las elecciones futuras.

«¡Ya esto es demasiado!»—dijo Cromwell, al te-

ner conocimiento de una exigencia tan desaforada, y en cuya virtud se proponia la Cámara poner de manifiesto á los ojos del país su omnipotencia presente y porvenir.

Era el 20 de Abril por la mañana, y Cromwell se paseaba en su cuarto, vestido de negro y con medias grises, cuando hé ahí que sale de aquel modo, diciendo á cuantos encuentra en el camino:

«¡Eso no es justo ni honrado, ni siquiera lo parece!»

Al pasar por una sala donde se hallaban reunidos varios oficiales de la guardia, le dijo á uno que fuese con trescientos hombres á Westminster y ocupara todas las avenidas del palacio. Hecho esto, entró él en el salon, tomó asiento en su antiguo escaño y guardó silencio, escuchando en apariencia los discursos que se pronunciaban. Hablaban en aquellos momentos precisamente oradores republicanos y parlamentarios en favor del *bill* que debia amparar la perpetuidad de su poder por medio de las omnímodas facultades que les concedia sobre las futuras elecciones. Terminada la discusion, y cuando sólo faltaba votarlo, como si hubiera estado esperando el momento preciso de sorprender y castigar á la Cámara en flagrante delito de iniquidad y de tiranía, alzó la cabeza que tenía descansando en las palmas de las manos, é hizo una seña para que viniese á su lado á Harrison, su más furioso sectario. Harrison obedeció. Aun pasó Cromwell en silencio un cuarto de hora, trascurrido el cual, y como cediendo á pesar suyo á una fuerza interior tan poderosa é incontrastable que avasallase las facultades todas de su alma, dijo á su amigo: «Siento que ha llegado la hora,» y levantándose se dirigió hácia la Presidencia, puso el sombrero sobre la mesa y pidió la

palabra, en medio del silencio y estupefaccion de sus colegas.

Como de costumbre, su oratoria fué aquella vez lenta, incoherente, torpe, vaga y llena de circunloquios, paréntesis, apartes, repeticiones y oscuridad; y á vueltas de grandes rodeos y nebulosidades que aumentaban la confusion del discurso, comenzó á elogiar tanto los servicios hechos por las Cámaras á la libertad, á la conciencia humana y á la patria, que admirados los parlamentarios, y acaso él mismo, esperaban oir de sus labios conclusiones conformes al decreto que se disponian á votar. Rumores de aprobacion partian de los bancos republicanos al fin de cada período, y en los rostros de todos se reflejaba la satisfaccion interior producida por la tendencia general de su razonamiento, cuando hé aquí que de repente, como si el acceso de cólera largo tiempo combatido en vano dentro de su alma, hubiera trastornado sus pensamientos y trocado sus palabras en el instante mismo de salir de los labios, se detuvo, y mirando de una manera despreciativa y amenazadora á los cincuenta y siete individuos de la Cámara que aquel dia constituian el Parlamento, pasó sin transicion de la lisonja al ultraje; les recordó las malas acciones, las bajezas, miserias, infamias y servilismos cometidos por ellos, y despues de acriminarlos y escarnecerlos así por su soberbia como por su degradacion, los reprobó y maldijo en masa en nombre de Dios y del pueblo.

Al oir tan extrañas invectivas sin preparacion ni antecedente alguno, y sobre todo despues de las adulaciones del exordio, los parlamentarios se indignaron contra Cromwell y comenzaron á protestar de su conducta. El Presidente, digno en aquella

circunstancia del cargo que desempeñaba por su esfuerzo, le retiró la palabra, y Wentword, uno de los republicanos más ilustres é imponentes por su carácter, pidió que fuera llamado al órden, añadiendo:

—«¡Ese lenguaje tan inesperado es como culpable, sobre todo en boca de un hombre dueño ayer todavía de nuestra confianza omnímoda, y á quien hemos honrado condecorándolo con las funciones más elevadas de la República; de un hombre que...»

Pero Cromwell no lo dejó concluir.

—«¡Basta! basta de palabrería,—gritó el Protector.—Ahora mismo voy á poner término á este ruido y á hacer que callen tantos charlatanes.»

Y adelantándose al medio del salon, se cubrió con altivo ademan, dió una fuerte pisada sobre las baldosas del pavimento, y prosiguió en el mismo tono:

—«¡Ya no sois nada! ¡Ni un instante más sereis diputados! ¡Vuestra mision ha concluido! ¡Fuera de aquí! ¡Dejad esos asientos á quienes los ocupen más dignamente que vosotros!»

LXXIV.

A estas palabras, y advertido Harrison por una seña del General, sale del salon y vuelve al instante seguido de treinta veteranos de las guerras civiles pasadas, que rodean á Cromwell con sus armas. Habian sido alistados por el Parlamento; pero á la voz de su caudillo no vacilan un punto en volver sus espadas contra el alto Cuerpo que se las confió

para fines muy diversos: nuevo y elocuentísimo ejemplo de que desde los tiempos de César los ejércitos permanentes son incompatibles con la libertad.

—«¡Miserables!—añadió entónces Cromwell, como si la violencia sin el ultraje no hubiera parecido bastante á la cólera de que se hallaba poseido;—¿y teneis valor de llamaros Parlamento, no siendo sino una cuadrilla de borrachos y perdidos?

»Tú,—dijo, señalando con el dedo á uno de los más viciosos, á tiempo que pasaba delante de él al salir de la sala;—¡tú eres un borracho! ¡Y tú, canalla, eres un adúltero! ¡Y tú (á otro), estás vendido y tomas dinero por tus discursos!... ¡Y todos vosotros sois tan escandalosos, que dais vergüenza!... Y siendo así, ¿os atreveis á llamaros Parlamento del pueblo de Dios? ¡No por cierto! A la calle todos, y que nadie se acuerde nunca siquiera de vuestros nombres. ¡El Señor os rechaza de su seno!...»

Ultrajados del modo expuesto, fueron saliendo del salon unos en pos de otros los individuos de la Cámara, éstos de su propio movimiento, aquéllos asidos de los guardias, y cuando ya no quedaba ninguno en los escaños, se volvió Cromwell hácia la mesa en que yacía la maza de plata, símbolo venerable del poder parlamentario, y tomándola en sus manos de una manera despreciativa, dijo riéndose á Harrison:

—«¿Qué hacemos con este sonajero? ¡Quitadlo de aquí!»—añadió, dándoselo á un soldado.

Y el soldado cogió la maza y salió del salon de sesiones con ella al hombro.

Viendo Cromwell entónces detras de sí en su asiento al presidente de la Cámara, que, fiel á la dig-

nidad de su oficio y al respeto debido al poder parlamentario, no se movia:

—«¡Baja de ahí!»—le gritó el Dictador.

—«No haré tal cosa,—le replicó Lenthall,—á ménos que por la fuerza no se me obligue.»

Oido esto de Harrison, se dirige al heroico Presidente y lo expulsa.

Cuando el salon quedó desalojado de todos, Cromwell cerró sus puertas y se llevó las llaves.

«Ni siquiera ladró un perro en Lóndres con este motivo,» escribia Cromwell poco despues del suceso. Y aconteció así porque fué tan poderoso para destruir el Parlamento largo, como impotente para edificar, y porque la guerra civil que suscitó habia producido el mismo resultado de siempre, á saber: sustituir el ejército al pueblo, y crear una dictadura en vez de un gobierno, sometiendo el derecho á la fuerza, y trocando la patria por un hombre.

LXXV.

Aquel hombre no era otro que Cromwell, en quien se habia personificado la patria, porque siempre los pueblos atribuyen á los individuos aquellos acontecimientos en los cuales participan arrastrados de la fuerza misma de las cosas, suponiéndoles despues ambicion, premeditacion, astucia y combinaciones reflexivas y lentas, cuando acaso el éxito de sus empresas fué obra de la casualidad. Esta regla general puede aplicarse perfectamente al caso particular de Cromwell, pues todo indica de una manera clara é indudable que no premeditó su atentado contra la Cámara de los Comunes, que se vió indu-

cido á cometerlo por las corrientes de la opinion pública, por el curso general de los sucesos, y por el rumbo que habian tomado pueblo y ejército, y que la causa determinante del hecho, la fuerza que lo produjo en el momento preciso, no fué otra que aquella interior que Sócrates llamaba su demonio, César su consejo, Mahoma su ángel Gabriel, y Cromwell su inspiracion; divinidad de los grandes instintos que lleva el convencimiento al espíritu y marca la hora en el reloj del tiempo. En efecto, los laboriosos esfuerzos que realizó Cromwell para conciliar el Parlamento y el ejército; el Parlamento nuevo que convocó al dia siguiente de disuelto el antiguo, y al que devolvió íntegro el poder legislativo sin reservar siquiera para sí la sancion de las leyes; y, por último, hasta la conferencia celebrada en su casa con los consejeros de su política, poco ántes del suceso, demuestran que la explosion se produjo espontáneamente y que no fué obra del cálculo y prevista. Y como se ocuparan los reunidos en aquella conferencia en hallar entre los despojos de la monarquía destruida las bases de una Constitucion cuyo desarrollo habria de confiarse al Parlamento, estando presentes Cromwell, Harrison, su seide, Desborow, cuñado del Protector, Oliver, su primo, Witlocke, su amigo, Widrington, orador eminente de la Cámara de los Comunes, el presidente del Parlamento, Lenthall, y varios otros oficiales ó diputados, republicanos de cuenta por su talento é ilustracion, dijo Harrison:

—«Hemos de tratar en esta reunion, de acuerdo con el General, acerca de los medios más conducentes y eficaces á organizar un gobierno.

—¡El asunto es grande y difícil, en verdad!—exclamó Witlocke;—pero ante todo se hace necesario

saber si hemos de constituir una república neta ó mezclada de elementos monárquicos.

—Eso es,—repuso Cromwell;—¿estableceremos una república neta, ó corregida por ciertos principios de autoridad monárquica? Y si nos inclinamos á esto último, ¿á qué manos fiaremos el poder recabado de la monarquía?

Widrington se mostró partidario de una forma de gobierno mixto que participara de la libertad republicana y de la autoridad monárquica, cuyo ejercicio se confiase á uno de los hijos del Rey decapitado por ser así de justicia. Widrington, adulador de suyo y de carácter tímido, no hubiera propuesto ciertamente la solucion indicada, y ménos todavía en presencia de Cromwell, á sospechar siquiera en el dictador el más leve síntoma de ambicion personal, seguro de que nunca lo habria perdonado.

—«Negocio grave y de mucho empeño es el que se discute,»—dijo Fleetwood, sin añadir más palabra que lo comprometiera.

El lord canciller Saint John manifestó que, á su parecer, á ménos de minar todo el edificio de las antiguas venerandas leyes de Inglaterra, y de romper con todas las tradiciones nacionales, era indispensable atribuir esta párte de poder monárquico á cualquier gobierno que se fundara, «porque sería, en efecto, extraña confusion y amalgama de cosas contrarias, establecer entre nosotros un modo de ser que no revistiera más ó ménos carácter tradicional.»

Desborow, deudo de Cromwell y militar de profesion, dijo, cuando llegó su vez, que no alcanzaba por qué no habia de poder regirse la Inglaterra por instituciones republicanas como tantos otros pueblos antiguos y modernos.

El coronel Walley se inclinó tambien á favor de

las instituciones republicanas, y añadió estas palabras para dar más fuerza tal vez á su parecer: «El hijo mayor de nuestro Rey se halla en armas contra nosotros; su hijo segundo es asimismo enemigo nuestro, ¡y, sin embargo, deliberamos en órden á formas de gobierno!»

—«Pero el duque de Glocester—le replicó Widrington—está en nuestras manos, y áun es demasiado niño para pensar siquiera en sublevarse contra nosotros, y estar inficionado de los pestilentes principios de nuestros enemigos.

—Podemos tambien citar á los dos hijos mayores del rey Cárlos para que comparezcan en el Parlamento, y discutir con ellos las bases de un gobierno libre y monárquico,—dijo Witlocke, sin temor de ofender á Cromwell.»

El cual, silencioso hasta entónces é impasible, hizo uso de la palabra para decir:

—«Ciertamente que sería, señores, una negociacion muy difícil la propuesta por Witlocke, aunque no imposible, y que acaso conviene á nuestros derechos políticos y religiosos, con tanto más motivo cuanto que me hallo persuadido de que una Constitucion libre con fuerte dósis de principios monárquicos salvaria la patria y la religion.»

Ningun acuerdo se tomó en la junta, sin embargo. Pero bien claro pudo verse que Cromwell se inclinaba en aquella ocasion á favor de la democracia consolidada por obra del prestigio monárquico que le daria uno de los hijos del difunto Rey; forma de gobierno que le hubiera permitido ejercer durante largo tiempo la tutela de un niño, siendo al propio tiempo prenda segura para el país de la pacífica y tranquila trasmision de un poder nacional, libre y estable.

LXXVI.

Se reunió entónces un consejo enteramente formado por Cromwell de sus partidarios y amigos más resueltos, y constituyó el gobierno en República bajo un *Protector*, depositario vitalicio del poder ejecutivo. Este y el Parlamento, árbitro y dueño del poder legislativo, constituyeron el sencillo mecanismo de la organizacion política de Inglaterra; verdadera dictadura con nombre amable y especioso, y que ocultaba la servidumbre y la omnipotencia bajo el manto de la confianza y de la igualdad. Cromwell asumió en su virtud todas las atribuciones del rey, hasta la de disolver el Parlamento y de apelar á la nacion de su conducta en caso de conflicto entre ambos poderes. Además, poseia Cromwell la facultad casi dinástica de nombrar sucesor; y como tenía un hijo, ¿qué le faltaba si no era la corona? Sin embargo, demostró el Protector durante los diez años de su gobierno absoluto que distaba mucho de aspirar á ella, y que si se creia *elegido de Dios* por la inspiracion para gobernar á su pueblo, no echaba de ver la misma privilegiada circunstancia en ninguno de su raza. De aquí tambien que no aceptara del pueblo sino aquello precisamente que imaginaba en su fe haber recibido de lo alto encargo de aceptar, esto es, su responsabilidad vitalicia, y que dejara lo demas á las divinas inspiraciones que pudieran suscitar á otros inspirados. Tanto fué así que, profundizando su conducta política, descubrimos en ella el carácter de la secta, porque, siéndole más difícil rehusar el título de rey que tomarlo, pues el Parlamento le habria dado el

trono con entusiasmo á trueque de librarse por tal manera de la tiranía del ejército, y éste á su vez por sacudir la tutela del Parlamento, no obstante, se negó á las sugestiones de ambos, siendo su abnegacion tan sincera como lo demuestran sus discursos pronunciados ante las nuevas Cámaras, y segun los cuales, léjos de aspirar á pomposas denominaciones y títulos sonoros, se disculpó del de Protector que las circunstancias le hicieron aceptar.

LXXVII.

«Los individuos de la Cámara de los Comunes y del ejército que deliberaron,—dijo,—y no á presencia mia, en órden á esta Constitucion, no me comunicaron su proyecto sino despues que lo hubieron combinado libre y maduramente. Y aunque me opuse á sus reiteradas instancias de una manera pasiva, procurando vencerlas á fuerza de razones y de inercia, consiguieron al cabo demostrarme de tal manera que si no cambiaba la forma de gobierno todo se tornaria confusion, ruinas y guerras civiles en Inglaterra, que debí ceder en bien de la patria y tomar contra mi voluntad nuevo título. Todo ha ido perfectamente despues. Ni yo tampoco habia menester nada más, siendo lo que poseia suficiente para realizar los fines de aquellos que me obligaron á denominarme Protector; porque me hallaba dueño del poder arbitrario indispensable al ejercicio del mando supremo del ejército y de la nacion, y (séame lícito decirlo) con el asentimiento de la milicia y del pueblo, si bien creo con toda sinceridad que hubiera sido aún más agradable á todos de continuar como ántes, que no con las facultades y atri-

buciones de que ahora estoy revestido. Pero apelo al testimonio de los individuos de esta Cámara, de los oficiales y del pueblo, á quienes consta cuánto he resistido recibir el nombre de Protector, para que hablen ellos por mí, y os persuadireis entónces que no se discutió en las tinieblas este asunto, sino á la luz del dia y con aplauso de la mayor parte del pueblo. Lo repito: no quiero ser creido bajo mi palabra, ni ser testigo tampoco en causa propia, sino que lo sea el pueblo inglés!... Y dicho esto, sólo me resta jurar fidelidad á la Constitucion, añadiendo que consiento, si falto á esta promesa ó faltan otros por mi culpa, en que me injurien y escarnezcan todos despues de muerto, dándome por sepultura los abismos de la infamia. Nos hemos arruinado y perdido—añadió—destrozándonos en nombre de la libertad de Inglaterra; pero esta libertad, Dios, que no los hombres, podia otorgárnosla tal cual hoy la poseemos; como que ya no hay privilegios ante Dios ni los hombres. A vosotros corresponde ahora, señores, el ejercicio del poder legislativo en toda su plenitud y fuerza, y á mí la obligacion de obedeceros, de tal modo, que si no dierais oidos á las observaciones que pudiese hacer á las leyes discutidas en este recinto, sólo me restaria ejecutarlas.»

Cromwell cumplió fielmente la palabra empeñada; pero se reservó su *inspiracion* á manera de prerogativa, y por eso acaso siempre que vió despuntar en sus Parlamentos el espíritu de resistencia ó de banderia, ó que desmerecian en el concepto público por cualquiera causa ó en el suyo propio, sin vacilaciones ni escrúpulos los disolvia de igual modo que lo hizo con el llamado Largo.

LXXVIII.

Los estrechos límites que nos hemos trazado a comenzar la presente biografía, nos obligan á prescindir en la narracion de los hechos secundarios de su gobierno, bastando á nuestro propósito decir que fué un interregno más fecundo y poderoso para Inglaterra que sus más grandes reinados, en primer lugar porque las facciones acabaron por rendir en él acatamiento al primero de los facciosos, y que nada es tan servil y bajo y fácil de manejar como las facciones vencidas ya y domesticadas. Y acontece así porque conteniendo generalmente su composicion más insolencia que fuerza, y más pasion que patriotismo, cuando ésta les falta son á la manera de los globos aerostáticos, los cuales, si cuando van elevándose hinchados de gas parecen ocupar mucho espacio en la inmensidad y confundirse con los cuerpos celestes, al perder el aire inflamable que los llena, caen al suelo y puede sujetarlos la mano de un niño. Sin embargo, como el verdadero patriotismo y el verdadero espíritu de libertad no decayeron durante aquel eclipse de diez años sufrido por las facciones parlamentarias, enorgullecida la nacion inglesa con haber podido prescindir por tanto tiempo de sus reyes sin menoscabo de su dignidad, de su prestigio y de su fuerza en Europa, y sin sufrir los efectos de la guerra civil en el interior, pudo pensar en sus príncipes y llamarlos al trono, bajo condiciones tales y tan beneficiosas para el pueblo, que hicieron de la Inglaterra verdadera república representativa, con un *protector de régia estirpe y hereditario* por coronamiento; idea

grandiosa iniciada por Cromwell en la conferencia que celebró con sus amigos, y de la cual ya hemos dado cuenta. Cromwell, por su parte, gobernó al modo de los patriotas que sólo piensan en la fuerza y grandeza de su patria, no al de los reyes que han menester de transigir con los partidos nacionales y los gobiernos extranjeros en bien de sus dinastías; teniendo además, merced á la omnipotencia de las repúblicas, la fuerza y el vigor necesarios para ejecutar fácilmente lo que hubiera excedido de los límites de la realeza: que las repúblicas son accesiones febriles de los pueblos, producidas por su vitalidad, y cuando se hallan invadidos de ellas, su energía se refleja centuplicada en sus gobiernos, que por esta causa ejecutan verdaderos prodigios capaces de asombrar la resolucion de veinte monarquías; y siendo anónimas é irresponsables, acaban con el esfuerzo de todos revoluciones, transformaciones y empresas en que ningun príncipe sería osado á pensar siquiera.

Por tales medios venció Cromwell á un rey, domeñó la nobleza de Inglaterra, pacificó las turbulencias religiosas, dispersó á los niveladores, refrenó los Parlamentos, estableció la libertad de conciencia y la disciplina del ejército, creó la marina, triunfó en combates navales de Holanda, España y Génova, conquistó la Jamaica y colonias que llegaron á ser con el tiempo imperios poderosos, se estableció en Dunkerque, contrabalanceó la influencia francesa, obligó á los ministros de la juventud de Luis XIV á todo género de complacencias y alianzas con él, y, finalmente, por sí ó por medio de sus generales sujetó á la Inglaterra con vínculo tan fuerte á Irlanda y la Escocia, que realizó la unidad del imperio británico, merced á esta confederacion de

los tres reinos, cuyas discordias, luchas, alianzas y rivalidades fueron ántes gérmen constante de ruina y amenaza de muerte para la patria. La revolucion le dió su fuerza incontrastable para derribar el despotismo juntamente con las facciones y para fundar sobre las ruinas de uno y de otras el edificio de la nacionalidad, porque si bien todo se hizo en el trascurso de diez años y en nombre del Protector, en realidad tuvo lugar por efecto de la república, la cual se concentró, incarnó y disciplinó en él en virtud de sus proezas. Esto mismo habria podido suceder en Francia el año 1790 si la revolucion hubiera nombrado dictador vitalicio á uno de los grandes revolucionarios, animados de su fanatismo, tales como Lafayette, Danton ó Mirabeau, en vez de rendirse y someterse sin condiciones á un soldado para fundar sobre cimientos carcomidos nuevo imperio.

LXXIX.

Una desgracia de familia oprimió el corazon de Cromwell en aquella época tan gloriosa y próspera de su vida, y le hizo verter lágrimas de dolor; muestra de sensibilidad verdaderamente rara en el hombre que vió impasible separarse de sus hijos al rey Cárlos para ir al cadalso. Aludimos con esto á la muerte de su madre, mujer bíblica, progenitora de numerosa prole, fuente y orígen de la piedad de sus hijos, inspiradora de sus virtudes y de su pasion inextinguible por la libertad religiosa de su secta, que pasó á mejor vida cuando contaba la edad de noventa y cuatro años, en la plenitud de sus facul-

tades, en el goce completo de la gloria humana, y sobre todo de la gloria celestial del más ilustre de sus descendientes, del Macabeo de su fe. Cromwell tambien se complacia en cultivar su trato y venerarla como raíz de su corazon, de sus creencias y de su destino.

«La madre del lord Protector—escribia por entónces (1654) Thurloe, secretario particular de Cromwell—falleció la noche pasada. Tenía cerca de un siglo. Pocos momentos ántes de morir mandó por su hijo, y al darle la bendicion, que recibió él con muestras de grandísimo respeto, le dijo así: «Que no aparte nunca de tí el Señor sus ojos serenos y resplandecientes! Que te sostenga en la desgracia, y que te ponga siempre al nivel de las grandes cosas, cuya ejecucion te confie para mayor gloria de su santo nombre y salud de su pueblo!... Hijo mio,—añadió, acentuando estas palabras con particular insistencia, porque la complacia ser madre de Cromwell;—hijo de mi alma: te dejo el corazon y el espíritu! Adios!»

»Y la noble anciana rindió el último aliento,—dice Thurloe.»

Cromwell rompió á llorar como quien pierde la luz que lo ilumina en sus tinieblas, guiándolo cual faro brillante á puerto seguro.

Su madre, que lo amaba por serlo, y que tambien lo veneraba por reputarlo elegido de Dios, vivia con él en el palacio real de White-Hall, sólo que léjos de las habitaciones principales, en una cámara sencilla y sin aparato, «no queriendo, decia, tomar para sí, ni tampoco para ninguno de sus demas hijos, la menor parte del fausto á que condenaba el Señor á Oliver;» fausto y grandeza que no eran en su concepto sino decoracion pasajera de magnífica

posada, con la cual ni á ella ni á su familia convenia encariñarse.

Ni tampoco podia ser muy agradable la estancia en aquel palacio de los reyes á la madre amorosa; pues, aparte de que allí echaba siempre de ménos los goces campestres de su alquería de la tierra de Gales, era víctima en él de grandes inquietudes noche y dia. Porque la mala voluntad de los realistas, las rivalidades y celos de los republicanos, el resentimiento de los niveladores, el sombrío fanatismo de los presbiterianos, las venganzas de irlandeses y escoceses, y las conspiraciones de los parlamentarios, siempre fijas en su mente, le hacian ver sin cesar levantado sobre su hijo el puñal del asesino. Y tanto le preocupaba esta idea que, con haber sido muy animosa en otro tiempo, no podia oir la explosion de un arma de fuego en los patios de White-Hall sin estremecerse y correr á las habitaciones de Cromwell para cerciorarse de que su hijo estaba sano y salvo. El Protector hizo á su madre funerales de reina, en testimonio de piedad filial ántes que de ostentacion, y dispuso su enterramiento entre las cenizas de los reyes y de los claros varones de Inglaterra que yacen sepultados bajo las bóvedas de Westminster, panteon famoso de las dinastías y de las glorias británicas.

LXXX.

Años hacia que como no era él tampoco ajeno á estos recelos, llevaba puesta siempre una cota de malla debajo del vestido, y armas defensivas en los bolsillos, y mudaba con frecuencia de cama para no dormir muchas noches en la misma vivienda, y

defraudar así las traiciones domésticas y las conjuras militares: que al cabo sufria como todos los déspotas las zozobras y angustias propias de los tiranos, y lo abrumaba el peso de los odios que habia concitado contra su persona; pareciéndole indicio de insurreccion la más leve señal de disgusto que advirtiera en el ejército. Y como, segun que temia la rebelion en sus generales, así era con ellos amable ó severo, por eso frecuentaba el trato de Warwick, lisonjeaba con extremo á Fairfax, refrenaba contínuamente á Ireton, se atraia no sin trabajo al republicano Fleetwood, á quien habia dado además por esposa una de sus hijas, irreconciliable adversaria de la dictadura, lo propio que su marido; alejaba de sí á Monk, y recelaba de las intrigas y popularidad de Lambert, caudillo que buscaba la mejor manera de improvisarse un partido que lo sostuviese, ya fuera entre los realistas ó los republicanos, ó los malcontentos del ejército; intrigas y popularidad que pusieron á Cromwell en el caso, para no indisponerse con el ejército, de compensar el mando que quitó á tan ambicioso personaje con dádivas pingües que lo sujetaron obligando su gratitud merced á la corrupcion. Pero se hallaban los partidos harto fraccionados en Inglaterra para osar asesinatos como el de César, pudiéndose decir, además, que Cromwell vivia porque ninguno de los diversos bandos que se agitaban á su alrededor estaba cierto de sacar ventajas de su muerte. El Protector tenía, empero, conciencia de su impopularidad y rubor de su ambicion, y sus diez discursos á los diversos Parlamentos del interregno demuestran sus esfuerzos á las veces humillantes para que le fuera perdonado el rango supremo que ocupaba. Y como no sería posible conocer bien al hombre sin

penetrar ántes el alcance de sus palabras de aquel tiempo, toda vez que su alma estaba en ellas, vamos á traducir algunas que sobrenadan en medio del revuelto mar de su oratoria, y parecen á punto de zozobrar entre remolinos de frases humildes ó imperativas; discursos incoherentes y oscuros, que así recuerdan al labriego elevado á la realeza, como al sectario guerrero que transforma en púlpito la tribuna para predicar á su pueblo despues de haberlo vencido.

LXXXI.

«¿Dónde estaban otro tiempo,—dijo en su primer discurso al Parlamento de los tres reinos, reunido despues de la disolucion del llamado Largo;—dónde las libertades fundamentales de Inglaterra: la del ciudadano y la de conciencia, por las cuales así es bueno y justo combatir como por cualquiera de los mayores bienes que nos haya otorgado el Señor? No podia imprimirse la Biblia sin licencia del magistrado; lo cual era someter la fe y la conciencia del pueblo al criterio de las autoridades civiles, y negarle juntamente las libertades religiosa y civil, siendo ambas de tal naturaleza que le pertenecen por derecho propio en el hecho mismo de existir. Pues bien: ahora nadie sería osado á imponer restricciones á la fe.»

Y á seguida, tratando el asunto más como profeta que como político, fulminó terribles anatemas contra los *hombres de la quinta monarquía*, secta religiosa y política que anunciaba el reinado directo de Cristo, descendido expresamente á la tierra para go-

bernar por sí mismo á su pueblo, y muchos de cuyos parciales afirmaban haberlo visto ya incarnado en la persona de un jóven aventurero que se hacía obedecer y reverenciar bajo el nombre de Jesus.

Pasando luégo sin transicion á manifestar el gozo que sentia contemplando un Parlamento elegido libremente, añadió:

«Sí, señores; tengo delante de mí un Parlamento libre. Y puesto que así es como lo digo, hablemos un poco de nuestros asuntos.» Y comenzó entónces á referir con menudos detalles la marcha y el suceso de sus operaciones en Holanda, Francia, España y Portugal, despidiendo á seguida los diputados de una manera paternal, prometiéndoles que los tendrá presentes en sus oraciones, y encareciéndoles que se restituyan sin más tardanza y tranquilamente á sus casas para reflexionar en órden al buen gobierno de los negocios del país, que se proponia someter á su deliberacion.

En el discurso siguiente, habla con amargura del yugo que, mal de su grado, le imponia la patria, expresándose así:

«Os lo digo, señores, como lo siento: no tiene atractivo ninguno para mí el cargo que desempeño; pero esto no es nuevo para vosotros, pues harto lo he manifestado á todos cuantos me oyen ahora en otras pláticas. Tambien os he dicho que sólo una cosa deseaba, es á saber, la libertad, no sólo para mí, sino para los demas, de recogerme á la vida privada, prévia la aceptacion de mi renuncia, lo cual he solicitado con empeño una y otra vez. Y pongo á Dios por testigo de mis palabras. Que no miento, bien lo saben muchos de los que me oyen; pero, si así fuera, si yo faltase á la verdad afirmando esto que yo os digo, y que no pocos califican de mentira

y de hipocresía, castígueme Dios!... Hablen de mí cuanto les plazca los hombres sin caridad que juzgan á los demas por sí mismos; yo estoy tranquilo y ratifico mis palabras y juro que no miento! Lo que hay es que no he podido alcanzar el bien tan deseado, pues aquellos que tuvieron fe y me creyeron sincero, fueron de parecer que no debia retirarme á ménos de preferir el crímen á la lealtad... Y, no obstante, soy de todo punto indigno del cargo que me obligais á ejercer, no siendo sino mísero pecador!»

Y despues de una difusa digresion acerca de los asuntos pendientes, concluye con estas palabras:

«Hemos sido suscitados para labrar la dicha del pueblo inglés, y lo hemos conseguido dándole paz dentro y fuera de su territorio!»

Su cuarto discurso fué una censura constante y acerba contra el mismo Parlamento, por haberse dejado corromper de las antiguas facciones, y acabó disolviéndolo, despues de invertir dos mortales horas en lisonjearlo y maldecirlo, segun la voluntad del espíritu que lo inspiraba.

El quinto discurso, pronunciado ante otra Cámara, fué una descosida disertacion de cuatro horas, cuyo sentido sería dificilísimo penetrar, y que se termina con un salmo.

«Lo confieso,—dijo;—he sido muy difuso, y sé que os he cansado; pero dejad que añada unas pocas palabras más. Ayer leí por casualidad un salmo que hoy encaja perfectamente á propósito de lo que voy diciendo. ¡Es el sesenta y seis! Y porque me parece de mucha doctrina y aplicable á las circunstancias, os ruego que lo leais con calma y lo mediteis con espacio. Comienza del modo que vais á oir: «Señor: fuiste misericordioso para la tierra; nos rescataste

del cautiverio de Jacob; nos perdonaste los pecados.»

Y recitó el salmo entero al auditorio. Hecho lo cual, dejó de leer, y cerrando la Biblia:

«En verdad, en verdad,—dijo,—deseo que grabemos este salmo en nuestros corazones de una manera más indeleble y legible todavía que lo está en el libro, y que podamos exclamar con David: «¡Tú eres, Señor, tú solo el autor de todo esto!»

»Animo, pues, y manos á la obra; que si trabajamos con celo entonaremos luégo este otro salmo penetrados de alegría: «En nombre del Señor quedarán confundidos nuestros enemigos.»

»¡Entónces ya no temeremos al Papa, ni á los españoles, ni al diablo! ¡Entónces ya no temblaremos de miedo aunque las llamas se levanten más alto que las montañas y veamos á las montañas quedar sumergidas en los abismos del mar, porque Dios estará con nosotros!

»He concluido, ¡gracias al Señor! todo cuanto tenía que deciros. ¡Rogad á Dios que os favorezca é ilumine con su presencia, é id en paz y juntos cada cual á su casa!»

LXXXII.

Estos discursos, de los cuales sólo hemos traducido algunas líneas textualmente, duraban horas enteras; pero si su sentido es apénas perceptible, hay algo en ellos que hace pensar en Tiberio y en Mahoma, en el soldado, en el tirano, en el patriota, en el sacerdote y en el loco juntamente, pues son el resultado de la inspiracion laboriosa de un alma triple, que no ve por dónde va y busca su propio

pensamiento á tientas, encontrándolo, perdiéndolo y volviendo á encontrarlo, y que deja entretanto fluctuar hasta la desesperacion á su auditorio entre opuestos movimientos de piedad, de terror y de fastidio. Y esto es así, porque cuando el lenguaje de la tiranía no es conciso como la voluntad, es ridículo, y porque cuando la fuerza bruta pretende que los hombres adivinen cúyos son sus pensamientos ó discurre á presencia de senadores vendidos ó de ciudadanos esclavos, tropieza siempre y se enreda en los sofismas, ó remonta el vuelo hasta las nubes ó se arrastra en la trivialidad: que la única elocuencia de la tiranía es el silencio, porque no consiente réplica.

LXXXIII.

Pero nunca resaltaron más estos caracteres de la oratoria de Cromwell que al contestar al Parlamento cuando por tres veces consecutivas, en 1658, le ofreció la corona. Fué la primera una comision que llevaba encargo de tantearlo familiarmente acerca de la oferta que se proponia el Parlamento hacerle. Su respuesta fué familiar tambien, y evasiva, porque no queria el título de monarca, y su conciencia y su inspiracion política le advertian de que no por llamarse rey sería más poderoso é invulnerable que denominándose Protector. Y como por otra parte no era osado á rehusar categóricamente la denominacion, porque sus generales, más ambiciosos que no él, querian forzarlo á ocupar el trono para comprometerlo de una manera irrevocable á la causa de sus conveniencias personales, y además, temía indisponerse con el partido militar

si se negaba en absoluto á ceñir la corona, y acaso que la ofreciera en defecto suyo á otro caudillo más temerario y ménos escrupuloso, fácil es comprender la perplejidad de su discurso, la turbacion de sus ideas y la nebulosa vaguedad de sus palabras: que nada ménos de ocho dias y mil circunlocuciones anfibológicas empleó el Protector para explicarse.

«Señores,—contestó á la primera comision confidencial del Parlamento;—he pasado la mayor parte de mi vida, si puedo hablar así, en los campos de batalla y en la lucha; pero si todas cuantas cosas me han sucedido desde que comencé á intervenir en los negocios públicos se reunieran y juntas me abrumaran con su pesadumbre al mismo tiempo, estad ciertos de que no me infundirian tanto sobresalto y temor y respeto juntamente como la perspectiva de lo que me proponeis y el título que me ofreceis. Lo único que me tranquiliza y sosiega en esta como en todas las crísis de mi vida pasada, es la consideracion y el convencimiento de que las mayores y más graves responsabilidades afrontadas por mí, me han sido impuestas siempre de una manera directa y sin participacion mia por la mano de Dios; siendo su divina voluntad la que me ha dado fuerzas para ejecutar sus mandatos, pues sin su auxilio evidente, habria sucumbido en la empresa. Por esta causa, si me atreviese á daros ahora mismo respuesta en órden á un asunto tan repentino ó inesperadamente propuesto á mi deliberacion, sin haberla sentido dar ántes dentro de mí por quien es mi oráculo y guía en todas las circunstancias, mis palabras serian tales, que tal vez pudieran pareceros desacordadas, y desde luégo escasa y pobre muestra de mi prudencia. Porque aceptar ó rehusar

en este punto aquello que me ofreceis, fundándome para ello en razones de conveniencia personal, ántes pareceria concesion á la carne que no al espíritu, y entónces mi encumbramiento debido á consideraciones de ambicion ó de vanagloria sería, no sólo para mí, sino tambien para mi familia y para el Imperio todo, un anatema; siendo mejor para mí en ese caso no haber nacido. Dejad, pues, que tome con espácio consejo del Señor y de mi propio espíritu; que yo prometo, si venís en ello, no dejar que influyan en mi determinacion ni los clamores de la muchedumbre, ni las ambiciones de quienes pudieran medrar con mi engrandecimiento, y daros en breve cumplida respuesta.»

LXXXIV.

Tres horas despues, como volviera la comision para manifestarle que su respuesta era urgente, la dió tan confusa é ininteligible, que al leerla nos parece que lo vemos turbado y confuso cual dicen las historias que hubo de quedar César cuando rehusó con fingida sonrisa la corona de Antonino y de los soldados en el circo. No lo estaba en realidad, sin embargo, sino muy sobre sí, pues al cabo de cuatro dias y á vueltas de instancias reiteradas por parte de la Cámara y de aplazamientos respetuosos y corteses por la suya, Cromwell acabó explicándose de una manera inteligible y clara en medio de un diluvio de palabras.

«La realeza—dijo en sustancia—consta de dos partes: del título de monarca, y de las funciones de la monarquía; estando además tan ligadas estas fun-

ciones en su raíz con nuestra legislacion antigua, que todas nuestras leyes caen si no hay en su aplicacion alguna parte de autoridad monárquica; y en cuanto al título de rey, no sólo implica en mi sentir el ejercicio del poder supremo, si que tambien autoridad divina. Por lo que á mí hace, no he menester deciros que fuí elevado al puesto en que me hallo para evitar gravísimos males y daños á mi patria, y que áun cuando no trato de discutir acerca del título de rey ó de protector, pues me hallo dispuesto á serviros, no ya de una ú otra manera, sino hasta denominándome comisario de policía, que es, despues de todo, lo que soy, para mantener el órden y la paz en la parroquia, entiendo que no hay necesidad de investirme con el dictado de monarca..., pues al cabo, ese ú otro cualquiera nombre tanto monta como el de Protector...»

Y luégo prosiguió con humildad imposible de fingir:

«Debo añadir ahora unas pocas palabras en órden á mi persona. Cuando fuí llamado por Dios y preferido á tantos otros que valian más que yo para ejecutar su mandato, ¿qué posicion era la mia? La de un capitan á las órdenes de mi digno amigo Mr. Hampden, cuyas prendas de carácter y virtudes cívicas nunca serán bastantemente alabadas. La primera vez que asistí con él á una batalla vi que nuestras tropas bisoñas, indisciplinadas, compuestas de hombres no nada temerosos de Dios, sufrian derrota sobre derrota, quedando vencidas siempre. Con permiso de Mr. Hampden las infundí entónces espíritu de celo y de piedad, y eduqué á los soldados en el santo temor de Dios. Desde aquel punto cada encuentro con el enemigo ha sido prenda segura de victoria. ¡Loado sea Dios! Pues bien, así sucede y así

sucederá en las esferas del gobierno, salvándonos á todos el celo y la piedad, sin que para lograr estos fines sea menester un rey!... Y, entended bien lo que os digo: yo, que me hallo dispuesto á sacrificarme por la salud de la patria, no creo que sea necesario hacer víctima del bien general á un rey!»

Así dijo, en fecto; pero muy de otro modo pensaba, por desgracia, cuando se trató de Cárlos I, cuya sangre protestaba en aquel punto por boca del verdugo, dando testimonio contra sus propias palabras de la conducta feroz y bárbara observada por él al sacrificar un monarca inocente y ofrecerlo en holocausto, no al pueblo, sino al ejército.

LXXXV.

Comenzaba entónces á remorderle la conciencia, y tal vez, á lo que dicen, para calmar sus clamores ó para reanimar sus escrúpulos, durante los dias que pasaron en estas negociaciones con el Parlamento y se vió á punto de ser rey, se hizo llevar al subterráneo de White-Hall, en el cual descansaban, esperando sepultura mejor, los restos del infortunado Cárlos I. ¿Qué se proponia Cromwell con esta lúgubre visita? ¿Quiso leer en los labios del rey decapitado el oráculo que venciera su incertidumbre, ó la sentencia de su ambicion? ¿Quiso implorar perdon de la víctima por el asesinato que consintió cometer en su persona y por el trono que le quitó con la vida? Se ignora; siendo lo único cierto y averiguado que mandó levantar la tapa del féretro donde yacían los despojos del Rey, que se alejaron á una señal suya sus acompañantes y que permaneció largo espacio en silencio y solo, frente á frente con

el muerto: ¡estoica entrevista, si no fué arrepentimiento, penitencia y suplicio en expiacion de su crímen! pues de aquellas terribles meditaciones sólo podia salir más criminal aún ó más afligido y consternado. Cuando se apartó de allí advirtieron sus servidores la palidez extraordinaria de su rostro y la rígida contraccion de sus labios. Asunto predilecto ha sido esta escena singular para los artistas; pero si cuantos lo han tratado sólo vieron en ella el triunfo del hombre ambicioso que se recrea contemplando el cadáver de su víctima, nosotros vemos en el sombrío suceso que tuvo por teatro las bóvedas de White-Hall el triunfo del remordimiento en la conciencia del criminal.

LXXXVI.

Las cartas familiares de Cromwell, escritas por entónces, respiran la melancolía del ambicioso que ha llegado al término de sus aspiraciones y aquilatado las grandezas humanas, y siente su propia pequeñez en la plenitud aparente de la grandeza, y una manera de abatimiento del corazon desacostumbrada.

«A decir verdad,—escribe á Fleetwood, su yerno y teniente en Escocia,—mi querido Cárlos, nunca como ahora he necesitado de los auxilios espirituales de mis amigos cristianos. Y miéntras cada cual quiere persuadirme de la eficacia de su remedio y de la esterilidad del ajeno, el espíritu de dulzura y benevolencia que me penetra en estos momentos á todos desagrada. No obstante, yo creo estar en lo cierto y poder decir con entera verdad que mi vida es y ha sido un sacrificio voluntario y útil. Por

tanto, entiendo que debes persuadir á cuantos se hallan cerca de ti, no sólo de esto, sino de que sean moderados, pues practicando la moderacion, si el dia del Señor, como dicen algunos, está cerca, ¡cuánto no resplandecerá esa virtud en quienes la hubieren puesto por obra! ¡Estoy triste! y en mi tristeza sólo me ocurre decir: ¡Quién tuviera las alas de la paloma para remontar el vuelo y apartarse de la tierra!... si bien creo ser reprensible por extremo esta impaciencia mia, tanto más, cuanto que tengo en mi mujer é hijos vínculos que me atan dulcemente á la vida... Perdona si te aflijo con mis expansiones. Mis afectos á tu esposa y mi bendicion, si algo vale, á tu hijo, mi muy amado nietecillo.»

Ocupábase al propio tiempo en asegurar el porvenir de sus hijos, empleando parte de las cuantiosas sumas que le daba el Parlamento para decoro de su rango, y sus haberes patrimoniales, en adquirir propiedades, cuyo pormenor hallamos, así como el de las rentas que producian, en cartas dirigidas á Ricardo. Las fincas eran doce de á treinta mil pesetas cada una, y seis mil de producto anual.

«¿Qué importa lo demás?—solia decir;—les dejo por capital la gracia de Dios, que me sacó de la nada para ponerme tan encumbrado!»

No parece sino que tenía el presentimiento de hallarse cercano al término de su vida

LXXXVII

Las personas que frecuentaban su trato echaban de ver esto mismo. El cuáquero Fox, uno de los fundadores de la secta religiosa y filosófica cuya teología era la caridad, solia conversar á veces libremente con Cromwell. Acaso para visitarlo fué á Hampton-Court por aquel tiempo, y hé aquí en qué términos daba cuenta del efecto que le produjo su vista, escribiendo á un amigo común:

«Encontré ayer á Cromwell en el parque de Hampton-Court á caballo y revistando sus guardias. Al poner los ojos en él me pareció que pasaba entre los dos el espíritu de muerte: me acerqué y vi su rostro bañado de palidez sepulcral: detuvo su caballo; le hablé de lo que padecian los amigos (los cuáqueros), y le hice aquellas advertencias que puso el Señor en mis labios; me contestó: «Venid á verme mañana;» fuí, en efecto, pero me dijeron que se hallaba indispuesto, y ya no he vuelto á encontrarlo más.»

Hampton-Court, magnífica residencia feudal de Enrique VIII, era un palacio que por su traza severa y monacal debia ser muy del gusto de Cromwell, con sus anchas y macizas torres, bajas á la manera de baluartes de plaza fuerte, coronado de almenas pobladas de cornejas, y construido en medio de uno de esos bosques exuberantes y frondosos, tan gratos á la raza sajona. Las seculares encinas de su parque dilatado parecian entónces, lo propio que hoy, rivalizar en grandeza y majestad con los muros góticos y los torreones del castillo: dilatadas avenidas, envueltas en sombra y bruma, cortaban en cuarte-

les el bosque, trazando calles de longitud extraordinaria que iban á perderse á lo léjos en los prados, cuya verde alfombra hollaban numerosas piaras de gamos: puertas estrechas, bajas y ojivales, semejantes á las grietas y agujeros de un peñasco, daban acceso á subterráneos, cuerpos de guardia y salas de armas abovedadas, con las paredes cubiertas de panoplias, armaduras, escudos y banderas de los tiempos caballerescos; todo, en una palabra, respiraba, lo mismo fuera que dentro del castillo, esa majestad imponente que tan eficaz ha sido siempre á infundir respeto y áun miedo alrededor de los reyes; circunstancias que acaso influyeran en el ánimo de Cromwell para preferir Hampton-Court á las demas residencias cuyo usufructo tenía en calidad de jefe del Estado. Pero en aquella ocasion no habitaba el Protector allí sólo por gusto y esparcimiento, sino para dar salida con desahogo á la honda pena que lo afligia.

LXXXVIII.

Habia colocado la Divina Providencia cerca de Cromwell, como acontece á muchos grandes hombres, la venganza y la expiacion de sus prosperidades en su propia familia. Ya dijimos que tenía várias hijas, y añadiremos ahora que habian sido consuelo y ornato de su hogar. La primera casó con lord Falconbridge, otra con Fleetwood, la tercera con lord Claypole, y la cuarta y más jóven, llamada lady Frances, era viuda de Rich, nieto del conde de Warwick, antiguo compañero de armas del Protector, á los diez y siete años. Pero si el duelo de la hija predilecta de su madre afligia la familia contagián-

dola de su propio desconsuelo, Fleetwood, republicano celoso, en lucha siempre con la influencia de su padre político, que sufria no sin experimentar remordimientos, y combatido de las opiniones de los demócratas netos, que reputaban á Cromwell por tirano, se hallaba en continua querella con él y lo acusaba de haber absorbido la República, salvándola; y como llevada del fanatismo y del amor, su esposa participaba de su descontento, las quejas de lady Fleetwood se añadian á las censuras del marido, amargando entre ambos la existencia del huésped de Hampton-Court cuando más menesteroso se hallaba de reposo y de paz interior. Lady Fleetwood sentia cual Bruto amor extremado y horror invencible hácia su padre, luchando en ella la fuerza de la sangre y el espíritu de secta de tal modo, que al chocar tan opuestos impulsos se olvidaba de los respetos debidos al autor de su vida; viéndose Cromwell por tanto, en medio de los afanes y desvelos de la gobernacion del país, acosado de las invectivas de su hija republicana, erigida en censor de su política, y en el caso de temer que juntamente con su marido llegase á entrar en alguna conjura contra él; suceso que más le aterraba descubrir que no ser su víctima. El tono suplicante de sus cartas á lady Fleetwood da la medida de las angustias de Cromwell, obligado á disculparse á los ojos de su propia familia cuando todo temblaba delante de él en Inglaterra y en Europa. Pero su hija, sin cesar agitada con la idea de la libertad perdida, sólo se calmaba por un espacio á su voz, siendo necesario de allí á poco volver á persuadirla para no tener que castigarla. Como se ve, lady Fleetwood era la Némesis de su padre.

LXXXIX.

Su hija Isabel, casada con lord Claypole, habia sido siempre, al contrario de lady Fleetwood, consuelo y alegría de Cromwell, pues la jóven y seductora dama tenía tanto ingenio y hermosura y tales prendas de carácter que justificaban la preferencia, y si se quiere la admiracion que su padre sentia por ella, y de la cual participa el historiador realista Hume, á quien no es posible sospechar de parcial ni siquiera de justo, tratándose de la familia del verdugo de su rey, cuando dice sin ambajes que poseia la interesante lady cuantas gracias y virtudes son necesarias para ser adorada de todo el mundo. Empero una de esas fatalidades aciagas que parecen obra de la casualidad, no siendo sino castigo merecido de los tiranos, quebró el corazon de la encantadora jóven, causándole la muerte al cabo de prolongado martirio, y suscitó entre su padre y ella una de esas trágicas querellas de familia en que, desgarrada la naturaleza por dos contrarios afectos, no es posible sofocar el uno y reprimirlo sin hacer traicion al otro: que lady Claypole, como Camila, hubo de escoger entre su patria y su amante; situacion terrible cuyo único desenlace y término era la muerte.

Es el caso, que un jóven del partido realista se halló complicado en una conspiracion contra el poder del Protector, siendo condenado á muerte, y que áun cuando Cromwell tenía la prerogativa de indulto y estaba dispuesto á ejercerla en aquel caso, pues sabía la tierna inclinacion que profesaba lady Claypole al reo, exigió que préviamente diera éste

motivo á su magnanimidad, bien solicitando el perdon, bien humillándose de cualquiera otro modo. Pero el intrépido Hewet (que así se llamaba el sentenciado), del propio modo que arrostró los peligros de la conjura, hizo frente con bizarría en aquel trance al tirano y se negó altivo á merecer su indulto por el medio propuesto. Cromwell, entónces, sordo por la primera vez á las súplicas, los ruegos, el llanto y la desesperacion de su hija, que le pedia de rodillas gracia para el hombre á quien tanto amaba, mandó fuera ejecutado sin más tardanza. Lady Claypole quedó herida mortalmente del mismo golpe que acabó con su amigo en el cadalso, matando Cromwell por tal modo á su hija predilecta en la persona del adversario político. La desdichada Isabel cayó en un estado de invencible languidez, y se retiró á Hampton-Court con su madre y hermanas; pero no lograba salir de su abatimiento sino á muy largos intervalos, y entónces reconcentraba todas las fuerzas de su espíritu para dar en rostro á su padre con la sangre de su víctima, persiguiéndolo á gritos por las habitaciones del castillo y horrorizando á los familiares con sus delirios de venganza y sus alternativas de arrepentimiento y de ternura filial, vehementes y fogosas como sus querellas; trágicas escenas que hacian del palacio asiento de todo temor, misterio, consternacion y remordimiento. Y miéntras la vida de lady Claypole iba evaporándose, por decirlo así, entre suspiros y lamentos, lágrimas y maldiciones, la de Cromwell se consumia entre angustias, súplicas y tardíos arrepentimientos, siendo lo que más lo afligia sentirse aborrecido á causa de su crueldad de un sér amado con tanta predileccion por él. En efecto, se habia herido en el corazon, matando el

amor de su hija, y por tan singular manera la república defraudada en sus esperanzas y la monarquía martirizada, parecian tomar terrible venganza en él, cual si se valieran la una del fanatismo de lady Fleetwood y la otra del amor de lady Claypole para desquitarse dentro de su hogar mismo de su ambicion y crueldad con ambas causas: ¡estado triste y miserable, que reducia sus aparentes grandezas y prosperidades á la nada, y era motivo de lástima para sus más sañudos adversarios!

Al fin murió en sus brazos lady Claypole al mediar el invierno de 1658, perdonándolo. No así la naturaleza, pues á contar del dia que su hija pasó á mejor vida, comenzó á encaminarse derechamente al sepulcro.

XC.

Aun cuando era Cromwell en apariencia robusto de cuerpo y vigoroso, y se conservara lleno de agilidad á los cincuenta y nueve años, debido esto al continuado ejercicio, á la guerra, la sobriedad y las buenas costumbres, esa parálisis del alma que se llama en el lenguaje corriente hastío de la vida le atrofió el corazon, extinguiendo en él por completo, no sólo el gusto á tratar de los negocios públicos, sino hasta de los asuntos propios y de las distracciones de familia. Lo cual advertido de sus deudos y confidentes trataron de apartar sus pensamientos del sepulcro de Isabel, obligándolo con diversos pretextos á no residir muchos dias en el mismo punto y á distraer la imaginacion por mil maneras. Thurloe, su secretario, y algunos amigos íntimos, de acuerdo con su mujer, le dispusieron

inesperadas revistas, cacerías y diversiones, llegando en su buen deseo al extremo de restituirlo á Lóndres, de donde faltaba tiempo hacía; pero todo en vano; y como áun le pareciera la capital más aborrecible que sus residencias rurales, idearon reanimarlo dándole comidas campestres, traidas de palacio y servidas sobre el césped á la sombra de árboles corpulentos en aquellos sitios más de su agrado. Este remedio fué de todos el mejor, pues con él revivieron sus aficiones de antaño, apareciendo á seguida el labrador y el ganadero bajo la vestimenta del señor de dilatado imperio; y se asociaban de tal modo en su imaginacion la Biblia y la vida patriarcal á que tantas veces aluden los libros del Antiguo Testamento, con las ocupaciones de su juventud, que las echaba de ménos en White-Hall, y solia exclamar como Danton: «Dichoso mil veces el que habita en humilde cabaña y labra por sí su propia heredad.»

Uno de aquellos dias que Thurloe y sus familiares le disponian almuerzos y comidas campestres, como se sintiera más despejado de tristezas que de costumbre y mejor dispuesto, quiso pasarlo todo rusticando en la soledad, y á fin de distraer mejor las horas mandó que le trajeran un ligero carruaje con los seis caballos que le habian regalado los holandeses á título de presente nacional, para probarlos en las dilatadas avenidas del parque. Dos delanteros montaban el caballo de mano de las dos primeras parejas; Cromwell hizo sentar á Thurloe dentro del carruaje, y tomando las riendas de los de lanza los puso al paso; pero los brutos, que áun no estaban adiestrados completamente, comenzaron á encabritarse, arrojaron al suelo á los jinetes y rompieron á correr á la ventura, derribando al carruaje y á

Cromwell. Y como al caer el Protector se le disparase una pistola que llevaba oculta bajo la ropa, esto, con el golpe recibido y el peligro pasado, aunque sin otras consecuencias, le pareció de lúgubre presagio. Acaso pensó tambien Cromwell entónces en las burlas y sarcasmos á que daria lugar su caida entre los enemigos políticos y personales de su Gobierno, lo cual, unido al hecho en sí mismo y á las tristes imaginaciones que lo asediaban de tiempo hacía, contribuyó á producirle mal contenida impresion y terror indefinible. No obstante, al levantarse de entre los despojos del carruaje que yacían esparcidos por el suelo, dijo á Thurloe con forzada sonrisa:

«Está visto, amigo mio, que á las veces más difícil es guiar un tronco de caballos que un pueblo.»

XCI.

Hízose llevar el Protector á Hampton-Court, y la imágen presente de su hija querida en aquellos salones y estancias le parecia ménos dolorosa que no el olvido de los lugares que dejó en soledad y desconsuelo con su muerte. Sobrecogiólo allí fiebre lenta é intermitente, arrostrando sus primeros accesos sin que ninguno sospechara en torno suyo la gravedad del mal los primeros dias; pero como la calentura se tornara terciana y más intensa y aguda, y los médicos que fueron de Lóndres para su cuidado atribuyeran el mal y su gravedad á las marismas del Támesis que se extendian al extremo de los jardines de Hampton-Court, fué llevado al palacio de White-Hall, cual si la Divina Providencia hubiera dispuesto en sus inescrutables designios que

muriese delante de la misma ventana del mismo palacio en que por su mandato se construyó diez años ántes el cadalso del rey víctima suya.

No debia Cromwell levantarse del lecho en donde lo acostaron á su llegada de Hampton-Court; que una vez iniciado el mal, sus progresos fueron rápidos y constantes. Muchas veces se ha escrito la relacion de esta enfermedad, la última del Protector, desfigurando é interpretando sus actos y palabras durante toda ella, segun las opiniones políticas de los narradores y la necesidad que sentian de vengarse de su vida ó de honorarse con su muerte; mas felizmente un relato nuevo, auténtico é inapreciable, debido á su mayordomo, que no se apartaba de su lado un sólo momento y trasladó al papel, dia por dia y hora por ahora, sus discursos y pensamientos sin omitir el menor detalle que pueda interesar, nos servirá para restablecer la verdad de los hechos; circunstancia esencialísima en el caso que tratamos, pues las palabras de la hora suprema explican los arcanos del pensamiento; como que no hay máscara que no quite la muerte al acercarse, ni tampoco hipocresía posible bajo la mano del Señor.

XCII.

En los intervalos de las accesiones de fiebre, consagraba el tiempo á lecturas piadosas y á pensar, á veces con profundo desconsuelo, á veces con cristiana resignacion, en órden á la muerte de su hija, cada dia más sentida é inolvidable.

«Leedme—dijo cierta vez á su mujer, en uno de aquellos momentos—la epístola de San Pablo á los Philipenses.»

Y leyó estas palabras:

«He aprendido á estar satisfecho en las tribulaciones que me ponga el Señor, y conozco las dos maneras de ser: el exceso de humillacion y el exceso de grandeza y prosperidad, y así sé arrostrar la una como la otra con la fuerza de Dios que me sostiene.»

La de Cromwell se detuvo.

«Ese versículo—dijo su marido—me salvó la vida una vez, cuando al ver muerto á mi primogénito, sentí el corazon herido como si me hubiera traspasado un dardo. San Pablo—prosiguió—pudo con perfecto derecho hablar así, porque correspondió á la gracia; ¡pero yo!...»

Despues repuso en tono de reflexiva confianza, cuando hubo trascurrido un espacio:

«Pero el Cristo de Pablo ¿no es el mio tambien?

Y como era el profeta de los puritanos, el campeon de los demócratas y el mantenedor y paladin de Inglaterra para los patriotas, se rezaba por él sin cesar en los tres reinos. Las antecámaras resonaban con el murmullo sordo y perpétuo. de los ministros predicadores, de los capellanes, de los inspirados y amigos de su persona y familia, que ofrecian al Señor sus gemidos para rescatar la vida del santo de la secta. White-Hall más parecia con esto santuario que palacio, y el espíritu de mística inspiracion que lo movió al principio de su estancia en aquel lugar perseveraba con creces hasta el fin, pues no abria los labios sino para tratar de asuntos piadosos y nunca de materias políticas: ¡que de tal modo lo absorbia la idea de su salvacion y tanto prevalecia esta sobre la de prolongar los términos de su poder!

Y aunque habia designado por sucesor suyo el

mismo dia que fué nombrado Protector á su hijo Ricardo en un papel sellado, archivado y perdido despues, y querian los suyos que renovara el documento, demostró tanta indiferencia ó repugnancia en hacerlo que hubieron de renunciar á ello. Sin embargo, cuando le preguntaron delante de testigos si era su voluntad que le sucediera Ricardo, balbuceó con un signo afirmativo, diciendo: ¡Sí!; pero á seguida cortó la conversacion.

Era, pues, evidente que Cromwell, práctico en los negocios humanos, experto en las vicisitudes de los imperios y muy conocedor de la versatilidad de los pueblos, daba escasa importancia en su fuero interno á los testamentos de los dictadores, y que preferia fiar á la Divina Providencia el porvenir de su autoridad.

«Dios gobernará por el instrumento que más le convenga designar,—decia.—¿Quién me dió, si no, poder sobre su pueblo?»

Cromwell estaba persuadido de haber guardado el papel á virtud del cual deberia de sucederle su hijo en Hampton-Court; mas fueron en vano las pesquisas que se hicieron para encontrarlo, y ya no se habló del caso. Así las cosas, Ricardo, que vivia en el campo con los padres de su mujer, llegó á Lóndres acompañado de sus hermanas para visitar al jefe de la familia y asistirlo y consolarlo. No era otro tampoco el móvil verdadero de su viaje, pues, del propio modo que su padre, no se forjaba ilusiones en órden á la trasmision hereditaria del poder, ni ménos lo ambicionaba; que así éste como los restantes individuos de la prole del Protector habian pasado su vida en la oscuridad del hogar y parecian todos dispuestos á volver á ella satisfechos y felices cual actores que salen de la escena y se des-

pojan de sus galas acabada que ha sido la comedia. Y como por esta causa tampoco se hicieron odiosos, ni ofendieron la susceptibilidad de nadie con muestras de insolencia y de orgullo, podian, con ser su padre nuevo Sila, mezclarse impunemente á la muchedumbre. La recíproca ternura, el mutuo y sincero afecto y las sentidas lágrimas de una familia ejemplar fueron el lujo, por decirlo así, la pompa y el aparato que rodearon el lecho de muerte del Protector de Inglaterra.

—«¡No lloreis así,—dijo una vez á su mujer y á sus hijos que sollozaban en su cámara:—no tengais ni demostreis tanto amor á este mundo, y creedme, porque os hablo á punto de morir!»

Tuvo, empero, un momento en que pareció sentir cierto apego á la vida, y exclamó:

—«¿No hay quién pueda salvarme?»

Viendo que nadie contestaba, prosiguió:

—«Los hombres nada pueden; ¡Dios, todo! Voy á rezar, pues. ¿Quereis acompañarme?»

Y comenzó á rezar mentalmente, interrumpiendo de tiempo en tiempo el silencio de sus labios aspiraciones místicas y frases balbucientes que más parecian ser eco de sus plegarias íntimas.

—«¡Bien sabes, Señor, que sólo deseo vivir para glorificar tu nombre y completar tu obra! ¡Pero qué terrible cosa es, qué terrible, qué terrible,—repitió tres veces,—caer en manos de Dios vivo!»

Luego preguntó á su capellan:

—«¿Creeis que pueda el hombre perder el estado de gracia cuando ha vivido en él?

—No,—contestó el eclesiástico;—el estado de gracia no supone la posibilidad de la recaida.

—Entónces—replicó el enfermo—estoy satisfecho, porque tengo la seguridad de haber vivido en

perfecto estado de gracia durante cierto tiempo.»

Y de esta suerte todos los problemas que le ocurrian eran relativos á lo porvenir; ninguno á lo presente.

—«Soy el último de los hombres,—prosiguió;—pero he amado y bendecido á Dios, y siento su amor en mi corazon!»

XCIII.

Hubo un momento, empero, en que se creyó dominada la enfermedad, participando él mismo de la opinion facultativa. Con esto, White-Hall y los templos de Inglaterra celebraron funciones religiosas en accion de gracias al Señor. Pero la mejoría duró poco, y la fiebre reapareció más intensa que ántes, acompañada de algun delirio y seguida de grande abatimiento.

Así las cosas, la mañana del 30 de Agosto vió un ayudante de Cromwell desde una ventana de Palacio pasar por la plaza de White-Hall al republicano Ludlow. Advertido del caso el moribundo Protector, experimentó cierta inquietud en órden á la causa, poderosa en su sentir, que lo traia en aquellos momentos á Lóndres, de donde se hallaba desterrado; y temeroso de que los demócratas se hubieran puesto de acuerdo, previendo su muerte, para promover una revolucion el dia de su entierro, sin más tardanza envió á Ricardo á casa de Ludlow con objeto de sondear sus propósitos. Pero como éste le contestara que sólo negocios personales y urgentes lo traian; que habia ignorado la enfermedad de su padre hasta que llegó á Lóndres, y que partiria la tarde misma de aquel dia, se tran-

quilizó Cromwell, y ya no pensó sino en prepararse piadosamente á morir, consagrándose por completo á sus devociones. Las cuales fueron tantas y tan edificantes, que su mayordomo, que no se apartaba un momento de su lado y le oyó recitar en incoherentes frases fervorosas plegarias, consignó con escrupulosidad algunas á medida que brotaron de sus labios para ejemplo de la secta, trasmitiéndolas despues á la posteridad por medio de la historia.

—«Señor,—decia en una de aquellas oraciones,—soy miserable criatura; pero estoy en tu verdad por la gracia, y espero comparecer delante de ti por este pueblo. Me creaste, aunque indigno, para ser instrumento de algun bien en el mundo y de algun servicio á mis hermanos, muchos de los cuales formaron elevadísimo concepto de mis fuerzas, miéntras que otros se regocijaran con la nueva de mi muerte. Mas no importa: continúa, Señor, colmándolos de tus favores; dáles constancia y recto sentido; ház que el nombre de Cristo sea por ellos más y más glorioso en el universo; enseña á los que confiaban demasiado en mí, tu mísero instrumento, á confiar en tí solamente; perdona á los que sienten impaciencia por hollar á este gusano, y concédeme horas de paz si así es tu voluntad.»

El siguiente dia era el aniversario de las batallas de Dumbar y Worcester, sus triunfos más gloriosos; y como llegase á sus oidos el rumor de las músicas militares que recorrian las calles de Lóndres celebrando tan señaladas victorias, exclamó:

—«¡Quisiera vivir todavía bastante para prestar á mi patria servicios iguales á los que se conmemoran hoy; pero mis horas están contadas! ¡El Señor sea siempre con vosotros!»

Pasó la noche sin dormir; y como le preguntase su enfermero, al despuntar del alba, si tenía sed ó sueño, contestó:

—«Ni sueño ni sed, sino deseo de irme con mi Padre!»

De allí á poco perdió el habla; pero movia los labios como si rezara.

Reinaba desde la víspera un huracan equinoccial, y en aquel momento se cambió en horrorosa tempestad, subiendo tanto de punto su violencia, que hasta la tierra parecia moverse á impulsos de sucesivos temblores. Los carruajes que traian á Lóndres los amigos del Protector hubieron de guarecerse, no pudiendo resistir la impetuosidad del aire y de la lluvia, en las posadas de los caminos. Estremecianse las casas, volaban las techumbres, y los árboles de Hyde-Park caian arrancados de cuajo á impulso del viento, que los arrastraba entre remolinos de ramas y de hojas á largas distancias, cual si fueran haces de paja. Cromwell espiró á las dos de la tarde, cuando tan tremenda perturbacion de la naturaleza se hallaba en su apogeo. El huracan lo arrebató como lo habia traido. Por eso acaso la supersticion del pueblo vió algo de prodigioso en la coincidencia de aquella convulsion atmosférica tan extraordinaria con la muerte de su Macabeo; pareciéndole que habia sido necesario un esfuerzo supremo de los elementos para destruir la vida de aquel hombre, depositario de los destinos de Inglaterra, y cuya desaparicion dejaba el vacío inmenso que llenó su dictadura. La cual habia infundido tanta disciplina, é inspirado tanta sumision y terror á los ingleses, que ningun partido fué osado á moverse delante de su féretro, y que sus enemigos, como los de César, concurrieron á los funerales del

tirano dando muestras de duelo. Algunos meses hubieron de trascurrir para que la Gran Bretaña pudiera persuadirse de que ya no tenía dueño, y se atrevieran sus hijos á intentar movimientos en favor de la libertad despues de tan prolongada y memorable servidumbre. Si entónces hubiese habido un Antonio á la cabeza del ejército inglés, y Ricardo hubiera tenido las condiciones de Octavio, el Bajo Imperio habria podido comenzar en Inglaterra; mas no fué así, y al cabo de pocos dias, abdicó su heredado poder el hijo de Cromwell. Bien será decir que años atras, puesto de rodillas á los piés de su padre, le pidió que no llevase al cadalso á Cárlos I, y que acaso el recuerdo de aquel sangriento suceso, leccion tremenda de cuan caro suelen pagar los grandes de la tierra el ejercicio del mando supremo, influyó en su ánimo para renunciar á él sin esfuerzo alguno. Hecho esto, Ricardo Cromwell abandonó el palacio de White-Hall y se recogió á su hogar de modesto ciudadano para vivir tranquilo en la oscuridad.

XCIV.

Así fué Oliver Cromwell como lo hemos descrito, despojando su carácter de la parte novelesca que no tuvo, y dejándolo reducido á los límites de la verdad histórica. Así fué, no de otro modo, el supuesto comediante á quien no comprendieron sus contemporáneos, pero al que comprendemos hoy; pues como los grandes hombres personifican el espíritu de los siglos en que nacen, y el que alentaba el XVII los tres reinos de Inglaterra era esencialmente bíblico, por eso Cromwell, que se hallaba más pene-

trado de él que ningun otro, fué representante, natural y legítimo de aquel tiempo, y por eso mismo no fué político ni ambicioso, Octavio ni César, sino Juez del Antiguo Testamento; sectario tanto más activo y resuelto, cuanto era más supersticioso, y tanto más rígido é inexorable, cuanto era más fanático. De ser superior á su época, no habria ejercido tanta influencia en ella; por eso tambien si la naturaleza lo hizo inferior al papel que debia representar, la supersticion suplió todas sus faltas: como que Cromwell fué un Calvino batallador, que con la Biblia en una mano y la espada en la otra, dirigió sus esfuerzos á la salvacion de las almas ántes que á la conquista del Imperio. Pero mal impuestos los historiadores del espíritu que informa la verdadera conducta de Cromwell, confundieron estas dos aspiraciones, equivocándose al considerarlas, sin advertir que la suya fué la de su tiempo. Ni tampoco podia ser de otra manera, cuando todos los partidos que al presente son políticos, en aquel tiempo eran religiosos, y que así en Suiza como en Alemania, en el Norte como en Francia, en Escocia como en Irlanda é Inglaterra, las colectividades informaban sus principios, sus diferencias y hasta su ferocidad en la Biblia; libro que llegó á ser el oráculo universal de los hombres, y que diversamente comentado por opuestos sectarios, á cada interpretacion imprimia carácter de cisma, y á cada jefe autoridad de profeta, y á cada vencido heroísmo de mártir, y á cada vencedor ferocidad bastante para sacrificar los vencidos y ofrecerlos á Dios en holocausto cual víctimas propiciatorias. Habíase apoderado entónces del mundo cristiano una manera de frenesí místico, y por tanto, quien estuviera más frenético debia triunfar. Decia Danton que la palma de la victoria siem-

pre la conquista en las revoluciones el más infame, y lo propio se puede afirmar y con igual exactitud tratándose de las contiendas y luchas religiosas, es á saber: que los honores del triunfo son para el más supersticioso. Pero cuando el supersticioso es al propio tiempo soldado é impone su misticismo á las tropas, no conoce límites su triunfo, pues sujeta con el ejército al pueblo y con la supersticion del pueblo al ejército; siendo en ese caso Mahoma si es un genio, y Cromwell si es un fanático-político.

XCV.

No es posible negar á Cromwell, en estricta justicia, la sinceridad, pues sólo esta circunstancia dió pié á su elevacion, y si no disculpa, explica sus crímenes; sinceridad que fué su virtud y dió á su vida fe, abnegacion, entusiasmo, constancia, patriotismo, tolerancia, sangre fria, devocion, austeridad de costumbres, abnegacion, asiduidad á los negocios y á la guerra, y ambicion personal para sus deudos, al propio tiempo que imprimió á su modo de ser el carácter patriarcal y romano que reviste bajo todos aspectos. Más aún; le dió la implacabilidad del sectario, que, al exterminar sus enemigos, cree acabar con los enemigos de Dios. Por eso las matanzas de los vencidos en Irlanda y el asesinato premeditado de Cárlos I, pueden explicarse denominándolos vértigos de conciencia falseada, en la cual no influian los arranques de clemencia inspirados del corazon que atenúan en César las crueldades del ambicioso, sino el brutal *væ victis* del sectario, del demagogo y del soldado juntamente.

XCVI.

Como acontece siempre, los dos grandes y memorables crímenes de Cromwell se volvieron contra su causa el uno, y el otro contra su memoria.

¿Qué se proponia Cromwell? No era el trono ciertamente, pues ya hemos visto que lo tuvo en su mano várias veces y que lo rechazó siempre para que reinara la Providencia. Queria dejar á su secta convenientemente asegurada la libertad religiosa por medio de la representacion del pueblo y del Parlamento, con un poder casi monárquico á la cabeza de la república de los santos. Esto es lo que resulta demostrado de la conducta de toda su vida y de todos sus actos y palabras; fines que habria podido alcanzar igualmente sin condenar á muerte al Monarca, celebrando con él ó con sus hijos un pacto nacional, nueva Carta-Magna, en la cual se hubieran garantizado la libertad religiosa y la representativa; dejando por tal modo jefe á la república, Rey á los realistas, Parlamento poderoso á la nacion é independencia triunfante á las conciencias. Pero con la sentencia del rey Cárlos y la hecatombe de Irlanda dió sangriento motivo al odio de los realistas y mártires á los cultos perseguidos; facilitó la restauracion lenta y segura del poder arbitrario, y del protestantismo oficial ó del catolicismo romano, y allanó el camino para la vuelta inevitable de los últimos Estuardos, porque las dinastías no mueren nunca en el cadalso, sino en la fuga. Y no sólo cayó sobre su causa la sangre derramada por él con tanta ferocidad, si que tambien eterna y justamente sobre su memoria, no siendo posible por tanto ab-

solver jamás de sus iniquidades al bíblico Mario Cierto es que cuando hubo anegado en sangre la Inglaterra gobernó con mucho patriotismo, y que fundó en ella poderoso imperio marítimo y terrestre; pero si las naciones son á las veces ingratas con las virtudes que se practican para su bien, áun lo son más, y entónces justamente, con los crímenes que se cometen para engrandecerlas; que los pueblos, digan cuanto les plazca los discípulos de Maquiavelo y de la Convencion, tienen conciencia y remordimientos que duran tanto como la historia, y Cromwell así ofendió la de Inglaterra como sus sentimientos humanos á fuerza de crueldades y de iniquidad. Por eso la sangre de Cárlos I y la de Irlanda manchan su nombre y es su memoria siniestramente famosa; por eso sus historiadores, sus tribunos y sus patriotas ni gustan hablar de Cromwell ni que les hablen de él, y se avergüenzan de ser deudores de todo á un hombre semejante; y por eso los ingleses, al propio tiempo que reconocen históricamente la realidad de sus servicios y gozan de sus conquistas, le cierran las puertas del templo de la gloria, y aceptan la obra rechazando al hombre que la ejecutó: que así es Oliver Cromwell para sus compatriotas como las piedras druídicas en las cuales sus bárbaros antepasados hacian sacrificios humanos á sus dioses; piedras que despues han servido para levantar los cimientos de grandes edificios de otra edad, y que no es posible desenterrar y restituir á la luz del dia sin ver á seguida la mancha de sangre que dejó en ellas salvaje y feroz supersticion.

NELSON.

I.

El personaje cuya biografía nos proponemos referir es inglés, y alcanzó los triunfos más memorables de la época moderna sobre las armas de la Francia y de sus aliados; pero no influirá esa circunstancia en nuestro ánimo para dejar de hacer estricta justicia en todo á su heroísmo y á sus hechos tan grandes como famosos: que si el historiador tiene patriotismo, no así la historia universal, pues precisamente por serlo, debe ser equitativa en la retribucion de mérito y de gloria que los hombres célebres de todos los pueblos han logrado conquistar al traves de los siglos. Y como no adopta causa, ni alcurnia, ni patria, sino heroísmo, ingenio y virtud; como se escribe para el mayor bien é ilustracion de la humanidad entera, y estima por grandeza de la civilizacion cuanto es parte á elevar la especie humana donde quiera que sea, las rivalidades entre razas y pueblos desaparecen y se borran á su vista desde la inconmensurable altura donde coloca su asiento y contempla los sucesos y los personajes. Por eso Anníbal, el héroe de Cartago, le parece personaje tan histórico y grande

como Escipion, el héroe de Roma: que ambos son hombres, y esto le basta para inmortalizarlos con el mismo pincel, y ofrecer con igual orgullo sus hazañas á la contemplacion y entusiasmo de los siglos. Pues como la gloria es cual la verdad, y no tiene fronteras, y brilla en provecho de todos igualmente, de ahí que si Newton descubre la ley mecánica de los mundos en Inglaterra, no cierren sus puertas las demas naciones y la Francia con ellas á sus conquistas científicas á pretexto de que sean verdades antinacionales, sino que, por el contrario, lo consideren como amigo, compatriota, revelador de grandes verdades y bienhechor de la humanidad. Lo propio acontece con el heroísmo que con los descubrimientos científicos, pues luégo que aparece, bajo cualquier bandera que sea, queda reconocido y aclamado, y si sufre por ello el estrecho amor propio de nacionalidad, en cambio el ancho y generoso amor de la especie humana se regocija y complace. Ni tampoco sería posible de otro modo, pues en la posteridad no hay propios ni extraños, nacionales ni extranjeros, amigos ni enemigos, vencedores ni vencidos, sino hechos ó hazañas: como que la muerte nacionaliza todo cuanto fué grande y digno de gozar la misma inmortalidad.

Hemos creido necesarias y oportunas estas explicaciones en órden al fin y al propósito que inspira este libro por motivos fáciles de comprender, en los momentos que nos proponemos escribir la historia de un enemigo que recuerda dolorosamente á nuestros corazones Abukir y Trafalgar, esos dos Waterlóo marítimos, en los cuales sucumbieron las flotas francesas, pero en cuya sangre y fuego se acrisoló nuestra constancia, nuestro sufrimiento, nuestro valor y nuestro nombre.

II.

Entre los grandes caudillos y guerreros que brillan en las luchas de pueblo á pueblo, son los grandes marinos los que siempre han despertado más vivo interes, á causa sin duda de que la inmensidad y el poder del movible y temeroso elemento en el cual luchan y combaten los eleva por sobre los otros hombres. Y, en efecto, así acontece, no por vana ilusion de la fantasía, sino á virtud de apreciacion equitativa de su gloria, pues la diversidad y grandeza de facultades naturales y adquiridas que necesita reunir el mismo individuo para ser un héroe del mar, asombran, y hacen al marino perfecto incomparable con los demas guerreros. Porque si al uno sólo es necesario esa manera de heroísmo que arrostra el fuego con ánimo sereno; al otro es indispensable, además, el heroísmo que arrostra el elemento, no bastando, por tanto, al guerrero marítimo las cualidades del corazon que bastan al guerrero terrestre, pues tanto há menester de inteligencia y carácter como de bravura el jefe que manda la maniobra ó el fuego sobre la cubierta de un buque. Ciencia para leer su derrotero en los astros; vigilancia para preservar sus naves de tempestades y escollos; conocimiento y práctica de los aparejos que sirven para mover como teclados esas máquinas formidables casi animadas que se llaman navíos de guerra; valor para ir al fuego en medio de la tempestad, es decir, á la muerte por la muerte; sangre fria para el ataque y la defensa; abnegacion exaltada con la certidumbre de perecer, y que mueve al sacrificio propio para sal-

var una escuadra; autoridad para imponerse á todos á bordo; resolucion rápida para obrar sin consulta con la seguridad del instinto; ciega obediencia para ejecutar la órden superior aunque repugne y parezca y sea realmente absurda; disciplina que vive de justicia y que castiga lo propio que disculpa sólo por demostrar la igualdad de la regla; rostro sereno en medio de las mayores angustias del corazon para que todos cobren fuerza y confianza viendo al jefe; dignidad de carácter para conservar en el roce contínuo de á bordo el prestigio que los generales de tierra mantienen alejándose de sus subordinados y que los de mar hacen prevalecer rodeados de tripulaciones que los codean á cada paso; audacia prudente para tomar sobre sí responsabilidades imprevistas á larga distancia de su gobierno, y que asumen la suerte de un imperio en una maniobra y en un nombre; y luégo los desastres inesperados, los temporales que dispersan y destrozan las naves, los incendios que las devoran, las corrientes que las hacen zozobrar, las calmas que les impiden moverse, los escollos que las echan á pique, siniestros todos que han de preverse, repararse, sufrirse con el estoicismo de quien lucha cuerpo á cuerpo con el destino; por campo de batalla los estrechos límites de un entrepuente, y un puñado de hombres no más por testigos de las mayores bizarrías; gloria ingrata y efímera, tarda en conquistarse y lenta, fácil de perder en un momento, y que acaso no llevan á la patria las brisas del mar; la muerte léjos de los séres amados, y el Océano por sepulcro, cuando no playa solitaria como despojo de lúgubre naufragio: ¡hé aquí el navegante! ¡cien peligros por cada lauro; en un solo hombre diez héroes! Así fueron los grandes marinos de Francia, España é In-

glaterra, y así fué Nelson tambien, el más grande y famoso, y el último de los héroes del Océano, Titanes de la mar.

III.

Horacio Nelson nació en una pobre aldea del condado de Norfolk, en Inglaterra, el 29 de Setiembre de 1758. Era su padre rector de la parroquia, y su madre, parienta lejana de la ilustre familia de los Walpole, dejó, al morir en edad temprana todavía, once huérfanos sin otro haber ni otras esperanzas que la honra y la pobreza. Sin embargo, su alianza con los Walpole fué muy útil á sus hijos, á los cuales prometió, además, proteger en la medida de sus fuerzas un hermano suyo, capitan de navío de la armada, movido á lástima con el cuadro que ofrecia tan numerosa prole tan falta de recursos. Con estos arrimos fueron creciendo y educándose por su padre, Horacio y sus hermanos, en la tranquila soledad del campo y en el afecto que liga generalmente unos á otros los individuos de las familias menesterosas y bien nacidas. El rector era maestro de sus hijos, y la dulzura de sus lecciones así penetró el corazon como la inteligencia de todos ellos; pero, en cambio, su constancia en el trabajo, sus penas y su escrupulosidad en cumplir los deberes de su oficio y del magisterio, acabaron por alterar su salud, teniendo entónces que separarse de la familia para buscar en las aguas medicinales de Bath el remedio de sus achaques. Durante su ausencia quedó con el gobierno de la casa el primogénito, tarea ingrata para un jóven, pero que hacian fácil y llevadera la recíproca ternura y la docilidad de los

hermanos, que parecian obedecer en él á la voz del padre y al espíritu amante de la madre.

Un dia de los de Pascua estaba Horacio, á la sazon de doce años, repasando en el comedor de su casa un periódico, cuando al leer en él que su tio habia sido nombrado comandante del navío *Reasonable*, de sesenta y cuatro cañones, sintió revelarse su hasta entónces indecisa vocacion.

«Es preciso—exclamó dejando el papel sobre la mesa y dirigiéndose á su hermano Guillermo, que le llevaba pocos años—que sin perder tiempo escribas á padre y le digas que pida permiso á tio Mauricio para embarcarme con él.»

Guillermo lo hizo así, y el padre, que conocia el caracter de su predilecto, no se sorprendió al entender su resolucion, ántes por el contrario la encontró ajustada en aquel caso á sus predicciones, pues siempre le habian oido decir todos, hablando de Horacio, que cualquier rumbo que siguiera llegaria con felicidad al término de su carrera. Tanto por esto, como porque preveia el buen anciano su próximo fin y deseaba dejar un hijo ménos á la ventura, escribió á su cuñado Mauricio Suckling, pidiéndole tomara consigo á bordo á Horacio.

«¿Es posible,—contestó el tio, sorprendido de la heroica vocacion de un niño tan delicado de salud como lo era entónces Horacio;—es posible que quiera ese rapazuelo, el más endeble y falto de salud de la familia, exponerse á los peligros del Océano? Pero, en fin, pues lo desea, venga en buen hora. ¡Quién sabe si la primera vez que éntre en fuego, una bala de cañon es su Providencia y asegura su porvenir!»

Sin embargo, la intrepidez del niño estaba en su alma, no en sus músculos; como que ya crecido pre-

guntaba un dia con curiosidad á su abuela qué cosa era el miedo de que hablaban sus hermanos y amigos. Cuando le hubieron explicado el sentido de la palabra, exclamó con la inocencia del valor que aún no sabe apreciarse: «¡Qué cosa más rara! ¡No acierto á comprender cómo sea esa impresion del miedo, que no he sentido nunca!»

IV.

Un marinero de confianza de su tio fué á recoger al niño á la casa paterna para llevarlo á bordo del *Reasonable*, anclado en la embocadura del rio. No sin lágrimas y sollozos se apartó el jóven Horacio del hogar de su infancia y de los brazos de sus hermanos, pues su valor no era sino un estado de exaltacion del alma, que se asociaba en lo íntimo de su pecho á la más tierna sensibilidad, siendo su corazon asiento de toda bizarría y de toda ternura. Con los ojos aún encendidos de llorar y mal reprimidas angustias por el dolor de la separacion, pisó la escala del buque donde debia comenzar su aprendizaje.

Como no se hallaba su tio á bordo ni habia dejado tampoco encargo de recibir á Horacio, pasó éste todo el dia y la noche solo sobre cubierta, sin que nadie se preocupara de su persona ni le dirigiera la palabra; circunstancia triste y enojosa para el corazon de un niño recien salido del hogar paterno y que recordó toda su vida. Nadie hubiera dicho al verlo tan olvidado en la toldilla del *Reasonable* que la cubierta de un navío sería con el tiempo imperio, patria, gloria y tumba suya.

Dos campañas hizo Nelson en el *Reasonable* y el

Triumph, á las órdenes tambien de su tio; pero como fuera desarmado el *Triumph* despues de la guerra contra España, nuestro jóven marino se embarcó en un buque mercante que hacia largos viajes, adquiriendo en aquella navegacion más libre y aventurera la osadía del marino y la prudencia del piloto consumado. Al volver á Inglaterra lo recibió de nuevo su tio en el *Triumph*, donde dirigia una escuela naval teórica y práctica; mas presto le causó enojo la inmovilidad de un navío anclado en el Támesis, pues como hubiera contraído la pasion y el hábito del mar, y quisiera satisfacerla investigando sus misterios, al saber que se preparaba un viaje de descubrimientos al polo Norte obtuvo licencia para formar parte de la expedicion, alistándose sin más tardanza en el *Hórserace*. El cual, cuando hubo llegado á los últimos límites del Océano navegable á la sazon, quedó cogido en los hielos y expuesto á los peligros y extremidades características y propias de tales empresas, aciagas para tantos aventureros. En este viaje luchó Nelson cuerpo á cuerpo con un oso, y allí hubiera muerto entre sus garras á no libertarlo de ellas un compañero, matando á la fiera.

—«¿Por qué, no temiendo edad ni fuerzas para esas cosas, os atrevisteis á trabar semejante lucha?»—le dijo el capitan del *Hórserace*, al castigarlo por su temeridad.

—«Lo hice para llevar á mi padre y hermanas la piel de un oso cazado por mí.»—le contestó Nelson, á quien seguia siempre la imágen del hogar paterno.

Esta ruda campaña de los mares del polo, y los grandes trabajos que hubo de sufrir durante toda ella, fortalecieron su salud y desarrollaron y robus-

tecieron su cuerpo, haciéndolo apto para las más arriesgadas y temerarias empresas de su carrera.

V.

Al cabo de un año, perdido en contemplar el desierto de hielo que la naturaleza opone á la investigacion científica del polo, regresó la expedicion á los mares abiertos, y embarcado entónces por su tio en la corbeta de veinte cañones *Horse Sea*, navegó con rumbo á las Indias, haciéndose digno de las alabanzas de sus jefes, á pesar de los pocos años que contaba, por su exactitud en el servicio, habilidad y pericia en la maniobra, y sereno espíritu en la tempestad. Sobrecogiólo en aquella época, y cuando llevaba dos años de apostadero en los mares índicos, una enfermedad que puso en peligro su vida. Apoderóse negra melancolía de su imaginacion, y en fuerza de su dolencia, y de pensar sin tregua en la patria, llegó á concebir la idea de renunciar por completo á la carrera que le impedia vivir con los suyos, y áun de suicidarse si sus males no tenian pronto remedio.

«Contemplando el mar una noche desde la batayola,—decia él mismo,—me pareció que brindaba con tan hospitalario asilo á mi dolorido cuerpo, que casi estuve á punto de arrojarme á él en busca de reposo eterno. ¿Y por qué no hacerlo, si no advertia en mí ni en torno mio la menor probabilidad de alcanzar más ó ménos pronto el objeto vago é inaccesible de mi ambicion, es decir, la gloria? Pero felizmente, al recordarme la Divina Providencia en aquel punto mismo la imágen y la voz de mi padre y de mis hermanos y hermanas, se hizo en mi en-

tendimiento como una luz repentina y vivísima que me iluminó y me detuvo; y pensando que me debia completamente á la patria y al rey, y que, si yo lo merecia, ellos se encargarian de mi porvenir y de mi memoria, renuncié al suicidio, muerte de los flacos de corazon, inútil á todos y á ellos mismos, y dije: Muerte por muerte, prefiero aquella que sea útil á la patria; seré un héroe y arrostraré los mayores peligros, y por tal modo conseguiré mi objeto, que es morir, pero con gloria y virtud. Y desde aquel momento—añadia—me sentí tranquilo, fortalecido y consolado, pareciéndome que de una manera sobrenatural me revelaba el destino mi porvenir.»

VI.

Regresó Nelson á Inglaterra para reponer sus fuerzas, y aprovechando su estancia en la patria se presentó á exámen. Hízolo brillante, y fué nombrado en consecuencia alférez de la armada, con cuyo empleo estuvo cruzando en los mares de América y persiguiendo á los rebeldes que luchaban por emanciparse de la metrópoli. Despues defendió la Jamaica de la escuadra y desembarcos de los franceses mandados por el conde de Estaing, y formó parte de las expediciones de los ingleses contra la América española, exponiendo siempre la vida como aventurero que busca la gloria ó la muerte á la cabeza de un puñado de valientes, cañoneando desde á bordo y asaltando en tierra las fortalezas enemigas.

En una de las correrías que hizo entónces por tierras del Perú, acampó cierto dia en lo más fra-

goso de un bosque, y miéntras los suyos se curaban las heridas y enterraban los muertos, él, rendido de cansancio, se durmió al pié de un árbol. Pocó tardó en despertarlo una serpiente venenosa con su mordedura, y aunque sin más tardanza le aplicaron á la herida los contravenenos usados de los indios, y el vigor de su naturaleza contribuyó á salvarlo, el mortífero veneno dejó muy quebrantado su organismo durante largos años. El almirante Cornwalis lo trajo moribundo á Europa, cuidándolo y atendiéndolo como si fuera su padre, y lo entregó á su familia, con la cual pasó algunos meses disfrutando de las delicias del campo en aquel hogar de la infancia que los primeros resplandores de su reputacion comenzaban á ilustrar. No bien hubo vuelto á Lóndres, fué nombrado para el mando de un bergantin de veintiseis cañones que deberia cruzar durante la estacion del invierno los mares del Norte, y estudiar al propio tiempo las costas de Dinamarca, dando por resultado esta campaña tan peligrosa que Nelson entreviera la posibilidad de realizar uno de los hechos más temerarios y siniestros de su vida, esto es, el incendio de Copenhague.

Al llegar la primavera, el *Albermale*, que así se llamaba su bergantin, fué destinado á la América del Norte; pero como al acercarse á las costas del Canadá se viera Nelson perseguido y rodeado de cuatro fragatas francesas, y á punto de ser presa suya, prefirió la pérdida del buque á la humillacion de rendirse, y lo puso á todo trapo en demanda de una barra peligrosísima, en la cual rompia el mar furiosamente. Traspúsola con felicidad el *Albermale*, miéntras viraban en redondo los contrarios, cuyo naufragio hubiera sido seguro á intentar lo propio, y por tan bizarro modo ganó puerto seguro.

Miéntras permaneció en Québec, hubo de prendarse tan apasionadamente de una hermosa canadiense, que sin atender á la ínfima condicion de su clase, mostróse resuelto á sacrificarle sus ambiciones, renunciando al porvenir que le brindaba su carrera para casarse con ella.

La escuadra se hallaba por aquellos dias á punto de dar la vuelta á Inglaterra, é inquietos sus oficiales al conocer tan desatentado propósito, fueron en su busca momentos ántes de zarpar, y no sin violencia lo llevaron á bordo; pudiéndose presentir desde aquel punto que sería esa insaciable ambicion de las almas delicadas, que llaman amor, escollo terrible de su vida.

VII.

Cuando nombraron á Nelson comandante del *Bóreas*, aumentó más y más su fama entre los marinos ingleses con los actos de valor que realizó y las presas que hizo en las costas de América, siendo éstas tantas y tales que la parte de ellas correspondiente á su tripulacion, al llegar de regreso á Lóndres, no bajaba de cuatro millones de reales; cifra que trató el Almirantazgo de reducir, cercenando la prima de guerra justamente ganada por los oficiales y marineros del buque; pero Nelson abogó por todos ante S. M., y el Rey le hizo justicia, colmándolo al propio tiempo de alabanzas y mercedes, contra el parecer de la administracion.

Y como sus campañas y triunfos no interrumpidos le habian borrado por completo de la memoria el recuerdo de sus amores canadienses, prendóse de nuevo esta vez de las virtudes y encantos de una

jóven viuda de diez y nueve años llamada Mistress Nisbet, con la cual contrajo matrimonio el 11 de Marzo de 1787. Sus compañeros y rivales de la marina recibieron mucho disgusto del casamiento de Nelson, suponiendo que por no separarse de la mujer amada sería capaz de renunciar á su carrera el hombre á quien la patria, la guerra y la gloria declaraban ya por el héroe futuro de la Gran Bretaña.

«La marina inglesa perdió ayer—decia con tal motivo en su diario un oficial de la armada, que andando el tiempo fué su segundo—una de sus glorias por consecuencia del casamiento de Nelson: desgracia nacional ha sido estos amores y el desenlace que han tenido, pues sin ellos habria llegado á ser el primero y más famoso de nuestros almirantes.»

VIII.

Empero no trascurrió mucho tiempo sin quedar desmentidos estos augurios, pues si Nelson era entónces completamente feliz en el hogar doméstico, se hallaba tambien resuelto á sacrificar su dicha, si necesario fuese, al bien de la patria. Entretanto, se dirigió á la casa paterna en compañía de su mujer para que los suyos fueran testigos de la buena ventura que gozaba.

«Hijo mio,—exclamó su anciano padre que aún vivia, pero enfermo y afligido, como si solo esperase para morir ver á Nelson en e camino de la inmortalidad;—tu presencia me rejuvenece; ¡pero acaso hubiera valido más que ahora no me regocijara estrechándote en mis brazos, si la muerte ha de separarme pronto de ellos; que me siento tan débil y tan cargado de años, que á decir verdad poco me resta que gozar de tí!»

Durante la estancia de Nelson en casa del venerable anciano, volvió á las costumbres tan gratas para él de la vida campestre, que fueron las de su niñez, y acompañado de su jóven esposa emprendia largas excursiones á los lugares vecinos, y recorria bosques, prados y sementeras, recreando la vista con las faenas agrícolas y el espectáculo de la naturaleza, ó el ánimo, sesteando con un libro á la sombra de los árboles. No parecia sino que hubiera olvidado por completo el mar, y que los lazos del amor y los recuerdos de la primera juventud lo sujetaban por mil misteriosos modos á la tierra donde nació.

IX.

Interrumpió este idilio de Nelson la guerra con Francia en 1792, pues el 12 de Diciembre de aquel año recibió del Almirantazgo el mando del navío *Agamemnon*, de la escuadra que bajo las órdenes de Hood cruzaba las aguas del Mediterráneo. Poco despues, y cuando el Mediodía de Francia entregaba Tolon á los ingleses para librarse por medio de un crímen de lesa nacion de los crímenes de lesa humanidad cometidos por el Terror, destacó el almirante Hood de su flota el *Agamemnon* y dispuso que fuera sin pérdida de tiempo á Nápoles para proteger la familia real y el puerto contra las escuadras republicanas que amenazaban el reino aliado de los ingleses; siendo acogido Nelson de la ciudad con afecto por esta causa y de la corte con extraordinaria simpatía por sentirse, además, con él segura y fuerte. Era entónces embajador de Inglaterra en Nápoles lord Hamilton, el cual ejercia omnímoda influencia en la política del país. Nelson puso en

sus manos los despachos del almirante Hood que le servian de credenciales de su cargo, y le dió la noticia de haber caido Tolon en poder de los ingleses, cosas ambas que lo llenaron de regocijo.

Exaltado Hamilton en su odio á las instituciones republicanas, y fuera de sí con la noticia de hallarse ya en poder de la Inglaterra el arsenal de Francia, recibió á Nelson como si hubiera sido la salud de los pueblos europeos, y presintiendo en el jóven comodoro un vengador de reyes, azote de la revolucion y gloria de las restauraciones monárquicas, pasados que fueron los primeros momentos de la visita lo dejó solo en su gabinete, corrió á las habitaciones de su esposa y le dijo lleno de satisfaccion:

«Voy á presentarte un oficial de marina que no tiene nada de buen mozo; pero á quien admirará el mundo algun dia por su heroísmo y sus victorias. Y aunque no haya franqueado nunca las puertas de mi casa en calidad de huésped á ningun oficial ni almirante de la marina inglesa, me propongo abrirlas ahora de par en par para Nelson. Que le preparen, pues, la parte del palacio que se habia destinado al hijo del rey de Inglaterra.»

Lady Hamilton, que aún se hallaba más predispuesta en favor de los intereses de la corte de Nápoles que su marido, con este discurso recibió á Nelson como á quien fuera necesario conquistar y someter de una manera inquebrantable y definitiva á la causa de sus pasiones. Nelson residió en la embajada desde que llegó á Nápoles, y su entenado Josua Nisbet, que iba con él en el *Agamemnon* en clase de guardia marina, se vió complacido y mimado en todo por lady Hamilton, y áun más que si fuera su madre.

X.

Así comenzaron, por efecto de una serie de circunstancias y de sucesos extraordinarios, y de la simpatía de un anciano, los amores de Nelson y de lady Hamilton; pasion que, como la de Antonio y Cleopatra, debia de incendiar las costas del Mediterráneo, mudar la faz del mundo, y conducir alternativamente á la gloria, la vergüenza ó el crímen al héroe cautivo de las asechanzas de la hermosura.

Para comprender la vida y la pasion funesta de Nelson, fuerza es trazar, siquiera sea en breves palabras, la vida y aventuras de lady Hamilton, mujer extraordinaria, que despues de haber sido la Aspasia fué la Herodiades de su siglo, y que debió á su peregrina belleza, á su buena estrella y al amor que inspiró siempre á los hombres, elevarse de la humilde cabaña de su madre y de los lugares sospechosos de Lóndres, al espléndido tálamo de uno de los magnates más opulentos de su patria, siendo al propio tiempo embajadora de Inglaterra y compañera íntima de una reina y su protectora y cómplice ántes que su protegida y amiga: que cuando la hermosura excede los límites de lo humano, es á manera de tiranía de los sentidos que todo lo somete y avasalla, y hace sus esclavos preferidos de los señores de la tierra; dominacion esta incontrastable contra la cual la resistencia, sobre ser en vano, es imposible; milagro de la naturaleza de que la historia ofrece pocos ejemplos parecidos al de lady Hamilton, la moderna Teodora.

XI.

Se llamaba Emma, y no tenía otro nombre ni apellidos, pues nada se supo nunca de su padre, siendo lo único averiguado que fué su madre una pobre criada campesina del canton de Chester, y que ya por haber perdido á su esposo, ya por haber quedado abandonada de su seductor, llegó un dia desconocida de todos y pidiendo limosna con una niña de pocos meses en los brazos al lugar de Hawarden, del principado de Galles. La hermosura de la madre y de la huérfana interesaron á los vecinos, y por efecto de la simpatía que les inspiró pudo la forastera ganar su vida y la de su hija trabajando en las labores del campo. Pero la belleza singular y la distincion de las facciones de la niña—que á los hijos del vicio, del amor ó del misterio parece complacerse naturaleza colmándolos de sus dones como para compensarles la falta de familia—propagaron en el pueblo la especie de que lord Halifax era su padre; rumor incierto y vago que nada justificaba, siendo tan humilde y menesteroso su estado cual queda dicho, y despues se vió. En efecto, á los doce años entró para servir y cuidar niños en una casa de aquellas cercanías. Pero como la familia de sus amos tuviera la costumbre de pasar frecuentes temporadas en Lóndres con su pariente Boydel famoso grabador, comenzó Emma entónces á darse cuenta del efecto mágico que producia su hermosura en las gentes que la veian, y á presentir con su instinto de mujer cuánto podria esperar de los encantos y gracias que poseia. Y pareciéndole cada vez más monótona y triste la existencia en Hawar-

den, cuya oscuridad no convenia en modo alguno á sus ensueños de presuncion femenil, cuando hubo llegado á la edad de diez y seis años, huyó del lugar, y fué á Lóndres, entrando de criada en casa de un honrado tendero de la *City*. Poco tiempo estuvo allí, pues una señora de calidad que reparó en ella, solicitó sus servicios y la llevó consigo, elevando su categoría doméstica. Rodeada de los esplendores del lujo, casi ociosa y haciendo vida relativamente muelle y señoril, Emma se dió á la lectura de novelas más ó ménos ocasionadas á crear mundos imaginarios al amor ó á las ambiciones de la juventud. Y como si esto no bastara, frecuentó los teatros y bebió en la escena dramática la primera inspiracion del arte de accionar y de producirse, poniendo en juego todos los recursos del ingenio y de la naturaleza para causar efecto y seducir; arte peligroso por extremo en persona de tanta industria y belleza y que acabaria por perfeccionarse al calor de su instinto el dia que representara la estatua vivificada de la Hermosura y de la Pasion.

Preocupada de las gracias de su persona, forzosamente habia de consagrar al tocador más tiempo del que debia en su condicion de sirvienta, desatendiendo por tanto sus obligaciones, y siendo esto causa de que su señora la despidiese. Pero luego buscó nuevo acomodo, más de su gusto, en casa de un empresario de comediantes, en la cual el desórden, la libertad, las visitas y familiaridad de los actores, músicos y bailarines completaron su educacion teórica en las diversas maneras de cautivar los sentidos. Emma estaba entónces en la flor de su adolescencia; su estatura era elevada y esbelta, y armonioso á maravilla su conjunto, cuyas ondulaciones naturales aventajaban los artificios más es-

tudiados de las actrices y danzarinas; su voz tenia las inflexiones más puras y dulces, y tambien las más apasionadas, reflejando en su rostro de tal modo la impresionabilidad de su organismo delicado y noble como las primeras sensaciones de un alma enamorada y vírgen, que cuantos la veian quedaban deslumbrados de su hermosura, tristes de no poseerla, y sin valor al propio tiempo de conquistarla: que la pureza de corazon de la que sus admiradores llamaban nueva Psiquis se traslucia, por decirlo así, al traves de la morbidez de sus formas, rodeándola de una manera de aureola que infundia respeto á todos; pudiéndose añadir que si quemaba con sus rayos, era invulnerable, y que protegia su inocencia el exceso mismo de sus encantos. Emma cayó al fin, pero su primera flaqueza no fué obra del vicio, sino de la imprudencia y de la bondad.

XII.

Porque como un montañés de Hawarden, hijo del labriego que recogió á su madre cuando fué al lugar en la indigencia, hubiera sido alistado forzosamente para la marina en una leva que se hizo por entónces y llevado á bordo de la flota que se hallaba en el Támesis, la hermana del cautivo acudió en demanda de auxilio á Emma; la cual, movida de sus generosos impulsos, se presentó al jefe para implorar la libertad del jóven. Deslumbrado el Almirante con la hermosura de la doncella, cede á sus ruegos; pero la deshonra, sacándola de la condicion servil en que vivia honesta, la viste y alhaja lujosamente, le pone casa, le da maestros, la en-

seña y la luce para ser envidiado, y luégo, al darse á la vela su buque, la deja expuesta y sin apoyo al peligro de nuevas seducciones.

Entónces, un amigo del Almirante, dueño de cuantiosos bienes de fortuna y de ilustre nacimiento, se lleva consigo á Emma, la establece á su lado en una de sus propiedades, dándole nombre de esposa, y durante cierto tiempo es la jóven aventurera reina de las fiestas, bailes y cacerías con que la obsequia el pretenso marido, hasta que, pasada la luna de miel, la olvida en Lóndres á merced del vicio y de la necesidad.

Al caer de nuevo de las nubes de oro en que había pasado algun tiempo al fango de Lóndres, y deshonrada para siempre á los ojos de sus antiguos protectores por el escándalo de sus aventuras, la recogió en su casa una de esas mujeres que hacen comercio de la hermosura vendiéndosela al vicio. Una casualidad preservó á Emma de la última infamia. Pues como su porte distinguido y su modestia, cosas ambas que sobrevivian á sus primeros desórdenes, juntamente con la perfeccion de sus facciones, sorprendieran á la Celestina, creyendo ésta sacar mejor partido de su presa, la mostró á un médico célebre por sus estudios acerca de la belleza, llamado el doctor Graham, charlatan sensual y místico al propio tiempo, que daba lecciones de anatomía descriptiva á la juventud corrompida y materialista de Lóndres, utilizando para ello modelos de peregrina hermosura; circunstancia que lo hacía parecer á los ojos de las personas discretas por extravagante y sospechoso.

Graham no pudo reprimir su entusiasmo al contemplar el conjunto de perfeccionesde la infeliz Emma; pagó generosamente á la mediadora; recibió

en su propia casa á la desvalida, y anunció en los periódicos que poseia en su estudio una mujer hermosísima, ejemplo vivo y manifiesto de la eficacia de sus específicos para crear y desarrollar la perfeccion de la vida, de la salud y de la belleza en la criatura humana, convocando á los incrédulos para que por sus propios ojos se persuadieran de la verdad de sus palabras y certificaran haber visto á la misma diosa Higia en cuerpo y alma. A este llamamiento dirigido ántes al vicio y á la sensualidad que no á la ciencia y al estudio, acudieron recatándose los sectarios de Graham, y poblaron las gradas de su anfiteatro donde tenía cátedra de sensualismo.

XIII.

Entónces se ofreció en espectáculo á la concurrencia la víctima infeliz de su propia hermosura, sobre un elegante pedestal, picota de su pudor, envuelta en un velo tenue y trasparente que ántes realzaba que no cubria la esbelta morbidez de sus formas, estallando con esto el entusiasmo de los sectarios del doctor, pues nunca logró producir el arte líneas ni tonos tan ideales y puros como la naturaleza en aquel caso. Pintores y escultores se disputaron la copia del divino modelo, sobresaliendo entre todos ellos Rowmney, el famoso colorista inglés, que lo reprodujo con incansable actividad, dibujando á Emma bajo cuantos atributos mitológicos é históricos son imaginables; figuras que reproducidas luégo por medio del grabado, llevaron hasta los confines del mundo el retrato de la jóven desconocida; pues enamorado Rowmney de su modelo como Apeles de Campuspa, lo arrebató á Gra-

ham, estimándolo por tesoro inagotable, y alcanzando, en efecto, grandes sumas por sus cuadros de la Inocencia en el momento de tocar una sensitiva y sorprenderse del estremecimiento de la planta, y de Circe, la encantadora. Con ser grande la publicidad de sus retratos, el anónimo amparaba en cierto modo su pudor, y como eran muchas las veces que servia de modelo, ganaba lo suficiente para vivir oscurecida y modesta. Bien será decir que la célebre madame Lebrun, pintora de la reina María Antonieta, la retrató entónces en traje de bacante, llevándose á Francia el cuadro.

XIV.

Atraido de la hermosura que revelaban estos retratos, buscó á Emma por todas partes hasta descubrir su pobre vivienda un jóven compatriota suyo llamado Grenville, de la ilustre casa de Warwick, y sobrino del embajador de S. M. Británica en Nápoles, sir William Hamilton. Y como la pasion que sentia por ella lo cegaba, la creyó virtuosa, y la quiso con amor tanto más activo y poderoso, cuanto más resistido del objeto que lo causaba: que ya fuese deseo sincero de redimir las faltas de su vida pasada, ya fuese ambicion de conquistar un nombre negándose á ceder de otra suerte á los deseos de su galan, ello es que sólo se rindió á la promesa de ser legítima esposa tan luégo la familia de Grenville diera el consentimiento necesario, vencida de la constancia de ambos amantes. Subyugado el jóven prócer por su amable compañera, cuyos encantos realzaba la virtud, vivió con ella maritalmente algunos años, durante los cuales nacieron tres hijos

para colmo de su tranquila y misteriosa felicidad. Entónces la buena y seductora Emma, creyendo su porvenir asegurado para siempre, quiso compartir el bienestar que gozaba con su madre, y la llevó á su lado, rodeándola de comodidades, y honrándola y respetándola en todo, sin avergonzarse nunca ni de la servil condicion en que habia permanecido siempre ni de sus resabios irremediables.

XV.

Al cabo de algunos años de bienestar doméstico interrumpido sólo de la hostilidad de los Grenville, perdió el amigo de Emma sus empleos; y como lo abrumaran las deudas, no le quedó más disyuntiva que optar entre la miseria y la dolorosa necesidad de separarse de la que consideraba por su mujer. En tan críticos momentos llegó á Lóndres el tio de Grenville, sir William Hamilton, dueño de inmenso caudal, soltero, á quien debia heredar su atribulado sobrino, pero cuya severidad aristocrática no transigia en punto á reconocer por resobrinos los hijos de una aventurera. Negóse, pues, á dar su consentimiento á Grenville para que casara con Emma, y á pagar sus deudas, poniendo con esto al desdichado amante y á su hermosa compañera en tanta tribulacion, que ambos de acuerdo apelaron al único expediente que acaso fuera eficaz á conmover y persuadir al anciano. Emma entónces, inspirada de Grenville, se vistió una saya de estameña, tomó un sombrerillo de paja, y se dirigió casa del inexorable tio, y puesta de rodillas á sus piés, confesó su falta, derramó copiosísimas lágrimas, tanto más persuasivas cuánto eran más verdaderas, habló con

acento de incomparable ternura de sus hijos, y asiendo de las manos á sir William se las cubrió de besos implorando su perdon para ella y Grenville, siquiera en gracia de las inocentes criaturas que todo lo esperaban de una bondadosa palabra suya.

El éxito de la pretendienta fué mayor todavía de lo que pudiera esperar y áun querer acaso ella misma. Porque fascinado el anciano con la hermosura de sus facciones, la gracia y perfeccion de su conjunto y el acento incomparable de su voz, cosas todas que aventajaban cuanto hasta entónces habia podido admirar en las estatuas de Grecia y en el teatro italiano, comprendió por la propia seduccion la de su sobrino, sintiéndose cautivo en los mismos lazos cuya fuerza negó al ver preso en ellos á Grenville; llegando á tal extremo su ceguedad y arrobamiento, que, cual si lo hubiera sobrecogido repentina locura, olvidó en pocas entrevistas su edad, su posicion social, su odio al matrimonio, el oscuro nacimiento y las aventuras de Emma, sus amores con su sobrino, el afecto que áun pudiera ella tenerle, los hijos nacidos de aquel consorcio, y el escándalo y la vergüenza del ignominioso tráfico que se proponia, comprando la posesion de una beldad por el importe de las deudas de su cortejo.

Así sucedió, en efecto, y Hamilton casó en Lóndres secretamente con Emma, llevándosela en seguida á Nápoles sin haber declarado aún su matrimonio. La hermosura de lady Hamilton deslumbró á la Italia como ántes habia deslumbrado á la Inglaterra; pero la fama de sus liviandades y de su impudor la precedió con la historia del comercio infame de que fué objeto entre tio y sobrino, acreditándose de tal modo, que para sofocar estos rumores y rehabilitar tambien al propio tiempo á su ídolo

en la medida de lo posible, se vió el embajador obligado á ratificar su casamiento de una manera solemne y pública. Cesó con esto el escándalo, y ya no se habló en Nápoles sino de las seducciones de lady Hamilton, de su belleza incomparable, y de su porte distinguido, siendo la primera en mostrarse admiradora entusiasta suya la misma reina de las Dos Sicilias.

XVI.

Era la reina Carolina de Nápoles hija de la emperatriz María Teresa de Austria, y hermana de María Antonieta, hermosa como ésta y simpática, aunque más constante, y tenía el ingenio de su madre; pero de sus virtudes sólo el valor y la entereza. Prevalíase Carolina de su juventud, de su belleza, y del amor que inspiraba y del dominio que sabía ejercer sobre su marido, príncipe apático y de no muy superior inteligencia, para gobernar el reino desde la sala de festejos de su alcázar ó desde su alcoba por medio de sus favoritos, entre quienes designaba los que habian de ser ministros. Y como su actividad no conocia límites, y poseia condiciones para remover la Europa entera, y se agitaba en espacio asaz pequeño, el horror que le inspiró el asesinato de su hermana por los regicidas franceses, el miedo de caer derribada del trono en manos de los revolucionarios ó de los verdugos de Italia, el odio á los nuevos principios, que así reconocian derechos á los pueblos como limitaban el despotismo de los reyes y el capricho de los cortesanos, hicieron de Carolina de Nápoles la Némesis coronada de los tro-

nos, la personificacion de la conjura de los reyes contra la rebelion de los pueblos.

Obligada de la necesidad, no sólo permanecia neutral, sino que fingia ser amiga de la Francia y toleraba un embajador de la república en Nápoles; pero en cambio se desquitaba de todas estas humillaciones conspirando encubierta y activamente con Austria, Rusia é Inglaterra. Su alianza con la Gran Bretaña la seducia más aún, pues encadenar á su carro el Gabinete de Lóndres, y hacer por tal modo de una potencia marítima señora de los mares el escudo que la protegiera de propios y extraños, no sólo era la necesidad de su política, sino su pasion dominante. Y como para conseguir los fines propuestos se hacía necesario, en primer lugar, la benevolencia y sumision del embajador de Inglaterra en Nápoles, la llegada de lady Hamilton á la corte de las Dos Sicilias y el dominio absoluto que habia conquistado sobre su marido, brindaban á la Reina con el medio más natural y cierto de poner en ejecucion su pensamiento si Emma queria secundarlo. A merecer, pues, el favor de la Circe de Rowmney se dirigieron los esfuerzos de Carolina, toda vez que sir William Hamilton gozaba de la confianza de Mr. Pitt, y que Mr. Pitt disponia de la voluntad, del oro y de las escuadras de la Gran Bretaña; quedando, por tanto, árbitra de los destinos de Italia la mendiga de Hawarden, cuya hermosura ofreció en espectáculo á la licencia el Dr. Graham, y reprodujeron los artistas contemporáneos, y se disputaron sus admiradores, hasta que fué comprada por sir William Hamilton para recreo de sus sentidos y ornato de su palacio.

XVII.

Empero influyó ménos todavía en el afecto repentino, violento é irresistible que sintió la reina de Nápoles por lady Hamilton la política que la naturaleza. Pues verla y amarla fué todo simultáneo en ella, cediendo Carolina con esto al instinto de las hijas de María Teresa, en quienes la hermosura ejerció siempre poderoso atractivo; y si á lo dicho se agrega el ánsia que sentian de amistad y favoritismo, se comprenderá fácilmente que la calumnia llegase á injuriarlas en sus más puras y legítimas inclinaciones. Así aconteció entónces con la intimidad que á poco de conocerse trabaron la Reina y la embajadora; pero dotada Carolina de carácter más viril é inflexible que María Antonieta, su hermana, supo arrostrar la murmuracion con frente serena, imponiendo silencio á la envidia y al odio con el respeto y el terror que infundia su nombre.

XVIII.

El entusiasmo por la hermosura de lady Hamilton llegó á generalizarse tanto en aquella época de su vida y á ser tan unánime y ferviente, que más parecia culto idolátrico de la Europa entera que no admiracion hácia su persona, viéndose acudir á Nápoles de todas las ciudades de Italia los artistas, ganosos de trasladar al mármol ó al lienzo los rasgos de su fisonomía para satisfacer la pública curiosidad.

»Desde hoy, miéntras dure la estacion de verano,—

escribia entónces uno de los más afamados pintores italianos,—no me pertenezco, pues empleo todo el tiempo que tengo disponible en copiar las innumerables bellezas de lady Hamilton, mujer á quien llamaré casi divina por no saber cómo calificar su hermosura incomparable, ni hallar epíteto que más convenga á la que tan superior es á su sexo. Sin embargo, temo quedarme sin mi modelo por algunos dias, pues he oido decir que hará un viaje con sir William Hamilton, cosa que le disculpo despues de todo, viéndola tan asediada é importunada de las gentes en paseos, jardines, calles y teatros, á donde acuden para contemplarla como un prodigio. Si lady Hamilton fuera vanidosa, que no lo es, acabaria por perder el seso con estas demostraciones.

»Ahora voy á retratarla representando á Juana de Arco; despues haré con ella una Magdalena, y luégo una Bacante; y por último, estoy resuelto á reproducir sus facciones y sus formas de cuantas maneras pueda. El otro dia no quiso dejarse retratar por mí, y creyendo yo haber caido en desgracia con ella, no acerté á dar una pincelada. Súpolo lady Hamilton, y compadecida, cedió á quedarse un rato en el estudio. En mi vida he conseguido hacer una cabeza tan hermosa como la de aquella pintura, que pienso enviar á su madre cuando termine las ropas. Inútil me parece decir que cuando desistió de su negativa y la vi sentada frente á mí, recobré las perdidas facultades y el uso de mis pinceles.»

XIX.

Cuando Carolina estuvo cierta de que no sólo era encanto de sus ojos lady Hamilton, sino que tambien sería instrumento eficaz de su política, se abandonó por completo á las delicias de su amistad; llegando con esto á ser la jóven embajadora favorita de la Reina, ídolo de palacio, ministro secreto de la corte de Nápoles, confidenta de los designios y placeres de su amiga y consuelo de sus lágrimas; como que pasaba dias y noches enteras en la cámara de la Reina y de sus hijos, olvidándose á veces del rango que tenía en la corte para descender voluntariamente, por tal de complacerla y serle amable, á la condicion servil que tanto la humilló los primeros años de su juventud y en cuyo ejercicio se recreaba y enorgullecia entónces, al modo de aquellas esclavas de los tiempos antiguos, ligadas por devocion al trono á las emperatrices romanas sus señoras. Y en fuerza de no tener secretos la Reina para lady Hamilton, pues le comunicaba todas sus preocupaciones y angustias, con las confidencias y los temores penetraron en el corazon de la favorita las pasiones políticas de Carolina.

«La cual—decia la de Hamilton en una carta—pasa en sus momentos de frenesí del delirio del miedo al delirio del entusiasmo, haciendo resonar sus habitaciones con sus gritos, lamentos y carcajadas, riendo, llorando y rompiendo en sollozos convulsivos, arrojándose á los brazos de su marido, sofocando casi á caricias sus tiernos hijos y acogiendo con grandes demostraciones á cuantas personas entraban en su cámara, pronunciando frases incohe-

rentes, inteligibles sólo para ella, invocando á cada paso la Inglaterra y exaltando los méritos de Nelson con estas ó parecidas palabras: ¡Héroe de los mares! ¡Nelson incomparable! ¡Libertador de Italia! ¡Esperanza de la patria! ¡Providencia de Nápoles!»

XX.

Así era como la hemos descrito en breves líneas la mujer de irresistible seduccion que adquirió sobre Nelson funesto, invencible y culpado imperio, causa de sus extravíos, crímenes y desgracias. Bien será decir de paso que áun cuando lady Hamilton sólo tenía entónces veintiseis años y era Nelson de aspecto débil y enfermizo, extraño y agreste, sin otros atractivos que los de su perfil aguileño y belicoso, su manquedad, sus esperanzas de gloria y el fuego de su alma que revelaban sus ojos, el atractivo que lady Hamilton tuvo para el héroe fué tan repentino y apasionado en él como intenso y grande tambien el sentido por ella. Sin duda que la política y el orgullo le hicieron comprender la importancia que tendria subyugar á Nelson, en cuyas manos estaba la salud de Nápoles y de la corte bajo el doble aspecto de la utilidad para Carolina y de la gloria para ella; pero la política y el orgullo no fueron en el caso presente sino la justificacion del amor; que lady Hamilton amó tambien, y esto basta para revestir de ciertas apariencias el suceso.

No pudiendo el héroe, por su parte, contener su afecto dentro del pecho, le daba salida, sin advertirlo acaso, en todas las cartas que dirigia por aquel tiempo á Inglaterra ó á sus amigos y compañeros de profesion.

«Hoy comemos con los reyes de Nápoles, dice Nelson en una de sus cartas. El Rey me colma de favores. La Reina es una verdadera hija de María Teresa... Al otro extremo de la mesa en que escribo está sentada lady Hamilton, y basta decir esto para explicar el desconcierto de mis ideas... Acaso tú en mi lugar escribirias con más desórden...; que cuando se halla preso y agitado el corazon, fuerza es que la cabeza divague y tiemble la mano... ¡De mí sé decir que tengo miedo de Nápoles y que me convendria huir pronto de aquí!...»

En otra, dice: «Vivo en la misma residencia de lady Hamilton, y con esto comprenderás que soy feliz de todo en todo, excepto aquellos momentos en los cuales he de ocuparme necesariamente en los negocios del reino; pero te aseguro que si conseguimos hacer ahorcar al baron de Thugut, al cardenal Ruffo y al ministro Manfredini, luégo al punto quedará la nacion tranquila.»

Thugut, Ruffo y Manfredini eran los enemigos de la Reina y de lady Hamilton en Viena.

Inspirado Nelson por ambas, comenzaba ya entónces á participar de los odios de su ídolo á los bandos rivales, y de acuerdo con el embajador de Inglaterra, y apoyado en la influencia del Gobierno británico, incitaba resueltamente á la guerra contra los franceses al rey de las Dos Sicilias. Pero la derrota de Mack, general austriaco á quien el Monarca napolitano habia confiado la conducta de su ejército, decidió en pocas horas de la suerte del reino, y al dirigirse los franceses á la capital como libertadores del país, despertando en todas partes el adormecido espíritu republicano de otros tiempos, sólo dejaron á la corte la facultad de huir.

XXI.

Esta fué la época más apasionada de aquel amor intenso y profundo que sentia Nelson por la dama de sus pensamientos. Pues como él hubiera salido á cruzar y quedádose lady Hamilton en Nápoles, distancia y ausencia reconcentraron en su corazon las memorias tan dulces de su hermosura, llenándolo de melancolía, y exaltándolo hasta los límites de lo posible; manera de locura que suelen producir las pasiones culpadas en los marinos y guerreros por efecto de la ignorancia en que se hallan generalmente de las malicias y ardides femeniles y de su cándida credulidad en la fe prometida. El mar, el aislamiento de á bordo, la idea de la instabilidad de las cosas humanas, fija y pertinaz en el navegante, pues piensa más que otro alguno en la muerte y en sus amores, y ansía por tanto más que todos gozar presto y mucho para desquitarse de la privacion en que vive, contribuyen de una manera eficacísima tambien á producir y sublimar sus afectos; y como nada es parte á distraerlos de aquello en que piensan, y ninguna otra imágen puede ahuyentar de sus almas aquella que los absorbe y arroba, y permanecen largos meses en la soledad acariciando las mismas imaginaciones, las campañas prolongadas á bordo y los viajes de mucha duracion emprendidos con un sólo recuerdo en la mente acaban por ser verdaderas enfermedades del espíritu que agrava la soledad y que concluyen á las veces con la razon y la virtud. Esto aconteció entónces á Nelson, cuya razon y virtud murieron

para dar vida y desarrollo al afecto que le inspiró la persona de lady Hamilton.

«¡Mísero de mí!—decia el enamorado marino en una carta escrita en alta mar á la hermosa lady;—¡qué tristes me parecen los entrepuentes de mi buque, y qué solitaria y sombría su cámara desde que mis ojos no ven la luz de vuestra hermosura! ¡Todo me causa tedio ausente de vos!»

XXII.

Cuando aquellos de sus amigos que tenian derecho y obligacion de hablarle con llaneza y claridad lo reprendian por su extravío, convenia en la justicia de sus censuras, y demostraba sin empacho los remordimientos que lo atormentaban; pero estas inquietudes y escrúpulos, bastantes á envenenar su existencia, carecian de la fuerza necesaria para restituirlo á la virtud, llegando á ser tanta su locura que más de una vez faltó á las órdenes terminantes de su Gobierno por tal de no alejarse de Nápoles y de lady Hamilton.

XXIII.

Poco tiempo despues se daba en Tolon á la vela el general Bonaparte con la escuadra más imponente que hubiera surcado el Mediterráneo desde la época de las Cruzadas, llevando á bordo un ejército de desembarco, y dejando á la Inglaterra perpleja en órden al objeto verdadero que se proponia realizar tan formidable armamento.

¿Dirigíase con aquella flota el ya célebre caudillo

á una ó várias de las posesiones europeas de la Gran Bretaña, ó hacía rumbo á las Indias? ¿Se dirigia Bonaparte á Constantinopla para conquistarla y para dominar desde los Dardanelos la Rusia, el Austria y los mares europeos? Fuerza era saberlo, y al efecto, no pudiendo el almirante San Vicente, jefe de las fuerzas navales de Inglaterra en las costas de Francia, España é Italia, distraer buques de los apostaderos establecidos en el litoral frances y español, designó á Nelson, por ser el más bizarro y activo de sus oficiales, para observar, perseguir, y, á ser posible, destruir y aniquilar la expedicion de Bonaparte.

Reuniéronse sucesivamente al *Vanguard*, en el cual izó Nelson su insignia, diez y seis navios, y con ellos se lanzó á la ventura en seguimiento de la borrada estela de las naves francesas, cuyo rumbo era desconocido para todos. Despues de tocar en la isla de Córcega, que habia rebasado ya Bonaparte, y recorrido en vano las costas de España, salió la vuelta de Nápoles, á cuyo puerto llegó el 16 de Enero, desalentado, sin esperanzas de dar con el enemigo, y escaso de víveres y pertrechos. Pero, no bien hubo echado el ancla, recibió Nelson despachos de los cónsules ingleses de Sicilia, dándole cuenta de la conquista de Malta por Bonaparte, y de la salida del convoy tan luégo se rindió la plaza. Con esto conjeturó que acaso se habrian dirigido los franceses á Egipto.

Merced á las intrigas de lady Hamilton, excitadas de la pasion que tenía por la Reina y de su amor á Nelson, logró de la corte de Nápoles el inglés cuantos auxilios y pertrechos necesitaba para proseguir su peligrosa campaña, sin embargo de la neutralidad aparente del gobierno de las Dos Sicilias. Pre-

venido todo en pocos dias, salió de nuevo Nelson á la mar, llegó á Cerdeña, costeó el Peloponeso, cruzó en várias direcciones el mar de Oriente, despachó avisos que penetraron en la rada de Alejandría, donde aún no habian parecido los franceses, franqueó desesperado el mar de Egipto, se acercó á Candía miéntras la escuadra republicana pasaba por el otro lado de la isla, llegó á la vista de Malta, interrogó en vano los horizontes, y al saber por un buque pasajero que se levantaba en su patria un vago rumor contra él y que sus compatriotas lo acusaban de inepto para el caso, montó en cólera, viró en redondo sus naves, dió todas sus velas al viento y retrocedió la vuelta del Egipto, descubriendo al fin el dia 1.º de Agosto, al despuntar del alba, el bosque de arboladuras de la flota francesa en el puerto de Abukir, á seis leguas de Alejandría, cerca de la embocadura del Nilo.

XXIV.

Bonaparte habia desembarcado ya y marchaba por el desierto hácia el Cairo. El almirante Brueys mandaba la escuadra francesa, compuesta de diez y siete navíos de guerra, cuatro fragatas, y gran número de trasportes; y la superioridad numérica de sus buques y cañones, y el valor y la pericia de sus tripulantes le hubieran permitido en cualquiera otra circunstancia, no sólo esperar á Nelson, cosa que preveia, sino hasta salir á su encuentro para disputarle el Mediterráneo. Pero los combates navales ofrecen contingencias que las instrucciones de Bonaparte y el carácter de la expedicion no consentian correr, siendo la flota punto de apoyo y parque

del ejército, y única base de las operaciones del general en jefe. Y como la pérdida de la escuadra hubiera dejado sin medios de comunicacion ni esperanza de recibir refuerzos á las tropas, cortándose con su ruina el puente que unia la metrópoli á Egipto; exponer sus naves á contratiempos ó catástrofes en alta mar habria equivalido á la más negra traicion al ejército que acababa de saltar en tierra y á la Francia que lo esperaba de vuelta en ellas una vez concluida la guerra. Por eso, despues de hacer esfuerzos tan grandes como inútiles para entrar en el puerto cerrado de Alejandría, que á la sazon se creia poco profundo para buques de mucho calado, se decidió Brueys á echar anclas en la rada de Abukir, cuyos escollos fortificó. Dispuso luégo seis navíos de línea formando media luna, y apoyando ambos extremos, uno en el islote de Abukir, baluarte natural, fortificado además con cañones, y el otro en un saliente de la ensenada, presentó al mar las baterías de aquellas fortalezas combinadas de tal modo, que podian converger sus fuegos sobre un mismo punto; defensas inexpugnables á los ojos de Brueys por la parte de tierra, y que ofrecian para un combate naval las condiciones más extraordinarias de solidez que pudieran imaginarse.

XXV.

Advertido Brueys á las dos de la tarde del 1.º de Agosto por sus vigías de la llegada de Nelson, se preparó al combate. A seguida dispuso que dos bergantines de poco calado, el *Alerte* y el *Railleur*, fuesen al encuentro de la flota inglesa, y que despues de acercársele á tiro de cañon, fingieran huir,

y á todo trapo buscar refugio en la rada, pasando para entrar en ella por sobre ciertos bajos peligrosos, con la idea de que imitara su ejemplo el enemigo, y encallaran á lo ménos los navíos de vanguardia.

Pero Nelson, que conocia el paso, evitó el peligro, y sin demostrar que se ocupaba de los bergantines, avanzó en órden de batalla, dirigiéndose á la cabeza de la línea francesa, cual si fuese á tomar por asalto el centro de una posicion, y virando luégo, y lanzándose, sin sondar, vacilar ni hacer un solo disparo, entre la extremidad de la línea de Brueys y el islote fortificado de Abukir, pasó á todo trapo con la mitad de sus buques, perdiendo sólo el *Culloden*.

A medida que los navíos ingleses iban entrando, anclaba cada uno al costado de otro frances, y hecho esto, la segunda mitad de la escuadra de Nelson se detuvo de repente, y en dos mitades se colocó por la parte del mar paralela con los buques de Brueys, resultando entónces, que á virtud de la maniobra quedaron los franceses cogidos entre dos fuegos, que los abrasaban.

Despues de haber perdido la escuadra francesa por un error de su jefe la proteccion que se prometió de tierra y la facultad de moverse durante la lucha estando anclada, comprendieron sus tripulaciones la suerte que les aguardaba, esto es, sucumbir gloriosamente, arrastrando en su ruina el mayor número posible de buques enemigos. Y así lo hicieron, mostrándose dignos de la magnitud del desastre, pues las tropas republicanas que se hallaban á bordo de la escuadra, bajo las órdenes todavía de los bizarros oficiales de la época revolucionaria, lograron elevarse al nivel de los grandes hombres

del tiempo antiguo con su ilustre y glorioso suicidio; ¡héroes de nuevo Salamina á quienes faltó un Temístocles! El *Spartiate*, el *Franklin*, el *Orient* y el *Tonnant* cubrieron los puentes de las naves inglesas de muertos, heridos, palos y vergas al contestar por babor y estribor á las andanadas que recibian por ambas bandas; pudiendo decirse que la victoria no fué aquella vez conquistada del valor y de la inteligencia, sino resultado fatal de la inmovilidad, y que nunca venció la marina francesa más gloriosamente de sus enemigos que sucumbió en Abukir á manos de ellos. Porque cada nave de la escuadra de Brueys fué teatro de escenas que recuerdan con su heroísmo las más famosas de las Termópilas, y que los combatientes no peleaban para vencer sino para morir. Así se vió caer uno á uno heridos ó muertos sobre las cubiertas de los navíos franceses sus capitanes, oficiales y artilleros, y que no conseguian los ingleses apoderarse sino de montones de cadáveres en flotantes piras encendidas, pues no parecian otra cosa los cascos desmantelados y envueltos en humo y fuego de los vencidos. El almirante Brueys, herido desde los primeros disparos del combate y que permanecia sobre cubierta en el *Orient*, rodeado de los restos de su estado mayor, llamando con grandes voces la muerte para no ser testigo de tan cruento infortunio, cayó al fin partido en dos de un cañonazo; pero áun resistió con sus manos moribundas á los que acudieron á levantarlo del suelo para llevarlo al entrepuente, diciendo:

«¡No; dejadme aquí; que los almirantes franceses deben morir mirando al enemigo!»

Su capitan de bandera Casa-Bianca quedó muerto pocos minutos despues al lado del cadáver de su

general; pero el *Orient* siguió vomitando fuego por sus costados como una máquina de destruccion que una vez recibido el primer impulso ya no puede contenerse. Nelson tambien recibió una herida causada por un astillazo en la cabeza. La sangre le cubrió el rostro, y la piel de la frente que le cayó desprendida en parte sobre los ojos lo dejó por breves momentos como ciego, persuadiéndolo de que aquella oscuridad era la sombra de la muerte que lo cubria.

XXVI.

Seguro ya de la victoria, pero creyendo mortal su herida, mandó llamar Nelson al capellan del *Vangard* y le dió encargo de hacer una visita de adios á su familia. Durante aquellos momentos y miéntras los cirujanos de á bordo examínaban la herida del almirante, quedó su navío silencioso cual si se hallara sobrecogido de terror del propio modo que su tripulacion; pero cuando dijeron que sólo era superficial y que no corria Nelson peligro alguno, voló la fausta nueva de boca en boca por las baterías, rompiendo todos en vítores y aclamaciones, y volviendo á la pelea con nuevos bríos; siendo tanto el furor de los combatientes, que seguian empeñados en su obra de destruccion tres horas despues de anochecido sin advertirlo: que tanta era tambien la siniestra claridad que derramaban sobre la rada de Abukir los fogonazos y el incendio de las naves que ardian. Luégo comenzó el silencio; los navíos franceses callaban unos en pos de otros por falta de artilleros, y rotas las amarras garraban hácia la costa y encallaban, ó se hundian en el mar; el *Orient* ar-

dia por la cubierta, pero seguia disparando por los entrepuentes, sin advertir que la brisa de la noche iba convirtiéndolo en una hoguera inmensa y pavorosa, y que los ingleses huian de su lado para evitar el peligro de su ya inevitable voladura; y Dupetit-Thonars, comandante del *Tonant*, no cesaba tampoco de hacer fuego en medio del desastre, no ya por la vida sino por la inmortalidad, y era tanto el coraje que lo poseia en aquellos terribles momentos, que despues de haber perdido un brazo y con las piernas rotas, hacia jurar á sus marineros que no arriasen pabellon cuando él hubiera muerto, y que lo arrojasen al agua para que ni siquiera sus despojos cayeran en poder del vencedor. Este navío y el *Franklin* tardaron poco en ser dos braseros formidables, en cuyas llamas se consumian los cuerpos de sus heroicos tripulantes.

XXVII.

El pavoroso incendio del *Orient* levantaba sus llamas hasta el cielo, semejante á un volcan en ignicion que hubiera surgido en medio de la rada de Abukir, iluminando con sus rojizos resplandores los flotantes despojos de la batalla. Los marineros del navío se arrojaban por las portas al agua, y asidos de los tablones y palos que podian alcanzar se dejaban ir con ellos á la costa. En aquellos momentos tan azarosos se acercaron algunos á su comandante Casa-Bianca que yacía tendido en la cubierta, espirante casi, para levantarlo y sacarlo de allí; pero ya fuese imposibilidad de mover sus miembros rotos, ya estoica resolucion de no sobrevivir á la pérdida de su buque, se negó á la súplica de sus

marineros. Y como en vista de su resistencia quisieran salvar, al ménos, á su hijo, niño de doce años, en quien se cifraban heroicas esperanzas, y que por amor filial siguió la suerte de su padre, tampoco pudieron conseguirlo, pues resistiendo así los ruegos como la fuerza, se abrazó al autor de su vida y dijo que por nada se apartaria de su lado, prefiriendo á todo morir con él.

Lo cual entendido de los generosos oficiales y marineros que sentian acercarse por momentos el de la explosion, se apartaron del luctuoso grupo y se arrojaron al mar, alejándose á nado del navío. Pocos minutos habian trascurrido, cuando, á las once de la noche, hizo explosion el *Orient*, produciendo un estampido tan formidable que conmovió el Egipto hasta Roseta, y un relámpago tan intenso y de tan larga duracion que rasgó los horizontes hasta inmensa distancia, cayendo luégo convertidos en lluvia de brasas, llamas y tizones su artillería, jarcia, velámen y arboladura, tan temerosa y espantablemente cual si se hubiera desplomado sobre Abukir un pedazo del cielo por efecto de la voladura.

Al despuntar del sol el dia siguiente sólo se veian flotando en toda la extension de la bahía cascos de buques hechos pedazos ó ardiendo, rotas las amarras y á merced de las olas, y tremolando en ellos jirones de la bandera francesa. Nelson mismo tenía desarboladas la mayor parte de sus naves vencedoras, y como apénas si podia moverlas merced á improvisados aparejos, hubo de completar su victoria sobre los restos de la flota de Brueys con dos navíos que le quedaban intactos. En esta postrera lucha, varios capitanes franceses vararon sus buques en la playa y les pusieron fuego, prefiriendo

ántes verlos destruidos que no en poder del enemigo, y por tal modo quedó prisionero en su conquista el ejército invasor del Egipto. Pero con ser la capitulacion futura de las tropas que acaudillaba entónces el general Bonaparte la segunda victoria de Nelson, como no plugo á la fortuna otorgarlo todo al mismo pueblo, dió á la Francia la tierra y el Océano á la Gran Bretaña.

XXVIII.

«El triunfo alcanzado por Nelson en Abukir—dicen los historiadores franceses testigos del combate—fué acaso el más completo de cuantos se han obtenido en el mar desde la invencion de la pólvora.» Nelson lo debió á su osadía y á la inmovilidad de la flota de Brueys. Pero lo que hicieron los franceses anclados demuestra cuánto hubieran hecho á estar libres de amarras, pues si al sucumbir sujetos cayeron llevando la desolacion y la muerte á millares de sus enemigos y merecieron señaladas muestras de respeto de todo el mundo por su heroísmo, ¡cuánta no habria sido su gloria pudiendo pelear en iguales condiciones con los ingleses!

Despues de haber dado gracias al Dios de las batallas en la playa de Abukir, empleó Nelson diez y ocho dias en carenar sus naves para darse á la vela. Entretanto, despachó la vuelta de Inglaterra varios buques ligeros con la buena nueva.

Mal curado aún de sus heridas, llegó á Nápoles para gozar del triunfo juntamente con lady Hamilton. La corte, reconocida y gozosa de su victoria, le salió al encuentro en la bahía y lo acompañó hasta palacio. Emma se desmayó en la chalupa, y luégo

cayó de nuevo desvanecida, viendo la cicatriz apénas cerrada en la frente de Nelson.

Mas los acontecimientos se precipitaban. Los franceses se dirigian á la capital de las Dos Sicilias, y la corte trataba de huir; y como el proyecto hubo de trascender al pueblo y éste vigilaba cuidadoso á los reyes, se hacía necesario proceder con mucha cautela para evitar que lo impidiera. Pero merced al ascendiente que lady Hamilton ejercia sobre Nelson, y á su familiaridad en palacio, todo pudo concertarse de una manera fácil y sigilosa, quedando en breve convenida la evasion sin despertar el menor recelo en las masas. Llegado el momento, á favor de un subterraneo que áun existe y que comunica los sótanos de palacio con el puerto, hizo embarcar lady Hamilton de noche á bordo de los navíos ingleses los tesoros, joyas y objetos de arte y de lujo pertenecientes á la familia real, y cuyo valor ascendia sin exageracion á diez y seis millones de pesos. Hecho esto, se acercó á la boca del subterráneo Nelson en persona con tres falúas, durante la tempestuosa noche del 21 de Diciembre, y embarcó en ellas la familia real, los ministros y el embajador de Inglaterra con su esposa, trasbordándolos, á pesar del furor de la tormenta, sanos y salvos al navío *Vanguard*. Dióse á la vela en seguida con rumbo a Sicilia, y durante tres dias una furiosa borrasca pareció rechazar de Palermo á los fugitivos de Nápoles, como si la tierra y las olas se hubieran concertado para negarles asilo y destruirlos.

XXIX.

Tan intrépida como Nelson se mostró en aquella circunstancia lady Hamilton, consagrándose á la Reina, su amiga, y á la real familia con el olvido de sí misma y la sublime abnegacion de las antiguas esclavas por sus amas y señoras. En sus brazos exhaló el último aliento durante tan azarosa travesía el hijo menor de Carolina, tierno niño que sucumbió al terror y á la fatiga.

Tres dias despues de su salida de Nápoles llegaron los reyes á Palermo, donde creian hallar puerto seguro contra la invasion y las tempestades revolucionarias; pero una vez proclamada la república en la capital, amenazó con su estrago hasta Messina. Entónces fué cuando el cardenal Ruffo, príncipe de la Iglesia más guerrero que devoto, Charette italiano purpurado, convirtió la Calabria en nueva Vendee, y levantando cuarenta mil hombres en nombre de la religion amenazada y del rey proscripto, se dirigió lentamente sobre Nápoles para realizar una contrarevolucion. Entre tanto el vencedor de Abukir observaba desde Palermo estos movimientos y alteraciones del reino, estimulados por Carolina, y acechaba la ocasion de hacer un desembarco y restaurar la monarquía: que ni el favor de los reyes, ni los halagos de lady Hamilton, ni la vida muelle y deliciosa que hacia en Sicilia, eran eficaces á entibiar su entusiasmo por la guerra, ni á imponer silencio á sus remordimientos; cosa esta última que se revela en sus cartas de aquel tiempo, bajo la forma de un gran desaliento y turbacion del espíritu.

«Habito, como siempre, casa de lady Hamilton,—decia en una de ellas;—y esta señora es mi providencia. No me siento bien de salud; pero miéntras viva permaneceré aquí, si la Reina lo desea, para protegerla, bastándome la conviccion de que al obrar así procedo bien para quedar satisfecho y contento de mí. Lo que me asesina es la imaginacion y los remordimientos... siendo éstos tales á las veces, que sólo deseo morir con honra para no sentirlos más. No digo con esto que sea indiferente á los honores y riquezas que la patria y el Rey me conceden generosamente, sino que me hallo aparejado y dispuesto á dejar la vida del mundo, asiento de toda turbulencia espiritual; que no envidio á nadie mas que á aquellos cuyos estados miden seis piés de terreno, y que cuando sea la voluntad del Señor enviar la muerte por mí, la recibiré tan gozoso cual si fuera el más grande amigo mio á quien no hubiera visto en mucho tiempo! ..»

En medio del desaliento que rebosan las palabras trascritas, y que no era sino la expiacion de sus culpados amores, la Reina y lady Hamilton lograron infundirle su mala voluntad y el odio implacable que las dominaba contra los republicanos de Nápoles; encono que advertimos en las cartas que de Palermo dirigia entónces á su amigo el almirante Troubridge, á cuya escuadra se hallaba confiado el bloqueo de la capital, pues le decia:

«Dadme presto cuenta de que se han cortado algunas cabezas; que no más necesito — añadia con ferocidad—para reponerme y confortarme un tanto!...»

XXX.

Poco tardó en llegar á Nápoles con su ejército el cardenal Ruffo, llamado de los cuarenta mil *lazzaroni* que vagaban por sus calles, muelles y plazas; populacho idólatra de toda servidumbre á fuerza de ser ignorante y grosero, y de no alcanzar á comprender, á causa de su abyeccion y rebajamiento, cuánto es amable la libertad. Advertido Nelson por el rumor de la contrarevolucion, llamó á sí las escuadras del Mediterráneo, que se hallaban dispersas en los mares del Egipto y de la Italia, y formó una flota de diez y ocho navíos, reconcentrándola cerca de la isla de Marítimo, á la parte oriental de Sicilia. Embarcóse lady Hamilton en compañía del Almirante, y salió en demanda del golfo de Nápoles para preparar por sí misma el camino de la Reina, su amiga, y precederla en las venganzas y represalias. Pero al llegar Nelson, halló conquistada la ciudad rebelde y ocupada por las tropas de Ruffo, rendidos los fuertes y amparados los jefes insurrectos á virtud de las cláusulas estipuladas con el Cardenal en la capitulacion; documento en el cual se les prometia la vida y la libertad de abandonar el reino, y que firmó tambien para revestirlo de mayor solemnidad, á ruego del vencedor, el capitan inglés Foots, que mandaba el bloqueo en ausencia de Nelson. Y como al entrar en la bahía con su escuadra el 25 de Junio ya hubiese llegado á sus oidos el rumor de la capitulacion, lady Hamilton se negó á dar crédito á la especie de que contuviera ésta cláusulas tales que dejasen no ya con libertad, pero con vida, ninguno de los caudillos rebeldes. Así fué que al ver

con el catalejo desde la toldilla del navío almirante la bandera blanca que tremolaba en lo alto de los castillos de Nápoles, y persuadirse con esto de lo que ántes no quiso creer, volviéndose á Nelson, poseida de grande indignacion y mostrándole con el dedo el emblema de paz, le dijo:

«¡Abatid al punto esa bandera; que no se capitula con rebeldes!»

Y Nelson, esclavo del amor que sentia por lady Hamilton, obedeció sin vacilar. Ménos implacable Ruffo entónces que un extranjero, á pesar de que tanto más enemigos son los hombres en las guerras civiles, cuanto son más compatriotas, se negó resuelta y noblemente á violar la palabra empeñada. Visto lo cual de los ingleses, llamaron á bordo al prelado generalísimo para trasmitirle de viva voz por el órgano de lady Hamilton las órdenes terminantes de la Reina; y aunque Ruffo abogó con mucha energía en favor de los enemigos vencidos y amnistiados, y manifestó á Nelson y á su cómplice que si no se respetaba la libertad y la vida de los jefes republicanos retiraria sus tropas de Nápoles para no manchar sus banderas ni áun por la causa de Dios y del Rey con tamaña felonía como lo era ciertamente violar lo pactado en daño de hombres inermes ya y sometidos, la embajadora, sin atender á otra cosa que á la venganza de su amiga, tomó todo sobre sí, compartiendo Nelson con ella para mayor ignominia de su patria la responsabilidad de la infamia y de los crímenes que iban á cometerse por consecuencia de un perjurio. Y comenzando á poner en ejecucion su pensamiento, lady Hamilton arrancó de las manos de Foots la capitulacion, rompiéndola y arrojando sus pedazos al mar, y á seguida fueron entregados á los consejos de guerra ó

al puñal asesino del populacho los republicanos prisioneros, en número de seis mil, advirtiendo que en esa cifra se hallaba comprendida la juventud noble de Nápoles, y cuanto habia de más esclarecido en el clero, la literatura y las artes.

Comenzaron á funcionar los consejos de guerra, y con ellos el imperio del *terror,* corriendo á raudales la sangre; y como si esto no bastara, sucumbian al puñal de los asesinos y eran arrojados al mar los que lograban desasirse de las manos del verdugo. Cuadrillas de sicarios y de soplones, que parecian resucitados de los tiempos de Tiberio, revestian de formalidad legal todo género de muertes, y á mayor abundamiento recorrian las provincias jueces ambulantes, seguidos de verdugos, para completar con el suplicio la pacificacion: cuarenta mil ciudadanos cayeron por tales medios bajo la segur de los lictores, que desembarazaron así el camino que debian recorrer el Monarca y su implacable consorte, sin que faltara tampoco al horror del cuadro espectáculos como los de que fué teatro la plaza misma del palacio real, en la que se vio á los *lazzaroni* arrojar atados y vivos muchos individuos á las hogueras encendidas expresamente para quemarlos; escenas espantables que pasaban consentidas del jefe de la escuadra misma en que volvia la familia real restaurada. La Reina enviaba listas sobre listas de proscripcion, y esto, unido á las delaciones que arrancaba la tortura en las cárceles, y á las confidencias de la policía secreta, jueces, tribunales, consejos de guerra y ejecutores de la ley no tenian vagar un solo punto. Entónces sucumbieron en la horca y fueron sepultados en las aguas del golfo despues de morir los hombres más ilustres por su nacimiento, su saber, virtudes ó servicios,

tales como Cyrillo, Menthone, Conforti, Fiano, Albonese, Fiorentino, Pagano, el obispo Sarno, el prelado Natale, la marquesa de San Felice, la poetisa Leonor Pimentel y trescientos otros, cuyos nombres sería prolijo enumerar. Los príncipes Torella y Riario, el baron Poerio, afamado tribuno de ideas templadas; el marqués Carleto y el caballero Abamonti fueron deportados por gracia especial á la isla desierta de Farignana, cerca de Sicilia, sin más asilo para guarecerse que una caverna submarina que sirvió en otro tiempo de anticipado sepulcro á los desterrados de Roma.

Pero con ser esto cruel, lo fué más todavía la muerte dada por aquellos dias á tres jóvenes de la grandeza del reino, que no habian cumplido la edad prescrita por la ley para sufrir la última pena, siendo estos Serra, Riario y el hijo único del marqués Genzano, cuya cabeza rodó en el cadalso ántes de contar diez y seis años, á quien admiró Nápoles por su hermosura y lloró por su inocencia. Bien será decir de paso que su padre, Bruto de la cobardía, para no hacerse sospechoso siquiera de complicidad con el muerto, afectó en todas partes serlo de los verdugos, y que pasados algunos dias obsequió á los jueces que lo condenaron á muerte con un banquete de congratulacion. No estará demas añadir tambien que como hubieran sentenciado á la última pena una jóven de la más elevada nobleza por ser amante de un jefe revolucionario, y ella declarase la víspera del suplicio estar en cinta, la mandaron reconocer por una comision facultativa, y que, como los médicos ratificaron su dicho, se dispuso quedara en suspenso el fallo hasta que diese á luz, ejecutándose inmediatamente despues, lo cual tuvo lugar al pié de la letra, muriendo la

madre tan luégo nació el hijo. Basta con lo expuesto para comprender que las proscripciones de Mario, de Syla, de Tiberio y de la Convencion, quedaron igualadas cuando ménos en Nápoles por la saña de la corte, secundada en esto y estimulada por un populacho fanático, y protegida por un héroe británico, sometido y esclavo de una meretriz.

XXXI.

Pero Nelson, no sólo consintió aquellos horrores en la ciudad, sino que cedió á convertir sus naves en tribunales de sangre del *terror* monárquico. Pues como el almirante napolitano Carraciolo, su compañero de armas cuando las flotas inglesas y sicilianas operaban combinadas, y que habia escoltado al Rey hasta Palermo, hubiera vuelto á la capital con permiso del Monarca para evitar por tal modo la confiscacion de sus bienes por la República, mereciera del nuevo Gobierno, bien á su pesar, ser nombrado jefe de la marina en virtud de su talento y de su fama, y héchose de consiguiente acreedor á castigo; presintiendo sus amigos la venganza de la Reina, le facilitaron el medio de huir de los fuertes en traje de calabrés, miéntras se negociaba la capitulacion. Mas quiso su mala estrella que lo descubriesen, interrogasen y reconociesen, llevándolo á Nápoles prisionero, y que al saberlo Nelson lo reclamase y lo hiciera conducir á la escuadra. Cuantos conocian las buenas relaciones de amistad que unieron antiguamente á estos dos marinos, quedaron persuadidos al entender la peticion del inglés que tenía por objeto brindarle con encubierta hospitalidad y salvarlo de la saña de Carolina, la

cual no sería osada en ningun caso á extremar sus odios en quien se hallaba en cierto modo bajo el amparo del pabellon británico. Mas como no lo entendia lady Hamilton así, pues se propuso convertir en cadalso del ilustre napolitano un buque inglés, no bien hubo pisado la cubierta del navío almirante, donde áun residia ella, convocó Nelson un consejo de guerra formado de oficiales sicilianos y presidido por el conde de Thurn. Compareció el acusado ante sus jueces, pidió que le dieran el tiempo necesario para reunir los documentos justificativos de su inocencia y los testimonios de su conducta durante la revolucion, y estimando el tribunal procedente la demanda, lo participó así á Nelson, quien les mandó fallar sin más tardanza. Obedecieron sus individuos, y condenaron á Carraciolo á destierro perpétuo; pero al tener Nelson conocimiento de la sentencia, exigió que fuera esta de muerte. Una hora despues, bajaba el infortunado general siciliano, atadas las manos como un criminal, la escala del navío de Nelson para ser ahorcado en su propio buque, el *Minerva*. Miéntras, encerrada lady Hamilton con Nelson en la cámara del Almirante, negábase á recibir á cuantas personas acudian á bordo para implorar su mediacion, suponiéndola compasiva. Nelson mismo permanecia sordo á las elocuentes insinuaciones de sus oficiales: que la corte pedia la sangre de Carraciolo, y el amor pagaba el crímen de su asesino.

Llegado que hubo Carraciolo á la cubierta del *Minerva*, anclado á poca distancia del navío de Nelson, oyó resignado su sentencia de muerte; pero protestó contra la forma en que trataban de dársela.

«Soy viejo ya,—dijo al oficial encargado de ha-

cer cumplir la sentencia;—y mis canas me advierten que sólo muy poco tiempo de vida me quitan los jueces; y como no dejo viuda ni familia en pos de mí que pueda llorarme, no siento apego á cosa ninguna; pero si bien esto es cierto, no lo es ménos que se me hace duro y afrentoso al cabo de setenta y dos años de vivir honradamente abandonar el mundo dejando asociado á mi recuerdo en la memoria de las gentes el tan innoble de la horca. Decid de mi parte á Nelson, mi amigo y compañero de otros tiempos, que le pido sólo mude mi suplicio, mandando que me fusilen.»

El oficial inglés á quien se dirigia el reo con tan nobles palabras, hizo suspender la ejecucion, y previno del caso á su Almirante, que permanecia invisible á bordo.

«Cumplid vuestro deber,»—contestó duramente Nelson, volviendo al mensajero la espalda para evitar que acaso pudiera insistir.

Con esta respuesta izaron á Carraciolo por el cuello á una verga, y espiró al modo de los malhechores y piratas con aplauso de algunos, lástima y duelo de los demas, y vergüenza de todos, particularmente de Nelson, su verdugo. A lo que dicen, subió lady Hamilton á la cubierta de su buque para contemplar el cadáver del ajusticiado, que permaneció suspendido en su flotante patíbulo hasta la noche, y entónces, cuando se hizo la oscuridad en la bahía, lo descolgaron, y atándole dos balas encadenadas á los piés, lo arrojaron al agua. ¡Pero el mar no lo quiso y lo echó fuera!

Tres dias despues de tener lugar este horrible suceso, llegaba el rey de las Dos Sicilias á Nápoles, procedente de Palermo, á bordo de un navío inglés. Hallábase S. M. sobre cubierta leyendo las listas de

proscripcion que le alargaba la Reina, y miéntras, lady Hamilton, que habia salido al encuentro de su amiga para darle cuenta del estrago hecho por ella en nombre suyo, departia con Carolina, Nelson y un grupo de cortesanos. El mar estaba un tanto agitado, y hácia la popa del navío en que iban los Reyes se levantaban densos remolinos de oleaje, cuando hé aquí que de improviso surge del agua, como aparicion fantástica, el busto de un anciano con los cabellos en desórden y fija la mirada. Oyese un grito de horror en el alcázar. El Rey se vuelve y reconoce á Carraciolo en el que parece seguir andando á la nave.

—«¿Qué quiere de mí ese hombre?—prorumpe S. M. palideciendo.

—Diríase que viene á implorar sepultura cristiana para su cuerpo,—le contestó su confesor al oirlo.

—¡Pues que se la den!»—repuso el Monarca retirándose y bajando consternado á la cámara, miéntras que los marineros recogian el cadáver y lo trasportaban para darle tierra á la pequeña iglesia de Santa Lucía, situada en los muelles de Nápoles.

El mar habia roto la ligadura que ataba las balas de cañon puestas á los piés del Almirante, y su cuerpo, libre del peso é hinchado además con el agua, pudo subir á la superficie. Nunca por efecto de una manera de milagro natural se mostró más evidente que aquel dia la mano de Dios para castigar airada la venganza y el odio político.

XXXII.

Los infames servicios prestados en aquella circunstancia por lady Hamilton y Nelson á la corte de Nápoles, recibieron digna recompensa: la Embajadora fué colmada de honores y presentes por la Reina, y Nelson asimismo por el Rey, llegando éstos al exceso cuando el inglés trasladó al Monarca á Sicilia por pocos dias despues de restaurado en el trono, porque se mandó construir entónces en el palacio de Palermo un templo á la Gloria, decorado con todos los emblemas del triunfo, y en él tuvo lugar la coronacion del héroe por los príncipes de la familia real, asistiendo al acto para mayor solemnidad los Reyes y lady Hamilton. Y como si esto no fuera bastante, le regaló el Monarca una magnífica espada guarnecida de pedrería, y además le hizo merced del título de duque de Bronto y de pingües rentas anexas á él. Al propio tiempo recibieron encargo los principales artistas de Italia de cincelar su estatua y de levantarle una columna rostral. Pero con ser muchos y grandes los dictados, honores y riquezas que le dispensaban los reyes de Nápoles, y grande y mucho tambien el amor que le tenía lady Hamilton, ni la fortuna ni la voluptuosidad podian ser bastante á sofocar la vergüenza y los remordimientos del héroe vendido por favorita infame á las pasiones de una corte sanguinaria y corrompida.

BIBLIOTECA PUBLICA

XXXIII.

Poco despues de haber tenido lugar estos sucesos, regresó Nelson á Inglaterra en compañía de lady Hamilton, recibiendo entónces los honores de sus triunfos de Abukir y de Nápoles. Todos los buques surtos en el Támesis se empavesaron al rumor de su llegada; el Gobierno y las corporaciones de Lóndres le felicitaron con entusiasmo, y le regalaron espadas y sables de honor, y el pueblo, tan fácil de agitar siempre á favor de los héroes de la guerra, le hizo grandes demostraciones tan espontáneas como apasionadas, vitoreándolo y aclamandolo por las calles; siendo tantos los aplausos y las alabanzas que le prodigaban sus compatriotas, que no advertian en las flaquezas del ídolo. Pero gozó mal de su popularidad y de su fama. Pues sometido á Emma y esclavo de sus gracias, se apartó con escándalo de su mujer y de su hijo adoptivo, y fué á vivir en compañía de su amada, viuda ya de sir William Hamilton. Justo fué, sin embargo, en medio de su debilidad, pues no imputó jamás á lady Nelson las causas secretas de su divorcio, sino que le dijo bajo su firma las siguientes palabras: «El cielo es testigo de que no hay ternura, inocencia y virtud que no reconozca en tí.»

Pero si era dueño de sí para ser equitativo con la esposa fiel y honrada, no lo era para reprimir los ímpetus de su corazon y separarse de la cortesana que lo tenía cautivo de sus gracias, implorar el perdon de quien habia ofendido tanto y recogerse á su hogar, sino que consumó su falta comprando en los alrededores de Lóndres la quinta de Merton,

donde se instaló con Emma para esconder mejor á los ojos de todos el objeto de sus amores, causa de sus remordimientos y móvil tambien de sus grandes acciones y miserias. Por aquel tiempo tuvo una hija la viuda de Hamilton, y el Almirante la dió su nombre, llamándola Horacia.

XXXIV.

La guerra del Báltico lo llamó de nuevo al Océano, y con su escuadra forzó entónces el puerto de Copenhague é incendió la escuadra dinamarquesa; hecho bárbaro y feroz, más digno de un Atila del mar que de un soldado, que rodeó su nombre de horrible aureola de fuego en Europa, y exaltó el entusiasmo de los londinenses hasta el fanatismo. Regresó luégo á la capital, que le hizo magnífico recibimiento, y el Rey lo condecoró con el título de lord; pues así el pueblo como el Monarca no veian otro contrapeso á Napoleon que la bizarría y el genio de Nelson.

XXXV.

Proseguia Napoleon entretanto su comenzado duelo contra la independencia del continente; pero como en tanto que fuera libre la Gran Bretaña, tenía la libertad del mundo asilo seguro y podia encontrar quien volviera por sus fueros, se hacía necesario destruir aquel punto de apoyo al ariete de las naciones vencidas, humilladas y que no soportaban con resignacion el yugo impuesto del vencedor para mantenerlas inmóviles, aliadas ó sujetas y

gozar tranquilo de su servidumbre: que despues de haber deslumbrado Bonaparte al Egipto con el brillo de sus armas, y conquistado á Italia, intimidado á los alemanes, uncido á España al carro de su política, é incorporado la Holanda, trasportó los sueños de su ambicion desaforada de las costas de Siria á las de Inglaterra, trasladando á Occidente aquel imperio universal que labró con la fantasía en Oriente al despuntar la aurora de su fortuna. Pues roto y maltrecho al pié de los muros de San Juan de Acre, y desbaratado en Abukir á cañonazos por Nelson, Napoleon reconstruyó sus imaginaciones en Boulogne á la vista de los peñascos de Douvres; mas por singularísimo acaso del destino, el mismo genio que destruyó sus planes gigantescos en Egipto, debia echarlos ahora por tierra y deshacerlos. Hubiérase dicho que Nelson y Napoleon eran en aquel momento histórico los dos formidables antagonistas en quienes se personificaban y resumian la conquista del continente por tierra y su resistencia por mar. Así aconteció tambien á la caida de la república romana, cuando Pompeyo y César asumieron bajo sus nombres respectivos la libertad y la esclavitud del mundo, y que por obra del combate naval de Actio intentaron disputarse la supremacía, perdiéndose la libertad con ella y quedando esclavo el universo á César.

XXXVI.

Diez y ocho meses hacía que no cesaba Napoleon de acumular en los puertos de la costa de Francia y Holanda, próximos al canal de la Mancha, elementos y medios de poner en ejecucion un desembarco en Inglaterra: como que la innumerable flotilla de

sus chalupas cañonéras reunidas en las aguas de Boulogne y dispuestas á embarcar sus tropas acampadas en la orilla, podia, en pocas horas de buena suerte, servir sobre el brazo de mar que separa entrambas riberas de puente movible por donde pasara uno de aquellos ejércitos franceses tan temerosos en tierra cuanto eran temerosas en el Océano las escuadras de la Gran Bretaña. Y siendo así, aunque fuera muy grande y exaltado el patriótismo de Inglaterra, trasformada por el carácter de sus hijos y su ingenio en el más portentoso centro de trabajo, riqueza, navegacion y progreso de los siglos, comparando su influencia en el mundo con su extension geográfica, era indudable que doscientos mil franceses aguerridos, bizarros y animados del espíritu de Napoleon, al ménos por un momento, habrian sometido el país, arrasado sus fortalezas, clavado sus cañones, incendiado sus arsenales y dispersado los elementos de su riqueza y libertad. No es ménos cierto que la Inglaterra se habria refugiado entónces en sus naves y que se hubiera lanzado en persecucion de las cañoneras del Emperador, destrozándolas y acabando con ellas en sus propios puertos y aprisionando á los franceses en su propia conquista, lo cual los hubiese reducido á retirarse voluntariamente y á capitular con gloria para el vencedor; pero cómo dudar tampoco del estrago, de la vergüenza y de las calamidades de una invasion en Lóndres, cuyos efectos habrian pesado de tal modo sobre su riqueza y bienestar, que, áun siendo breve y pasajera la estancia del enemigo en Inglaterra, y sobre todo en la capital, es incalculable la sangre, el hierro y el oro que le habria costado redimirse y recuperar su independencia y sus fueros.

XXXVII.

Atentos los ingleses á los preparativos militares de Napoleon, estremecíanse al pensar en las consecuencias que podria tener para ellos el éxito de un golpe de mano del Emperador, la imprevision ó la torpeza de una maniobra mal mandada ó entendida por sus almirantes ó marineros, ó un dia de calma ó de tempestad bien aprovechado por el audaz enemigo. Y como las flotas de la Gran Bretaña cubrian el canal de la Mancha é interceptaban suficientemente el paso á las chalupas de trasporte, *cáscaras de nuez*, segun la expresion despreciativa de los marinos ingleses, y hubieran podido ser barridas del mar á cañonazos por una sola fragata de guerra, Napoleon se propuso no aventurar sus escuadrillas sino despues de haber reunido, trayéndolos de los puertos de Holanda, Francia y España, cincuenta ó sesenta navíos de guerra, nueva *Invencible*, y de arrojarlos sobre las flotas británicas para distraerlas con una victoria ó con una derrota, pasando el estrecho á favor suyo. Pero encerrados los navíos de que disponia Napoleon, unos en el Escalda, otros en Brest, éstos en Tolon, aquéllos en Cádiz por el bloqueo de las escuadras inglesas, no podian agruparse y formar una armada superior ó siquiera igual á la del contrario sino á fuerza de misterio, de combinaciones, de suerte y de buenaventura, ni tampoco sus almirantes tenían el genio ni la capacidad necesaria para concebir ni atreverse á ejecutar los planes y maniobras heroicas y desesperadas que suelen á las veces hacer fuerza y vencer las mayores dificultades, y que tan bien se hu-

bieran adaptado entónces á la impaciencia y al entusiasmo de Napoleon. Porque si eran bizarros, faltábales la osadía, y todos flanqueaban bajo el peso de la responsabilidad que les imponia su cargo, pues si la guerra terrestre sólo ha menester de heroísmo, la marítima exige, además, gran caudal de ciencia. Los cuerpos de ejército diezmados ó vencidos se rehacen, reorganizan ó reforman; pero las escuadras que naufragan ó se queman desaparecen con sus tripulantes y no dejan de sí otra cosa sino despojos flotantes; y en tanto que las maniobras de un ejército consisten sólo en el golpe de vista y en la pericia del jefe, las que se practican en el Océano dependen así de los vientos, de las distancias y de los marineros como de las calmas y de las tempestades, accidentes que no pueden prever ni dominar los ingenios más esclarecidos, y diferencias importantísimas que Napoleon no lograba explicarse, haciendo por tanto responsables á sus generales de mar de las condiciones de su arte y de los elementos.

Y tanto llegó á desesperarse con las dificultades que ofrecia la reunion de sus escuadras en una sola formidable armada en el canal de la Mancha, que concibió el proyecto de hacer salir de Tolon y de Brest dos flotas separadas de sesenta velas, llevando á su bordo cuarenta mil hombres de desembarco, las cuales tomarian el rumbo de las Indias por diferentes derroteros, para dar un golpe terrible al poder de la Gran Bretaña en Oriente, miéntras no se lo asestaba más terrible aún en la metrópoli. El Emperador entendia que al hacer esto sus dos escuadras, las de Inglaterra se lanzarian en su seguimiento, y que miéntras volaban en auxilio de la India, como quedaria ménos guardado el Canal,

acaso pudiera entónces caer sobre su presa tan codiciada con el ejército y las chalupas.

XXXVIII.

Pero como la inmensidad y la lentitud indispensable al desarrollo del proyecto indicado agotaran su paciencia, se propuso la ejecucion de otro ménos grandioso y más rápido, que debia dar por resultado reunir sus escuadras en un punto distante del Océano, y atraer á él las de Inglaterra separándolas del canal de la Mancha. Y pareciéndole mejor este pensamiento, mandó salir de Tolon á Villeneuve, bajo cuyas órdenes queria poner la escuadra combinada, con trece navíos y algunas fragatas, para que con la flota de Gravina, surta en la bahía de Cádiz, cruzara el Atlántico y se incorporase la del almirante Missiessy, compuesta de seis navíos y que se hallaba en las Antillas. Gantheaume, que mandaba las naves de Brest, debia de aprovechar la primera tempestad que alejase al inglés Cornwalis de su crucero delante del puerto, para ir á reunirse con Villeneuve, Gravina y Missiessy en la Martinica. Hecho esto, y despues de inquietar á los ingleses en sus posesiones antillanas, la flota combinada volveria rápidamente á Francia cuando más engolfadas y dispersas estuvieran las naves británicas en su persecucion, para esperarlas en los mares de Europa, darles batalla, y vencida ó vencedora, llegar al canal de la Mancha y contribuir al desembarco en Inglaterra.

Ejecutado fué al pié de la letra este proyecto el mes de Junio por el almirante Villeneuve, quedando incompleto sólo en lo relativo á Gantheaume, quien

no pudo moverse de Brest á causa de las calmas, que lo sujetaban en el puerto. Pero el caso estaba previsto, y así, al dar Villeneuve la vuelta de Europa venía ya con el propósito de acometer á Cornwalis delante de Brest, de libertar á Gantheaume, y una vez reunidos sus buques al grueso de la escuadra, provocar á los ingleses con sesenta navíos que por tal modo tenía bajo sus órdenes, fuera cual fuese la fuerza y número del enemigo, en la embocadura del canal de la Mancha.

«Los ingleses—decia Napoleon con este motivo, lleno de confianza en el éxito de su plan—no saben lo que les aguarda, porque si puedo ser dueño del canal durante doce horas no más, ¡ay de la Gran Bretaña!»

XXXIX.

Cuando el Emperador lanzó este grito de alegría y de amenaza estaba en el campamento de Boulogne; tenía delante de sí á ciento setenta y cuatro mil hombres, vencedores del continente, que ansiaban arrojarse sobre la presa, y esperaba por momentos nuevas de haber llegado Villeneuve y de su encuentro con Cornwalis. Villeneuve se acercaba, en efecto; pero persuadido Nelson, que iba en su busca valerosamente con once navios, persiguiéndolo á la ventura, como en otro tiempo á Brueys, de que hacía rumbo á Europa, se acercaba tambien á las costas de Inglaterra, y despachaba un buque muy velero para comunicar sus recelos al Gobierno británico, á fin de que se hallara prevenido. Al llegar Villeneuve á la altura del Ferrol, una espesa niebla le hizó caer en medio de la escuadra del almirante

Calder, fuerte de veintiuna velas, y con esto franco-españoles é ingleses trabaron la más desconcertada batalla que se haya visto, sin gloria para ninguno. Dos navíos españoles sucumbieron, sin embargo, al ímpetu de los enemigos; pero en vez de buscar Villeneuve al dia siguiente, y pasada que fué la bruma, la estela del inglés y acabarlo, como se le habia dicho, entró en el Ferrol para carenar sus averías, cosa que pudo dejar para mejor ocasion por no ser estas considerables ni urgentes, prolongándose tanto su estancia en Galicia, que dió lugar á recibir de nuevo la órden de levantar sin más tardanza el bloqueo de Brest, incorporarse á Gantheaume y presentarse con su escuadra en el canal. Pero si bien contestó el almirante que así lo haría, persuadido de que Nelson, Calder y Cornwalis reunidos lo aguardaban en el Océano para destrozarlo, en vez de ir á Brest y al canal de la Mancha, se hizo á la vela para Cádiz, en cuyo puerto encerró la flota cuando más necesario era que áun á costa de los mayores peligros cumpliese las instrucciones y el mandato expreso y terminante de Napoleon.

XL.

Aquel era el momento decisivo de Napoleon, á quien sólo quedaban pocas horas ya para evitar la declaracion de guerra del Austria y la insurreccion de la Alemania entera, fomentada y pagada por el genio patriótico de Mr. Pitt, cuyo peculio y cuya política eran tan eficaces desde hacía muchos años á salvar su patria. Persuadido el Emperador de que ya debia estar Villeneuve cerca de Brest, escribió á Gantheaume, aprisionado hacía tantos meses en el

puerto que aquél iba en su concepto á franquearle:

«¡Salid de ahí sin más tardanza, y venid para que venguemos en un dia seis siglos de quebrantos, daños é ignominias! ¡Venid; que nunca mis soldados de mar y tierra podrán exponer la vida por causa más grande y generosa!»

«¡Salid de ahí,—escribia tambien Villeneuve;—salid y llegad sin perder un instante, y con mis escuadras combinadas entrad en el canal de la Mancha! ¡Estamos todos prevenidos y listos para el desembarque! ¡Llegad presto, y en veinticuatro horas queda hecho cuanto hay que hacer!»

XLI.

El estilo febril de las órdenes que acabamos de trascribir refleja mejor que pudiéramos hacerlo nosotros el estado del alma de Napoleon en aquel momento supremo. Pero todos sus planes cayeron en tierra muy luégo con la noticia de haber llegado Villeneuve á Cádiz, proponiéndose no salir por el momento de su puerto, y de la inmovilidad forzosa de Gantheaume.

«Villeneuve—gritaba Napoleon enfurecido, desquitándose de la fatalidad en el hombre, segun costumbre—no es digno de mandar una fragata siquiera. ¡Ese hombre me afrenta con su cobardía!»

Y prosiguió en el mismo tono, prodigándole delante del ministro de Marina los más ofensivos epítetos, y calificándolo á cada paso de cobarde y traidor, pues en ocasiones como aquella la menor muestra de prudencia, por justificada que fuera, si contrariaba en algo sus proyectos, no merecia otros nombres.

«Esto es hecho,—escribió en el acto á M. de Talleyrand, su ministro de Relaciones exteriores;—mis barcos no parecen. Si llegaran de un momento á otro, aún sería tiempo; me arrojaria con ellos sobre Inglaterra y cortaria en Lóndres el nudo gordiano de la coalicion. Pero si, por el contrario, mis almirantes no cumplen con su deber ó maniobran mal, entraré con doscientos mil hombres en Alemania, tomaré á Viena y expulsaré de Nápoles á los Borbones, y cuando haya pacificado el continente, volveré al Océano y en él conquistaré la paz marítima!»

No permaneció largo tiempo en la incertidumbre. Paseándose á orillas del mar, y devorando con los ojos las costas de Inglaterra, que, merced á la claridad del dia, uno de los más serenos y apacibles del verano, se divisaban en la línea del horizonte, halló á Napoleon el mensajero portador de la noticia en que se daba cuenta de la retirada de Villeneuve á Cádiz; y rompiendo en imprecaciones con la lectura del pliego, lo arrojó al agua. En su despecho habria, nuevo Jerges, hecho azotar el nuevo Helesponto que no tanto la naturaleza como la pusilanimidad de sus almirantes le cerraba y hacía inexpugnable. Mas no bien hubo pasado aquel arranque de cólera, despues de mandar al ministro de Marina que reemplazara con Rosily al torpe de Villeneuve, salió camino de Ulm al frente de un ejército de doscientos cincuenta mil combatientes, consolándolo á seguida la victoria en los campos de batalla del fracaso de sus esperanzas á orillas del Océano.

XLII.

Temeroso, no obstante, Villeneuve de la cólera de Napoleon, cuyos efectos habia comenzado á sentir ya, si bien amortiguados por la indulgencia y los miramientos del ministro de Marina Decrés, temblaba con la idea de ser destituido en Cádiz ante sus oficiales y marineros; castigo dispuesto en Boulogne por el Emperador, pero que su jefe le ocultaba todavía bondadosamente. Agitado de tristes presagios y esperando de un momento á otro recibir nuevas de su desgracia en el favor de Napoleon, pasaba el tiempo pertrechando los buques, ejercitando la marinería y cimentando con los almirantes Gravina y Cisneros la confraternidad indispensable á crear una sola nacion de ambas escuadras. Prometíase Villeneuve, despues de haber formado y aguerrido su armada, volver á darse á la vela y salir, no sólo en condiciones de superioridad numérica, sino de paridad en punto á táctica, y merced á ello recuperar con creces en un dia la gloria perdida por efecto de sus contínuas vacilaciones. Fluctuando, pues, entre la desesperacion de lo pasado y la esperanza de lo porvenir, supo Villeneuve la repentina llegada de Rosily á Madrid, y que las gentes lo designaban por sucesor suyo en el mando supremo de la escuadra combinada; y persuadiéndose de su desgracia y de su deshonra si esperaba en el puerto al recien venido, y queriendo evitar la mengua que lo amenazaba merced á una victoria que fuera eficaz á protegerlo ó á vengarlo de la cólera del césar, ó perecer, al ménos, en una derrota gloriosa que lo enalteciera por el martirio

y la muerte, salió de Cádiz el 18 de Octubre á la cabeza de cuarenta y dos navíos y fragatas con rumbo al estrecho de Gibraltar.

XLIII.

Pero volvamos al héroe de Inglaterra. Ya dijimos que despues de haber recorrido por espacio de dos años consecutivos el Océano y el Mediterráneo en todas direcciones, persiguiendo las escuadras francesas combinadas, sólo pudieron éstas escapar á sus cruceros refugiándose la una en Cádiz y permaneciendo la otra recogida en Brest. Pero Nelson, que no habia saltado en tierra una sola vez en el trascurso de tres años, arribó al cabo de ellos á Portsmouth con propósito de tomar algun descanso, ya que podia tambien descansar la patria; y abrumado de laureles, colmado de riquezas, satisfecho de gloria, mutilado y cubierto su cuerpo de muchas heridas, enfermo, sediento de amor y ansioso únicamente de gozar en la soledad del campo y en la compañía de una mujer adorada los dias que sus dolencias le dejaran vivir, se instaló en la quinta de Merton, á la cual habia hecho trasladar sus tesoros y muebles. Lady Hamilton, su hija y sus hermanas, reunidas allí y esperándolo, le preparaban en aquel plácido retiro cuanto bienestar y felicidad interior puede gozar el hombre con la conciencia remordida.

Pocos dias hacía que disfrutaba de la deliciosa soledad en que vivia, cuando una mañana de otoño, al despuntar del alba, llamaron á la puerta de su casa. Nelson, que conservaba en tierra las costumbres de á bordo, y que sólo dormia breves horas y

áun así con interrupciones más ó ménos largas, estaba ya vestido. Hizo abrir, y entró un oficial de marina, llamado Blackwood, con pliegos del almirantazgo.

«Estoy seguro—dijo Nelson al capitan—de adivinar lo que vais á decirme. Traeis nuevas de las escuadras combinadas, y en esos pliegos se manda que las destruya.»

Blackwood, en efecto, anunció á Nelson que despues de haber hecho escala en Vigo, se habian guarecido en Cádiz para rehacerse y pertrecharse de lo necesario.

«Perfectamente,—replicó Nelson con la mayor confianza;—estad cierto de que daré buena leccion á Villeneuve.»

Y sin añadir más palabra comenzó sus preparativos de viaje á Lóndres para ponerse á las órdenes del Gobierno lo ántes posible. Pero conmovido con la idea del dolor que su ausencia y el motivo de ella causaria en lady Hamilton y sus hermanas, le faltaron las fuerzas para revelarles lo sustancial de los despachos que habia recibido y su resolucion de sacrificar el reposo y la felicidad de todos á nuevas empresas. Nada dijo, pues, y procuró apartar la conversacion del asunto que verdaderamente lo preocupaba, tratando de todo menos de aquello, para encubrir mejor la preocupacion y la tristeza de su alma. Sin embargo de sus precauciones, lady Hamilton no se dejó engañar, pues con la sagacidad propia del amor presintió algo de misterioso en Nelson, y queriendo aclararlo se apartó con él de los demas, y le preguntó con ternura por la causa de su pena.

«Ninguna tengo,—le contestó el Almirante, haciendo un esfuerzo por sonreirse,—pues soy com-

pletamente feliz en el seno del amor y de la familia; el aire y la tranquilidad del campo van restableciendo mi salud, y con ella comenzando á persuadirme de que aún viviré contento muchos años; y es tan cierto lo que digo, que no cambiaria este retiro por el palacio del rey de Inglaterra.»

Pero como lady Hamilton no quedó satisfecha con estos subterfugios de la ternura de su amigo, le replicó que leia en su pensamiento como en un libro las ideas que lo agitaban en aquel instante, siendo en vano que se propusiera disimularlas por más tiempo; que habia recibido noticias de la escuadra combinada, que la consideraba cual si fuera su conquista legítima y patrimonio de su gloria, y que se consumiria de dolor y de celos si otro almirante alcanzaba ese triunfo, que á su parecer constituia la única verdadera recompensa y coronamiento de los dos años de fatiga que habia pasado en el Océano persiguiéndola tan incansable y gloriosamente.

«Horacio,—prosiguió Emma con los ojos arrasados en lágrimas;—por grande y doloroso que sea para nosotros separarnos de nuevo apénas llegado tras ausencia tan larga, no vaciles un momento en ofrecer tus servicios á la patria si los necesita para su bien; ella los aceptará satisfecha y orgullosa de tí, cifrando en tu pericia y en tu valor sus esperanzas, y tú recobrarás la paz del alma que has menester para ser feliz en todo cuando volvamos á reunirnos en esta soledad, donde quedaré aguardándote, y me hallarás amante como siempre para nunca más apartarnos uno de otro.»

Lo cual oido de Nelson, se conmovió hasta derramar abundantes lágrimas, pensando en la dulzura del medio empleado por aquella mujer para obligarlo á descubrir su secreto, y en la grandeza de

su alma que no queria ni áun la propia felicidad á costa de la gloria de su héroe.

«¡Emma de mi corazon! ¡Querida y magnánima Emma! —le contestó el marino;—sin tí, Nelson sería como si no fuese.»

XLIV.

Nelson salió para Lóndres aquella tarde. Los lores del Almirantazgo y el Gobierno lo esperaban para confiarle con el mando de la escuadra la designacion de jefes, oficiales y barcos. Los preparativos se hicieron con rapidez extraordinaria; su celo estimulaba el entusiasmo de todos, y la menor dificultad, la más leve demora que pudiera dar ocasion á Villeneuve de salir de Cádiz la vuelta de las Indias ó de las Antillas lo ponia fuera de sí. Enarboló su insignia en el mismo navío teatro de tantos episodios gloriosos para él durante los años pasados, y se hizo á la vela. Y como en el momento de tomar el mando de la flota pareciera sobrecogerlo fúnebre ó glorioso presentimiento, hizo llamar á su ebanista y le dijo que tallara su epitafio, compendiando la historia de su vida en el féretro que ya estaba labrado con despojos de la arboladura de un navio frances de Abukir, que le regaló despues de la victoria el capitan Halwell.

«Dáos priesa, porque lo necesito para la vuelta,»—concluyó Nelson con tono profético; que la idea de la muerte no se apartaba entónces de su entendimiento, aunque no la temia sino al pensar en el duelo de su anciano padre y de lady Hamilton.

«Anoche dejé mi caro retiro de Merton,—escribió en su diario con fecha 14 de Setiembre de 1805;—la

casa inolvidable donde queda todo cuanto amo y me hace desear la vida para servir al Rey y á la patria. ¡Plegue á Dios, ante quien me prosterno y humillo, hacerme digno de las grandes cosas que de mí espera la patria! Si es su voluntad que vuelva sano y salvo despues de haber cumplido con mi deber, no cesaré de darle gracias por tanta misericordia miéntras viva; pero sí, por el contrario, su buena y sábia providencia es servida de abreviar el término de mis dias, me someto resignado y humilde á su omnipotente voluntad, confiando en la esperanza de que ampare y proteja, como se lo pido con el alma, los séres amados que dejo en pos de mí! ¡Hágase su voluntad! *¡Amén, Amén, Amén!*»

Bien se ve por las líneas trascritas que las flaquezas y desórdenes del corazon no habian podido velar en el héroe la idea y los sentimientos que constituyen la única grandeza de los séres humanos, y que la piedad y el heroísmo se confortaban mutuamente y palpitaban acordes en su pecho.

XLV.

El dia de su embarque á bordo del navío *Victory*, en la rada de Portsmouth, lo fué de ovacion y triunfo juntamente, pues los moradores de la costa, en número de un millon de hombres, acudieron entusiasmados para saludarlo con sus aclamaciones, oyéndose mezclado al rumor de los vítores y de las olas el estampido de los cañonazos de la escuadra en honor de su almirante. La nacion inglesa entera, tan grande por ser agradecida, parecia en aquellos momentos presentir la victoria de sus armas y la muerte del caudillo; y como las relaciones de los

marineros habian formado la leyenda del héroe y extendido su fama entre las masas, cada inglés creia deberle su hogar, su terruño y su orgullo, siendo, por tanto, su popularidad patriotismo, su nombre *paladium* de la patria, y él, mutilado Temístocles de la Gran Bretaña, escudo suyo y su amparo. Y tanto subió de punto el entusiasmo, que las tropas hubieron de hacer uso de las armas para protegerlo de la muchedumbre que le seguia y áun se arrojaba delirante al agua formando alrededor de su falúa como una escolta de tritones.

XLVI.

Las escuadras que fué Nelson incorporándose por el camino, lo propio que la del Mediterráneo, cuyo mando tomó en Portsmouth, lo acogieron con muestras tan señaladas de afecto y entusiasmo como el pueblo acababa de manifestarle: que su nombre á todos parecia mensajero de la victoria y precursor del triunfo y vencimiento.

Al llegar á las aguas de Cádiz el dia 22 de Setiembre, supo con trasportes de alegría que aún estaba en el puerto Villeneuve, y comenzó á cruzar entónces con su armada á suficiente distancia de la costa para no ser visto y animar á los contrarios á salir suponiendo franco el paso.

En tanto se acercaba el dia más memorable de su vida, estimuló el celo y el entusiasmo de las tripulaciones, comunicándoles el espíritu que lo animaba, y siendo tan parco de instrucciones, que se limitó á dar únicamente para la batalla la de que sus buques se mantuvieran en ella en el órden de marcha, esto es, en dos líneas paralelas precedidas de

una vanguardia de ocho naves, sin hacer otra maniobra que cortar en dos la línea enemiga por el décimo ó duodécimo navío frances hácia el extremo miéntras él cayera sobre el centro, y la vanguardia combatiera la cabeza.

«Pero como el humo de los disparos—añadió en la órden del dia—podrá ocultar las señales y las órdenes que se den, los comandantes pueden estar ciertos de acertar siempre y de contribuir cada uno por su parte á la realizacion del objeto que me propongo en conjunto, atacando al navío que tenga enfrente!»

Nelson mandaba tambien al terminar sus instrucciones que se le comunicara sin tardanza el nombre de cada oficial, soldado y marinero muerto ó herido en el combate para remitir la lista inmediatamente á Inglaterra con el objeto de que la patria orase por ellos y supiese á quiénes era deudora de gratitud y reconocimiento eterno.

XLVII.

Al despuntar del alba del 20 de Octubre, las fragatas escalonadas por Nelson desde las costas españolas hasta la flota inglesa para servirla de vigías, anunciaron con sus señales que la flota combinada salia del puerto de Cadiz, y siguieron teniéndolo al corriente de hora en hora de su rumbo y bordadas, pareciendo á veces indeciso si se dirigia en demanda del estrecho de Gibraltar ó con propósito de seguir hácia el Océano. Llegada que fué la tarde, como se levantara viento fuerte del Sudoeste, pareció entorpecer sus movimientos y obligarla a virar en redondo para volver á puerto. De todos modos,

era evidente que la escuadra combinada queria tener libre la mar hasta Cádiz para replegarse á su bahía en caso necesario. Con esto, pasó Nelson el dia en grande perplejidad, luchando entre la esperanza y el desaliento, segun eran las nuevas que recibia. Despues, la noche lo envolvió todo en oscuridad y misterio.

Antes de amanecer ya estaba Nelson sobre cubierta esperando ver las primeras señales de sus fragatas, y al venir por ellas en conocimiento de que áun se divisaba la flota combinada con rumbo al Norte, se estremeció de entusiasmo y lanzó sus naves hácia el mismo punto, aunque oblicuamente.

Al salir el sol le avisó telegráficamente Blackwood, su amigo particular y comandante del *Euryale*, que se advertia cambio de rumbo en la marcha de Villeneuve, pareciendo que se proponia volver al Sur y al Estrecho.

«No sucederá eso si puedo evitarlo,»—escribió Nelson en su Diario al entrar en la cámara.

Algunos minutos despues, el sol que se levantaba sobre un horizonte pardo, pero sereno, al herir con sus rayos las velas altas de la escuadra combinada, fué haciéndolas surgir una á una de la bruma y mostrando á Nelson y á sus tripulaciones la inmensa línea de arboladuras de los cuarenta y dos navíos y ocho fragatas de Villeneuve. Ocho leguas de distancia separaban en aquel momento las dos escuadras, que navegaban con viento suave y mar de fondo.

Era la mañana del 21 de Octubre, dia de feliz augurio para la familia de Nelson, pues en otro semejante y á la misma hora su tio y protector, el capitan Suckling se habia distinguido en un combate naval, apoderándose de cuatro navíos franceses: que Nelson tenia la supersticion propia de los gran-

des hombres, los cuales, como comprenden y aprecian mejor que los demas la desproporcion que média entre su debilidad y las proezas ejecutadas por ellos, atribuyen á la fortuna los unos, á la Providencia los otros, y no pocos al influjo de ciertos dias faustos ó infaustos, ocultas y misteriosas influencias en su destino; siendo por tanto para ellos la de los aniversarios una de las en que más evidentemente se demuestra la influencia superior de Dios en las cosas humanas. Y Nelson, que profesaba esta manera de religion de los héroes, no dudó un punto de la victoria, echando de ver que la casualidad le brindaba con la batalla en dia tan venturoso y de tan buen presagio para él.

XLVIII.

Miéntras que la escuadra inglesa iba á todo trapo en demanda de la combinada, llevando á Nelson en el *Victory* al frente de la columna derecha, y á Collingwood en el *Royal-Sovereign* á la cabeza de la izquierda, bajó aquél á su camarote, tomó la pluma y desahogó su espíritu, escribiendo, primero, en el Diario la siguiente oracion:

«¡Plegue al Señor Todopoderoso, ante quien humildemente me prosterno, que alcance hoy mi patria, en bien general de la Europa oprimida, grande y señalada victoria, sin que la empañe la menor falta de los que van á pelear y á vencer! ¡Sea tambien la voluntad del Altísimo que despues de la victoria constituya para siempre la filantropía el carácter dominante y distintivo de la marina británica! Por lo que á mí respecta, ofrezco la vida en manos de quien me la dió. Sí le pido con fervor

bendiga la obra que voy á comenzar en servicio de mi patria, y cuyo éxito fio á su omnipotencia y justicia, ya que se ha servido designarme para la terrible responsabilidad de este momento. ¡Así sea! ¡Así sea! ¡Así sea!»

XLIX.

Hecha esta invocacion y escritas las humildes palabras que preceden, se preocupó Nelson de aquella mujer que habia sido siempre único y tenaz pensamiento de su vida, en quien se cifraban sus ilusiones y era causa de sus remordimientos, y cuya imágen acudia en aquellos instantes cual aparicion fantástica, y se colocaba entre la muerte y él, y escribió en su Diario los párrafos siguientes en forma de testamento ó de última voluntad para que su patria la entendiera:

«22 de Octubre de 1805, á la vista de la escuadra combinada franco-española, y á diez millas próximamente de distancia.

»Considerando que los eminentes servicios de Emma Hamilton, viuda de sir William Hamilton, han sido los más grandes que á mi parecer se han prestado al Rey y á la patria, sin que haya nunca recibido la más leve recompensa de la patria y del Rey: la primera vez consiguiendo le fuera comunicada por la reina de Nápoles, en 1796, una carta importantísima y amenazadora del rey de España, y que al ser conocido del ministro inglés el texto de aquel escrito, pudieron tomarse las medidas conducentes á la salud de Inglaterra contra la España; y la segunda, cuando alcanzó, merced á su valimiento

con la reina de Nápoles, que la flota de mi mando se proveyera de las municiones de boca y guerra, sin las cuales no hubiera sido posible salir la vuelta de Egipto y acabar en Abukir con la escuadra de Bonaparte...; servicios ambos tan altos y superiores, que á estar en mi mano premiarlos dignamente, lo habria hecho por mí sin acudir á la munificencia de mi patria; pero que no pudiendo recibir de mí proporcionada recompensa, me obligan á encomendar al Rey y á la patria su autora, Emma Hamilton, para que la premien cual se merece, pensionándola de manera conveniente á su rango y á la posicion social que ha ocupado.

»Asimismo recomiendo á la munificencia de mi patria mi hija adoptiva Horacia Nelson Thompson, y deseo que use sólo en lo porvenir el nombre de Horacia Nelson.

»Estas dos mercedes son las únicas que pido al Rey y á la patria en los momentos que voy á combatir sus enemigos... ¡Dios bendiga y guarde á mi Rey y á mi patria, y á cuantos me son caros en la tierra! Por lo que hace á mi familia, no he menester recomendarla, pues harto comprendo y espero que será objeto de la más generosa liberalidad.»

Despues de suscribir Nelson estas líneas, mandó llamar á Hardy, capitan de bandera del *Victory*, y á Blackwood, del *Euryale*, y les rogó que firmaran tambien este tan elocuente testimonio de su ternura, para que lo revistieran de autenticidad; cosa que hicieron ambos del mejor grado.

L.

Horacia Nelson, de quien hablaba como si fuera su hija adoptiva, lo era en realidad; tenía cinco años y vivia en Merton con su madre, siendo tanto el amor de su padre hácia ella, que los últimos instantes que pasó en el seno de los suyos los empleó en rezar puesto de rodillas á los piés de la camita donde dormia la inocente niña: que Nelson asociaba en la pasion que sentia la hija y la madre, y las lloraba juntamente al acercarse su hora postrera. Como Antonio, que se rodeaba de las estatuas de Cleopatra, y el mariscal Berthier, que rendia culto de adoracion á la imágen de su amada, la hermosa italiana; así Nelson tambien llevaba consigo en sus campañas el retrato de cuerpo entero de lady Hamilton, que suspendia en su camarote, y otro además en miniatura bajo el uniforme; pues su amor, al modo del que profesaban á sus damas los caballeros de la Edad Media, era fanática devocion á la hermosura. Recuerdan á este propósito sus contemporáneos que momentos ántes de trabarse la batalla de Trafalgar, como entrasen unos marineros en su cámara para quitar de ella los muebles y descolgar los cuadros, al ver que tomaban el de lady Hamilton, mandó que lo pusieran bajo la línea de flotacion del navío donde las balas no podian hacer estrago, y añadió mirando amorosamente la pintura por última vez: «¡Cuidado, muchachos, con el ángel de mi guarda!»

LI.

Hecho esto por aquellos que debian sobrevivirle, subió Nelson á la cubierta, y rodeado de sus compañeros de armas no pensó sino en el enemigo, y en dar disposiciones para el combate con calma y sangre-fria extraordinarias, al contrario de otras veces, de la de Abukir, por ejemplo, en cuyo dia su entusiasmo y su impaciencia excedieron á toda ponderacion.

Veíase avanzar la escuadra combinada en órden de batalla con una resolucion y rapidez que hacian á cada minuto más inmediato el choque, y miéntras, Nelson, que no parecia dudar un punto ni de la victoria para su patria ni de la muerte para él, hablaba tranquilamente del esperado suceso con los oficiales, preguntando á su amigo Blackwood en tono de broma:

—«¿Cuántos barcos de esos que se nos vienen encima creeis que sea necesario apresar ó echar á pique para que las gentes se den por satisfechas y nos declaren vencedores?

—Doce ó quince,—respondió Blackwood.

—Pocos me parecen,—repuso Nelson;—yo no me contento con ménos de veinte navíos.»

Momentos ántes de que se hallaran las dos escuadras á tiro de cañon, el almirante inglés, que reservaba para el instante crítico la concisa proclama que tenía costumbre de dirigir á sus tripulaciones al entrar en batalla, mandó izar en la arboladura del *Victory* la señal ansiosamente aguardada de cuantos militaban á sus órdenes; arenga inmortal en la memoria de los marinos, y que no contenia otras pala-

bras sino las únicas eficaces á exaltar el entusiasmo de los valientes. Decia, pues, así:

«LA PATRIA ESPERA QUE CUMPLA CADA CUAL CON SU DEBER.»

Un grito de admiracion y de entusiasmo saludó esta lacónica frase, trasmitida al traves de los aires, de navío en navío, á toda la flota. Era que al invocar Nelson con viril sencillez á las tripulaciones el cumplimiento del deber en cuya obediencia él dejó la tranquilidad y el reposo que gozaba en Merton, halló eco en todos los corazones, comunicando á los marinos de la flota instantáneamente la imágen de la patria, la obligacion de servirla y la confianza en el jefe: proclama memorable que la historia conserva en sus páginas, con la de Bonaparte ántes de la batalla de las Pirámides, como un modelo del lenguaje de los héroes; alocucion característica propia de él y de la idea generadora de su empresa, como lo fué la del caudillo frances de la suya.

«*De lo alto de esas Pirámides os contemplan cuarenta siglos*,»—dijo Bonaparte á sus soldados.—«*La patria espera que cada cual cumpla con su deber*,—dijo Nelson á sus marinos;—y en la diferencia del tono y de la frase adviértese la del impulso dado á cada pueblo, pues miéntras aquél sólo se preocupa de la gloria, éste sólo piensa en el hogar: que la gloria del frances abarca el mundo, y la del inglés se cifra en la patria; y miéntras la fama enloquece al uno, al otro le basta cumplir con su deber; quedándole á la posteridad recompensar despues á cada cual segun sus móviles y la manera de practicarlos.

LII.

«Y ahora,—dijo Nelson, entendiendo el rumor de las aclamaciones que acogian su órden del dia,—ya he concluido y nada más puedo hacer, sino es el gran dispensador de todas las cosas, el cual procederá segun sea su voluntad y la justicia de las causas. Por lo que á mí hace, le agradezco humildemente la ocasion que me ofrece de cumplir con mi deber.»

Y como se hubiera puesto las cuatro placas y bandas que tenía nacionales y extranjeras, y estas condecoraciones hubieran de servir de blanco á los tiradores franceses, comenzaron los oficiales del *Victory* á comunicarse al oido su temor de que así expusiera la vida quien tanto debia guardarla para bien de todos, y á instarse mutuamente para rogarle que se despojara de unas insignias que lo delataban. Pero ninguno fué osado á decirle nada, recordando una circunstancia parecida, en la cual rechazó con indignacion la idea de disfrazarse por tal modo para que la muerte no lo conociera.

«No,—contestó entónces enérgicamente.—Bien ganadas las tengo, y con ellas debo morir.»

Si le suplicaron que pensando en quién era y en su cargo de general en jefe, no acometiera el primero la línea enemiga, por más que fuese á vanguardia, sino que se dejase adelantar por el *Leviathan* que lo seguia.

»Con mucho gusto,—contestó sonriendo;—que pase, si puede, el *Leviathan*.»

Mas al propio tiempo mandó al comandante Hardy, su capitan de bandera, que pusiera el navío á

todo trapo, y de esta suerte voló como el huracan sobre la escuadra franco-española. Visto lo cual de los demas comandantes que habian venido á bordo para recibir las últimas instrucciones, se partieron todos á sus buques. Al despedirlos en el portalon, estrechó cariñosamente la mano del capitan Blackwood, que lo felicitaba por el esperado triunfo, y le dijo con tristeza:

«¡Adios, y Él os dé buena suerte! ¡Ya no volveré á veros más!»

LIII.

Pocos momentos despues la vanguardia de su segundo, Collingwood, que rebasaba media milla por la oblicuidad de la marcha la columna mandada por Nelson en persona, rompió el fuego sobre la línea enemiga, y cayendo el *Royal-Sovereign*, en el cual llevaba su insignia Collingwood, sobre el *Santa Ana*, navío español de tres puentes, se cosió á él, cubriéndolo de fuego, hierro y humo.

«Bien por Collingwood,—exclamó Nelson mostrando con su ademan el cráter abierto en el centro franco-español.—¡Ved cómo arroja su navío en medio del fuego sin mirar á ninguna parte! ¡Ya está el camino abierto! ¡Que lo sigan todos!»

Miéntras que Nelson decia estas palabras en la cubierta del *Victory*, ebrio ya Collingwood con el fuego y el humo de la pelea, exclamaba, mirando regocijado á su alrededor, y señalando á Rotherham, su capitan de bandera, el terrible y grandioso espectáculo que se ofrecia en aquel momento á su vista:

«¡Qué feliz sería Nelson, si estuviese aquí!»

LIV.

No tardaria mucho Nelson en llegar á la batalla; que ya los cañonazos de siete navíos de la escuadra combinada destrozaban la jarcia y velámen, y barrian el puente del *Victory*, siendo el primero que cayó muerto á sus piés su secretario Scott, que hablaba con el capitan de bandera Hardy. Miéntras que lo levantaban para quitar su cadáver de la vista del Almirante, dos balas encadenadas tendieron sobre la cubierta, partidos en dos, á ocho marineros.

«Esto es demasiado para durar mucho rato,»—dijo al capitan Hardy.

Pero el aire de una bala de cañon le cortó la palabra y derribó un grupo de marineros que se hallaban entre él y Hardy. A pesar de esto, el *Victory* permanecia silencioso, reservando el fuego y avanzando siempre. Tres navíos tenia en aquel momento á tiro de pistola que lo abrasaban con sus fuegos: el *Formidable*, mandado por Lúcas; el *Bucentaure*, navío de tres puentes en que tremolaba la insignia de Villeneuve, y el *Santísima Trinidad*, de ciento cincuenta cañones, la fortaleza flotante más poderosa que hasta entónces hubiera surcado los mares. Hardy preguntó entónces á Nelson cuál de estos tres buques deberia de abordar para romper la línea y abrir paso á la columna.

«El que más cerca esté,»—le contestó el Almirante.

Hardy mandó con esto á los timoneles que pusieran el *Victory* en demanda del *Formidable* para abordarlo, como así lo hicieron, no sin haberse arrojado ántes ámbos buques terribles descargas de

metralla, crujiendo los cascos de los dos navíos de manera tan ruidosa cuando chocaron, que su estrépito se sobrepuso al estruendo de los cañones, y siendo tanta la impetuosidad del golpe y la del viento que cogian las velas de uno y otro confundidas, que retrocedió el frances, llevándose al inglés consigo. Las naves que seguian la de Nelson pasaron entónces por la brecha, y se dividieron por ambos lados, separando en grupos los trozos de la inmensa línea formada por la escuadra de Villeneuve. La rapidez en los movimientos, la seguridad en la maniobra, la sangre fria y la intrepidez de los ingleses, y la prontitud de sus evoluciones los multiplicaban y hacian estar siempre allí donde habia enemigos que combatir y compatriotas que auxiliar, de tal manera que los elementos rebeldes á sus contrarios parecian concertados y obedientes con los señores del Océano. Nelson, por su parte, descansaba en su instinto de la victoria, y sin preocuparse de lo que los demas hicieran peleaba por cuenta propia.

Quebrantado Villeneuve desde los primeros momentos en su línea, y abrumado en el centro por Nelson, y sus quince buques, llamaba en vano con repetidas señales los diez navíos de la escuadra de reserva, imprudentemente alejados del combate, los cuales, como sobrecogidos de terror, contemplaban á distancia la derrota de su general y hacian vanos esfuerzos para ir en su auxilio, miéntras que los más de la línea se dejaban llevar de la corriente alejándose de la batalla, disparando andanadas que se perdian, y sin saber por falta de práctica y de concierto aventurarse á una de esas maniobras temerarias si se quiere, pero que á las veces son eficaces á remediar las grandes dificultades marítimas.

Sin embargo, algunos navíos, mandados por bizarros comandantes, sostenian solos el choque de Collingwood y de Nelson. Lúcas, por ejemplo, capitan del *Formidable*, digno por su valor de medirse con un héroe, habia cubierto de cadáveres y de moribundos el puente del *Victory* ántes de acoderarse á él, y despues de haber cerrado sus baterías bajas por la banda que Nelson oprimia con su nave, pues á causa de la convexidad de los cascos se tocaban en la línea de flotacion, dejando solo en las batayolas espacio para pelear cuerpo á cuerpo, se preparaba resuelto y animoso á trabar con él uno de esos combates horribles, sin segundo en la tierra, y cuyo estrago más parece obra del infierno que de séres humanos. En efecto, cuando las tripulaciones de ambas naves vinieron á las manos, todo fué sangre, fuego y nubes densísimas de humo que resistian al viento y envolvian en sus ondulaciones barcos y combatientes; pudiendo decirse que así el *Formidable* como el *Victory* peleaban sin verse, despedazándose de una manera feroz envueltos en lóbrega noche, interrumpida sólo por la luz de los fogonazos, en mitad del dia.

Mas en el momento mismo que se preparaba el capitan frances á echar las vergas sobre las bordas para formar con ellas una manera de puente, y las escalas de abordaje á los costados del *Victory*, el navío inglés *Temerario*, bajo las órdenes del capitan Harvey, acudió en auxilio de su almirante, y colocándose á la banda opuesta del *Formidable* rompió con él furiosamente á cañonazos. Nelson entónces se zafó del *Formidable*, cruzó sus fuegos con el *Temerario* y entre uno y otro, abatieron el pabellon del frances y apagaron sus fuegos en sangre. Empero, despues de un momento de silencio, el *Formi-*

dable izaba de nuevo la bandera tricolor en su arboladura y recomenzaba el fuego como esos guerreros que prefieren morir matando á entregarse.

Durante la batalla que vamos describiendo entre las naves de Nelson y el *Formidable*, Villeneuve combatia pocas brazas más allá en el *Bucentaure*, cuyo bauprés se habia cogido en la popa del *Trinidad*, coloso de la escuadra, siendo en vano todos sus esfuerzos para separarse de él. Aprovechándose los ingleses de la forzada inmovilidad de ambos, los destrozaban á cañonazos con cinco navíos; pero tanto el uno como el otro resistian heroicamente por babor y estribor: que Villeneuve se mostraba en la ocasion del peligro más resuelto y animoso que lo habia sido en el consejo, y digno rival de Nelson por su sangre fria y su denuedo, pareciendo que lo engrandecia el huracan de fuego y hierro desencadenado alrededor del *Santísima Trinidad* y del *Bucentaure*. Desesperábase de no poder volar á donde se hallaban los navíos franceses alejados del combate para infundirles el ardimiento que sentia; y aunque pugnaba por verse libre del *Trinidad*, y éste hacía cuanto estaba de su parte para zafarlo, ni el frances lograba su objeto ni el español podia tampoco secundarlo, careciendo de arboladura, y no siendo ya sino boya formidable, juguete de las olas, y en cuyo inmenso balumbo hacian siempre blanco los ingleses. Entretanto sucumbian alrededor de Villeneuve muertos ó heridos todos sus oficiales y seiscientos hombres de la tripulacion, quedando, además, desarbolado completamente; y como al caer los palos del *Bucentaure* lo envolvió el lienzo de sus velas, parecia un inmenso ataud de cuyos bordes saliera el sudario que habia de cubrir las víctimas de la batalla. Una ráfaga de viento desgarró

por un instante las nubes de humo que ocultaban al desgraciado general sus buques, y viendo á la mitad de ellos inmóviles testigos de la lucha les hizo señal de acudir al fuego; mas áun cuando eran bastante numerosos para mudar en triunfo el desastre, no comprendieron ó al ménos desobedecieron la órden del jefe que los llamaba, y continuaron derivando casi á la ventura, pero léjos de la batalla. Quiso entónces ir en su busca Villeneuve con una lancha; pero el destrozado *Bucentaure*, á punto casi de irse á pique, no tenía ninguna que no se sumergiera tan luégo tocara el agua, sucediendo lo propio con las del *Trinidad*, por estar todas deshechas de la metralla. Y como ya las baterías del navío frances no arrojaban sino bocanadas de humo, y su aspecto permitia conjeturar al enemigo que se hallaba en ocasion de rendirse, acercósele una chalupa del navío inglés *Marte* para recoger sus tripulantes. Villeneuve, á quien respetaron las balas en aquel diluvio de hierro, pues lo reservaba la fatalidad para el suicidio, se dió prisionero y abandonó su navío cuando ya no era humanamente posible luchar más en él, siendo acogido de los británicos con el respeto y consideraciones á que lo hacian digno su valor y su infortunio. Abandonado tambien el *Trinidad* de siete navios españoles, se rindió al cabo de cuatro horas de combate, y al ver la escuadra española que flotaban los colores ingleses en el coloso de los mares, comenzó á derivar hácia las costas de la Península.

LV.

Cuando se hubieron rendido los dos navíos almirantes, cayeron los ingleses con sus barcos libres y victoriosos sobre los demas que componian la línea del centro, igual todavía en número y cañones al enemigo, y rompiéndola de nuevo, merced á maniobras atrevidas, y separando sus buques en grupos de uno ó dos contra tres, dieron tantos combates como grupos. Entónces cada comandante, sin otro plan ni consejo que los sugeridos de su valor, de su desesperacion ó de su flaqueza, se distinguió aisladamente por su debilidad ó su esfuerzo con actos pusilánimes ó heroicos que ilustraron ó empañaron sus nombres, sin aprovechar al éxito sino á la gloria de la jornada.

Podrian citarse muchos ejemplos; pero bastará decir á este propósito que el *Fougueux*, mandado sucesivamente por tres oficiales que perdieron la vida en el combate, no se rindió sino cuando tuvo la cubierta llena de cadáveres; que el *Pluton* abordó al *Marte*, vencedor del *Bucentauro*, y que al ir á libertar á Villeneuve, su prisionero, quedó desarbolado á cañonazos por tres navíos ingleses que acudieron á la refriega, impidiéndole conseguir su objeto; y que Magon, contraalmirante frances, Aquíles de la flota, se arrojó con su buque sobre los enemigos, y embistiendo por un costado al *Thundering*, de ochenta cañones, saltó á su bordo y llegó hasta el castillo de popa, no retirándose á su navío, el *Pluton*, sino acosado de triple número de fuerzas, y rechazando hacha en mano á los enemigos las tres veces que invadieron su cubierta. Herido en el

brazo izquierdo, siguió peleando hasta que un proyectil le partió una pierna; y como entónces lo bajaran al entrepuente, un casco de metralla que pedetró por las destrozadas portas de la batería lo dejó muerto en los brazos de sus marineros. El *Pluton* se rindió á seguida, y ocho navíos más hicieron lo propio.

Gravina, jefe de la escuadra española, cayó herido mortalmente, peleando con el valor propio de su raza y de su nombre á bordo del *Príncipe de Astúrias*. Y los tripulantes del *Achille*, último de los navíos de Villeneuve que combatieron bizarramente, atentos sólo á sembrar la muerte desde las baterías bajas, sin preocuparse del fuego que consumia su propia cubierta y arboladura, seguian haciendo disparos y arrojando al mismo tiempo al agua tablas, bancos, gallineros y cuantos objetos pudieran flotar para salvar la vida en ellos, llegado que fuera el último instante de la lucha y tuvieran que abandonar el buque, cuya explosion se hacía por minutos inminente. Los ingleses con esto huian de su lado temerosos, hasta que al fin estalló, lanzando al espacio los cuerpos carbonizados de quinientos bravos. Consecuentes los ingleses con la órden del dia de Nelson, dieron punto al odio con el combate, y salvaron gran muchedumbre de tripulantes del *Achille*, cuya voladura puso término á la pelea en el centro de la línea.

El contraalmirante Dumanoir, que podia reanimarla y acaso disputarla ú honrarla todavia, en vez de hacerlo se replegó lentamente con sus cuatro navíos, cabeza de la escuadra, sin haber disparado un cañonazo, dándose por satisfecho con prolongar á distancia la línea de los ingleses, y enviarles algunas andanadas al retirarse intacto y sin gloria de

la batalla. Pero ni siquiera tuvo la fortuna de salvar los barcos que se proponia conducir á Brest, pues la escuadra de Cornwalis los apresó ántes de que hubieran doblado el cabo de Bretaña.

LVI.

Sólo se veia ya humo sobre un grupo de siete navíos, entre los cuales luchaba el *Formidable* desesperadamente con el *Temerarious* y el *Victory*. Ya dijimos que, acoderado el *Formidable* al *Victory*, no podia jugar sus cañones por la banda que le cubria el navío inglés, y añadiremos ahora que, hostilizado por otros dos á popa y á proa, estaba reducido al fuego de fusilería. Pero como el puente del *Formidable* fuera más alto que no el del *Victory*, y los franceses hubieran destacado un grupo de tiradores en las cofas, no sólo dominaban al enemigo, sino que podian escoger sus víctimas entre aquellos que por sus insignias parecieran preferentes á la saña del soldado. Así quedó herido con otros muchos el capitan Hardy, cayendo en pos de él Nelson, á quien delataban las condecoraciones y los oficiales que á cada instante acudian á recibir sus órdenes, pues el disparo que le causó la muerte partió de la cofa de mesana del *Formidable*, penetrándole la bala entre los hombros y el cuello y arrojándolo, como impulsado de mano invisible y poderosa, de cara contra la cubierta, inundada de sangre. Tres marineros y Hardy que se hallaban á su lado se apresuraron á levantarlo, cosa que hacia ya él mismo apoyándose con toda su fuerza en la única mano que tenía. Cuando estuvo medio incorporado, alzó los ojos, y mirando fijamente á Hardy, le dijo:

—«Amigo, me han matado: esta vez acabaron conmigo los franceses!

—No tal, le contestó el capitan.

—Sí, repuso Nelson: la bala me ha penetrado en la espina dorsal.»

Pero la preocupacion de su espíritu y el ardor de la pelea concentraban de tal modo su vida en el pensamiento, despues del golpe mortal que acababa de recibir, que seguia, sin atender á él, interrogando á los oficiales que acudian y dándoles órdenes como si estuviera en sana salud miéntras lo bajaban á su cámara. Recuérdase á este propósito que, al levantarlo del suelo cuando cayó herido, vió rotas por la metralla las cadenas del timon, y que mandó fueran reemplazadas sin tardanza, lo cual demuestra perfectamente cúyo era el rumbo de sus ideas; y que, como al pasar por el entrepuente se agolparan todos para mirarlo, se cubrió el rostro, temiendo el desaliento que produciria en ellos su palidez y su sangre. Por entre cadáveres y heridos se abrieron paso los marineros que lo llevaban hasta dejarlo en un catrecillo de campaña para ser reconocido de los cirujanos de á bordo. Los cuales, luégo que hubieron sondado la herida, perdieron la esperanza de curarlo, siendo Hardy el único á quien comunicaron el inminente peligro en que se hallaba Nelson, para no desmayar el corazon de los marineros durante la pelea con nueva tan aciaga. En cuanto á él mismo, fué inútil intentar siquiera disimularle la gravedad de su estado, pues se sentia morir; y no queriendo que por atenderlo descuidasen los físicos á quienes realmente aprovecharan sus servicios, les dijo que lo dejaran, «ya que nada podian hacer.»

En efecto, cuanto hacian los médicos era echarle

aire al rostro con un improvisado abanico y darle algunas gotas de agua para ir calmando la sed ardiente que lo devoraba. En cuanto á él, permanecia extraño á todo lo que no fuera el rumor de la batalla, pareciendo que su espíritu sólo alentaba para ella, pues á cada instante pedia noticias de sus progresos y circunstancias. Y como á cada navío enemigo que se rendia los tripulantes del *Victory* rompian en aclamaciones, cuando llegaban á sus oidos se iluminaba su rostro moribundo de un rayo de gloria y brillaban sus ojos con orgullo satisfecho. Hardy habia vuelto á su puesto para mandar la maniobra y el fuego; pero, temiendo Nelson que le hubiera sucedido alguna desgracia, no cesaba de preguntar por él.

«¿Dónde está?—decia.—¿Por qué no viene? Sin duda le han muerto y no quereis decírmelo.»

Al cabo de una hora de ausencia bajó Hardy, acercándose á la cama del héroe, quien le alargó la mano, permaneciendo ambos así un espacio sin pronunciar palabra.

—«Ahora decidme—le preguntó Nelson al fin—¿cómo va la batalla?»

—A maravilla, milord—le contestó el comandante del *Victory:*—diez navíos han arriado bandera; los demas combaten aislados ó se dispersan. Sólo cinco parece que vuelven sobre nosotros y amenazan el *Victory* (eran estos los de Dumanoir); pero ya he llamado en vuestro nombre á seis de los nuestros, que acuden para destrozarlos.

—Supongo que ninguno de los nuestros habrá cedido en la demanda.»

Hardy respondió que la escuadra vencedora no tenía que lamentar esa desgracia. Tranquilo ya entónces Nelson acerca del resultado definitivo de la

batalla, pensó en sí, acaso por primera vez, y dijo á su amigo con tristeza:

—«Soy hombre muerto, Hardy; me siento acabar muy de prisa. ¡Sólo me quedan instantes de vida!»

Hardy pronunció algunas palabras de consuelo y de esperanza, y estrechando de nuevo la mano casi yerta del almirante, volvió á su puesto con el corazon lacerado.

LVII.

Habló Nelson, entónces, algunos momentos con su médico, que observaba los síntomas de muerte ó vida en las sensaciones del herido, y le dijo:

—«Siento algo en el corazon que me anuncia el fin de todo.

—¿Sufrís mucho?—preguntó el médico.

—Bastante—le contestó Nelson—para que la muerte me pareciera consuelo, si, áun sufriendo, no tuviésemos la vida por bien inapreciable. ¡Ay!—añadió con voz apagada,—¿qué sería de lady Hamilton en este instante si la pobre supiera cuánto y cómo sufro léjos de su lado?»

La patria, la gloria y lady Hamilton se disputaban los últimos pensamientos del héroe.

Un momento despues bajó Hardy de nuevo, y sin poder reprimir su gozo, tomó entre las suyas una mano al moribundo, y le anunció el término de la batalla con el triunfo decisivo y completo de los ingleses; y aunque no sabía exactamente cuántos navíos enemigos eran despojo del vencedor, conjeturaba que no serian ménos de catorce ó quince los apresados.

—«¡Está bien y no es poco!—exclamó Nelson;—

pero no me satisface,—añadió,—porque ya sabeis que aposté con Blackwood esta mañana que no me contentaba con ménos de veinte.»

Alzando luégo la voz, dijo precipitadamente á Hardy:

—«Es preciso echar anclas ántes del anochecer. Disponedlo así en seguida.»

Y como Hardy le diese á entender que ya corria este cuidado á cargo de Collingwood, á quien tocaba el mando en defecto suyo:

—«¡No! ¡no! de ninguna manera miéntras yo viva, —replicó el Almirante haciendo un esfuerzo para incorporarse.—¡Haced lo que os mando, Hardy; que ancle la escuadra en seguida, sin más tardanza! Y por lo que hace al *Victory*, que ancle ahora mismo...»

Nelson habia previsto desde las primeras horas de la mañana un temporal temible para todos, y por eso le preocupaba la idea de anclar la escuadra en paraje seguro despues de la batalla.

—«No me tireis al mar,—añadió pasado un momento,—porque quiero descansar entre los mios en el cementerio de mi aldea, si mis compatriotas ó el Rey no disponen otra cosa,—prosiguió, pensando en el panteon de Westminster.—Pero, sobre todo, mi querido Hardy,—continuó con acento de apasionada ternura,—sobre todo, mi buen amigo, cuidad de lady Hamilton, protegedla, velad por ella, por mi buena y desgraciada Emma!»

Pasado que hubo un momento de silencio, y como para obligar á su amigo á darle una prenda de que así ejecutaria su voluntad en la medida de su deseo, añadió:

—«Dadme ahora un abrazo, Hardy.»

El capitan se inclinó sobre la cara del moribundo, y lo besó en la mejilla.

—«Así, Hardy. Ahora quedo tranquilo: gracias á Dios, HE CUMPLIDO CON MI DEBER.»

Viendo Hardy que los párpados de Nelson se cerraban, estuvo un espacio escuchando la respiracion penosa y agitada del moribundo. Volvió entónces á inclinarse hácia él, y lo besó de nuevo en la frente.

—«¿Quién es?—preguntó el almirante, abriendo los ojos.

—Hardy, milord, que se despide,—contestó el capitan de bandera.

—¡Bendígaos Dios!»—balbuceó Nelson buscando el rostro de su amigo al traves de las tinieblas de la muerte.

Hardy subió al castillo de popa, y ya no volvió á ver vivo al héroe de la jornada.

LVIII.

Un ministro de la religion rezaba entretanto al pié de la cama del Almirante; y como éste lo viera, le hizo una demostracion de gratitud.

—«¡Pobre de mí!—dijo entónces Nelson entre jovial y triste,—gran pecador he sido.»

Trascurrió un largo espacio de profundo silencio, y al cabo:

—«¡Acordáos tambien—repitió al capellan—que lego á mi patria la desgraciada lady Hamilton y mi pobre hija Horacia!»

Tuvo despues un delirio, y durante él se agitaron sus labios para pronunciar frases ininteligibles, percibiéndose sólo de tiempo en tiempo los nombres de Horacia, Emma é Inglaterra; continuando así hasta que haciendo un esfuerzo supremo repitió tres veces consecutivas las últimas palabras

de su memorable órden del dia, pero aplicándolas gloriosamente á sí mismo, y diciendo:—«¡Gracias á Dios, *he cumplido con mi deber!*»—espiró valerosamente, como habia vivido.

Los cronómetros de la escuadra señalaban en aquel momento las cuatro y media de la tarde, y resonaban á lo léjos los últimos cañonazos del combate. Hubiérase dicho que la posteridad recibia con los honores debidos al héroe que comenzaba entónces á vivir en ella.

LIX.

La noche y la tempestad acabaron su victoria; pero el mar le disputó los despojos de la batalla. Seis navíos desarbolados como los del enemigo, llevaban en sus cascos destrozados y en sus diezmadas tripulaciones la expiacion del triunfo de Trafalfar, y apénas si podian ampararse del embate de las olas que iban embraveciéndose á medida que se acercaba la noche. Y como el almirante Collingwood, que habia tomado el mando de la escuadra, en vez de anclarla, siguiendo las órdenes proféticas de Nelson moribundo, empleó el resto del dia en marinar los diez y siete navíos apresados y en perseguir los demas, las tinieblas, y con ella temerosa tempestad, lo sorprendieron ocupado en recoger los despojos del combate. El mar, el viento, los rayos y los escollos hicieron que aquella noche y el dia y noche siguientes fuesen más terribles aún que la batalla, con haber sido tremenda, pues los desencadenados elementos azotaron durante sesenta horas de una manera furiosa las tres flotas que poco ántes parecian abrumar con su número y pesadumbre al

Océano. Parte de los navíos apresados por Nelson rompieron con la violencia del temporal los cables que los sujetaban á los buques ingleses y escaparon á ellos ó fueron derivando hasta estrellarse contra los peñascos de Trafalgar. El *Bucentaure* quedó hecho pedazos por tal modo, y al *Indomable* le faltaron las amarras, y las luces de sus faroles encendidos en la popa señalaron á los demas barcos de la flota el siniestro rumbo que tomó, arrastrado del huracan hasta estrellarse y perecer con toda su tripulacion en la Punta del Diamante. Temiendo perder entónces Collingwood lo mejor de sus trofeos, hizo pegar fuego al *Trinidad*, juntamente con otros tres navíos españoles: el *San Agustin*, el *Argonauta* y el *Santa Ana*, los cuales formaron el incendio más pavoroso que se hubiera visto en el mar. El *Berwick* zozobró con su gente, y otros flotaron á la ventura, perdiéndose despues en las costas africanas ó españolas. Sólo á costa de grandes trabajos pudo llegar el inglés á Gibraltar con el resto y el féretro de Nelson.

Desde aquel dia luctuoso y memorable reinaron solas por espacio de largos y aciagos años las velas de Inglaterra en el Océano y el Mediterráneo; que miéntras Bonaparte abrumaba la Europa continental con el peso de sus armas vencedoras, Nelson ponia en manos de Albion el tridente, cetro de los mares.

LX.

Estremecíase de horror Villeneuve cada vez que pensaba en la grandeza del desastre profetizado por él; pero que le hizo arrostrar temerariamente Bonaparte llamándolo cobarde; y á pretexto de distraer los ocios de su cautiverio, estudiaba la estruc-

tura, organismo y asiento del corazon, traspasándoselo con un acero penetrante y sutil como un alfiler, cuando estuvo cierto de no errar el golpe, y muriendo á la manera de Séneca, de una muerte lenta, saboreada y voluntaria, para sustraerse por tal modo á la vergüenza de vivir ó al suplicio á que la tiranía lo condenara, y tambien para demostrar segunda vez á sus calumniadores, cual ya lo hizo en la batalla, que lo único que habia temido en los combates desiguales era la derrota, no el acabamiento de la vida.

LXI.

Contristada por extremo quedó la Gran Bretaña cuando supo con las nuevas de la famosa batalla de Trafalgar la de haber pagado Nelson tan glorioso triunfo á costa de su vida; porque la dominacion exclusiva de los mares apénas si pareció á los ingleses compensar en cierto modo la pérdida de su almirante. Los buques, puertos, casas y cabañas de Inglaterra se empavesaron de luto, y el tránsito de su féretro fué como la apoteósis de la muerte, comenzando la multitud que acudió al desembarco de sus despojos, restituidos á la patria en el *Victory*, por romper la caja exterior en que venian y repartirse los pedazos cual si fueran reliquias de un dios mortal de la Gran Bretaña. Hiciéronsele funerales por cuenta del Estado; votáronse sumas cuantiosas para erigirle monumentos que perpetuaran su memoria; la nacion entera concurrió á sus exequias y formó cortejo á sus manes desde Greenwich hasta Westminster, y las demostraciones de pesar de cuantos acudieron al paso de su carro fúnebre fue-

ron las aclamaciones que resonaron en aquel triunfo del dolor: el Támesis mismo pareció cubrir sus ondas de duelo, y millares de barcas abanderadas de negro y tripuladas de marineros enlutados seguian lentamente la estela de su catafalco flotante; interrumpiendo de tiempo en tiempo el estampido del cañon los acordes de las marchas funerales miéntras los artilleros del *Victory* llevaban en hombros su ataud hasta depositarlo en las bóvedas de Westminster. Y cuando, segun la costumbre observada en los entierros de los almirantes, trajeron la bandera de Nelson para sepultarla con su cuerpo, los marineros se arrojaron sobre ella, la desgarraron en pequeños pedazos y se los repartieron para conservarlos en sus hogares á guisa de talisman ó de reliquia.

LXII.

La gratitud de los pueblos es la emulacion del heroísmo, y más grande la Inglaterra en esto que lo fueron Aténas y Roma, multiplica sus varones ilustres honrándolos por extremo. Consecuente con esta práctica, digna de ser imitada en todos los pueblos, dió al hermano predilecto de Nelson un estado de seis mil libras esterlinas de renta, con un título de nobleza; diez mil de pension á sus hermanas, y medio millon de pesos fuertes para comprar un patrimonio á la familia. Lady Hamilton y su hija Horacia quedaron excluidas de toda munificencia y honor: que la Inglaterra no aceptó del testamento del héroe sino aquello que podia honrar su memoria, y ménos indulgente y más religiosa en esto

la Gran Bretaña que la Francia, que celebró en Enrique IV, Luis XIV y Napoleon las debilidades de tan claros varones al par de sus virtudes, no separa completamente nunca en los que la sirven al hombre privado del hombre público, ni populariza sus vicios y defectos, ántes al contrario, se sonroja por ellos y los oculta. De aquí que la fama de Nelson sufriese y sufra todavía en su patria las consecuencias de sus faltas, y que haya dejado sobre su nombre dos manchas sin osar borrarlas: una de infamia en el asesinato de Carracioio, y otra de inmoralidad en sus amores con una mujer á quien dió derechos y notoriedad de legítima esposa. Nadie que sepamos ha intentado lavar estas manchas, que resaltan más todavía en él que no en otro alguno, por haber sido quien fué y atraer sobre sí preferentemente los ojos de la posteridad y las censuras de la conciencia humana.

Rechazada de todos lady Hamilton como inspiradora y causante de las faltas y crímenes de Nelson, desapareció despues de su muerte de la escena, volviendo á la oscuridad de donde la hizo salir el mérito de su hermosura incomparable, cayendo despeñada desde las grandezas del vicio en la indiferencia y el olvido, y de la opulencia en la miseria. Tanto fué así, que al ocurrir su fallecimiento veinte años despues de la muerte del asesino de Nápoles, vencedor de Trafalgar, en una humilde casita de los alrededores de Boulogne, nadie hubiera sabido, á no ser por sus papeles, que la desconocida y menesterosa extranjera que habia buscado en Francia oscura hospitalidad y pobre asilo, y debia ser enterrada de limosna, era lady Hamilton, viuda de un embajador, favorita en otro tiempo de la reina de Nápoles y amante de Nelson; que al

inscribirla éste sin reparo alguno en su testamento, sólo consiguió legarle con el escándalo de sus amores la cólera de su patria (1).

---

(1) El lector hallará reunidas en la ADVERTENCIA PRELIMINAR aquellas aclaraciones y rectificaciones que hace indispensable la buena inteligencia del estudio precedente, sobre todo en lo que se refiere al combate de Trafalgar. —N. del T.

GUILLERMO TELL.

I.

Antes de trasladar al papel la relacion de los orígenes poéticos de la libertad suiza, tal como sus hijos la refieren, digamos algo de lo que acerca de la Helvecia y de sus habitantes nos enseñan la geografía y la historia.

A manera de robusto y prominente nudo de los músculos graníticos de la tierra son los Alpes, cordillera escabrosa de montañas, que se extiende sobre un espacio de trescientas leguas desde la embocadura del Rhone, hácia Marsella, hasta los llanos de Hungría. Declinan los anillos de tan formidable cadena por sus dos extremidades para confundirse insensiblemente con la superficie plana, elevándose por el centro á tales alturas, que son inaccesibles á la planta humana y casi al alcance de la vista. Sus crestas, dentelladas como las almenas de fortaleza natural, se destacan de color blanco al despuntar del dia, rosa despues y violeta por la tarde sobre la bóveda del cielo, al reflejar en su azul oscuro las densas capas de nieve que cubren perpétuamente las cimas; y cuando las divisamos á sesenta ú

ochenta leguas de distancia desde las llanuras de Italia ó de Francia, inspiran la idea de lo infinito en elevacion, del propio modo que la mar ó el firmamento inspiran la idea de lo infinito en extension; espectáculo que abruma y humilla, y que de sorpresa en admiracion, de pasmo en terror, lleva obligado el pensamiento humano hasta Dios, para cuya omnipotencia todo es nada. Pero como el hombre se siente anonadado contemplando la estructúra de tan colosales montañas, no puede ménos de mostrar su asombro con palabras que declaran su pequeñez y alaban sin decirlo al autor de la obra. De aquí que haya más piedad en el mar y en las montañas que no en la tierra llana, y que cuanto mayor sea el espejo de las obras en que se mire la Divinidad, tanto más resalta su grandeza y es más reverenciada de la criatura.

II.

Hácia la parte de Italia, ó del Mediodía, son escarpadas las vertientes de los Alpes á manera de antemural formidable puesto allí para preservar y guarecer la templada comarca que llaman jardin de Europa, en tanto que hácia la parte del Norte, ó sea de Francia, Saboya y Alemania, descienden de las profundidades del firmamento al nivel de los lagos y de las llanuras en suaves ondulaciones y declives. Diríase una inmensa gradería cuyos peldaños hubiese dispuesto el Creador á la comodidad del hombre, pues no bien se sale de las regiones inaccesibles de la nieve, la escarcha y el hielo eterno, que cubren las bóvedas del Monte Blanco y del Jung-Frau, las pendientes se suavizan, las raíces, por decirlo así,

de las cumbres gigantescas parecen extenderse y levantar el suelo que las cubre, revestirse de tierra vegetal, de césped, de arbustos, flores y pastos alimentados de la incesante humedad que les proporciona la filtracion de los ventisqueros al derretir sus nieves el calor del sol. Extiéndense las estribaciones en diverso sentido robustas, vigorosas, ciclópeas, al modo de los contrafuertes que buscan su punto de apoyo léjos y hondo para soportar mejor el peso que gravita sobre sus hombros, y trazan y forman entre sí ramblas, gargantas, hoyas y valles en cuyo fondo se ven desde lo alto de los montes dormir y brillar las aguas de lagos cristalinos de donde nacen rios bulliciosos que se despeñan en torrentes y cascadas buscando más bajo nivel.

En los costados de los Alpes y esparcidas en ellos halla el caminante á cada paso casitas aisladas, hechas de madera, sólo para la estacion del verano y vivienda de los pastores, que luégo, al llegar el otoño, las abandonan, llevando á otras partes su ganado. Más allá se descubren, al pié de saltos de agua y protegidas de los taludes por espesos bosques de abetos apiñados, aldeas construidas de viguetas y tablas del mismo árbol que las defiende y preserva de la irrupcion de las nieves. Explayados y salientes techos de madera que rebasan con mucho exceso del edificio que los sustenta, como las alas de ancho sombrero para proteger de la lluvia la cabeza que lo lleva, rematan estas viviendas, que parecen, á juzgar del primor de su traza y de la delicadeza de su arquitectura, labradas á cuchillo con el arte pacientísimo de los pastores del país. Escaleras exteriores revestidas de barandas adornadas de arabescos comunican los pisos altos con los bajos; puertas guarnecidas de nichos tallados en los cuales

campean estatuitas de vírgenes, héroes y santos, dan acceso á las habitaciones que reciben luz de ventanas de celosía, con vidrios cortados en losange y bastidores de plomo; largas y espaciosas galerías de balaustradas góticas circundan la fachada y la rodean como cinturon bordado el talle de una jóven; matas de maíz ó espigas de trigo suspendidas al techo por las raíces cuelgan sobre los corredores, haciéndoles techumbre de vistosos mosaicos; al traves de los cristales de la cocina se descubren siempre los reflejos del hogar, alimentado de grandes rajas de leña que se apilan en verano para el invierno bajo la galería; en esta se abren las puertas de ancho y cómodo establo, entarimado de abeto limpio y reluciente; tibias y gratas se perciben las emanaciones de las ternerillas que mugen por sus madres; un puente movible sirve para llevar los carros de labor cargados de heno del patio al pajar, viéndose salir por todas las ventanas y respiraderos del almacen la hierba seca, indicio de la opulencia en la vida campestre; y luégo, en medio del corral, un tronco hueco arroja por un tubo de hierro el agua que recibe de la colina en anchurosa gamella, tambien de abeto, donde abreva el ganado.

Hácia cualquier parte que se mire, viajando por las laderas alpestres, así hácia las colinas como hácia los ventisqueros, á los techos como á las paredes de las viviendas, al hogar y al establo como á la fuente, no se ve otra cosa sino el abeto vivo ó muerto. Diríase que la Providencia en sus inexcrutables designios ha dado á cada raza un árbol por compañero de su peregrinacion sobre la tierra, que la provea de alimento, de abrigo, de agua y de sombra, y que forme parte de la familia; de un árbol,

en fin, doméstico, verdadero dios lar de la casta. Así al ménos sucede con la morera en China, el naranjo en Italia, la encina en Francia, la higuera en Judea, el cocotero en Oceanía, la vid en España y Borgoña, la palmera en Africa y el abeto en Suiza; siendo tan misteriosa é íntima la relacion que existe, á no dudarlo, entre el hombre y el vegetal, que destruyendo el árbol puede perecer la criatura.

III.

Cuando se rebasan estas aldeas de las vertientes alpestres, aparecen á lo léjos las ciudades coronando promontorios, ó asentadas á la orilla de los grandes lagos, con los muros de color sombrío, los techos puntiagudos, rematando en bolas de estaño que reflejan la pálida luz del sol en lo alto de sus catedrales y ayuntamientos, con los enjambres de velas blancas que se agrupan á la salida ó á la embocadura de sus puertecillos en las aguas tersas y azules, como legiones de gaviotas que descansan en la ribera; ciudades todas que, á excepcion de Ginebra, localidad ántes anseática que no hélvética, especie de hospedería universal dispuesta en el valle de la Cachemira de Occidente, son de medianas proporciones y carecen por lo general de los monumentos que constituyen el lujo de los pueblos importantes; municipios más bien que capitales; restos del deshecho feudalismo; miembros de confederaciones pastoriles, á las cuales la exigüidad de poblacion y la naturaleza del país no consiente crecer y agrandarse ni absorber otros cantones, siendo la única cosa que sorprende en ellos el carácter grave, sencillo y patriarcal de sus moradores. Pues los

hombres son de mucha estatura, fuertes, robustos, vigorosos, de rostro simpático y tranquilo, franca la mirada, sin malicia la boca y la frente ancha y espaciosa, si bien sin las prominencias y los surcos que la constante actividad del pensamiento repuja ó graba en la frente de las razas dotadas de viva inteligencia. Y las mujeres, cenceñas y esbeltas, anchas de hombros, de brazo fino, pierna flexible, cabello bronceado, azules los ojos, el color sano, oval el rostro, graciosamente ondulados los labios, y el timbre de la voz sonoro y tierno, parecen estatuas griegas animadas por el frio de las montañas y puestas sobre pedestales de nieve. El aspecto de su fisonomía es un compuesto armonioso de majestad viril y de pudor, y al ver la lisura y la franqueza, decorosa siempre, con que tratan á los extranjeros, se comprende que habitan una comarca fria y casta, en la cual no tienen por qué temer ni desconfiar de su propio corazon, y que las guarda su propia inocencia. Demas de esto, el traje de las suizas realza su hermosura sin peligro de la honestidad: largas y pesadas trenzas con cabos de terciopelo negro penden á su espalda y llegan hasta la orilla del vestido; sombrerillo de paja ó fieltro cubre su cabeza; el corpiño es ajustado, de lana oscura; camisa de menudas tablas, limpia como la nieve, les vela el seno dejándolo adivinar; la saya es corta, y apénas llega con sus pliegues al tobillo. Ya cuiden del ganado en el establo, ya extiendan con largos rastrillos la hierba segada entre los abetos de la inmediata colina orillas del torrente, ya se ocupen laboriosas en los quehaceres domésticos, siempre parecen alegres, contentas y felices, y el eco de sus canciones va repitiéndose como amorosa respuesta, de colina en colina, por sobre los arro-

yos y manantiales, á las coplas de los jóvenes campesinos. La melodía de estos aires nacionales hace pensar en la superabundancia de júbilo y de vida, y sus postreras vibraciones se prolongan hasta lo infinito, siendo tanta su originalidad, que los músicos las notan sin poder imitarlas: que como brotan de las ondas de los lagos ó de las flores de los prados, y no es lícito al arte falsificar la naturaleza, para cantar al modo de los suizos es necesario haber oido en la infancia el choque del agua en la proa de las barquillas, el rumor de las fuentes y cascadas, los melancólicos gemidos del viento al romperse y pulverizarse por entre las hojas dentelladas del abeto, el mugir de las becerrillas llamando á sus madres miéntras pastorean en las cumbres, las esquilas sonoras ó agudas que penden al cuello de las vacas y suenan entre la hierba, los gritos de alegría de los niños que juegan en las pilas del heno miéntras sus madres los contemplan embebecidas, el susurro de los enamorados que pasean platicando de la felicidad por venir delante de los viejos, la despedida del soldado que abandona sus montañas acaso para no volver nunca, dejando en ellas recuerdos y esperanzas, y el suspiro de felicidad del que vuelve de servir en los ejércitos extranjeros de remotas tierras al divisar el campanario de su aldea. Llaman los hijos del país *Ranz* á estas canturias, y al oirlas ausentes de la patria lloran pensando en ella, pues una sola de sus notas les evoca las dulces memorias de lo pasado; que así es el corazon humano: una voz le despierta recuerdos, un instante le refleja venturas ó dolores que fueron, y entónces desborda su melancolía con las lágrimas que se agolpan á sus ojos; y como cuanto es más sencillo el hombre con más facilidad cede á

estas reacciones, puédese decir muy bien que así es su corazon cual los edificios, que tanta más resonancia y ecos tienen cuanto más vacíos están.

IV.

El carácter nacional del suizo no se ha modificado con el trascurso del tiempo, pues hoy dia, como ántes, sigue siendo piadoso, trabajador, ingenuo, patriota, soldado, pastor, artesano, amigo de la libertad y dispuesto siempre á sacrificar la vida por ella. La exigüidad de la patria le hace amar el canton cual si fuera su propia familia. No ambiciona conquistas, pero sí teme ser conquistado y absorbido; y es tan grande siempre por esta causa su recelo de quedar sujeto, que no le consiente sino alianzas imperfectas con los demas miembros de la confederacion, de donde resulta que sea ésta incompleta por faltarle la unidad y con ella la fuerza: que si los reyes se le antojan tiranos, las repúblicas tambien, siendo unitarias, le serian insoportables, no habiendo más que una forma de gobierno compatible con ellos: la municipal. Y como el suizo quiere regirse por costumbres y no por leyes, aquellas constituyen casi su legislacion, viniendo á ser su gobierno de parroquias, y áun pudiera decirse de familias, y su republicanismo, individual, no nacional: de aquí su libertad, mas tambien su impotencia. Tanto es así, que si no tuviese por aliados para defender su independencia la naturaleza y la esterilidad de su patria, largo tiempo hace que no existiria. Plegue al cielo que subsista muchos siglos como recuerdo viviente de los pueblos primitivos en el seno de las antiguas civilizaciones de la Europa,

como raza neutral entre las razas que combaten al pié de los Alpes, y asilo abierto sucesivamente á los proscriptos de todas las revoluciones y contra-revoluciones de los pueblos occidentales.

Sólo adolecen sus virtudes de un vicio natural y propio de los pueblos pobres: la codicia; y lo domina de tal suerte, que avasalla y subyuga su corazon hasta el punto de hacer mercancía de su sangre, vendiendo sus propios hijos por vil salario á las naciones ó á los príncipes que han menester de su bizarría y lealtad, importándole poco la causa que hayan de servir á costa de la vida, y siendo por tanto mercenarios de todas: como que para el suizo es oficio la guerra, y mata ó muere en ella por la soldada, no por abnegacion, y que, gozando en su patria de libertad, se alista bajo las banderas de los tiranos para esclavizar á los pueblos. Y cuando espira el contrato en cuya virtud sirve, pasa el suizo al servicio de otro amo con la tranquilidad de aquellos elefantes amaestrados para la guerra, y que así marchaban á ella y con igual bizarría por los persas contra los romanos, como por los romanos contra los persas.

V.

Los valles de los Alpes, con sus torrentes, lagos y pantanos, y sus bosques sombríos, poblados de fieras, fueron las últimas conquistas realizadas por el hombre occidental en el desierto y en la esterilidad. Pues cuando tuvo lugar la grande emigracion de los hombres del Norte, que salieron como enjambres de las llanuras de Tartaria para inundar la Europa, expulsando de las comarcas que ocupaban á las

gentes ya establecidas en ellas, colonias fugitivas de cimbros, y principalmente de suecos, raza endurecida y acostumbrada de todo tiempo á los hielos del polo, hicieron alto y se fijaron en los montes alpestres, atraidos de la semejanza que hallaban entre las regiones de donde procedian y aquellas, y sus bosques de abetos, sus lagos, torrentes y ventisqueros con los de su patria. La estatura elevada, los rubios cabellos, los ojos azules, la blancura de la tez y la gravedad de los suizos de los pequeños cantones, y la semejanza de nombres patronímicos y locales dan testimonio de su remoto parentesco y afinidad con los inmigrantes suecos. Llevaron consigo estos bárbaros sus idolatrías boreales; luégo acudió á iniciarlos en la doctrina del cristianismo gran número de misioneros de Italia y de las Galias; y como eran sencillos y cándidos y accesibles, merced á la imaginacion, á dejarse influir del prestigio de los milagros; y su sobriedad, pureza de costumbres, instintos religiosos y el género de vida que hacian, luchando siempre con los elementos, los predispusieran igualmente á las virtudes de la nueva doctrina, prontamente conquistó el Evangelio su fe y sus corazones, poblándose las verdes tebaidas de los Alpes, cual las tebaidas del Egipto, de capillas, ermitas y monasterios, objetos de su veneracion, y comenzando con esto á regirse ántes de sus creencias religiosas que de leyes. No tardaron mucho francos y germanos, cuya filiacion con los suizos se advierte al punto, en desbordar de las Galias y Alemania en los valles alpestres, construyendo en ellos sus jefes enriscados castillos y fortalezas, sometiendo á vasallaje los pobladores de la comarca, y fundando pequeños Estados, independientes unos de otros y á las veces en guerra; ducados, conda-

dos, baronías y feudos que tenian por lindes ventisqueros, lagos, precipicios ó montañas; manera de régimen señoril, semejante al patriarcal de que procedian y por el cual se gobernaban las tribus cuando aun vivian errantes; pues no era otra cosa entónces el señor feudal que un patriarca cuya tienda se hubiese trasformado en alcázar.

VI.

Al extender Cárlo Magno su dominacion sobre todo el Occidente, incorporó á su imperio de Alemania los señoríos y ciudades de la Helvecia, viniendo á ser por esta causa señor feudal de ella. Y al colocarse las villas bajo su proteccion para conjurar nuevas invasiones de bárbaros, y principalmente de húngaros que asolaban con sus depredaciones cuanto veian, levantaron muros y fortalezas, obligaron á sus moradores á ser guerreros al propio tiempo que ciudadanos, y se hicieron independientes y rivales de los señores y abades, que hasta entónces habian sido árbitros y dueños de la gente campestre. A su vez, el emperador de Alemania tenia en Suiza un virey con nombre de bailío, el cual demas de administrar justicia, tiranizaba en su nombre indistintamente á ciudades, conventos y castillos.

VII.

Disputábanse la dominacion de aquellos grupos de montañas, de aquellos lagos y valles los condes de Hapsbourgo, linaje poderoso del canton de Ar-

govia; los de Rapperschwyl, señores del lago de Zurich; los de Toggembourg, rivales de ambas casas, inexpugnables en su castillo de Fischingen, y otras muchas familias poderosas. Su vasallaje nominal á Cárlo Magno en nada coartaba el ejercicio de su tiranía, y ántes que condes y barones podian llamarse los treinta tiranos de Aténas, hereditarios y esparcidos en otras tantas fortalezas á la embocadura de los valles. Sus costumbres eran agrestes y bravías como los lugares que habitaban, y sus tradiciones aparecen manchadas de sangre, dando testimonio las de los condes de Toggembourg de la feroz arbitrariedad de su justicia. Construido su castillo en lo más enriscado de un cerro que se levanta á orillas de un lago, era inaccesible á las asechanzas del enemigo por sus condiciones naturales y adquiridas. Uno de los señores de Toggembourg, que allí moraban, se habia casado con una dama llamada Ida, cuya prodigiosa hermosura era encanto de la Suiza; y estando el conde celoso y enamorado por extremo de tan peregrina belleza, una casualidad dió apariencias de cuerpo á las sombras que velaban á veces su dicha y bienestar. Es el caso que un dia que contemplaba la condesa Ida desde una ventana del castillo el lago, los montes y los valles que se extienden á la vista del cerro, dejó caer distraida en el alféizar su anillo nupcial, olvidándose luégo de recogerlo al apartarse de allí. Una corneja que volaba por las almenas vió relucir al sol la sortija, y atraida del brillo del oro, como acontece á todos los pájaros, fué á posarse á la ventana, pasó el cuello por entre los barrotes de la reja, se apoderó de la joya y la llevó a sus hijuelos; pero advirtiendo luégo que un pedazo de oro no valia para ellos lo que una semilla cual-

quiera ó un gusano de tierra, la echó fuera del nido, cayendo al pié del árbol. Pocos dias despues, cazando un paje del castillo por aquellos sitios, encontró la sortija, y sin saber de quién fuera se la puso. Al verla en sus manos el Conde, creyó sin más tardanza que su esposa tenía pendencia de amores con el paje, y dejándose llevar de la pasion y de la ira, hizo atar á su servidor á la cola de un potro cerrero, que fué dejando en la carrera por troncos y peñas los destrozados miembros del infeliz; y cogiendo luégo en brazos á su esposa inocente, la tiró al abismo desde las almenas del castillo. Mas como quedara prendida la Condesa por las faldas de unos arbustos espinosos que crecian al borde mismo de la sima, pudo salvarse al cabo de grandes angustias y zozobras, y á favor de las sombras de la noche, pedir asilo al convento de Fischingen. Andando el tiempo, reconoció el conde Enrique de Toggembourg la inocencia de su mujer, y sabedor del lugar donde se hallaba, partió en su busca. Ida lo perdonó; pero no quiso volver al castillo y ménos ser de nuevo su esposa, y acabó sus dias en una celda del monasterio consagrándolos á orar por el alma del paje tan cruel y brutalmente sacrificado á infundada sospecha.

VIII.

Así eran las bárbaras costumbres de aquellos caballeros que á la sazon tiranizaban la Helvecia. Bien será decir, no obstante, que las mismas escabrosidades y asperezas del terreno habian sido eficaces á proteger la libertad entre algunas familias campesinas establecidas á orillas del lago de los Cuatro Can-

tones, en Schwytz, Underwald y Uri, y que defendidos hácia la parte Norte por las agitadas y tempestuosas hondas de los lagos, hácia el Mediodía por picos y ventisqueros inaccesibles, y hácia la parte de Alemania por precipicios y bosques, no reconocian otro protectorado sino el imperial, gobernándose en república; y como la libertad de que gozaban tenía envidiosos á los habitantes de los valles inferiores, sujetos á los tiranos de la comarca, la villa de Zurich y otras vecinas, como Lucerna, solian ligarse con ellos para mejor resistir y áun sustraerse al yugo de sus señores y aliados.

Al ser elegido emperador de Alemania el conde Rodolfo de Hapsburgo, amparó mucho á Suiza, su patria, por serlo, contra la opresion que padecia; pero, celoso su hijo Alberto de Austria de los restos de independencia que las nieves y los montes habian conservado á la alta Helvecia, se propuso sujetarla y pasar por sobre sus aldeas el yugo de la servidumbre. Con esto, y para mejor proteger y conservar sus costumbres, leyes, usos y libertades, se confederaron los pueblos de Schwytz, Uri y Underwald; y no habiendo podido por esta causa reducirlos á virtud de negociaciones ni halagos, envió para residir en sus montañas algunos lugartenientes á manera de procónsales, acompañados de tropas que hicieran sentir á los naturales del país el peso de su cólera y la vergüenza de su dominación. Llamábanse bailíos del Emperador, y ejercian sobre las comarcas que ocupaban la más omnímoda tiranía, cual es la delegada y lejana, y por tal modo gemia la nacion bajo el gobierno arbitrario y sus violencias sin que pudiera el mismo Emperador, su enemigo, entender las quejas y lamentaciones de los montañeses. Pues aquellos malvados saqueaban

los bienes de todos, reducian los hombres á prision, se apoderaban de las mujeres y deshonraban á las doncellas; como que los crímenes que dieron lugar á la expulsion de los Tarquinos de Roma, se cometian impunemente por los bailíos, los cuales arrostraban sin temor las iras del pueblo en razon á que siendo por sí mismos ó por los aliados del partido de Austria dueños de los puertos, lagos, embocaduras, valles, cerros, montes y castillos, dominaban el país sin curarse de la indignacion general que iba manifestándose cada dia más pronunciada: que si los corazones se rebelaban contra ellos, la tierra y los brazos les pertenecian. Con ser mucha la dureza, rigor y maldad de los bailíos, era el más insolente y perverso de todos el llamado Gessler, gran menospreciador de los hombres y tan tiránico é insoportable que hasta el hierro se rompia en sus manos. Y como no disimulaba ni el odio ni el desprecio que sentia por el pueblo esclavo y víctima de su opresion, y su presencia en los lugares que recorria era precursora de innumerables desdichas para sus moradores, y la más leve muestra de bienestar ó superioridad en las familias se le antojaba desafuero insolente de la libertad, los ecos de las montañas repetian el catálogo de sus crímenes contra el honor de las mujeres y la vida de los hombres, y era su nombre terror, escándalo y afrenta de los suizos.

IX.

Cierta en ocasion que recorria la comarca de Schwytz seguido de numeroso acompañamiento de hombres de armas, pajes y cortesanos, como viera que un campesino llamado Werner Stauffacher te-

nia en construccion una casa rústica, pero de lujo relativo y grandes proporciones:

—«Atrevimiento es—dijo á su séquito—que miserables siervos labren viviendas de tanta magnitud, cuando debieran contentarse con habitar chozas.

—Dejadla concluir,—le contestó su escudero,—y cuando lo esté, haremos poner sobre la puerta el escudo de S. M., y veremos entónces si Werner Stauffacher se atreve á decir que la casa es suya.

—Tienes razon,—repuso Gessler.»

Y prosiguieron todos su camino, riéndose de la ocurrencia.

Pero la esposa de Stauffacher, que habia oido la conversacion, temerosa de aumentar el enojo del tirano si continuaba la obra, despidió los trabajadores sin esperar la vuelta de su marido.

X.

Al regresar el ausente por la tarde, preguntó á su mujer por qué no trabajaban los operarios.

—«Porque al siervo le basta una choza para guarecerse,—le contestó ella, pensando en las palabras de Gessler.»

Stauffacher bajó la cabeza sin replicar, y se puso á la mesa. Su mujer, entónces, le trajo un jarro con agua y un pan. Y como él pidiera la carne ó el pescado de costumbre:

—«Para un esclavo,—le dijo su mujer,—basta con eso.»

Comió el suizo triste y silenciosamente, comprendiendo la verdad de aquella parábola. Mas cuando llegó la hora de recogerse á la cama, ella rehusó compartirla con su esposo.

—«¿Por qué te apartas—exclamó Stauffacher—de quien Dios te dió por marido?

—Porque siervos miserables cual nosotros no deben dar la vida á otros séres para que sean más desdichados todavía.»

Y á seguida refirió á su marido las palabras que oyó á Gessler y á los suyos por la mañana.

Indignado Stauffacher se levantó, y tomando su espada sin proferir palabra, descendió la colina en direccion del lago de los Cuatro Cantones, entró en la barca de un pescador, y llegó ántes del alba á la aldea de Attinghausen, casa de su suegro, llamado Walter Furst.

El cual, ántes de preguntar á su yerno cúyo era el objeto de aquella intempestiva visita, le hizo traer, segun la costumbre patriarcal de aquellos tiempos, carne y vino, cosas que siempre se ofrecian al huésped. Pero Stauffacher las rehusó con el ademan, y dijo á Furst:

—«He jurado no beber vino ni comer carne miéntras seamos esclavos.»

Suegro y yerno tomaron asiento y conversaron en voz baja de los ultrajes de sus tiranos y de la indignacion que sentian por ellos; y buscando en la memoria cuáles fueran aquellos de sus conciudadanos que hubiesen sufrido mayores vejaciones por parte de Gessler, y en quienes el deseo de venganza hiciese más amable la libertad, recordaron á un jóven campesino llamado Melchthal. Pues como cierto dia hubiera este labriego uncido un par de muy hermosos bueyes, los mejores en fuerza y hermosura de su establo, y que miéntras trazaban con el arado profundo surco, y él los contemplaba satisfecho y gozoso, admirando su poder, quisiera su mala ventura que acertase á pasar por allí un empleado del

bailío, que al ver los animales los señalase por suyos, diciendo que no los merecia su verdadero dueño, sacó su daga y se dispuso á cortar las cuerdas y correas que los sujetaban para llevárselos consigo. Lo cual advertido del campesino desgajó una rama de abeto para defender su ganado, y en la refriega rompió un brazo al ladron con ella. Hecho esto, no quedaba otro remedio sino es huir de la venganza del bailío, y así lo hizo Melchthal, quien andaba errante y fugitivo desde aquel dia por los bosques vecinos, alimentándose de la caridad de los pastores. Y pareciendo á Furst y á Stauffacher cómplice á propósito por estar fortalecido su ánimo con el odio y la persecucion, fueron en su busca y le comunicaron el proyecto que la desesperacion les habia sugerido. Cada cual vivia en diferente canton: éste en Uri, aquél en Schwytz, y el tercero en Unterwald; y como conocian á los más agraviados de su respectiva comarca, escogió diez cada uno de condicion brava é implacable, y los citó para el Grutli á fin de concertar la insurreccion y prestar juramento de no deponer las armas hasta ser libres ó morir.

XI.

El Grutli, pequeño promontorio avanzado de la montaña vecina, rodeado de las aguas del lago y escondido entre bosquecillos de abetos, era un lugar admirable para reunirse los conspiradores. Un centinela colocado en el istmo que une al continente la diminuta península, podia evitar las sorpresas advirtiendo á sus amigos la llegada de los espías ó es-

birros de Gessler, y si á pesar desto la sorpresa tenía lugar, sus barcas ocultas entre matorrales de la orilla, podian en pocas remadas librarlos de sus perseguidores.

XII.

Llegada la noche del 17 de Noviembre de 1307, los treinta conjurados fueron acudiendo uno á uno, bajando de los montes, ó cruzando el lago en las barcas pescadoras, y se reunieron conforme á lo convenido en el promontorio del Grutli para tratar de los males de la patria y del modo de remediarlos, sin más testigos que las estrellas, la tierra, el cielo y las aguas, pudiendo decirse por esta causa que si nunca hubo conspiracion más legítima y santa, no la hubo tampoco mejor atestiguada de las obras maestras de Dios; como que la naturaleza conspiró delante de la naturaleza, y que, revelándose el corazon humano en sus instintos más inalienables, dijo por boca de algunos hombres sencillos:

«Tambien soy obra de Dios, y al reivindicar mi libertad reivindico y defiendo en su más sublime atributo el don de la libertad usurpada por los tiranos á su criatura.»

No pronunciaron arengas inútiles aquellos rústicos, pues hablaba la naturaleza en ellos y por ellos el mismo lenguaje, y les bastó para concertarse pocas palabras dichas en voz baja y algunos apretones de manos: que habian acudido para prestarse recíprocamente juramento de ser fieles á la libertad y de combatir y morir por ella si fuese necesario, no á entusiasmarse con discursos. ¿Ni qué hubieran podido decir tampoco más expresivo que la reunion

premeditada de tantos oprimidos, vejados en su libertad, su dignidad y hasta en su amor; ni qué más solemne y grandioso que aquella noche suprema en la cual tuvo lugar la gestacion de la libertad de un pueblo; ni más sublime que aquellas montañas, riscos, ondas y astros cuya elocuencia superaba con mucho á la de Catilina, Demóstenes, Ciceron y Mirabeau? Y como cuando los afectos que nos impulsan son innatos, profundos y arraigados la palabra carece de virtud para fortalecerlos, siendo por esta causa el silencio la mejor arenga de las conjuras, no políticas ni criminales, sino de la naturaleza, los congregados en Grutli hablaron poco.

«Juramos delante de Dios, á cuyos ojos son iguales reyes y pueblos,—dijeron extendiendo las manos Walter Furst, Stauffacher, Melchthal y Werner,—vivir y morir por nuestros hermanos; emprenderlo y ejecutarlo todo en comun; no sufrir ni cometer tampoco injusticia ninguna; respetar los derechos y propiedades del conde de Hapsburgo, y no hacer mal á los bailíos imperiales; pero tambien que pondremos término á su tiranía.»

Además designaron el dia de la insurreccion, que tendria lugar el próximo 1.º de Enero de 1308. Entónces, dice la tradicion que surgió repentinamente á los piés de cada uno de los tres jefes de la conjura un manantial de agua cristalina y clara, que aún existe. Mas en nuestro concepto empequeñece y merma el suceso con decir esto la conseja, pues el milagro consistió en que brotase la libertad helvética del seno de aquella conspiracion, como así fué.

XIII.

Al dia siguiente nuevo atentado de un señor, protegido de los bailíos, llenó de miedo los corazones de todos los campesinos de la comarca. Pues como el magnate se hubiera prendado de la hermosura de una mujer casada, en ausencia del marido se presentó en su casa, la mandó preparar un baño y le hizo al propio tiempo proposiciones vergonzosas. La casta esposa huyó, corrió en busca de su marido y le refirió el suceso. El marido entónces tomó un hacha, fué á su habitacion, y hallando al corruptor en el baño, de un golpe le partió la cabeza, dejándolo muerto allí mismo, huyendo despues á los bosques con su mujer. Un grito universal de indignacion resonó desde el fondo de los valles hasta las cimas de los Alpes. Ninguno se creyó seguro de poseer el más preciado y amable de los bienes, la castidad de las esposas, y con esto la conspiracion de los treinta héroes de Grutli tuvo un cómplice obligado en cada marido y hermano. Empero no desbordaba todavía la cólera del pueblo. Y como si la tiranía de los bailíos se hubiera propuesto acumular en su daño todos los resentimientos de la naturaleza, se hizo esperar poco una injuria terrible, que sublevó instantáneamente á los padres, madres é hijos, no quedando ya por tanto quien no estuviera en espíritu con los jefes de la rebelion.

En este momento histórico aparece por primera vez la figura de Guillermo Tell.

XIV.

Léjos de suavizar la opresion del bailío Gessler los rumores persistentes que se alzaban de los lugares y aldeas esparcidos por la montaña, la irritaron y subieron de punto. Y como se propuso refrenar por medios violentos los primeros síntomas de rebelion que ya se advertian hasta en el rostro de los campesinos, inventó delitos que le proporcionaran culpados. Fué uno de los más eficaces que se antojaron á su fantasía el de mandar poner en la plaza del pueblo de Altorf en la punta de un palo clavado en el suelo su sombrero con la corona de Austria en la copa, previniendo á todos los vecinos de la comarca que cuando pasaran por allí se descubriesen para demostrar respeto á la persona del Gobernador, bajo apercibimiento que de no hacerlo así serian tratados como rebeldes. Pero si la inmensa mayoría se prestó á tan desaforado capricho del tirano en fuerza de temerlo, uno fué osado á resistir, siendo este Guillermo Tell, hombre de humilde condicion y que así ganaba el sustento necesario á su familia cazando gamos en la montaña, como pescando en el lago vecino.

Ninguno sabía más de Guillermo Tell hasta el momento que se negó á saludar al sombrero del bailío sino que su intrepidez y pericia eran muy grandes, dirigiendo una barca en las mayores tempestades del lago, y que, arco en mano, aventajaba con exceso á los más renombrados ballesteros. En cuanto á opiniones políticas, tan extraño lo suponian todos á las corrientes que agitaban al país, que ni siquiéra pensó ninguno en darle cita para el Grutli, rebe-

lándose, pues, de su propio movimiento, sin ser excitado por nadie, y cediendo sólo á los impulsos de su corazon y á la inspiracion de su conciencia, por que descubrirse y reverenciar un objeto material del propio modo que una imágen ó símbolo cristiano le pareció no sólo indigno sino pecaminoso en el verdadero cristiano. Detuviéronlo los guardias, y despues de haberlo desarmado lo ataron con fuertes cordeles al mismo palo que sostenia el sombrero; regocijándose al saberlo el bailío, pues por tal modo se lograba su deseo de castigar á la clase de las gentes del campo en la persona de uno de sus individuos más caracterizados, y acudiendo presuroso seguido de numerosa escolta y familiares al lugar del suceso.

Mas al llegar aquí se oscurece la historia de Suiza y se confunde con tradiciones y consejas numerosas y vagas, quedando á cargo de la poesía, único genio capaz de inmortalizar las grandes y primitivas escenas del génesis de los pueblos libres, la mision de referir el suceso. Hé aquí, pues, ahora cómo relata, condensando en sus palabras los recuerdos de los Alpes, el episodio sencillo y terrible de Guillermo Tell y el tirano el gran poeta de Alemania y Suiza.

XV.

Pasa la escena en una hermosa pradera y á la entrada del pueblo de Altorf. En medio se ve la percha coronada del sombrero de Gessler, cuyos arqueros le dan guardia; el pueblo consternado forma grupos á mucha distancia, y la dilatada cadena de los Alpes del Bannberg se divisa en último término,

destacando sus crestas nevadas sobre la tersa superficie azul del cielo, que parece protestar con su pureza y serenidad, en nombre de la naturaleza, de la tiranía que oprime y sujeta en esclavitud á los séres humanos. Los soldados hablan en voz baja, diciendo:

(FRIESSHARDT y LEUTHOLDO, de guardia.)

FRIESSHARDT

En vano es que aguardemos, porque nadie pasará por tal de no saludar al sombrero del bailío. Y, sin embargo, habia tanta gente hace poco, que parecia una feria la pradera; pero ver el sombrero aquí y alejarse todos, fué obra de un momento.

LEUTHOLDO.

Verdad, pues no pasan por aquí sino mendigos, miéntras los bien acomodados prefieren hacer un gran rodeo á descubrirse delante de la percha.

FRIESSHARDT.

Ayer sucedió lo mismo. Nadie quiso pasar. Y una vez que venía en esta direccion un grupo numeroso departiendo animado, cuando más distraidos estaban todos y yo cierto de que con la plática se olvidarian de saludar al sombrero del bailío, hé ahí que suena la campanilla del Viático y se descubren, quedándome con las ganas de coger unos cuantos.

LEUTHOLDO.

A mí se me antoja que haciendo centinela en este

sitio más parece que nos han puesto á la vergüenza; que al cabo al cabo lo es para hombres de armas llevar pasarse las horas muertas custodiando un sombrero. Créeme, Friesshardt, cuantos pasen habrán de mirarnos con lástima ó desprecio. Mira que obligar á las gentes á saludar un espanta-pájaros es cuanto se puede ocurrir de más extravagente.

FRIESSSHARDT.

¿Qué más dá saludar á un sombrero que á una de tantas cabezas vacías como nos encontramos á cada paso?

(HILDEGARDA, ISABEL y MATILDE, saliendo de la mano con sus hijos y dando una vuelta en torno de la p:rcha.)

LHEUTOLDO.

Tú pensarás lo que quieras de estas cosas; pero yo de mí te aseguro que no causaré mal á ninguno si pasa y no saluda; cerraré los ojos y haré como quien no ve.

MATILDE.

Hijos mios, ese sombrero que veis es del señor baillo; hacedle una reverencia.

ISABEL.

Si se fuera y nos dejara en lugar suyo su sombrero, apénas si advertiríamos la diferencia en el gobierno; que tan mal estaríamos entónces como ahora.

FRIESSHARDT. (Dirigiéndose á las mujeres.)

Fuera todas, y márchense á hilar. Ya que tan bravas pareceis, ¿por qué no decís á vuestros maridos que vengan á repetir vuestras palabras?

(Las mujeres se van. Aparece Guillermo Tell con la ballesta al hombro, trayendo por la mano á su hijo, y pasan los dos sin ver la percha.)

WALTHER. (Señalando en direccion del Bannberg.)

¿Es verdad, padre mio, que los árboles que crecen allí destilan sangre cuando los cortan?

GUILLERMO TELL.

¿Quién te ha dicho eso?

WALTHER.

Un pastor. Y me dijo tambien que cuando álguien les hacía daño, las manos del malhechor salian de la sepultura despues de muerto.

TELL.

Los árboles del Bannberg son sagrados, hijo mio. ¿Ves allá en lontananza unas montañas blancas cuya cima parece sustentar el cielo?

WALTHER.

Sí. Esas montañas son los ventisqueros que resuenan por la noche como el trueno, y de donde se desprenden los taludes.

TELL.

Así es. Y esos taludes hace tiempo que habrian sepultado en la nieve á Alfort, á no ser por el bosque de abetos que lo defiende, y en el cual se detienen y desbaratan.

WALTHER. (Despues de una pausa.)

¡Padre! ¿Hay tierras en el mundo sin montañas?

TELL.

Cuando bajamos de nuestras montañas y seguimos el curso de los rios, llegamos á una comarca inmensa y abierta, en la cual los torrentes no llevan espuma, y los rios corren lentos y tranquilos. Allí, por todas partes que se mire, se ve crecer trigo en inmensas llanuras, y está la tierra cultivada como un jardin.

WALTHER.

Y ¿por qué no vamos á ese país, ya que tan hermoso es, en vez de pasar aquí la vida entre los montes?

TELL.

Esa comarca, hijo mio, es deliciosa; pero sus habitantes no disfrutan de la cosecha que siembran.

WALTHER.

¿Acáso no son libres para disponer de lo suyo como tú?

TELL.

No, porque la tierra que cultivan pertenece al Rey ó al Obispo.

WALTHER.

Pero ¿podrán cazar en los bosques?

TELL.

Tampoco, porque toda la caza es del señor.

WALTHER.

Entónces pescarán, al ménos, en los rios?

TELL.

Los rios, el mar y la sal pertenecen al Rey.

WALTHER.

¿Y quién es el Rey?

TELL.

Un hombre que los protege y mantiene.

WALTHER.

¿No pueden protegerse á sí mismos?

TELL.

En esa tierra el vecino desconfia del vecino.

WALTHER.

Siendo así no viviria contento y feliz en esa comarca, y prefiero los taludes.

TELL.

Tienes razon; que más vale habitar en un ventisquero que no entre malhechores.

(Padre é hijo echan á andar.)

WALTHER.

¿Qué significa ese sombrero puesto ahí?

TELL.

¿Qué nos importa? Ven por aquí; sígueme, Walther.

(Cuando se alejan, Friesshardt les sale al encuentro con su alabarda.)

FRIESSHARDT.

¡En nombre de S. M., alto!

TELL. (Empuñando su lanza.)

¿Qué me quereis? ¿Por qué me cerrais el paso?

FRIESSHARDT.

Porque habeis desobedecido al mandato. Seguidme.

LEUTHOLDO.

¡Cómo no habeis saludado al sombrero del señor bailío!

TELL.

Dejadme pasar, buen hombre.

FRIESSHARDT.

Basta de palabras. ¡A la cárcel!

WALTHER.

¡Mi padre á la cárcel! ¡Favor! ¡socorro! (Ambos corren de una parte á otra.) ¡Aquí, vecinos, dadnos auxilio!

(Los soldados lo sujetan y se lo llevan. El CURA, el SACRISTAN y tres vecinos que acuden.)

EL SACRISTAN.

¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?

EL CURA. (Dirigiéndose á los soldados.)

¿Por qué prendeis á ese hombre?

FRIESSHARDT.

Es un enemigo de S. M.: un traidor.

TELL. (Tratando de desasirse.)

¡Traidor yo!

EL CURA.

Estás equivocado, amigo. Ese que llevas preso es Guillermo Tell, hombre honrado y buen ciudadano como el que más.

WALTHER. (Viendo á Furst, corre hácia él.)

¡Favor, abuelo, que se llevan á padre!

FRIESSHARDT.

¡Silencio, y vamos á la cárcel!

WALTHER FURST. (Acudiendo presuroso.)

Deteneos, guardias: yo lo fio. Decid, por Dios, ¿qué ha sucedido?

(MELCHTHAL y STAUFFACHER entran en la escena.)

FRIESSHARDT.

Va preso este hombre por haberse negado á reconocer la autoridad del Gobernador.

STAUFFACHER.

Pero ¿es posible que Tell haya delinquido?

MELCHTHAL.

¡Mientes, miserable!

LEUTHÓLDO.

Sí, en verdad, pues no ha saludado al sombrero del señor bailío.

WALTHER FURST.

¿Y por eso llevais un hombre á la cárcel?... Tomadme á mí por él, y dejadlo libre.

FRIESSHARDT.

Dejadnos en paz, buen hombre, que nosotros así cumplimos nuestro deber. Vamos, á un lado todos, y á la cárcel con el preso!

MELCHTHAL.

¡Esto es inícuo, y no debemos consentir que suceda delante de nosotros!

EL SACRISTAN.

Puesto que somos los más fuertes, no debemos consentirlo, sino auxiliarnos unos á otros.

FRIESSHARDT.

¿Quién será osado á emplear la fuerza contra las órdenes del Gobernador?

TRES ALDEANOS (que acuden.)

¡Nosotros, nosotros vamos en vuestro auxilio! ¿Qué ocurre? ¡Abajo los soldados!

(HIDEGARDA, ISABEL y MATILDE vuelven á la escena.)

TELL.

Yo me basto para todo. ¿Acaso pensais, amigos mios, que si yo quisiera emplear la fuerza, me impondrian respeto sus alabardas?

MELCHTHAL. (A FRIESSHARDT.)

¿Te atreverás á llevártelo estando aquí nosotros?

FURST Y STAUFFACHER.

Teneos, Melchthal.

FREISSAHRDT. (Gritando.)

¡Favor al bailío! ¡Sublevacion!

(Oyénse á lo léjos trompas de caza.)

LAS MUJERES.

Aquí llega el Gobernador.

FRIESSHARDT. (Gritando más fuerte.

¡Sublevacion! ¡Sublevacion!

STAUFFACHER.

Grita, malvado, hasta que desgañites.

EL CURA Y MELCHTHAL.

¿Quieres callar?

FRIESSHARDT.

¡Favor á los agentes de la autoridad!

WALTER FURST.

¡El gobernador! ¡Pobres de nosotros! ¿Qué va á pasar aquí?

(Aparece GESSLER á caballo con el halcon en la mano; luégo RODOLFO DE HARRAS, BERTA, RUDENS y numeroso séquito de pajes armados, que se colocan formando semicírculo en la escena.)

RODOLFO.

¡Paso al gobernador!

GESSLER

¡Dispersadlos! ¿Qué significa esto? ¿Quién pedia favor? ¿Por qué? (Silencio general.) Quiero saberlo (A FRIESSHARDT.) Acércate: ¿quién eres? ¿por qué sujetas á ese hombre?

(Da el halcon á un paje.)

FRIESSHARDT.

Poderoso señor, soy soldado tuyo y estaba de centinela delante del sombrero. Y como este hombre que ves no ha querido saludarlo, cumpliendo la consigna que has dado, lo llevaba preso; pero el pueblo ha querido arrancarlo de mis manos.

GESSLER. (Despues de un espacio.)

¿Tanto desprecias al Emperador y á mí, su representante, que te niegas á saludar el sombrero que mandé poner ahí con el objeto de probar vuestra obediencia? Presto has delatado tus malos propósitos.

TELL.

Poderoso señor, perdonadme, que sólo he faltado por inadvertencia. Bien sabe Dios que así es la verdad.

GESSLER. (Pensativo.)

Tell: dicen que admira tu pericia en la ballesta, y

que allí donde pones el ojo pones la flecha. ¿Es verdad?

WALTHER.

Sí, señor; mi padre traspasa una manzana á cien pasos de distancia.

GESSLER.

¿Ese niño es hijo tuyo, Tell?

TELL.

Sí, señor.

GESSLER.

¿Y tienes más?

TELL.

Dos, señor.

GESSLER.

¿A cuál prefieres?

TELL.

Señor, los amo igualmente á entrambos.

GESSLER.

Está bien, y puesto que tanta es tu destreza que

abates á cien pasos una manzana, necesario es que luzcas tu habilidad delante de mí. Toma tu ballesta, precisamente la tienes en la mano, y traspasa una manzana puesta sobre la cabeza de tu hijo; pero te advierto que apuntes bien y que aciertes al primer disparo, porque si no, pagarás tu torpeza con la vida.

TELL.

¡Qué mandato, señor, el vuestro! ¡Cómo es posible que un padre lo cumpla!

GESSLER.

Convenientemente colocada una manzana sobre la cabeza de tu hijo, apunta con una flecha y la disparas para traspasarla... ¡Esto digo y esto mando!

TELL.

¡Apuntar yo á la cabeza de mi hijo!... ¡Antes morir que hacerlo!

GESSLER.

O lo haces, ó mueres juntamente con tu hijo.

TELL.

¡Matar yo al hijo de mi alma!... ¡Señor! ¡si fuerais padre, comprenderiais cuánto sufro con oiros!

GESSLER.

Estoy admirado de la trasformacion que se ha verificado en tí en un instante. Hace poco tan bizarro, tan aventurero, tan animoso y tan soñador, que cuantos te conocian te declaraban por el más extraordinario de los hombres; y ahora tan prudente, y tan apocado y circunspecto como el más vulgar de los nacidos. Fiado en tu fama te designé para esta empresa. No hay más dudar: decide tú mismo en el acto y prepara tu ballesta, ó muere con tu hijo.

BERTA.

Señor Bailío: esas pobres gentes toman vuestras palabras al pié de la letra, y persuadidas de que hablais en serio están trémulas de terror. Dad tregua, pues, á las burlas.

GESSLER.

¿Quién os ha dicho que no hablo formalmente? (Se dirige á un árbol y coge una manzana.) Hé aquí la manzana. Sólo falta que Tell mida la distancia, que no ha de ser menor de ochenta pasos, puesto que se jacta de hacer blanco á ciento. Y ahora, que tire y que no marre.

RODOLFO.

Esto va de véras, y es fuerza evitar una desgracia. Niño, ponte de rodillas é implora tu perdon del señor Bailío.

WALTER FURST.

(A MELCHTHAL, que ya no puede contenerse.)

No hagas ni digas nada, por Dios

BERTA. (Dirigiéndose al Bailío.)

Basta ya, señor; que no es humano atormentar así el corazon de un padre. Aun cuando ese desgraciado hubiera merecido la muerte, lo que ahora está sufriendo es suplicio más terrible. Dejadlo volver libre á su cabaña; que harto castigado está, y harto padece ahora para que pueda olvidarlo.

GESSLER. (A TELL.)

¿Qué te detiene? Has merecido morir; puedo quitarte la vida; en mi clemencia te hago árbitro de su suerte, y áun vacilas, como si el criminal con quien se procede así tuviera derecho á dudar ni á creer rigurosa la sentencia. Siempre cifraste tu orgullo en lo certero de tu puntería. Pues bien, ó mentiste ántes, ó ahora tu temor carece de fundamento. La empresa, despues de todo, es digna de tu fama, y el premio digno de la empresa; porque si acertar en el blanco es cosa que hacen muchos, traspasando con tu flecha el que propongo, demostrarás tu pericia, calma y superioridad sobre todos los ballesteros.

WALTHER FURST. (Arrojándose á los piés de GESSLER.)

Señor: puesto que tan inmenso es vuestro poder, preferid á la justicia la clemencia: tomad cuanto

poseo; pero no pongais á un padre en ese trance

WALTHER.

Levantaos; no pidais gracia ni favor á ese malvado. Yo nada temo; decidme dónde habré de colocarme; que mi padre que mata pajarillos al vuelo bien acertará con el blanco ahora.

STAUFFACHER.

¿No logra conmoveros la inocencia de ese niño?

EL CURA.

Acordaos de que hay un Dios en el cielo á quien daremos cuenta de nuestras acciones en la tierra.

GESSLER. (Señalando al niño.)

Que lo aten á ese tilo.

WALTHER.

No quiero que me aten, ni lo necesito. Suelto, estaré quieto y tranquilo y hasta sin respirar: pero si me sujetan, no, porque haré cuanto pueda por romper mis ligaduras.

RODOLFO.

Deja que te venden los ojos, hijo mio.

WALTHER.

Tampoco! ¿Acaso creeis que tema las flechas de

mi padre? Al contrario, las esperaré tranquilo y sin pestañear siquiera. Vamos, padre, dispara tu ballesta y demuestra que tiras bien. Ese hombre no lo cree y se imagina que con esto nos pierde á los dos. Pues bien, tira y traspasa la manzana.

(Se dirige al tilo, y le colocan la manzana en la cabeza.)

MELCHTHAL. (A sus compañeros.)

¿Habremos de ser testigos inmóviles de un crímen? Entónces, ¿para qué prestamos juramento?

STAUFFACHER.

Calla: cuánto hagamos será inútil. Estamos desarmados, y en cambio, ¡mira ese bosque de lanzas que nos rodea!

MELCHTHAL.

¡No sucederia esto si hubiéramos cumplido con nuestro deber ántes de ahora! ¡Dios perdone á los que aconsejaron las dilaciones!

GESSLER. (A TELL.)

¡Manos á la obra y no perdamos tiempo! que no se llevan armas impunemente, pues los instrumentos de muerte suelen volverse contra quien los maneja. Tiempo ha que los villanos se atribuyen el derecho de usarlas, y esto infiere agravio al señor. Las armas son atributo de mando. Entiéndanlo todos bien. Pero ya que os place traer arcos y flechas, yo enseñaré á cada cual el empleo que ha de darles

TELL. (Prepara la flecha.)

¡Apartaos!

STAUFFACHER.

¡Cómo! ¡es posible! ¡Nunca! ¡ninguno de nosotros lo consentirá! Estais temblando, ¡así sería horrible tirar!

TELL. (Bajando la ballesta.)

¡Mi cabeza se pierde! ¡Los objetos giran alrededor!

LAS MUJERES.

¡Señor Todopoderoso, tened piedad de nosotros!

TELL. (Al Gobernador.)

Mandadme matar, señor Bailío; pero no me obligueis á tirar ahora.

(Se descubre el pecho.)

GESSLER.

Para nada quiero tu vida; sólo quiero que dispares tu ballesta. Es fama que todo lo puedes y que nada te intimida, y que así manejas las armas como el timon de una barca. Siendo esto así, no alcanzo la causa de tu indecision y de tu miedo, tanto ménos, cuanto que habiendo arrostrado los mayores peli-

gros por salvar á otros, bien puedes salvarte á tí mismo ahora.

(TELL parece agitado y sin saber qué hacer, con la mirada errante y las manos temblorosas. Un momento despues, y como cediendo á repentina inspiracion, toma otra flecha del carcaj y la oculta bajo el jubon. El Gobernador observa sus movimientos.)

WALTHER

Tira, padre, tira presto, que no tengo miedo.

TELL.

Sea, pues no hay otro remedio.

(Recogiendo sus fuerzas y preparándose á tirar.)

RUDENS. (Que hasta entónces ha estado conteniéndose.)

Señor Bailío, espero que no llevaréis las cosas más adelante... y que os dareis por satisfecho con lo pasado; que harto ha sufrido ya este hombre, y no es bien extremar el rigor, ni prudente tampoco.

GESSLER.

Callad hasta que se os pregunte.

RUDENS.

Hablo y hablaré porque debo hacerlo en honra de S. M.; y no callo ahora, porque vuestra conducta sólo es ocasionada, señor Bailío, á que todos maldigan del Emperador. Además, ¿qué justifica en mis conciudadanos tanta crueldad? ¿Acaso teneis poderes para cometer tales arbitrariedades?

GESSLER.

¡Qué, os atreveis!...

RUDENS.

Harto tiempo he callado, y harto tiempo he vivido siendo mudo testigo de muchas iniquidades, comprimiendo la indignacion que me desbordaba del pecho; pero ya no sería posible callar más tiempo sin hacer traicion á la patria y al honor.

BERTA. (Interponiéndose y hablando á RUDENS.)

?No veisq ue así empeorais la causa de vuestro defendido en vez de mejorarla?

RUDENS.

Dejé á mis conciudadanos, renuncié á mi familia y rompí todos los vínculos de la naturaleza para servir á vuestro lado la causa que creí más conveniente á la Suiza; pero acabais de quitarme la venda que cubria mis ojos, y veo con espanto que me hallo al borde de un abismo; que habeis engañado mi corazon y extraviado mi pensamiento, y que con la voluntad y el deseo más noble y puro estaba siendo cómplice del verdugo de mis compatriotas.

GESSLER.

¡Temerario! ¿Cómo eres osado á usar ese lenguaje con tu señor?

RUDENS.

Mi señor no sois vos, sino quien lo es de ambos. Libre soy como vos, y vuestro igual, no vuestro siervo, y si no estuvierais aquí representando al Emperador, á quien respeto, os arrojaria el guante. Y si quereis poner á prueba el temple de mi espada, decid á vuestros soldados que se acerquen á mí.

STAUFFACHER. (Gritando.)

¡Victoria! ¡Tell dió en la manzana.

(Miéntras que todos atendian á la querella del Gobernador y RUDENS, TELL habia lanzado la flecha.)

EL CURA.

¡Y el niño está sano y salvo! ¡Loado sea Dios!

VARIAS VOCES.

¡Bien por Guillermo Tell!

(WALTER FURST á punto de caer desmayado, vacila y BERTA lo sostiene.)

GESSLER. (Sorprendido.)

Pero, ¡cómo ha tirado ese demonio!...

BERTA.

¡El niño vive, ánimo buen Furst!

WALTHER. (Acudiendo con la manzana en la mano.

Padre mio, hé aquí la manzana. Ya sabía yo que no harias daño á tu hijo.

(Al disparar TELL la flecha la sigue con la vista cual si quisiera darle direccion con los ojos, y deja caer la ballesta. Cuando ve adelantarse á su hijo, le sale al encuentro con los brazos abiertos y lo estrecha cariñosamente. La violencia de la emocion lo sobrecoge de tal modo, que no sin trabajo logra reprimir sus lágrimas. Todos los circunstantes se fijan en él con vivo interes.)

BERTA.

¡Loado sea Dios!

WALTER FURST.

¡Hijos mios!

LEUTHOLDO.

Lo cierto es que ha sido un gran flechazo, y que se hablará de él en la posteridad.

RODOLFO.

Tal creo.

GESSLER. (Mirando la manzana.)

Bien está. El golpe ha sido certero y en medio. Fuerza es confesar que ha sido de mano maestra.

EL CURA.

Certero ha sido en verdad el golpe; pero ¡ay de quien ha tentado á Dios!

STAUFFACHER.

(A TELL que se halla descansando sobre una piedra.)

Levantaos Tell, y reanimaos. Vuestro valor es digno de las mayores alabanzas y podeis volver á vuestra casa en completa libertad.

EL CURA.

Sí, marchad presto, y referid el suceso á vuestra esposa.

(STAUFFACHER y EL CURA lo empujan dulcemente.)

GESSLER (A TELL.)

Oye.

TELL. (Volviéndose.)

¿Qué mandais, señor?

GESSLER.

¿Para qué guardaste una flecha bajo el jubon?

TELL. (Confuso.)

Señor, los cazadores tenemos esa costumbre.

GESSLER.

No me satisface tu respuesta. Dime la verdad lisa

y llana; que yo, en cambio de tu franqueza, te prometo la vida. ¿Qué te proponias hacer con la segunda flecha?

TELL.

Puesto que me dais palabra de no quitarme la vida, seré franco y os diré la verdad. (Saca la flecha y la enseña mirando con ojos terribles al Gobernador.) Si hubiese tenido la mala suerte de tocar á un cabello siquiera de mi Walther, con esta flecha os habria traspasado el corazon.

GESSLER.

¡Está bien! Te ofrecí bajo la fe de caballero no quitarte la vida por mucho que pudiese agraviarme tu respuesta, y cumpliré mi palabra; pero ya que me has descubierto tus malos designios, quiero que te lleven á donde nunca vuelvas á ver el sol ni la luna. Por lo ménos, allí estaré seguro de tus flechas. (Volviéndose á su séquito.) Prendedlo y atadlo luégo.

(Lo atan.)

STAUFFACHER.

¿Es posible que trateis con tan extremado rigor á un hombre tan visiblemente protegido de Dios?

GESSLER.

Si tanto es su valimiento en el cielo, esperemos que Dios lo protegerá segunda vez. Echadlo en una barca (Volviéndose á los soldados); que yo mismo me propongo llevarlo á Kussnacht.

EL CURA.

El Emperador no sería osado á cometer tamaño desafuero, contrario en todo á nuestras libertades.

GESSLER.

¡Vuestras libertades! ¿Cúyas son? ¿Cuándo las ha confirmado el Emperador? Nunca, y sólo acatando y reverenciando sus mandatos merecereis tamaña merced, nó mostrándoos rebeldes á la justicia y alentando audaces proyectos de rebelion. Aunque todos sois tan culpados como este hombre, sólo á él mando prender. Sirva de leccion á los demas, y aprendan á callar y obedecer.

(Se aleja. BERTA, RUDENS, RODOLFO y soldados lo siguen. FRIESSHARD y LEUTHOLDO se quedan.)

WALTHER FURST. (Dando muestras de profunda pena.)

Se marcha el infame. Diríase que se ha propuesto perderme, juntamente con mi familia.

STAUFFACHER. (A TELL.)

¿Por qué habeis irritado á la fiera?

TELL.

¿Somos acaso dueños de nosotros mismos cuando sentimos dolores tan terribles como los mios?

STAUFFACHER.

Esto es hecho, Tell; con vos quedamos todos esclavos. (Los villanos rodean á TELL.) Con vos perdemos nuestra postrera esperanza.

LEUTHOLDO. (Acercándose.)

Tell, te compadezco; pero es fuerza que obedezca.

TELL.

¡Adios!

WALTHER.

(Gritando con desesperacion y abrazándose á TELL.)

¡No, padre mio, no me dejes sin tí!

TELL. (Levantando los brazos al cielo.)

Allí está tu padre.

STAUFFACHER.

¿No teneis nada que decir á vuestra esposa?

TELL. (Besando cariñosamente á su hijo.)

El niño está sano y salvo. Dios me ayudará en adelante como hasta hoy.

(Se aleja y sigue á los agentes del Bailio.)

XVI.

Pero dejemos ya la poesía, y volvámos á la tradicion, poesía de la verdad.

Dueño Gessler de Guillermo Tell, mas temeroso de que al ejemplo de rebeldía dado por éste, se levantaran en armas los villanos y le arrebatasen su prisionero, determinó de trasladarlo aquella misma noche á Kussnacht, fortaleza del Emperador, situada en la cumbre del monte Rigi. Para ir á Kussnacht se hacia necesario atravesar el lago, y Gessler, que no queria fiar á ninguno la custodia del prisionero, á quien reservaba ejemplar castigo, lo embarcó en Fluelen, puertecillo de pescadores asentado en la orilla occidental del lago de los Cuatro Cantones. Los remeros, cuatro soldados y un práctico, tripulaban con él la barca; el preso, fuertemente atado, iba tendido en el fondo entre los bancos. Diéronse á la vela y navegaron con felicidad hasta mediar la distancia que los separaba de la costa; pero una vez allí cubrióse de pardas nubes el cielo y comenzaron las ondas á encresparse agitadas de huracan violento, pareciendo ántes caer á manera de talud que no soplar de las alturas del San Gotardo por la embocadura de la Reuss. Rifó con esto la vela, y en vano timonel y marineros hicieron los mayores esfuerzos para ganar una ensenada que los abrigase al pié del Rigi; porque siempre los rechazaba la cólera de los elementos, de cuya furia fueron juguete aquella noche temerosa.

—«Sólo hay un hombre capaz de salvarnos,—dijeron á una voz los remeros.

—¿Quién es?—respondió Gessler.

—Guillermo Tell,—replicaron los de Uri.

—Soltadlo, entónces,—añadió el Gobernador;—su vida fia la nuestra; que tome la caña del timon.»

Lo cual oido de los tripulantes de la barca, se dieron prisa y cortaron las cuerdas que sujetaban al prisionero. Entónces Tell empeñó una lucha desesperada con los elementos, é hizo rumbo hácia la costa de Altorf, en cuyos peñascos rompian las olas furiosamente, buscando una ensenada conocida solo de él y que se proponia descubrir en medio de la oscuridad de la noche y de la niebla producida por el embate de las aguas y las espumas pulverizadas del lago, guiándose para llegar á ella del ruido mismo del temporal en las paredes del lago. Al cabo de un espacio que, áun siendo breve, pareció eterno á los de la barca, Tell la hizo virar en demanda de un peñasco bajo, saliente y barrido de las aguas, y dando un salto enorme tomó tierra en él, no sin rechazar con vigoroso y hábil impulso la navecilla, que por tal modo siguió siendo juguete de la tempestad. Antes de que los remeros de Gessler hubieran reconocido al despuntar del alba la costa de Altorf y la ensenada de Fluelen, ya Guillermo Tell habia recorrido la distancia que lo separaba de su casa, y despues de abrazar á su mujer é hijo y de tomar una ballesta y un carcaj lleno de flechas, salió de nuevo apresuradamente.

XVII.

Entrada la mañana logró desembarcar el Gobernador, y no bien estuvo en tierra despachó un mensajero que le trajera de Altorf sus pajes, guardias y caballos, y con ellos se puso en seguimiento del

fugitivo, jurando en alta voz que si no se le presentaba voluntariamente, cada dia que pasara sin hacerlo costaria la vida á un individuo de su familia. Un hombre oculto en la maleza le oyó, y de allí á un instante pasó rasgando el aire una flecha por entre las ramas del bosque, clavándose certera en el corazon del Bailío, que cayó sin vida del caballo. Nadie vió ni supo jamás quién habia disparado el arma mortífera, y Gessler pereció como herido de Dios que no se muestra en sus venganzas sino por el golpe mismo de su mano invisible.

Ya sea que Guillermo Tell no hubiese disparado la flecha sino para salvar á su familia, en aquellos momentos amenazada de muerte, y que le avergonzase haber procedido ántes como asesino que como enemigo leal; ya sea que no quisiera cifrar gloria en un acto de apariencias criminales; ya que partiera el golpe de otras manos que no las suyas, es lo cierto que nunca reivindicó para sí el suceso de Gessler, dejando el crimen ó la gloria del hecho envuelto en el misterio, dándose por satisfecho con recobrar mujer ó hijos, y abandonando á otros la honra de conquistar la libertad política de su patria, vengada ó redimida con un ballestazo suyo; como que la rebelion de Tell sólo fué inspirada de la naturaleza, siendo acaso por esta causa y á pesar de su voluntad el héroe de la Suiza en la sucesion de los tiempos: que del propio modo que una mujer llamada Lucrecia fué libertadora de Roma, un padre fué libertador de la Helvecia.

XVIII.

El último atentado cometido por Gessler contra la paternidad; el drama de la manzana que acabamos de narrar; el suplicio moral del padre; el probable asesinato del hijo por el autor de sus dias; las angustias y los gritos de horror de todas las madres; y, finalmente, la inmolacion del tirano, salvado primero por la víctima é inmolado despues por mano invisible, hicieron fermentar en un instante la conjura de los congregados en Grutli para redimir á su patria. Cada campesino tuvo un cómplice seguro en cada campesino; todos se comprendieron sin hablarse, fiando ciegamente unos en otros sin prestarse otro juramento que una mirada ó un apreton de manos: que aquel estado del alma de Guillermo Tell en los momentos que vacilaba entre apuntar á la manzana puesta sobre la cabeza de su hijo ó al corazon del Bailío, se habia comunicado á toda la Suiza.

En efecto, el 31 de Diciembre los tres jefes de la conspiracion del Grutli levantaron sus banderas y llamaron á las armas sus compatriotas. La de Uri, representaba una cabeza de toro con la cadena del yugo rota; la de Schwytz, una cruz, doble símbolo de suplicio y redencion, y la de Unterwald, dos llaves, imágen de las del apóstol San Pedro, que deberian abrirles las puertas de hierro de su antigua servidumbre.

Al mediar de la noche, seguido Stauffacher de la juventud de Uri, subió sigilosamente la montaña en que se asienta el castillo de Rosberg, una de las ciudadelas del Austria. Nadie velaba en la fortaleza

de los tiranos excepto el amor y el patriotismo en la persona de una jóven de la raza oprimida que servía en calidad de criada en la mansion del señor y estaba prometida en matrimonio á uno de los conjurados. Oportunamente advertida la doncella del momento en que su intervencion sería necesaria, echó al fondo del precipicio el cabo de una larguísima cuerda con nudos, atándola por el otro á los barrotes de su ventana. Introdújose así el jóven seguido de veinte compañeros en el castillo, sorprendió dormido al presidio aleman que lo guarnecia, lo desarmó y lo encerró en los sótanos, y dejando flotar despues en los baluartes el pabellon austriaco á manera de cebo, atraidos de sus colores acudieron á refugiarse allí la mañana siguiente muchos señores que huian de la rebelion extendida ya por los campos, quedando prisioneros y rehenes de los villanos.

En Sarnen se presentaron los labriegos cargados de corderos, cabritos y volatería, ocultando las armas de que iban provistos bajo sus ropas, y en actitud de llevar al señor el acostumbrado tributo de año nuevo; y como saliera en aquel momento el baron para ir á la iglesia, los saludó, encargándoles que lo esperasen. Mas, no bien hubieron pasado el puente levadizo, cuando lo levantaron, y sacando sus armas se arrojaron sobre la guarnicion, la hicieron prisionera, y llamando desde las murallas con trompas de caza á sus compañeros, acrecieron considerablemente las huestes libertadoras.

Miéntras tenian lugar estas sorpresas y asaltos de los compañeros de Stauffacher, Walter Furst y Guillermo Tell escalaban el castillo de Uri, reputado por intomable hasta entónces; y Melchthal y sus héroes se apoderaban de las demas ciudadelas. Gran-

des fogatas encendidas en las torres de todas estas fortalezas la noche de aquel dia memorable reflejaron de cima en cima y de lago en lago los primeros destellos de la independencia helvética, que áun dura vigorosa y fuerte al cabo de ocho siglos; fecha gloriosa que se confundia en el espíritu de los suizos con el nombre de Guillermo Tell, por haber sido, si no fundador, ocasion al ménos de la libertad de su patria. ¡Felices aquellos ciudadanos á quienes acontece lo propio, pues la posteridad no investiga cúyos sean sus títulos á la gloria, sino que los asocia con la grandeza, la virtud y la eternidad de su raza, y los bendice hasta la última generacion!

XIX.

Así acontece con el campesino llamado Guillermo Tell, cuya sencillez ofrece analogía tan maravillosa con la comarca pastoril que celebra eternamente su nombre y sus aventuras en la leyenda, y cuya imágen, así como la de su mujer é hijos, encajan de una manera tan grata y propia en los paisajes grandiosos, rústicos y risueños de la Helvecia, la moderna Arcadia. Porque cuando los viajeros recorren la Suiza, y ven levantarse hasta el firmamento las cumbres del monte Blanco, del San Gotardo y del Rigi cual si fueran los pendones nacionales teñidos por el cielo de la libertad, ó las encrespadas olas del lago de los Cuatro Cantones hacer juguete de su furor alguna barquilla, ó la espumante cascada del Splughen romperse con estrépito en un lecho de rocas como la tiranía en corazones libres, ó que las ruinas de una fortaleza austriaca entristecen los prados de Uri ó de Glaris, ó que la luz del sol ilu-

mina con sus rayos los aterciopelados ribazos en que pastan los rebaños al són de sus esquilas y campanillas, ve la imaginacion en el orígen de todas estas escenas el sombrero del Bailío puesto en la punta de un palo, al ballestero condenado á disparar sobre la manzana colocada en la cabeza de su hijo, al padre reprimiendo su cólera para luchar con la tempestad, y luégo al tirano caer traspasado de un ballestazo cuando el fugitivo perseguido lo entiende proferir amenazas de muerte contra su familia. Historia es esta candorosa y sencilla cual idilio, pues no parece sino que la Providencia se complace por tal modo en dar á cada pueblo libre por fundador de su independencia un héroe fabuloso ó verdadero, conforme á la comarca en que haya de representar su papel, y á las costumbres y carácter de sus habitantes. Por eso vemos que un pueblo rústico y pastoril como el suizo tiene por héroe un campesino, y un pueblo altivo y bizarro como el americano, un soldado revestido de todas las virtudes cívicas, y que los símbolos de ambas redenciones guardan la misma relacion: en Suiza, Tell con la flecha y la manzana; en América, Washington con su espada y el libro de sus leyes.

PEDRO EL GRANDE.

1682-1725.

I.

El czar Alejo, segundo de los Romanoff, dejó al morir dos hijos varones, llamados Fedor é Ivan, y seis hijas, de María Miloslavski, su primera mujer, y dos de Natalia Narichkin, con quien casó en segundas nupcias: Pedro y Natalia.

El suceso más importante y memorable de la infancia de Pedro, tierno niño entónces al que habia de condecorar despues la fama con el sobrenombre de *Grande*, fué una sublevacion de los strelitz, rebelados contra él, que debia exterminarlos andando el tiempo. Pues como al morir prematuramente Fedor, que supo distinguirse poniendo en ejecucion la reforma de los privilegios militares de la nobleza, fuera excluido del trono su hermano Ivan por los boyardos á causa de su flaca y pobre naturaleza y débil inteligencia, y con esto franqueádose á Pedro el camino para llegar á él, indignada Sofía, hermana de Ivan, de la injusticia cometida en su daño por sugestiones ambiciosas de los Narichkin, llamó secretamente á Moscow veinte mil strelitz, é hizo

correr la voz entre las gentes del pueblo del asesinato del destronado príncipe por sus enemigos. Sublevada la muchedumbre con la nueva del supuesto crímen, tomó entónces las armas en defensa de la inocencia y el derecho, y corrió á Palacio con los strelitz, pidiendo á gritos que le fueran entregados los traidores. Lo cual oido de la czarina Natalia, mandó abrir las puertas del Kremlin y se presentó al pueblo amotinado en compañía de su hermano Narichkin, y llevando asidos por las manos á su hijo Pedro y al jóven Ivan, cuya supuesta muerte habia sido hábil superchería de su hermana.

Apaciguase con la presencia del Príncipe la multitud alborotada; mas luégo atruena de nuevo con sus voces, diciendo: «Designemos ahora mismo quién ha de ser nuestro czar.» Prorumpen todos en vivas á Ivan, inclinando sus lanzas los strelitz para saludar al nuevo emperador; y para concluir con sangre la jornada que comenzaron sedientos de ella, pasaron á cuchillo sin más tardanza y arrojaron por las ventanas de Palacio á todos los parciales supuestos ó verdaderos de Natalia y de Pedro, prolongándose la carnicería y el estrago hasta muy entrada la noche y renovándose al despuntar del dia siguiente con ocasion de acudir los amotinados al Kremlin en busca de más víctimas que sacrificar á su saña y feroces instintos.

El padre y un hermano de la Czarina caen juntos en poder de las turbas, y en vano es que Natalia y la misma Sofía pidan de rodillas por sus vidas, pues los strelitz, sin curarse de lágrimas y clamores, llevan al patio á entrambos, y despues de hacer sufrir al jóven horroroso martirio, le cortan los piés y las manos y luégo la cabeza, y lo descuartizan en pequeños pedazos, obligando á su anciano padre, que

tambien lo era de la Soberana de todos, á ser testigo de tan espantable suplicio ántes de hacer lo propio con él. Pedro asistió desde un mirador á la matanza de su abuelo y tio y á la humillacion de su madre, y aquel dia comenzó á odiar de una manera invencible á los strelitz, y brotó en su corazon acaso el propósito de tomar venganza de ellos, tan tremenda y temerosa, como fué temeroso y tremendo el espectáculo que ofrecieron á sus ojos las hordas sublevadas.

II.

Divídese luégo la opinion de los rebeldes, y piden que compartan el trono los hijos de María y de Natalia, Ivan y Pedro, poniendo así el colmo á las pruebas de su estulta barbarie, y proclaman por regenta y tutora de ambos infantes á la princesa Sofía, persona tan impropia para practicar la justicia como para ejercer la venganza. Hecho esto, se atribuyen los rebeldes la custodia de los príncipes, y se proclaman árbitros del trono, y por tal modo vigilan y agitan y perturban el triple reinado de una mujer y dos niños en el mismo Palacio.

Como se ve, al destruir Fedor los antiguos privilegios de la nobleza dejó el trono á merced de la tiranía brutal de la soldadesca; estado de cosas que debia desaparecer en breve roto y deshecho por Pedro el Grande, á quien se hallaba reservada la gloriosa empresa de fundar sobre las ruinas de ambas facciones la unidad y la independencia de la monarquía moscovita.

III.

Aspiraban Sofía y su ministro Galitzin á perpetuar la regencia despues de la muerte de Ivan, cuya salud quebrantada y doliente auguraba efímero reinado; y con la esperanza de conseguir su propósito, ejerciendo la tutela despues de muerto el Czar en la persona de su hijo, diéronle por mujer una hija de Soltikoff, llamada Praskovia, la más hermosa de cuantas damas contaba la nobleza rusa; merced á cuya union se prometia la Princesa neutralizar los efectos de la rivalidad de Natalia, madre del czar Pedro.

Y como entónces comenzara Khavanskoi, general de los strelitz, á quien durante mucho tiempo habia honrado la Princesa-regente con su confianza y favor, á parecer olvidadizo de las mercedes recibidas, y por demas soberbio y envanecido de su predominio entre los soldados, y esto inquietase á Sofía, ideó S. A. una estratagema que la libertara del improvisado magnate. Y poniendo en ejecucion su pensamiento, hizo extender la voz de que Khavanskoi, de acuerdo con los strelitz, habia fraguado una conspiracion para quitar la vida el mismo dia en el Kremlin á los dos Czares y á las dos Czarinas; noticia que cobró más crédito con la de su fuga del Palacio imperial. En efecto, cual si temiera Sofía ser víctima del fingido peligro, se recogió al monasterio de la Trinidad, edificio rodeado de fortísimas murallas. Una vez allí, despachó emisarios á las ciudades vecinas, para que, sin demora, enviasen tropas en auxilio del trono amenazado. Agítase la poblacion de Moscow, corre á las armas y acude al

pié de los baluartes del convento; preséntase tambien Khavanskoi pretendiendo justificarse; pero es asesinado por los secuaces de la Princesa en medio de sus tropas. Tratan entónces los strelitz de vengar la sangre de su jefe, haciendo una matanza general de nobles; mas al verse abandonados de la capital y amenazados de las tropas que comienzan á llegar de los pueblos inmediatos, desisten, se arrepienten, se acusan á sí propios, piden cuartel, y acaban por llevar ellos mismos al pié de los muros de la Trinidad las cuerdas, tajos y hachas que han de servir para darles muerte.

Por tal modo sugiere Sofía sin pensarlo al czar Pedro el ejemplo de una sedicion provocada y reprimida desde las gradas del trono, y de su gobierno independiente y glorioso con el consejo de Galitzin. Firma una tregua de veinte años con el turco, y hace alianzas con Austria, Polonia y Venecia; combate á los tártaros en Crimea, y da por hetman á los cosacos el aventurero Mazeppa, fiel y traidor sucesivamente á todos sus señores.

IV.

Mas si era Sofía bastante ambiciosa para querer reinar á la sombra de Ivan, carecia de la perversidad necesaria para satisfacer su deseo á costa de la sangre de Pedro, su hermano de padre.

Contaba por aquel tiempo el jóven Czar diez y seis años, é iba conquistando ya en el Consejo y en la corte cierta influencia y valimiento á que por otra parte le daban perfecto derecho su alcurnia y su rango; y si bien Sofía toleraba su ascendiente por amor y obligacion, se prometia ver en breve ale-

jado del trono á Pedro, ya porque naciera un hijo á Ivan, ya porque los vicios y desórdenes de su hermano menor, escándalo de los rusos, les hiciera declararlo indigno del trono, ya porque su misma vida turbulenta lo distrajera de los cuidados de la gobernacion del Imperio, haciéndoselos olvidar. Demas de lo expuesto, adolecia Pedro de un defecto que producia hondo descontento en el partido nacional, cuya susceptibilidad era peligroso herir, es á saber, la grande aficion que mostraba siempre á frecuentar el trato de los aventureros ingleses, franceses, polacos y alemanes que acudian á Moscow llevados de su amor á lo desconocido y con la esperanza de adquirir pingües riquezas en poco tiempo. Bien será decir que descollaron luégo por su talento en la guerra, en la navegacion y en la política varios de los amigos de Pedro, tales como el inglés Gordon, el ginebrino Lefort y el breton Villebois, verdaderos ministros de la primera civilizacion moscovita bajo el imperio del futuro Czar.

Estos extranjeros parciales de Pedro le aconsejaron discretamente que pues Ivan habia casado y podia tener sucesion en la hermosa Praskovia, contrajera él tambien matrimonio con alguna rusa para contrabalancear la influencia que diese á su hermano el nacimiento de un heredero. Hízolo así el Czar, y el 17 de Enero de 1689 tomó por su mujer á Eudoxia, hija del boyardo Lapoukin, y más venturoso en esto que Ivan, tuvo el primer año de su matrimonio un hijo, pareciendo por tal modo que la naturaleza se declaraba en favor de la dinastía del uno y en contra de la del otro. Así al ménos lo entendió el pueblo, persuadiéndose de que por medio del recien nacido príncipe habia hecho Dios conocer su voluntad propicia en todo al hijo de Natalia,

con lo cual aumentó extraordinariamente la cifra de los partidarios de Pedro; que si lo temian los rusos por su carácter turbulento, más deploraban la incapacidad irremediable del czar Ivan.

V.

Si hemos de dar crédito á las interpretaciones á las veces aventuradas de los historiadores nacionales y extranjeros de la época que nos ocupa, la Regente y tutora de ambos Czares sintió al cabo celos de su hermano Pedro, y aguijoneada por ellos, determinó de apartarlo del trono por medios de fuerza para reinar más libre y desembarazadamente bajo el nombre de Ivan. Pero nada es eficaz á demostrar ni en la conducta de Sofía ni en la de su ministro Galitzin que concibieran la idea de cometer un crimen. En efecto, si tuvo en sus manos la vida de Pedro y de su madre cuando la matanza de los Narichkin por los strelitz; si luégo lo dejó vivir y reinar, dándole asilo en las gradas del trono; si puesta de rodillas imploró su gracia para salvarlo de la saña y ferocidad de los rebeldes, ¿habia de haber dado tales y tan señaladas muestras de magnanimidad para matarlo despues?

Toda prudencia es poca para precaverse de los historiadores que falsean el carácter de los sucesos y de los hombres. Y por lo que á nosotros respecta, hecha la observacion que precede, nada más añadiremos sino que la estimacion y el respeto que Pedro mismo demostró siempre al ministro de Sofía, siendo Emperador único, dan testimonio de que nunca sospechó de sus consejos á la Regente respecto de él.

El único fundamento que hallamos á esta calumnia histórica levantada contra Sofía, es que como fuera demasiado estrecho el trono de Moscow para dar cabida en él á dos Czares y una Regente, existia cierta rivalidad natural, y á las veces envenenada por los parciales de cada uno, entre Pedro y sus hermanos; que la subordinacion á Galitzin, ministro hábil y omnipotente, se hacía insoportable al más jóven de los Czares por efecto de su carácter violento y de su impaciencia por reinar solo, y que de estas disensiones domésticas en el Consejo y en el Kremlin, nacian inevitablemente bandos y facciones. Bien será consignar que la de Pedro iba en aumento con sus años.

VI.

No parecia sino que la Divina Providencia se complació en formar al hijo de Natalia de los elementos varios, confusos y contradictorios que componian la nacionalidad rusa en el momento histórico que debia representarla y personificarla, pues la superabundancia de savia y de fuerza rebosaban del alma y de la fisonomía del adolescente.

Su estatura era elevada, bien proporcionado de cuerpo, ancho de espaldas, de grande agilidad en sus movimientos, y de andar rápido y firme: tenia largo y musculoso el cuello, majestuosa la cabeza, más cuadrado que oval el rostro, y llenos de inteligencia, expresion y vida ojos y boca, siendo tanta la movilidad de su fisonomía, que demostraba sin transicion los más contrarios afectos. Considerándolo se advertia el temple y grandeza de su alma; pero de un alma brava, salvaje, agreste, despropor-

cionada, que así podia manifestarse practicando el bien como el mal, y á quien la ruda civilizacion en que se desarrollaba no habia sujeto aún á la medida, proporciones y armonía de las facultades características y propias de los pueblos cultos.

Su rostro era reflejo fiel de su espíritu grande, pero desordenado en sus explosiones. Tenía—dice Voltaire—la exactitud que constituye la base de los verdaderos genios y fuerza tal de pensamiento, que cuando concebia una idea, ya nunca la olvidaba; pero el rasgo más principal y dominante de su carácter era la voluntad; voluntad nacida de la conviccion y á las veces del capricho, y sostenida por el orgullo y el convencimiento de la superioridad de rango y de inteligencia, rápida como la imaginacion, paciente como el tiempo, inmóvil como el fin que se habia propuesto, y cuya imágen no se borraba nunca de sus ojos. Pues como los jóvenes extranjeros que formaban su corte habian logrado sin dificultad persuadirlo de que con los elementos de territorio, de mar y de pueblos diversos que la Providencia le otorgaba poseia Estado superabundante para desarrollar en él una de las más grandes razas organizadas del universo y hacerse á sí propio nombre famoso en la posteridad, todas sus ambiciones se contrajeron á la realizacion de ambos ideales: patria y gloria.

VII.

La impetuosidad de su carácter, la prematura libertad de su juventud, el interes que tenía la Regente del imperio en dejarlo corromperse, degradarse y desprestigiarse por obra de sus escandalosas

pasiones, le habian hecho entregarse, adolescente aún, á todos los errores de la intemperancia y de las malas costumbres, gloria vergonzosa de los pueblos bárbaros, no habiendo sido eficaz á contenerlo en la pendiente del vicio ni siquiera la felicidad doméstica que le brindaba la singular belleza de su esposa Eudoxia Lapoukin. Bien es cierto que, al decir de los más íntimos confidentes de la Princesa, era ésta de carácter violento, celoso y devorado de ambicion, defectos que prevalecieron sobre sus encantos.

Una jóven alemana, de peregrina hermosura, llamada Ana Moëns, inspiró por aquel tiempo al corazon del Czar el afecto que tuvo á Eudoxia los primeros meses de su matrimonio, siendo sólo eficaces las persecuciones tan encarnizadas que hubo de sufrir la favorita por parte de la Emperatriz á exaltar más y más la pasion de Pedro. El cual, irritado con las resistencias y contrariedades, deseando vencerlas todas juntamente, llegó á proponer á su amada repudiar á Eudoxia y casarse con ella, oferta deslumbradora que Ana rechazó siempre temerosa de unir su suerte á un príncipe de carácter tan mudable y fogoso, y tan asequible al hastío, como feroz en sus venganzas. El Emperador con esto se apartó de Ana, de lo cual recibió ella mucho contento, abandonando la corte y entregándose libre y por completo á su amor hácia otro galan.

Pedro buscó el olvido de Ana Moëns en indignas aventuras; mas no por eso dejó de pensar en el repudio de su esposa. Ni tampoco podía ménos de ser así, pues ya fuera por complacerlo y secundar sus caprichos, ya por celos de la influencia que temia en el Consejo para lo porvenir de una czarina dominante, Lefort, principal confidente de los secretos de Pedro, estimulaba sin cesar la enemiga

de su señor contra Eudoxia Lapoukin, deseando no sólo sustraerlo al ascendiente de los deudos de la Emperatriz, sino es tambien, y esto en odio y desprecio hácia los rusos, verlo unido á una princesa de Alemania ó de Inglaterra que contribuyese á consolidar el crédito de los extranjeros en la política del Kremlin.

VIII.

Lefort, que fué durante largos años alma política del reinado de Pedro, era de orígen italiano, pero natural de Ginebra é hijo de una familia refugiada en Suiza por motivos religiosos. Y como le repugnaba de todo en todo el comercio, y fuera de él estuviesen casi cerrados entónces en su patria los horizontes á la expansion de las ideas, se trasladó á Francia, Holanda y Alemania, en cuyos ejércitos sirvió, alistándolo luégo los agentes del czar Alejo Romanoff, padre de Pedro, para ir á fortificar la plaza de Arkangel. Apénas hubo llegado á su destino supo Lefort la muerte de Alejo, estallando con esto la enemiga de los strelitz contra los extranjeros, y quedando él reducido á la indigencia y en grave peligro de ir confinado á Siberia, sentina del Imperio. Huyó entónces de Arkangel y se dirigió á Moscow, donde fué acogido por el embajador de Dinamarca, el cual no satisfecho con ampararlo le dió el empleo de secretario y le hizo aprender la lengua rusa para que sirviese de intérprete á su legacion. Por tal modo pudo ser presentado á Pedro, quien cautivado de las gracias de su ingenio le facilitó los medios de seguir la carrera de las armas, objeto de su viaje á Rusia.

Pedro quiso recibir de Lefort las primeras lecciones de organizacion militar, de lengua holandesa y alemana, de política y de gobierno, merced á lo cual el aventurero ginebrino fué adquiriendo cada dia más favor y ascendiente en la gracia y el ánimo de su discípulo; privanza que aumentaba la comunidad en la licencia y el desórden. Presto advirtió el sagaz maestro que Pedro alimentaba grandes deseos de venganza contra los strelitz, y se propuso desarrollar en él la idea de sacudir el yugo de aquella turba feroz de pretorianos manchados de la sangre de su familia, comenzando por aconsejarle que formase lentamente un cuerpo reclutado entre los boyardos jóvenes, clase noble consagrada por completo al arte militar, haciéndolos recorrer por riguroso escalafon todos los grados de la milicia, no merced al favor ni al nacimiento, sino á virtud del mérito, de la instruccion y del celo, y que para dar él mismo ejemplo de la igualdad que debia reinar ante las armas, comenzara sometiéndose al reglamento del cuerpo.

Así fué como empezó á formar con sus pajes y criados en su casa de campo de Preobzajenskoï una compañía de cincuenta hombres, en la cual sentó plaza de tambor, siendo despues en ella soldado, cabo, sargento y oficial. Y desconfiaban tan poco de aquella tropa los strelitz, que tomando á juego sus evoluciones, acudian en gran número á presenciarlas y aplaudirlas.

Cuando el Czar los hubo acostumbrado por tal modo á ver sin recelo su microscópico ejército regular, comenzó á desarrollarlo por consejo de Lefort, aumentando el número de sus individuos lentamente con boyardos y soldados rusos y alemanes, hasta formar dos regimientos, que despues fueron

su guardia. Andando el tiempo, elevó la cifra de estas tropas á doce mil hombres, y los puso bajo las órdenes inmediatas de un inglés llamado Gordon. Este aventurero, más militar y ménos político que Lefort, fué el general de Pedro I, y Lefort continuó siendo su ministro, favorito y almirante.

IX.

Miéntras Pedro empleaba el tiempo en pendencias de amores, juegos bélicos y preparativos para lo porvenir, la Princesa-regente proseguia gobernando el Imperio y la corte con la firmeza, discrecion y habilidad que más frecuentemente han demostrado en Rusia las mujeres que no los hombres.

Sólo teniendo en cuenta las extraordinarias dificultades de la situacion de Sofía, en cuyas manos se hallaban las riendas del Imperio á título de tutora de un czar doliente y sin voluntad propia, y de un czar indómito y ambicioso, aborrecida de los deudos y aliados de ambos, obligada con harta frecuencia y bien á su pesar á reprimir en su propio palacio las conjuras y cábalas que los príncipes y princesas de su familia maquinaban unos contra otros y contra ella misma, es como podemos comprender y apreciar en su justo valor la sabiduría de la Regente y de su ministro Galitzin. Y como todo era facciones á su alrededor, si bien la suya la más numerosa, pues se hallaba en el poder, y representaba por otra parte los derechos de Ivan, heredero primogénito, es indudable que si no recurrió al asesinato para desembarazarse del partido de Pedro, fué porque la fuerza de la sangre y el horror al crí-

men ejercieron siempre imperio más absoluto sobre su alma que el supuesto por los historiadores oarciales de su hermano.

X.

Empero una circunstancia pueril casi dió lugar á nuevos disturbios que privaron á Sofía del gobierno y con él de la libertad. Porque como se sintiera ya Pedro impaciente y enojado de la tutela de su hermana, quien no satisfecha con el ejercicio del poder, pretendia y se arrogaba siempre hasta en las ceremonias públicas no sólo ser su igual en rango, sino superior á veces, dió suelta una ocasion á su cólera y quiso hacerla despojar de las insignias del mando supremo durante la celebracion de los misterios en la catedral de Moscow. La corte, los guardias, el clero y el pueblo se indignaron del ultraje inferido á la Regente por el más jóven de los Czares, y Sofía resistió, retirándose Pedro humillado del templo y de la ciudad y recogiéndose á su casa de campo de Koluma, situada en los alrededores. Lo cual visto de su madre, la princesa Natalia Narichkin, subleva en su favor á los strelitz y los lleva tumultuosamente á Koluma so pretexto de amparar á Pedro amenazado de la venganza de Sofía. Fingiendo dar crédito á la noticia, se repliegan los strelitz con el Czar al convento-fortaleza de la Trinidad, y una vez establecidos allí envian emisarios á los contornos y á la ciudad misma con encargo de correr la voz entre las gentes del pueblo de que la Princesa gobernadora maquina en contra de su hermano. Hallan eco y se propalan estas nuevas: Natalia con sus lágrimas persuade al mismo Patriarca, y vién-

dose abandonada Sofía de repente por los strelitz, el clero y los siervos, se dirige al monasterio para justificarse de su pretenso criminal proyecto. Temerosos los parciales de Pedro de que la Princesa logre desbaratar aquella máquina con su presencia, para evitar la entrevista de los hermanos, salen al encuentro de Sofía, la detienen, la prenden y la llevan cautiva, ultrajada y sin darle descanso al monasterio de Novodevistchei, en cuyos subterráneos la encierran. Los jefes de los strelitz que le permanecieron fieles fueron conducidos despues á la Trinidad, para recibir, muriendo en horribles suplicios, la recompensa de su obediencia y amor á la Regente.

Queda Pedro con esto libre del yugo de su hermana y tutora; pero como ambiciona el Imperio para sí únicamente, si bien da muestras de respetar los derechos de la sangre y la inocencia del desdichado Ivan, lo despoja del título de czar y lo envia rodeado de séquito tan numeroso al Kremlin, que ántes parece guarda de su persona que no decoro de su rango. Poco sobrevivió Ivan á la destitucion de Sofía, quedando entónces Pedro reconocido en todo el Imperio por único señor del Trono en cuyas gradas nació, conquistándolo despues por obra de una revolucion palatina.

XI.

Libre la Czarina su madre de la Princesa-regente, rival de todos, empuñó las riendas de la gobernacion del Imperio sin trabas ni obstáculos que la embarazaran en su marcha el resto de la menor edad de Pedro. El cual entretanto siguió completando su

educacion administrativa y militar con sus familiares extranjeros, en Preobzajenskoï, ó viajando por las diversas regiones del Imperio. Y ya fuese que previera los destinos futuros de su pueblo, que nada tenía que ambicionar en punto á extension de territorio, y cuyas fronteras habian de ser algun dia los mares del Norte y de Oriente; ya fuese fantasía de príncipe nacido léjos de las costas, y á quien por esta causa debiera interesar sobre toda otra cosa la navegacion; ya fuese, y así es más probable que sucediera, efecto de sus constantes conversaciones con Gordon y Lefort, que le hablarian de los grandes arsenales de Inglaterra y Holanda, ponderándole las excelencias del poder naval, es lo cierto que Pedro se apasionó principalmente de la marina.

Su padre, el czar Alejo, que aspiraba tambien á ver surcados de flotas rusas los mares Caspio y Negro, habia hecho venir de Holanda un célebre constructor. Brandt, que así se llamaba este arquitecto naval, quedó reducido á la miseria cuando hubo muerto el soberano, y olvidado de todos, necesitó ponerse á calafate para no morir de hambre, y en tan humilde condicion habria concluido sus dias á no visitar Pedro por entónces el arsenal de Ismailoff. Porque como recorriendo los talleres y astilleros echara de ver arrinconada en un almacen una chalupa sin concluir de traza diferente á la de las barcas que usaban los rusos en aquella sazon, y le sorprendiera su corte, y preguntara por el autor de modelo tan extraño, le dijeron ser obra de un holandes que trabajaba en la maestranza. Hízolo llamar el Czar, dióle órden de acabar la navecilla, de arbolarla y de maniobrar con ella en el rio. Obedeció Brandt, y admirado el Emperador de la superioridad de la chalupa, de su buen gobierno y de la

rapidez con que funcionaba su velámen, la hizo trasportar al lago de Ladoga, para donde salió con ella y su constructor, á quien, despues de nuevos ensayos, nombró jefe de los arsenales, encargándole que sin demora pusiera la quilla á dos corbetas. Llama luégo á su madre, acude con ella la corte, comunica sus planes á todos, proyecta escuadras, acumula materiales, nombra grande almirante á Lefort ántes de tener un barco en que izar la insignia, parte para Arkangel, y navega en el mar Blanco, bajo el pabellon holandes, aprovechando para sus expediciones los barcos mercantes que hacian comercio en aquellas costas.

Al fin, el año 1695, poco ántes del fallecimiento de su madre, logró ver reunida en aguas del Don una escuadrilla que debia combatir á los turcos en el mar Negro. Preocupábale ya la conquista de Azof; pero como le faltaban buenos ingenieros y oficiales, perdió en vano treinta mil hombres en aquella expedicion. No desalentó por eso, y cuando el Austria, la Holanda y el Brandeburgo le hubieron provisto de lo necesario, acometió de nuevo el sitio (1696), con un ejército de sesenta y cuatro mil hombres y una flota de catorce navíos. Él mismo mandaba uno de los buques, y otro Lefort. Atacado Azof por mar y tierra, capituló aquella vez.

XII.

El regreso del Czar y del ejército vencedor á Moscow fué un triunfo imitado de los romanos, en el cual asociaron los rusos á la pompa de los antiguos el lujo de barbarie propio de ellos. En efecto, vieron todos en aquella ceremonia, en pos de los so-

dados que ostentaban coronas de laurel, un gran carro con una empinada horca, y colgando de ella un ingeniero llamado Jacob, que desertó durante la expedicion y cayó luégo prisionero de las tropas de Pedro; espectáculo repugnante y odioso que subió de punto y exaltó por extremo el entusiasmo de la multitud que se agolpaba en las calles hasta Palacio.

Natalia é Ivan habian muerto ya, y Eudoxia, esposa de Pedro, acababa de tomar el hábito de religiosa en un monasterio, convertido en cárcel para ella, no faltando historiadores que atribuyan al crédito naciente del jóven privado Menchikoff el repudio y cautiverio de la Czarina, si bien otros buscan la causa de tan extremado rigor en intrigas amorosas sorprendidas y descubiertas por el vengativo marido, rumor que consigno sin darle crédito alguno, pues en tiempos y cortes como aquella, en que las pasiones constituian la única justicia, palabras difamatorias sin pruebas, no deben merecer al cronista imparcial más autenticidad que las consejas populares.

Sólo dos cosas están suficientemente demostradas en órden al particular que trato, y son el odio y mala voluntad inveterados del Czar á su primera mujer, y la saña con que la persiguió hasta en su calabozo de Schlüsselburgo; lugar triste y apartado, en el cual vivió prisionera la emperatriz Eudoxia desde 1719 hasta 1727, sin más compañía que la de una enana vieja y achacosa, que pusieron en su misma prision para preparar los alimentos y lavar la ropa de la desterrada. Y como los años y las dolencias de la esclava solian obligarla á permanecer en el lecho largas temporadas, los papeles se trocaban entónces, y la Czarina prestaba de buen gra-

do á la vieja deforme los más humildes servicios.

Más adelante veremos que los rigores tan extremados del rudo cautiverio impuesto á la Emperatriz, ántes fueron eficaces á enconar que no á vencer su viril ambicion.

XIII.

Un jóven, ofrecido por rara casualidad y escogido por más raro capricho, usurpó en poco tiempo en e ánimo de Pedro el ascendiente de su esposa; y como este privado fué despues el príncipe Menchikoff, y famoso en la historia de Rusia por la grandeza de su valimiento y de su fortuna y tambien de sus desgracias, y ejerció en la política de su señor extraordinaria influencia, fuerza es darlo á conocer, siquiera sea brevemente; y para el mejor desempeño de mi propósito, consultaré ciertos documentos descubiertos no há mucho en Holanda, y las memorias secretas de un confidente del emperador Pedro; papeles que no dejan la más leve duda en órden al orígen, grandeza y desventuras de su favorito.

Nació Menchikoff en Moscow algunos años despues que Pedro; pero no es posible fijar con exactitud la fecha por haberla ignorado él mismo siempre, aconteciéndole lo propio que á la mayor parte de sus compatriotas contemporáneos, pues entónces no existian registros parroquiales; defecto que no se remedió en el Imperio ruso sino andando el tiempo y por mandato del mismo Czar.. Los nobles subsanaron hasta entónces esta falta inscribiendo en libros particulares los nacimientos y defunciones ocurridos en sus familias.

El padre de Menchikoff era pastelero, y ganaba la

vida vendiendo su mercancía por sí mismo á los soldados en la plaza del Kremlin. Cuando nuestro Menchikoff tuvo diez ú once años, comenzó tambien á ir por las calles pregonando tortas; y como acudia preferentemente á Palacio, donde los cortesanos, los guardias y los curiosos le brindaban más ocasion de colocar pronto y bien sus géneros, y la precocidad de su ingenio y las gracias de su persona divertian á los strelitz, las bromas y juegos de los soldados con él y las carcajadas de todos solian llevar á las ventanas de sus habitaciones al czar Pedro, adolescente casi de la misma edad, el cual recibia tambien mucho contento de oir las réplicas del mozo.

Cierto dia, pues, que un strelitz más brutal en sus chanzas que los otros hacia llorar á Menchikoff tirándole de una oreja, viólo Pedro, y abriendo encolerizado la ventana, mandó al soldado soltar el niño y dijo á otro que lo subiera. Entónces pareció Menchikoff en los salones de un palacio por la primera vez de su vida, y se hizo tan simpático al Czar por su aplomo, su actitud desembarazada y respetuosa y la pintoresca jovialidad de sus respuestas, que lo incorporó en el acto á sus pajes, revistiéndolo por sí mismo con el magnífico traje que reemplazó al traido y roto que vestía. De allí á poco lo destinó al servicio interior de su cámara, comenzando á mostrarse con él familiar hasta el extremo.

Desde aquel entónces, Menchikoff fué inseparable de su amo, acompañándolo á todas partes, y siguiéndolo hasta el salon del Consejo, donde la costumbre de oir tratar un dia y otro de los negocios ministeriales despertó en él con el instinto de la política, buen juicio y ambicion desaforada. Pedro lo consultaba muy á menudo en órden á los asuntos

más arduos y secretos, y los ministros, que conocian el ascendiente del paje sobre su señor, halagaban al amigo para captarse la benevolencia del Monarca. Menchikoff entretanto iba su camino, debiéndolo todo á la naturaleza, y nada, pues nunca supo ni leer, á la educacion. Su aptitud era, sin embargo, extraordinaria; su criterio admirable; la exactitud de sus apreciaciones rayaba en infalibilidad, y su amor al Czar absoluto y ciego. Agradecido Pedro al afecto que le mostraba el mancebo, siguió elevándolo de merced en merced; y como por otra parte habia menester de un ministro extraño á los intereses de clase y á las intrigas de los antiguos magnates rusos, é identificado completamente con él, persuadido de que lo habia encontrado en Menchikoff, quiso atraérselo más todavía, obligar y empeñar más aún su gratitud, poniéndolo en el caso de que cuanto fuera se lo debiese á él, y de que sin él ó despues de él nada fuera, y para conseguir mejor su objeto le otorgó título de príncipe y lo colmó de riquezas y honores á manos llenas.

XIV.

La muerte de Ivan, la reclusion de la czarina Eudoxia en un monasterio, la deshonoracion y cautiverio de la regente Sofía, la gloria y el triunfo de la campaña de Azof, y la paz con las potencias occidentales aseguraban al jóven Czar y le prometian largos dias de seguridad y sosiego en su palacio y en el Imperio. Habia llegado, pues, para él la ocasion tan esperada de salir de Rusia y viajar por Europa.

Porque seducido desde su más temprana edad

por las descripciones que sus favoritos extranjeros le habian hecho de las costumbres, leyes, artes, manufacturas, ejércitos y armadas de la Europa culta, le halagaba la idea de importar en su patria todos los descubrimientos, progresos y adelantos, planteándolos y desarrollándolos en ella bajo su reinado, el cual, á juzgar de su juventud, prometia ser largo, colocando, merced á ellos, su Imperio en un espacio de tiempo relativamente corto al nivel de los pueblos más civilizados y de más perfecta organizacion. Y para mejor conseguir su propósito, queria juzgar por sí mismo de la distancia moral que separaba los rusos de las naciones cultas, de las diferencias de caracteres y del progreso que debia realizarse, é instruirse de una manera práctica por sí mismo en las legislaciones y teorías gubernamentales, así como tambien conocer las industrias y establecimientos fabriles que con tanta eficacia sirven de vehículo á la prosperidad y desarrollo de la riqueza y del bienestar de la humanidad, volviendo luégo á sus Estados, no sólo á título de monarca, sino de precursor de toda civilizacion.

La conspiracion del boyardo Tsikler, recientemente nombrado gobernador de Taganrok, aplazó por un espacio la realizacion de tan vastos proyectos. Tsikler se habia propuesto, con otros dos jefes de familias nobles, tan hóstiles como él á las innovaciones que Pedro se prometia realizar, el asesinato del Emperador, la reunion de los cosacos en Moscow, el restablecimiento de las antiguas leyes y la jura de otro soberano.

Sabedor el Czar de que los conjurados se reunian misteriosamente por las noches en casa de uno de sus jefes principales, llamado Sukoroi, mandó cercarla, y hecho esto, entró resuelto en el edificio,

seguido de un guardia. Sorprende á los conspiradores en la mesa, finge ignorar el motivo que allí los tiene congregados, bebe y brinda con ellos, advierte sin temor las miradas de inteligencia que se dirigen para concertarse respecto del momento más oportuno de realizar su plan, y cuando un mensajero le advierte que ya todo está preparado, se levanta, desenvaina el sable, los apostrofa increpándolos por su alevosía, quedan todos mudos de asombro al verse descubiertos, se postran á sus piés implorando perdon, entran los soldados, Pedro hace sacar de allí á los rebeldes, los somete á un rápido sumario que condena inexorable á morir descuartizados á cuantos participaban en la conjura, y terminada la ejecucion abandona la capital, entregando las riendas del gobierno á Strechnef y al príncipe Ramonodosky, auxiliados de un Consejo compuesto de boyardos fieles.

XV.

El Emperador emprendió su viaje á Europa de incógnito y cual si fuera solamente persona de calidad que formaba parte del séquito de los embajadores del Czar en las principales cortes. Vestian estos diplomáticos y sus acompañantes el traje nacional ruso, muy parecido al de los tártaros y compuesto de largos y anchos gabanes guarnecidos de riquísimas pieles, con botonaduras de plata, oro y pedrería, gorras forradas de marta cibelina y adornos de brillantes, y cortos y anchos sables pendientes de la cintura. Sólo el Czar y su ministro Lefort iban á la moda tudesca.

A pesar del misterio, conocieron los suecos al

Emperador, y al llegar á los arrabales de Riga lo acogieron con señaladas muestras de disgusto, negándose á recibirlo en la ciudad, y poniéndolo en el caso de huir solo, pasando el Dwina por sobre el hielo y de acogerse á Mittau, temiendo ser asesinado; conducta brutal que le inspiró la idea de tomar venganza digna de su carácter. En cambio, el duque de Curlandia y el elector de Brandeburgo lo acogieron con los honores debidos á su rango. Separóse allí de sus embajadores, y tomando el nombre vulgar de Pedro Mikhailoff, se dirigió á Holanda con algunas personas de su séquito. Entónces fué cuando, sin conciencia de lo que hacía, por hallarse privado de la bebida, quiso matar, como Alejandro á Efestion, á su favorito Lefort. Vuelto en su acuerdo, imploró perdon del agredido, derramando abundantes lágrimas; y reconciliado que se hubo con él, visitó en su compañía Rotterdam y Amsterdam, las dos capitales del comercio moderno.

Entusiasta por el arte de la navegacion, cuyos más pequeños detalles deseaba vivamente conocer, se inscribió, desconocido de todos, en la maestranza de Saardam para trabajar en sus astilleros, y así lo hizo por espacio de algunos meses, contribuyendo á la construccion de un navío, que luégo hizo comprar por sus agentes y dirigir al puerto de Arkangel. Aún se conserva en el Museo de la Academia de Ciencias de San Petersburgo un traje de marinero usado por el Emperador en aquel tiempo, y un par de medias de lana gruesa, cuyas groseras mallas desaparecen casi completamente bajo los toscos zurcidos que hizo en ellas el señor de las Rusias.

Hallándose Pedro en Saardam ejercitando el oficio de calafate, mandó á su ejército de Ukrania marchar hácia Polonia para sostener en ella, segun

costumbre de los Estados vecinos de aquella república, la candidatura del rey Augusto frente á otros pretendientes al trono. A su paso por el Haya visitó al futuro Guillermo III de Inglaterra, entónces estatouder de Holanda, guardando el incógnito con tanto rigor, que sólo se dió á conocer del Príncipe, pasando tan inadvertido de todos, que pudo asistir á la recepcion solemne de sus propios embajadores sin que nadie supiera quién fuese.

Reclutó en Holanda una multitud de trabajadores, cuyas buenas cualidades habia tenido muchas ocasiones de apreciar en el arsenal de Saardam, y en Lóndres se concertó con varios ingenieros y notabilidades científicas que consintieron en ir á Rusia para introducir y desarrollar allí el comercio, las matemáticas, las artes y la administracion. Colmado de presentes por el rey Guillermo, volvió á pasar por Holanda en una fragata de guerra que le regaló el de Orange, y desde allí despachó sus oficiales para que recorriesen la Francia, Suiza é Italia, con encargo de tomar á su servicio aquellos artistas, artesanos y aventureros cápaces de servir y enriquecer al Imperio moscovita con sus conocimientos, con sus luces y con la experiencia de la culta Europa. A su paso por Viena, lo recibió y agasajó Leopoldo de Austria, como aliado de guerras futuras contra los turcos, enemigos comunes de ambos Imperios.

Pero miéntras prolongaba su estancia orillas del Danubio, entre festejos y espectáculos militares, esperando la vuelta de sus emisarios, que recorrian la Italia, el trono de Moscow, por cuyo prestigio y gloria tanto hacia, se hallaba gravemente amenazado.

XVI.

Porque si he de dar crédito á las crónicas y rumores de aquel tiempo, la tan prolongada residencia de Pedro en tierras extranjeras comenzó á dar audacia y fuerzas al partido de la Princesa-regente, desposeida y prisionera, y á ella la temeridad necesaria para pretender de nuevo su restauracion. Por otra parte, y esto aumentaba la gravedad del peligro, sentian celos terribles los strelitz, viendo que al partirse de Rusia el tirano, los habia públicamente alejado de la capital con pretexto de que vigilaran á los cosacos y á los turcos en el Don, miéntras fiaba la custodia de Moscow á las tropas regulares mandadas por Gordon. Poco tardó, merced á estas circunstancias, en trabarse inteligencias secretas entre los strelitz y el convento que sérvia de prision á Sofía y á su hermana Marfa, más jóven que la ex-regente. Pero si Sofía conspiraba por ambicion, Marfa secundaba sus proyectos por amor, pues los fuertes muros del monasterio la separaban de un diácono apuesto y mozo con quien no podia comunicarse sino al traves de las rejas del locutorio, insuperable obstáculo que sólo una revolucion sería eficaz á derribar, facilitando á su amante los medios de llegar hasta ella, y ella los de protegerlo y elevarlo en la medida de su voluntad y su deseo.

Y como tambien comenzaban á renacer en el corazon de los rusos tradicionalistas los recuerdos del gobierno tan benéfico, suave y moderado de la desgraciada Sofía, contrastando su popularidad con el escándalo de las costumbres y aficiones antina-

cionales de Pedro y el terror que inspiraba su reinado, cosas ambas que hacian subir de punto la mal encubierta indignacion producida por el cautiverio y persecuciones de una mujer á quien la Rusia era deudora de largos años de paz, y el mismo Emperador reinante de la corona y la vida.

Así las cosas, una vieja que servia de criada en el monasterio, y de la cual no recelaban los carceleros de Sofía, la llevó un pan, diciéndole por señas que lo partiese á solas. Hízolo así la prisionera, y halló dentro una carta de los jefes strelitz, ofreciéndole su apoyo incondicional para elevarla por la fuerza de las armas al trono de los Czares si lo deseaba y poniéndose á sus órdenes. Dos esclavas de Sofía y de Marfa se ingeniaron de tal modo, que burlando la vigilancia de los alcaides y espías puestos por Pedro, establecieron periódica y puntual correspondencia entre sus amas y los conjurados. Un sochantre del monasterio, llevado de su amor á una de las siervas, cedió á ser tambien cómplice de la proyectada revolucion, y por tal modo se concertaron las voluntades de todos al fin de acabar y destruir el gobierno de Pedro juntamente con su vida.

XVII.

A medida que las tropas extranjeras organizadas por el Czar y mandadas por Gordon se multiplicaban y extendian, los strelitz, que Pedro se habia propuesto exterminar cuando llegara el momento de su venganza, iban disminuyendo á ojos vistas diseminados en los cantones más lejanos de la capital. Mal pagados, mal vestidos y peor alimentados, á merced de oficiales indignos que traficaban con

sus víveres y se hacian perdonar su rapacidad tolerando cuantas infracciones de la disciplina son imaginables, y expuestos intencionalmente por los generales del Emperador al fuego y á la cimitarra de los turcos que los diezmaban con su estrago, ya no se reclutaban sino entre los vagabundos hambrientos que buscaban pan é impunidad en el servicio militar. Así y todo, de cuarenta mil que fueron, no quedaban más de diez y siete mil. Y como el contraste de su pasado poderío y de su presente decadencia los predisponia en favor de las sugestiones de la destituida Regente, cuyos partidarios los prometian todos los medros y prosperidades imaginables si la restauraban en el poder, estalló una sublevacion militar el mismo dia en todos los lugares de la Ukraina, en donde Pedro los relegó al partirse de Rusia.

Gordon, que mandaba en la capital, tuvo noticia de la conjura cuando los rebeldes iban sobre Moscow, resueltos á poner en el trono á la Princesa. Ramonodoski, su jefe, ya no lo era, pues lo habian destituido los strelitz al rebelarse, juntamente con los demas oficiales adictos á Pedro, y nombrádose jefes reputados por su adhesion á Sofía; y como la gente campesina y el clero, fanáticos partidarios del antiguo culto, costumbres y tradiciones nacionales, los seguian aclamándolos y orando por su triunfo, el comandante inglés puesto por el Emperador temió no poder reprimir la fermentacion que ya comenzaba en su distrito militar con los doce mil hombres de tropas regulares que se hallaban bajo sus órdenes, siendo inminente un desastre si dejaba que el populacho y soldadesca sublevada se acercaran y entendieran al pié de los muros de la turbulenta ciudad, emporio de los Czares.

Así fué que, inspirándose Gordon en la resolucion y bizarría de su señor, sin calcular el exiguo número de tropas fieles que dejaba en el Kremlin para imponer respeto á Moscow, salió con seis mil hombres de caballería, dos mil infantes y algunos cañones al encuentro de los strelitz. Avistáronse ambos ejércitos á doce leguas de la capital, comenzando la batalla con algunos disparos de artillería hechos sin bala por los de Gordon para imponer sin maltratar al enemigo, el cual se desbandó á los primeros momentos, temeroso del daño; pero como advirtiese uno de los sacerdotes que seguian y estimulaban á los strelitz que ninguno de los parciales de Sofía estaba herido siquiera, y atribuyese á milagro la caridad de las tropas de Pedro, consiguió llevarlos á la pelea recobrados y con nuevos bríos. Lo cual visto de Gordon, mandó cargar las piezas con metralla y barrer las cabezas de columna, miéntras su caballería los atacaba de flanco. Pocos momentos bastaron para dar cuenta de los invasores, quedando dispersos los que no entraron prisioneros en Moscow, sirviendo de trofeo al vencedor, y acabando por tal modo el poder de aquellos hombres que hicieron temblar al Imperio en otro tiempo.

XVIII.

Un correo llevó á Pedro la primera noticia de la revuelta, y sin aguardar más detalles, púsose á seguida en camino para Moscow, sediento de venganza y de sangre. A su llegada todo se hallaba pacificado y tranquilo por obra de Gordon; pero si el inglés con su victoria privó al Emperador del triunfo, le dejó íntegro el castigo de los vencidos. Al saber

Pedro que su general sólo habia hecho siete mil bajas á los rebeldes en el campo de batalla y que aún vivian los prisioneros, se indignó contra él, tachándolo de pusilánime; y para remediar la lenidad de su teniente, mandó en el acto que fueran juzgados en masa por tribunales militares como bandoleros cogidos con las armas en la mano.

Ocho mil hombres salieron á consecuencia de esta medida de los calabozos para ser encerrados como reses destinadas al matadero en un campo vecino de Moscow, cuyas lindes marcaba fortísima y alta valla de madera. Cerca de allí se veian hasta dos mil horcas dispuestas en calles, y alternando con ellas seis mil tajos, cada uno provisto del hacha correspondiente; aparato terrorífico que presagiaba espantosa hecatombe.

Llegado el momento, se presentó Pedro, rodeado de los grandes dignatarios de la corte y de sus generales, en la puerta de hierro que separaba el corral de los prisioneros de la explanada del suplicio. Entraron los heraldos y anunciaron á los reos que dos mil de ellos moririan ahorcados y seis mil degollados, y que la sentencia quedaria cumplida sin más tardanza. Hecho esto, comenzaron á salir de diez en diez; el Czar los contaba conforme iban pasando, como el carnicero el ganado que ha de matar; los soldados de la guardia imperial, convertidos en verdugos aquel dia, los fueron colgando de las horcas: luégo sacaron de cincuenta en cincuenta los que habian de ser decapitados; Pedro los mandaba ponerse de rodillas con la cabeza en el tajo, y á una señal suya cincuenta hachas segaban el cuello á otros tantos strelitz. A pesar de la precision y del órden que se guardaba en esta matanza, de que siempre habia tandas de condenados espe-

rando la muerte, y de que no cesaba el sordo golpear sobre la madera, pareciendo al Emperador que la operacion se hacía lentamente, ó sintiéndose acaso ganoso de tomar en ella parte para desquitarse de pasados sobresaltos, hizo distribuir hachas á su favorito Menchikoff, á su almirante Apraxine, al príncipe Dolgorouki y á todos los generales, magnates y servidores de su comitiva, y empuñando tambien otra cortó por sí mismo hasta cien cabezas, estudiando al propio tiempo con tranquila ferocidad en los cortesanos las más leves muestras de repugnancia que revelaran sus rostros hácia el horrible oficio que les imponia con el ejemplo.

¡Hé aquí lo que tiempos de barbarie y pueblos bárbaros aún apellidan grande hombre! Grande, acaso sí; pero gran verdugo, ya que de aquella matanza y de aquella sangre brotó la civilizacion de imperio poderoso; aunque bien será decir que nunca deshonró á la humanidad en ningun tiempo de la historia suplicio tan enorme y cruento, ni ménos aún se vió ántes ni despues de Pedro I á príncipe alguno usurpar como él lo hizo las funciones repugnantes y odiadas del verdugo por el solo placer de matar.

La hecatombe de los strelitz ha echado sobre las páginas de la historia de Pedro una mancha de sangre que vela casi la grandeza de los fines con la iniquidad de los medios; pues los héroes verdaderos de la civilizacion no aterran al humano espíritu con horribles contradicciones entre los propósitos y la manera más eficaz de realizarlos, sino que lo maravillan y seducen dirigiéndose al bien por el bien, no por el crímen; que no es otra cosa degollar para regenerar.

XIX.

Las ocho mil cabezas de los strelitz fueron llevadas despues á Moscow y puestas por mandato del Czar en las almenas de la ciudad para dar testimonio de su justicia y servir de saludable leccion á sus enemigos, al propio tiempo que de pasto á los buitres.

Por lo que hace á los jefes de los sublevados, recibieron la muerte despues en horcas, colocadas en frente y al nivel de las rejas del calabozo de Sofía, hermana y rival de Pedro, á fin de que la desgraciada cautiva tuviera siempre delante de los ojos los cadáveres y esqueletos de sus partidarios. Seis años, los mismos que sobrevivió á esta nueva ejecucion, permanecieron allí expuestos los despojos de las víctimas.

En cuanto á María, como perdió con su hermana la esperanza de recobrar la libertad, tomó el velo de religiosa en un monasterio muy distante de Moscow, y en él pasó de esta vida casi olvidada de todos el año de 1704.

La milicia strelitz fué abolida y reemplazada por otras tropas regimentadas y disciplinadas á la usanza de Alemania. Y los hijos de los boyardos y de los príncipes ingresaron en masa en las escuelas navales para instruirse bajo la direccion de los maestros que habia traido con este objeto Pedro I de Holanda é Inglaterra.

XX.

Libre del yugo de los strelitz, se consagró el Emperador por entero al planteamiento y realizacion de las grandes reformas que le habia inspirado el progreso en Holanda é Inglaterra, comenzando por la manera de percibir los tributos, hasta entónces recaudados de una manera casi arbitraria y sin la menor intervencion del fisco por los boyardos, y que á partir de aquel momento empezaron á cobrarse por administradores dependientes del Estado, que remitian íntegro al Tesoro público el importe de las cuotas.

La Iglesia, que aún conservaba privilegios de la mayor importancia, más propios de la realeza que de la jerarquía eclesiástica, y que á veces hicieron de los patriarcas magnates tan influyentes que contrabalancearon el poder de los Czares, fué reformada, reconcentrada su autoridad en el Imperio, suprimido el patriarcado y reemplazado por sínodos, cuyos individuos, sobre ser muy débiles para resistir individualmente y para oponerse reunidos á la voluntad soberana del Príncipe, ó acaso por ambas causas, estaban por extremo interesados en complacerlo y servirlo en la medida de su deseo. Restringió mucho el celibato de los monjes y eclesiásticos jóvenes, y prohibió ingresar en los conventos á los sacerdotes que no tuvieran cierta edad, á fin de que la vejez fuese prenda segura de la ejemplaridad de sus costumbres. Y como se le antojara excesiva la creciente renta de los monasterios, la destinó en su totalidad á subvenir á las necesidades del ejército.

Reformó cual César el calendario para ponerlo en

relacion con el año romano. Trasformó el antiguo traje moscovita casi asiático y lo apropió á las necesidades y actividad de los pueblos europeos. Abrió caminos del centro á las extremidades del Imperio y dividió las distancias por etapas militares, é instituyó para el ejército y las clases civiles condecoraciones, insignias y distintivos de jerarquía, mérito y calidad; demostrando en el planteamiento de las reformas que inició para vencer la resistencia que le opuso la tradicion y la rutina la misma firmeza de que dió tan terrible muestra con los strelitz; pudiéndose decir por tanto que habia menester de ellas imprescindiblemente para el desarrollo de grandiosos y ulteriores designios.

XXI.

Largo tiempo hacía que fijaba preferentemente Pedro I su atencion en el litoral del mar Báltico, única zona geográfica que oprima su Imperio, para romperla y apoderarse del territorio que la formaba. Y cuando hubo madurado su proyecto hizo salir para la Ingria, provincia rusa en lo antiguo y que le arrebató la Suecia, un ejército de sesenta mil hombres á las órdenes del general flamenco, príncipe de Croy, que habia entrado á su servicio. Pero la Providencia opuso entónces un héroe al conquistador, poniendo frente á frente Cárlos XII y Pedro el Grande.

Seguro Cárlos XII de su propio valor y de la superioridad de sus soldados, no contó el número de los contrarios, y embarcándose con nueve mil hombres, tomó tierra en las cercanías de Narva, capital de la Ingria, sitiada por los rusos, los atacó du-

rante una tempestad entre torbellinos de nieve, logrando aterrarlos, romperlos, dispersarlos, arrojarlos al rio que pasa lamiendo las murallas de la plaza, hacerles prisioneros á millares y cogerles artilleria, provisiones y bagajes. La cifra de los rusos rendidos en aquella circunstancia excedió de la del vencedor ocho veces, quedando en poder de Cárlos, entre otros generales, el mismo príncipe de Croy y el de Dolgorouky.

La victoria de Narva, una de las más completas y decisivas de los tiempos modernos, dejó al Czar sin ejército y á la Rusia desamparada y abierta y á merced de los suecos. Cárlos multiplicó sus tropas, merced á la rapidez maravillosa con la cual las hizo moverse, y las paseó triunfantes por entre todos sus enemigos coligados en Ingria, Livonia, Polonia y Dinamarca.

XII.

«Venciéndome, acabarán los suecos por enseñarme á vencerlos,» exclamó Pedro el Grande al saber el desastre de Narva. Y sin dejarse dominar del despecho ni de la pesadumbre, corre á Moscow, recoge los restos de su ejército que Cárlos despreció, funde las campanas de los templos y las trasforma en cañones, pide algunos regimientos al rey de Dinamarca, se avista en Birzen con el rey Augusto y se liga con los polacos que le prometen subsidios y veinte mil soldados. Pero la Dieta de Polonia, opuesta como siempre á la voluntad de su rey, niega una cosa y otra, y con esto estalla la guerra civil, principio y fin de las anarquías, y entrega la patria indefensa en manos de los suecos.

No desalienta Pedro, sin embargo, y halla en Alemania, Sajonia y Livonia la equivalencia del contingente polaco.

Invierten un año en pelear á orillas de los lagos de Peïpus y Ladoga suecos y rusos, éstos al mando de Scheremetoff, haciéndose aguerridos á fuerza de reveses; Cárlos amenaza á Arkangel con una flota; el Czar vuela en su socorro, fortifica el Dwina y vuelve á Moscow, y al cabo la profecía de Pedro I se cumple, quedando vencido el sueco en la batalla de Emback. Despues saquean los rusos la Livonia y se llevan cautivos los habitantes de Marienburgo.

Una hermosa jóven, criada del ministro luterano de Marienburgo, iba entre los prisioneros. Llamábase Catalina y estaba destinada por la suerte á ser en breve soberana de aquellos mismos rusos que la llevaban entónces á manera de vil despojo de la guerra.

Despues de haber completado Scheremetoff su obra en la Ingria y la Livonia, limpiándolas de tropas enemigas, y de fundar á Schlüsselburgo, en el Ladoga, fué á Moscow para triunfar una vez más en presencia del Czar.

XXIII.

Si la victoria facilitó el camino á las comenzadas reformas, con el triunfo de sus armas pudo completarlas el Emperador. El cual, de regreso en Moscow, funda la primera imprenta; establece hospitales y talleres para consuelo y alivio de los desvalidos y correccion de la mendicidad; hace ir á Rusia ma-

nufactureros y artesanos de todas las industrias; construye navíos de ochenta cañones en el Dnieper expresamente para el mar de Azof; crea fábricas de armas y arsenales en Olonitz, entre los lagos Onega y Ladoga, y sirve como enfermero en los hospitales bajo el mando del mariscal Scheremetoff para dar á todos ejemplo de respeto á la experiencia y al talento.

El rey Augusto de Polonia, expulsado del trono con su partido por sus mismos compatriotas del bando contrario, se refugia en el imperio de Pedro, le da su general Patkul y veinte mil soldados aguerridos, y con ellos toma una fortaleza llamada Nya, defendida por los suecos, situada no léjos del Ladoga, orillas del Neva, y cerca de su desembocadura. Comprende al primer golpe de vista que aquellos pantanos cubiertos de bosques y matorrales, que fácilmente inundan las avenidas de rio caudaloso, le brindan con su posicion ventajosa para echar en ellos los cimientos de la verdadera metrópoli de un dilatado y poderoso imperio marítimo y continental, y sin más tardanza traza el plano de San Petersburgo sobre las ruinas de la fortaleza de Nya. La futura capital de Pedro consistia entónces en algunas cabañas de madera esparcidas en los bosques y en dos casas de ladrillo rodeadas de muros para su defensa; lo demas eran malezas, árboles y tierras estériles. Cinco meses despues los barcos holandeses atracaban á sus muelles para cargar en ellos peletería y exportarla por el Neva.

El genio de Pedro I abrió por tal modo á la Rusia nuevos horizontes; y á fin de amparar de manera conveniente la futura grandeza de su capital, designó por sí mismo, en el punto que se mezclan las aguas del rio con las del mar, el asiento de nuevos

Dardanelos que la defendieran, echando los cimientos de la formidable fortaleza de Cronstadt.

XXIV.

En tanto que se hacian estos trabajos y armamentos, continuó Pedro la guerra contra los suecos, puso sitio y tomó á Narva, conquistó la Ingria por completo, confirió su gobierno á Menchikoff y socorrió por tercera vez en vano al rey Augusto, su aliado, miéntras que un coronel sueco imponia un rey á los polacos, vacilantes siempre y sin saber nunca por cuál de sus príncipes decidirse. Persuadido ya entónces Cárlos XII de que no podia tomar á Cronstadt, recorria la Polonia para sujetarla completamente á Estanislao, competidor y rival de Augusto, y acabar con la influencia de Pedro en todo el reino.

Al cabo de una serie de triunfos y derrotas, logró el Czar enseñorearse del ducado de Curlandia é incorporarlo á su Imperio. Hecho lo cual, regresó á Moscow, formó por tercera vez un ejército que puso bajo las órdenes de Scheremetoff, y lo envió á Polonia para sostener la causa de su aliado el rey Augusto; pero éste concluyó cediendo cobardemente su trono á Cárlos XII, á la sazon ebrio de gloria en Sajonia, dándole además en rehenes á Patkul, su general; y no queriendo Cárlos tenerlo en su poder, entregó el defensor de Augusto á su rival Estanislao, quien le mandó dar tormento en castigo de su lealtad y de haber combatido bizarramente á los suecos.

Aun se hallaba en Sajonia Cárlos XII cuando dió muestras de inclinarse á favor de otro partido que

se proponia elevar al trono de Polonia nuevo soberano; y advirtiendo entónces la Francia que podria ser el monarca sueco peligrosísimo enemigo de la casa de Austria, intervino para que hiciera la paz con el ruso y volviera sus armas contra la corte de Viena. Pero Cárlos contestó como Napoleon: «Trataré con los rusos en Moscow.» A lo cual replicó Pedro el Grande: «Mi hermano habla como Alejandro; mas sin advertir que yo no soy Darío!»

XXV.

Fracasadas las negociaciones, sale Cárlos XII de Sajonia, entra en Polonia, pasando á nado el Berezina bajo el cañon de los rusos, y los rompe y desbarata en las marismas; pero no saca más fruto de su victoria que la victoria misma. Llega con los suyos al Borystenes y hasta Mohiloff, y amenaza caer sobre Moscow, en tanto que Pedro lo sigue, flanqueándolo con un ejército desde Smolensko. Todo hacía esperar que Cárlos se dirigiese á la capital del Imperio; pero Mazeppa, de nacion polaco, de oficio aventurero, creado hetman de los cosacos, traidor á todos los partidos, causas y patrias que adoptaba, y tránsfuga en aquellos momentos de los rusos, acogido por el invasor, lo aparta de su proyecto y le sugiere la idea de que penetrando en la Ukrania con sus huéstes causara mayor estrago en el corazon de la Rusia. Para dar más peso á su discurso, promete Mazeppa el auxilio de los cosacos, siendo así que carecia ya de autoridad para persuadirlos. Cree Cárlos en la palabra del traidor, se aventura en la marisma entre el Borystenes y los torrentes, y cuando el Czar lo ve allí, lo aco-

mete, dándole una batalla que dura tres dias, alcanzando tres victorias en una, y perdiendo el sueco diez mil hombres entre muertos y prisioneros.

Incorpórase á Cárlos XII Mazeppa con dos hordas de cosacos en vez de un pueblo entero que le habia prometido; y á pesar de sus quebrantos y de lo exiguo del refuerzo que recibe, se obstina en recorrer la Ukrania, seguido de veintidos mil hombres. En vano es que sus generales le hagan presente la necesidad de recogerse á una plaza fuerte para preservar las tropas de los estragos del frio, aliado natural de la Rusia, como en época más reciente aconsejaron á Napoleon los suyos en iguales circunstancias; que del propio modo se obstina el miedo que la ambicion, y Cárlos, acosado de las nieves, los hielos y los rusos, se negó á volver á pasar el Borystenes, invernando acampado, y marchando al despuntar de la primavera en direccion del Tanais.

Alcánzalo el Czar en Pultawa, pueblo de muy escasa importancia, embistiéndose ambos ejércitos furiosamente. Herido Cárlos en una escaramuza, se hace llevar al fuego en camilla, y entusiasmados los suyos con el ejemplo de su bizarría, caen sobre los rusos de manera tan impetuosa y brava que los arrollaron los primeros momentos, apoderándose de sus trincheràs; mas hé aquí que cuando los suecos pregonaban con grandes aclamaciones su victoria se presentan de improviso sesenta mil alemanes y rusos mandados por Pedro, Scheremetoff, Menchikoff y Bauër, abrumando con sus masas las diezmadas tropas del rey de Suecia. La camilla en que va Cárlos rueda sobre la nieve desbaratada de un cañonazo, cayendo el Príncipe ileso milagrosamente; improvisan otra los suyos formada de lanzas, y sentado en ella pelea fuerte, animoso, y pistola en mano,

enardeciendo el valor de todos, recibiendo nuevas heridas y no cediendo el campo sino cuando lo ve cubierto de diez mil cadáveres.

Entónces lo montan en un caballo que lo lleva orillas del Borystenes á la carrera, revuelto en el torbellino de los fugitivos de su ejército; pero allí lo espera otro desastre, porque como Menchikoff lo hubiese precedido, le salió al encuentro, y envolviéndolo, le hizo quince mil prisioneros, dejándole con esto sólo la memoria gloriosa y triste de sus tropas, ántes terror del Norte por la grandeza de sus hechos, y en aquel punto su asombro por la fantástica desaparicion de todas ellas. Sin ejército ni retirada, Cárlos se vió forzado á buscar asilo en Turquía.

En el campo de batalla de Pultawa brotó el engrandecimiento militar de los rusos, creciendo su nombre á costa del héroe abatido por ellos á tanta altura como él habia colocado el suyo propio; pero si la gloria de Pedro I fué inmensa ganando una batalla memorable, aún lo fué más por haber creado un ejército capaz de vencer á los que merecieron en Europa fama de invencibles.

XXVI.

Los polacos, sajones, silesianos y hasta los mismos suecos se levantaron despues del desastre de Cárlos XII como las espigas cuando ha pasado el huracan; que la política del héroe vencido en Pultawa, lo propio que la de todos los conquistadores, sólo era orgullo, ambicion y fuerza, y al faltar él nada subsistió de cuanto habia querido, por ser cuanto quiso exclusivamente personal. Así fué que

la Sajonia se sublevó contra la Suecia, y que Augusto, el rey de Polonia, protegido del Czar, entró en sus Estados con el ejército de Menchikoff. Pedro mismo fué á Varsovia para recibir de la nobleza polaca juramento de fidelidad al rey de su eleccion, y Polonia, Prusia y Dinamarca firmaron allí mismo un pacto con Rusia contra Suecia. Hecho lo cual, y seguro el Czar del elector de Brandeburgo, regresó por Riga y San Petersburgo á Moscow, donde hizo su entrada triunfal, ostentando en ella como trofeos de la victoria los prisioneros de Pultawa, los cañones, las banderas y la rota camilla del caudillo vencido, espectáculo verdaderamente grandioso y eficaz á reavivar la emulacion de los vencedores. El tambien recibió entónces de sus tropas por primera vez y del embajador de Inglaterra coronas de laurel y el título de emperador.

XXVII.

Sin perder momento se dirige á la ciudad anseática de Elbing, situada á orillas del Báltico, y la conquista de los suecos; vuelve á San Petersburgo, reune la flota en Cronstad, se hace á la mar en ella con rumbo á Viborg, capital de la Carelia en Finlandia, toma la plaza, y á seguida Riga, en el Dwina, y Pernau y Revel en el golfo de Finlandia.

Por tal manera iba perdiendo la Suecia por todas partes sus posesiones y conquistas, y su Senado temblaba sobrecogido con las exigencias de la liga del Norte y las de Cárlos XII, que amenazaba castigar el desaliento de sus vasallos, hasta que, cediendo al fin á la necesidad, suscribió por mandato de Pedro un tratado que más parecia capitulacion, y á

virtud de cuyas cláusulas no podria ir el ejército sueco en busca de su rey para socorrerlo, á Bender, donde se hallaba solicitando auxilio hasta de los turcos.

Todos los indicios hacian presentir entónces que terminada la guerra en el Norte con la batalla de Pultawa, comenzaria en el Pruth, donde iba reuniendo lentamente el turco trescientos mil hombres bajo las órdenes del gran visir Mehemet-Baltadji. Pero, en tanto que Pedro preparâba, no sin grandes inquietudes, por efecto de la muchedumbre de sus enemigos y de la prision de su embajador en Constantinopla, un cambio de frente, y enviaba orillas del Pruth, como precursor suyo, á Scheremetoff, se acercaba el momento de que la vacilante y crítica situacion del czar de las Rusias hallara en una mujer de orígen humilde, consejo, consuelo, salud, y acaso con la propia la salud de la patria.

Y como el destino de Catalina ofrece en la historia de los siglos ejemplo tan prodigioso del poder irresistible de la hermosura, del amor, del genio y de la fortuna juntamente, y que las aventuras de la humilde sierva livoniana se tornan por ello en las glorias más nacionales de un grande Imperio, me propongo ahora narrarlas, siquiera sea de un modo sucinto y breve, valiéndome para el mejor desempeño de mi obra de algunos documentos inéditos y hasta el presente desconocidos, merced á los cuales podrá seguir el lector desde la cuna hasta las gradas del solio á la Ester moscovita, iniciándose y penetrando los misterios de su oscuridad, favor, coronacion y reinado.

XXVIII.

Hácia el año de 1670 logró evadirse de Polonia, su patria, una pobre familia de artesanos, siervos ó esclavos, y se refugió para gozar de libertad en Derpt, pueblecillo de Livonia. El marido, llamado Skawronsky, vivia, juntamente con su mujer, del trabajo de sus manos; mas como invadiera la peste aquel lugar, huyeron ambos á Marienburgo, donde fallecieron uno y otro, dejando huérfanos á sus dos hijos en edad muy tierna y á merced de la caridad pública. El mayor, que contaba cinco años, fué recogido por un labriego compasivo de la vecindad, que lo crió con sus propios hijos. Ya se verá más adelante por efecto de qué coincidencia tan providencial se descubrió su paradero y fué reconocido por su hermana, siendo ya emperatriz de Rusia. Tres años contaba ésta el dia que perdió á sus padres. El pastor del pueblo la prohijó; pero arrebatado tambien de la peste de allí á poco, la niña quedó en la casa sola y abandonada de nuevo. Llegó entónces á reemplazar al pastor difunto de Marienburgo el arcipreste de la provincia, llamado Gluck, y al entrar en el hogar desierto del buen eclesiástico, halló en él á la niña, único superviviente de dos familias. Al verlo se fué á él, como si lo conociera, y asiéndole del faldon de la casaca, lo llamó padre y le pidió de comer. Movido á lástima el arcipreste y considerando la situacion desdichada de la huérfana, la tomó consigo y la llevó á Riga, donde residia su familia, y la confió á su mujer, piadosa y caritativa como él. Educáronla y la enseñaron con sus hijas, y la guardaron en patriarcal domesticidad

hasta la edad de diez y seis años, siendo ya tanta entónces la discrecion y hermosura de la huérfana, que á todos seducia. Prendóse de sus gracias más rendidamente que otros el hijo del gobernador de Riga, y como ella le correspondiese acaso con demasiada efusion, temiendo la familia un desenlace contrario á sus conveniencias é intereses, lo evitó haciendo casar á Catalina Skawronsky con un soldado de Cárlos XII, de guarnicion en Marienburgo. La fama de las prendas de la desposada llevó gran concurso de gentes á la iglesia; mas apénas hubo terminado la ceremonia, cuando el novio tuvo que separarse de su esposa y salir á campaña con su regimiento, quedando viuda Catalina la noche de sus bodas, á la edad de diez y seis años, y como ántes sirviendo de criada en casa del pastor Gluck.

XXIX.

La guerra condujo poco despues al mariscal Scheremetoff á Marienburgo; y como intimara la rendicion de la plaza, enviaron sus moradores para implorar la humanidad del ruso al pastor Gluck. Ganoso Scheremetoff de atraerse por los buenos procederes el afecto de los livonianos y de hacerles más amable la conquista de su señor que la dominacion brutal de Cárlos XII, acogió amable al diputado y lo convidó á comer en su compañía juntamente con su familia. Y llamando entónces su atencion la hermosa presencia y expresiva fisonomía de Catalina, y advirtiendo, á juzgar de su traje, que su calidad era servil, exigió en rescate de la plaza sitiada que la esclava entrase á formar parte de su servidumbre. Resistieron, pero en vano, los de

Gluck, y hubieron de ceder al fin, separándose de su protegida con lágrimas en los ojos. Ella tambien dejó á sus padres adoptivos como quien pierde hogar y libertad, y dolida de la suerte que la esperaba en su nueva condicion á merced de un amo señor de la vida de sus siervos.

Nunca olvidó Catalina el hogar adoptivo de su juventud, siendo tan fiel su memoria y tan grande su agradecimiento á la familia del pastor de Marienburgo, que cuando se halló en el trono, pensó en ella siempre con dulce melancolía, dando repetidas muestras de generosidad á todos sus individuos.

Siete meses la conservó Scheremetoff, ántes cual concubina obligada que no cual esclava, y al cabo de ellos, cuando llegó á Livonia para reemplazarlo en el mando de las tropas Menchikoff, prendado de su hermosura, se la pidió. No atreviéndose á resistir al deseo de un favorito del Emperador, vino en ello el veterano, pasando así Catalina de uno á otro amo. Pero más jóven, amable y apasionado Menchikoff que su predecesor, inspiró á la bella livoniana tanto afecto como repugnancia sintió siempre hácia Scheremetoff; y como la trataba con verdadero amor, pocas semanas despues de ser su sierva hubiera sido muy difícil distinguir—dice á este propósito Villebois—quién de los dos era dueño del otro.

XXX.

Tanto predominio habia conquistado Catalina en el corazon de Menchikoff, como acaba de verse, á la edad de diez y siete años, cuando el czar Pedro partió repentinamente de San Petersburgo, dirigiéndose á Polonia, con el objeto de visitar al rey Au-

gusto, y atravesando la Livonia, se detuvo en casa de su favorito. Entre las esclavas que lo servian á la mesa estaba Catalina, por inadvertencia ó acaso por vanidad de Menchikoff; pero ya fuese por una ú otra causa, es lo cierto que no bien puso en ella los ojos el Czar, quedó prendado de su hermosura y seducido de sus encantos. Preguntó por ella con señaladas muestras de interes á su protegido; dirigió despues á la esclava palabras galantes que delataban bien á las claras su pensamiento; contestó Catalina ruborosa y tímida, pero discreta, y subiendo con esto de punto el deseo de Pedro, que no tenía más ley que su capricho ni otro freno que la propia voluntad, la dijo entre chanza y véras cuando hubo concluido de cenar que llevara luz á su alcoba, demostrándole así su predileccion. Y como las costumbres licenciosas de aquel tiempo y los mandatos de los czares y príncipes del Imperio no consentian á una esclava defender la propiedad de su persona, la jóven hubo de resignarse. Al dia siguiente partió el Czar muy de mañana, y al despedirse de Menchikoff alargó la mano y dió á Catalina un ducado; que no solia—dice un cronista contemporáneo—ser más generoso nunca en tales casos.

Ofendida la esclava, no de la ruindad del Czar, sino de la indigna corrupcion á que su amo la expuso, rompió en lágrimas y denuestos contra él cuando se hubieron quedado solos; pero las quejas tan acerbas como merecidas de Catalina, tuvieron aquella vez la virtud de acrecer el amor de Menchikoff en lugar de irritarlo, y muy luego quedaron reconciliados y en mejor armonía que lo estuvieron ántes, no turbándose ya más el sosiego de sus almas hasta que ocurrió la vuelta inesperada de Pedro. El cual, huyendo de la peste de Polonia, re-

gresó á Livonia; y como entónces advirtiera el estrago y la ruina de la provincia, más destruida por las exacciones de su Gobernador que por la epidemia reinante, montó en cólera contra él y le dió de bastonazos, sin más consecuencia; pues cuando se hubo sosegado, le perdonó y siguió viviendo en su compañía de la manera más familiar y fraternal.

No habitaba el Czar entónces en la misma casa de Menchikoff, sino en otra inmediata; pero los dias y gran parte de las noches los pasaba trabajando, conversando y divirtiéndose con el hijo del pastelero de Moscow. Advertida Catalina del peligro que corria pareciendo delante del Monarca, se ocultó; mas él, que acaso habia vuelto á Livonia y continuaba en ella, no tanto por atender al bienestar de la comarca, cuanto por ver á la esclava del Gobernador, echándola de ménos, preguntó por ella con el más vivo interes y mandó que viniera.

Al presentarse Catalina delante del Czar y de su amo, su rubor, la emocion de Pedro, y el mal disimulado enojo de Menchikoff, demostraban claramente la repugnancia de Catalina, la simpatía del Czar y la contrariedad de Menchikoff. Mas, por ser aquella la primera vez que sentia el Monarca los verdaderos efectos del amor, y con ellos cierta cortedad impropia de su carácter atrevido y brutal, apénas si acertó á decir algunas palabras amables y galantes á la esclava. La cual como no lo animase tampoco á continuar en su empeño con sus respuestas frias y respetuosas, Pedro dió punto á las chanzas y calló, quedando pensativo cual si buscara ideas que lo distrajesen de hondas preocupaciones.

Acostumbran los rusos á servirse licor despues de comer, y al presentar la Skawronsky al Soberano la bandeja cargada de copas y botellas para que to-

mara, Pedro le habló así despues de contemplarla un espacio: «Parece que no estamos hoy tan amigos como llegamos á estarlo la otra vez; pero se me antoja que haremos la paz muy pronto.»

Y, sin esperar la respuesta de Catalina, se volvió hácia Menchikoff, añadiendo con ademan resuelto, y señalando á la jóven: «¡Me la llevo!»

Catalina no volvió más á casa de su amo.

Pasados algunos dias, dijo el Czar á su favorito, aludiendo á la esclava: «No basta que me la cedas, sino que has de dármela vestida, y pues casi no tiene ropa que ponerse, mándale cuanto ántes lo necesario para que pueda presentarse ataviada cual conviene á la sierva preferida del emperador de Rusia.»

Menchikoff creyó no equivocarse dando á las palabras del Czar un sentido muy lato, y sin más tardanza dispuso en un cofre todas las galas de Catalina, juntamente con un aderezo magnífico de pedrería, y lo envió á su destino, previendo acaso ya el próximo encumbramiento de la hermosa livoniana; regalo este último que, con ser digno de la esplendidez de un monarca, no hizo mella en las riquezas del Gobernador, cuyo caudal era ya tan enorme, que sólo en diamantes poseia un verdadero tesoro, fruto del favoritismo, de la venalidad y de la guerra.

Dos siervas, que habian sido criadas de Catalina en casa de Menchikoff, fueron portadoras del presente á su antigua compañera de servidumbre, y al recibirlo ella, como viera el aderezo entre las ropas, corrió presurosa dando palmadas y llamando al Czar para mostrárselo.

«Venid, señor,—decia,—venid á mi cámara esta vez siquiera para que os muestre una maravilla!» Y

tomándolo familiarmente por la mano, lo llevó á donde queria. «Hé aquí el equipo de la esclava de Menchikoff,—exclamó señalando á las ropas y alhajas.—Si esto viene de sus manos, — prosiguió,— fuerza es convenir en que despide con mucha generosidad el Príncipe á sus esclavas; pero como ántes me parece que sea vuestro el agasajo á juzgar de su grandeza, que no de Menchikoff, os pido me digais á quién lo debo.»

Calló el Emperador, y entónces mirándolo fijamente Catalina, le dijo: «De vuestro silencio infiero la verdad, y pues no sois vos quien me regala y sí Menchikoff, nada quiero, y le devuelvo sus joyas, que no debe lucir la esclava favorita del Czar.»

Y tomando una sortija que ningun valor tenía comparada con lo demas, se la puso. «Guardaré— añadió—este anillo, en memoria de las buenas acciones del Príncipe conmigo; y ahora que se lo lleven todo, aunque sea mi nuevo dueño el dadivoso, pues yo no pretendo galas de su parte, sino cosa de inestimable valor en pago de mi ternura.»

Al pronunciar estas palabras hizo un esfuerzo Catalina por sonreir; pero vencida en la lucha que trabaron en su corazon el dolor y la alegría, los recuerdos y las esperanzas, rompió á llorar y cayó desmayada en brazos del Monarca, reanimándola él con sus caricias.

Las dos siervas, testigos de la escena, y un coronel de guardias que allí estaba por acaso, igualmente sorprendidos de la ternura y solicitud de Pedro I en esta circunstancia, por ser ambas cualidades impropias de su carácter y áun más de su rudeza con las mujeres, divulgaron los detalles de la plática pasada entre los amantes y de la congoja y desmayo de Catalina, y desde aquel punto comen-

zaron á entender cuantos tuvieron noticia del suceso que al cabo habia encontrado el dominador de Rusia en su propio corazon el yugo á que sometia el Imperio.

XXXI.

Miéntras Pedro estuvo en Livonia ocultó á los ojos de todos el objeto de su amor, no por decoro, sino por celos. Ni tampoco habló con ella nunca en público, sino que la guardó recluida en una cámara contigua de la suya como avaro que oculta su tesoro, y al partir para Moscow encargó á un capitan de su guardia que la diera escolta, llevándola misteriosamente y guardándole las más grandes consideraciones y respetos hasta dejarla en casa de una dama de confianza. Durante aquel viaje, un correo daba noticia diaria de la Skawronsky al Emperador, que la seguia.

Tres años vivió Catalina en Moscow sin que nadie lo sospechara, oculta en una casa de traza modesta y apartada del centro, y asistida de una dama de familia noble, pero pobre, la cual, andando el tiempo suministró de viva voz estos detalles á Villebois, de cuya relacion manuscrita he tomado los que preceden y siguen relativos á la hermosa livoniana; que Pedro se recataba tanto de visitarla entónces, que sólo iba de noche y acompañado de un hombre de su confianza, no habiendo comenzado á dejar traslucir algo de su empeño amoroso hasta mucho despues, cuando, para conciliar las exigencias de la gobernacion del Imperio con el afecto cada vez más grande que sentia por su esclava, despachó con sus ministros en presencia de ella. Por tal manera em-

pezó Catalina insensiblemente á iniciarse en las deliberaciones de los asuntos políticos y administrativos, y merced á la penetracion de su talento y á la claridad de su ingenio, fué adquiriendo en el consejo aquella decisiva influencia que tuvo y conservó despues. Y no solamente cedia el Monarca ruso á las discretas indicaciones de Catalina en los negocios graves y cuando se hallaba indeciso, sino que se complacia en ello, amando en su sierva juntamente la inspiracion de su inteligencia superior, el tesoro de sus afectos, y el oráculo de los futuros destinos del imperio.

En este oculto retiro dió á luz Catalina dos hijas, que fueron sucesivamente á la muerte de Pedro I las emperatrices Ana é Isabel, y un hijo que no debia reinar.

XXXII.

El casamiento de la Skawronsky con el soldado de Cárlos XII era el único motivo que impedia en aquellas circuntancias á Pedro tomarla por esposa y darle con su mano el título de czarina; y como todos ignoraban su paradero, hizo buscarlo el Emperador ansiosamente por Menchikoff.

A su vez buscaba el soldado á su mujer desaparecida de Marienburgo. Habíanlo hecho prisionero en Pultawa, llevádolo cautivo á Moscow para formar en el cortejo triunfal de Pedro el Grande y relegádolo despues á una provincia lejana, donde al saber que Sheremetoff habia tomado para sí á Catalina, y á éste pedídola Menchikoff, que luégo se habia enamorado el Czar de una esclava del favorito y que la sierva ejercia omnímodo imperio sobre su

nuevo señor, sospechó que fuera su misma esposa. Orgulloso y satisfecho de sus conjeturas, las comunicó imprudentemente al comisario ruso encargado de los prisioneros suecos en la comarca, esperando acaso que la generosidad del soberano le compensaria de la pérdida de Catalina; mas ya fuera por mandato de Pedro, ya por evitarle celos, es lo cierto que aparentando ver en las revelaciones del prisionero impostura notoria y ofensa grave á la dignidad imperial, envió al desdichado marido á los desiertos de Siberia, de donde se recibió en Moscow poco tiempo despues de la paz con Suecia noticia fidedigna de su muerte.

Nada se opuso ya entónces sino la diferencia de religion al casamiento secreto de Pedro y Catalina. Pues como habia nacido en el seno de la Iglesia católica, y educádose luégo en la secta luterana y fuese necesario que adoptara el culto griego, Pedro le pidió que abjurase; apostasía que no le costó mucha pena realizar estimulada por su dueño, cuyo amor y ambicion le ponderaban á cada paso la superioridad de los cismáticos sobre sus dos anteriores doctrinas religiosas. En efecto, abjuró, y fué bautizada, contrayendo matrimonio el mismo dia con el Soberano; y la princesa María, hermana del Czar lo alentó á que se casara con Catalina, ya por lisonjearlo, mostrándose partidaria de lo que tanto deseaba él, ya por ver reemplazada con la bondadosa livoniana la soberbia Eudoxia, de quien todos temian y á la cual por este modo se quitaba completamente la esperanza de volver, que aún tenia, sin embargo de hallarse repudiada.

XXXIII.

Una vez casado, si bien secretamente, ya no tuvo reparo el Czar en parecer á todas horas y en todas partes con Catalina; y como hubiera de partirse aquellos dias para el ejército de Sheremetoff, acampado frente á los turcos en Besarabia, la llevó consigo á la guerra, saliendo á la cabeza de su guardia y de toda la nobleza del Imperio, en direccion del Dniester. Y haciendo un movimiento atrevido, pero peligroso por extremo, cruzó el Pruth y acampó en la orilla derecha del rio para tender la mano al ejército de Sheremetoff, miéntras que doscientos cincuenta mil turcos y ochenta mil tártaros auxiliares suyos plantaban sus tiendas un poco más abajo en la orilla izquierda.

El gran visir Baltadji-Mehemet remontó el rio, lo cruzó bajo el fuego de los cañones rusos, los arrojó á unos dilatadísimos bosques, y los separó de las aguas del Pruth, y haciendo luégo rodear aquella espesura por cien mil tártaros y veinte mil árabes, que iban estrechando lenta y fuertemente su círculo, puso al Czar en situacion desesperada, dejándolo sin medios de avanzar ni de retirarse, ni otro recurso sino rendirse, del propio modo que lo habia hecho él mismo en Pultawa con Cárlos XII. Y hubiera inevitablemente perecido el Monarca en los bosques, acosado como una fiera, sin la magnanimidad del Gran Visir y los consejos de Catalina. Pero Baltadji-Mehemet sólo queria humillar á los rusos sin destruirlos; que así aquel pueblo nuevo cuyos destinos ni siquiera presentian los turcos, como los gérmenes de la civilizacion echados por

el Czar, le parecian, del propio modo que la Polonia, elementos útiles á su política para contrabalancear al Austria, su verdadera y eterna enemiga.

Catalina fué la única persona que tuvo en el campo ruso la perspicacia de adivinar la política del Divan, logrando persuadir á Pedro, quien no hallaba otro remedio á su situacion sino el cautiverio y la muerte.

Porque, miéntras su ejército, extenuado por efecto de marchas y contramarchas prolongadas y de la falta de víveres, contaba los dias que le faltaban para capitular, él, que, acostumbrado á los favores del destino, conllevaba mal los reveses de fortuna, y más fatalista por efecto del desaliento que los turcos por creencia, cerraba los ojos para no ver el lúgubre aparato de su ruina. Solo en su tienda de campaña, desesperado y sin saber qué hacerse, iba y venía Pedro como leon prisionero, dejándose caer en el lecho cuando la fatiga lo rendia con el rostro sobre las almohadas para ocultar sus lágrimas y sofocar sus sollozos. Mas, áun cuando la situacion era por extremo grave, aún quedaba esperanza de remedio.

XXXIV.

En medio de la consternacion general, sólo Catalina conservaba entero el espíritu y la sangre fria que suelen tener las mujeres superiores en los grandes peligros. Y como se inspiraba en su amor al Czar y en su gratitud á la Rusia, desentendiéndose de las órdenes terminantes de Pedro, que habia prohibido bajo pena de muerte la entrada en su tienda, y dolida tambien con el espectáculo que ofrecian los soldados, desfallecidos de hambre y sin fuerzas

para combatir ni retirarse, llegó resuelta donde se hallaba el Monarca; se arrojó á sus piés para que la perdonase de su atrevimiento; lo abrazó y lloró con él la desgracia de todos; le consoló en su amargura; le reprendió con dulzura la flaqueza que mostraba por abandonarse al desaliento, y acabó por convencerlo de que la única esperanza de salvacion estaba en la paz, hábilmente propuesta y resueltamente concluida, merced á lo cual se salvarian el ejército, la Rusia y el Czar mismo. El Emperador concluyó autorizando á Catalina para entablar negociaciones con el Gran Visir.

Conocia Catalina un soldado del ejército ruso que habia residido largo tiempo en Constantinopla en calidad de intérprete del embajador Tolstoi, y que se preciaba de conocer á fondo los medios de corrupcion adecuados y propios á romper el círculo de hierro que rodeaba las tropas de Pedro, abriéndoles el camino de Moscow. Lo mandó venir y lo llevó á presencia del Czar; el cual, despues de interrogarle y de quedar satisfecho de sus respuestas, lo envió como parlamentario al campamento de los turcos para tratar con el Gran Visir de la paz á toda costa, ya que no era posible pelear ni retroceder. Mas como fuera necesario presentarse al enemigo con las manos llenas de presentes dignos de un soberano á otro, y así carecieran de oro los vencidos como de provisiones,

—Catalina,—dijo el Czar á su mujer,—¿dónde hallar lo necesario para el rescate de todos?

—Aquí mismo,—respondió Catalina.—Yo te prometo que cuando vuelva el parlamentario tendré ya en mi poder hasta la última moneda que posean los oficiales y soldados. En cambio, nada más te pido sino es que no te dejes abatir del desaliento, única

derrota irremediable de los grandes caracteres, y que reanimes con la serenidad de tu rostro el decaido corazon de los soldados. Levántate y vé á donde los tuyos puedan ser testigos de tu fortaleza, y deja lo demas á la providencia de la Rusia y al amor de tu mujer, que sólo desea vivir y morir por tí.

Pedro la estrechó en sus brazos, salió de su tienda y recorrió las filas. Entretanto Catalina montó á caballo y fué de regimiento en regimiento dirigiendo la palabra individualmente á los soldados, animando su patriotismo, pidiendo á cada uno lo que poseyera para obligar al turco; y añadiendo á sus discursos el ejemplo, se despojaba de sus collares y brazaletes y los echaba en un casco, diciendo que todo el oro y alhajas de Moscow serian pocos para saciar la codicia de los turcos si éstos llegaban á las puertas del Kremlin, pues entónces quedarian deshonradas sus mujeres, asolados sus campos y reducidas sus casas á cenizas, miéntras que si ahora contribuian al rescate de sus personas generosamente, salvarian la patria con ellas, evitando la invasion, y merecerian bien del Emperador, que les devolveria ciento por uno.

—Dáme algo para el Czar, nuestro padre,—decia la hermosa Catalina dirigiéndose a cada oficial ó soldado con la gracia irresistible que la era propia.—Cuando estemos en Moscow recordaré tu dádiva y tu nombre para que te premien por ella.

Conmovidos con las palabras, las lágrimas y la hermosura de la Emperatriz, se despojaban los soldados de sus aretes y sortijas, y lo arrojaban todo juntamente con su peculio en los cascos y gabanes puestos á los piés del caballo de Catalina, levantando un monton de oro y de alhajas que habia de servir para su libertad.

Envíanse los presentes, se abren las negociaciones, acude Cárlos XII de Bender al campo de Baltadji-Mehemet para oponer su influjo á la celebracion del tratado salvador de la Rusia y del Czar; pero como el Gran Visir sólo atiende al interes de su patria, y éste queda satisfecho con la humillacion del Imperio moscovita, y ántes há menester de su alianza que no de su sangre, se firma la paz; con ella llegan provisiones abundantes á los rusos, Pedro logra tomar el camino de su capital, y la nacion entera y el ejército proclaman á la livoniana llenos de gratitud y entusiasmo por libertadora de la patria. Con esto el Emperador se atreve á publicar su matrimonio, promete no separarse nunca en el consejo, en los viajes, ni en los campos de batalla de la mujer á quien despues de Dios debe libertad, paz y vida, y para dar testimonio á los tiempos por venir de su gratitud hácia ella, instituye la órden militar de Santa Catalina, en memoria del nombre de su esposa, dechado de consortes finas y modelo de patriotismo.

Celebróse con lujo y pompa verdaderamente orientales la coronacion de Catalina, y los rusos comenzaron entónces á preguntarse cúyo era el orígen de la mujer desconocida que habia elevado al trono de los Czares el amor de Pedro I. Presto reveló el misterio á los cortesanos una casualidad, al devolver á la Emperatriz el hermano que habia perdido en la infancia cuando la peste de Livonia.

XXXV.

Es el caso que, como disputando cierta vez un mozo de posada y vários arrieros que bebian en su compañía, se dejara decir que sus parientes eran muy poderosos, un enviado del rey de Polonia que se hallaba cerca de los comensales aguardando que los postillones mudaran el tiro de su coche, se fijó al oirlo en el jactancioso, y preguntado que hubo á un testigo de la disputa, le contestó sonriendo de una manera incrédula que aquel hombre se llamaba Cárlos Skawronsky, el cual pretendia persuadirlos á veces de su parentesco cercano con una ilustre dama residente á la sazon en Moscow, á quien se presentaria cuando llegara el caso. Miró entónces atento el Embajador al mozo, y le pareció descubrir en su fisonomía rasgos que recordaban el rostro de la Czarina, y sobre todo, en sus ojos la dulzura indefinible que tanto seducia en ella.

Llegado que hubo á Moscow, habló del suceso á un amigo suyo, comunicándole sus impresiones; el amigo lo refirió á otros, y por tal modo supo el Czar la noticia.

Persuadido el Emperador de que aquel hombre sería el hermano de Catalina, y deseando sorprenderla gratamente, mandó á Repnin, gobernador de Riga, que lo hiciera buscar y lo enviara sin pérdida de tiempo á la policía de Moscow, bajo pretexto de comparecer ante los tribunales de justicia.

Repnin ejecutó al momento la órden, y Cárlos partió para la capital del Imperio. Allá ya, los satélites de Pedro lograron fácilmente convencer al jóven de cuán ocasionado sería para el éxito de la

causa que pidiera ser recibido por el Czar á fin de que S. M. se interesara en favor suyo. Recibiólo el Emperador casa de un noble llamado Chapiloff, y cuando la entrevista lo persuadió de que el mozo de caballos era hermano de su mujer, llamó á ésta con un pretexto, y la retuvo á su lado miéntras hablaban, procurando hacer de modo que Catalina se fijara en la fisonomía de Cárlos. Mas no bien lo hubo conseguido, cuando la Emperatriz comenzó á sentirse agitada de tristes recuerdos y vagos presentimientos, aumentando su incertidumbre y sus ánsias la relacion que hacía el recien venido acerca de su patria, de sus padres, de su orfandad y de una hermana que dejó en la cuna en Marienburgo.

—Catalina,—le dijo entónces el Czar,—¿la historia de este hombre no despierta en tí memorias pasadas?

Profundamente conmovida, Catalina miraba de hito en hito al extranjero, en quien iba descubriendo al hermano perdido, y nada contestó.

—Yo te ayudaré á pensar—repuso Pedro dirigiéndose á su mujer;—este hombre que ves se llama Cárlos Skawronsky y es tu hermano.

Y tomando á seguida por un brazo al jóven, lo acercó á Catalina.

—Ponte de rodillas—le dijo—y besa los piés de la Emperatriz.

Y cuando lo hubo hecho lo levantó, añadiendo:

—Ahora dále un abrazo, que tu hermana es.

Catalina se desmayó en aquel punto.

—Este hombre, Catalina, es mi cuñado,—prosiguió el Czar cuando la Emperatriz hubo recobrado el sentido.—Si es bueno y discreto, haremos algo de él; pero no llores más, porque no hay motivo sino es de alegría con lo que sucede; pues al fin

bas encontrado al hermano por quien tanto suspirabas.

Abrazó de nuevo á Cárlos la Emperatriz, y salió de la estancia con su marido, quedando aquél á cargo de Chapiloff. Allí fué instruido en las costumbres de la corte y creado conde, casando despues con la hija de una familia ilustre del Imperio, cuyos descendientes gozaron en Rusia largos años de los privilegios y prerogativas que les daba su parentesco augusto con los Romanoff.

XXXVI.

Hemos visto que tenía Pedro de su matrimonio con Eudoxia Lapoukin, emperatriz repudiada, un hijo llamado Alejo, que contaba entónces veintiseis años y era el heredero presuntivo de la Corona. Resentíase su educacion de la mala voluntad que siempre le tuvo su padre, bien porque no se hiciese digno de su afecto, bien por ser nacido de mujer que aborrecia, y estaba casado con una princesa de Brunswick-Wolfenbutel, que no habiendo conseguido inspirarle amor ni respeto siquiera, se vió reemplazada no mucho despues de sus bodas por una lugareña de Finlandia. Por lo demas, Alejo no frecuentaba sino los jóvenes de peor conducta de Moscow, y como carecia de talento, de virtudes y de fuerza de voluntad, ó acaso temia demostrar las cualidades opuestas para no excitar recelos á su padre y señor, es lo cierto que acabó éste por considerarlo á manera de rémora del imperio en lo porvenir.

El fallecimiento de la mujer del mal aconsejado Czarewitch, arrebatada en la flor de los años á im-

pulsos de los pesares domésticos, dejando un niño de pocos meses llamado Pedro como su abuelo, sirvió de ocasion á éste para escribir á su hijo una carta que tengo á la vista, llena de invectivas, y en la cual se descubre, á vueltas de palabras de mucho desprecio, el propósito que tenia el Monarca de privar de la sucesion al trono á quien tan indigno se mostraba de ocuparlo.

«Cada dia que pasa señala en tí nueva degradacion y vicio nuevo. Sin conocer el arte de la guerra, que te obstinas en no estudiar, los reyes no merecen serlo. Tus disculpas son en vano para mí, porque á mis ojos no lo es la debi idad física que alegas á cada paso. Pregunta, si no, á los que conocieron á tu tio Fedor, cuyo temperamento era más delicado que no el tuyo, y todos te dirán que apénas si podia manejar las riendas de un caballo y áun ménos sostenerse en los estribos, y que, sin embargo, montaba, y no habia en Rusia mejor caballeriza que la suya; que no es el vigor del cuerpo el que da la fuerza, sino la voluntad. ¿A quién, pues, voy á dejar en el cargo, cuando haya muerto, de continuar y concluir mi obra? Recuerda cuánto eres obstinado en el mal y perverso, y cuántos años has vivido sin que te reprenda por ello, esperando que se abran tus ojos á la luz y enseñándote con el ejemplo; pero todo ha sido en vano, porque nada es eficaz á sacarte del embrutecimiento en que vives entregado á la molicie. Tiempo es ya de que hable y de que te haga saber la resolucion inquebrantable que he tomado de apartarte de la sucesion á la Corona, como se corta un miembro gangrenado, si no corriges tus defectos y cambias de vida. Si yo expongo mi existencia en bien de mis pueblos, ¿cómo habré de amparar la tuya temiendo de ella tanto

estrago para la Rusia? Primero daré la corona del Imperio á un extraño digno de tenerla, que á un hijo que no lo sea.»

XXXVII.

«Padre mio,—contestó Alejo, que buscaba salud en su abnegacion,—hanme dado vuestra carta momentos depues del entierro de mi esposa. Sólo una cosa he de contestar á V. M., y es que si le place desheredarme de la corona porque me crea indigno de ceñirla, se cumpla su voluntad sin más tardanza. Y digo esto, porque veo tambien por mí mismo cuán poco merezco sucederos á causa de la flaqueza de mi espíritu, agravada con el estrago que ha hecho en mí la última enfermedad. La gobernacion y regimiento de tantas naciones como constituyen los dilatados dominios de V. M., requieren hombres dotados de fuerzas físicas y morales que yo no tengo, y que pido á Dios conceda pródigamente para bien de todos á mi hermano. Y tanto lo deseo así, que cuando el Señor sea servido de llamar á sí á V. M., áun cuando no tuviera hermano, como lo tengo, no pretenderia la herencia del trono; en fe de lo cual escribo y signo de mi puño este papel, jurando por mi alma cumplir y guardar cuanto en él se contiene.

»Recomiendo á V. M. mis hijos, y para mí sólo pido lo necesario á mi subsistencia y aquello que sea del agrado de V. M. otorgarme de su libre y espontáneo movimiento.»

XXXVIII.

Tanta sumision pareció á Pedro abyecta ó sospechosa, y contestó á su hijo diciendo así:

«Me hablas (1) de hallarte dispuesto á renunciar al trono, como si hubiera menester del consentimiento ajeno en aquello que de mí solo depende. Mas áun cuando así fuera, ¿qué fe puede merecerme la palabra ni el juramento de quien como tú tiene de piedra el corazon? Ni tampoco, áun cuando tuvieras el propósito de cumplir lo que prometes, ¿acaso tus favoritos te dejarian hacerlo? Porque si sus vicios y su amor á la holganza los apartan al presente de los empleos, se prometen mejor ventura esperando verte en el trono; pero si así fuera y llegases á ocuparlo, toda la máquina construida por industria mia vendria de un reves al suelo. Dame recibo de esta carta verbal ó escrito, pues si no lo haces y callas, te trataré como á malhechor, no como á hijo.»

«Deseo recogerme á un convento y tomar el hábito monástico,» fué la respuesta de Alejo, que habia comprendido los propósitos de su padre.

Tampoco es posible á quien lea las cartas de Pedro no presentir en ellas que, así en el silencio como en las palabras de su hijo, buscaba razon ó pretexto de apartarlo de la sucesion á la corona, pues Tiberio no las escribia más terriblemente ambiguas á quienes queria obligar á condenarse por sí mismos, tornándolos conspiradores para ocurrir á su propia defensa y entónces acabarlos, ó poniéndolos en el caso de suicidarse.

---

(1) Esta carta tiene la fecha del 19 de Enero de 1716.

XXXIX.

Así las cosas, Pedro partió de Rusia con propósito de recorrer la Europa segunda vez, sin apartar por eso los ojos de su hijo, á quien dejaba en apariencia libre de hacer su voluntad como para brindarle una ocasion propicia de ser artífice de su propia ruina. En efecto, no bien se hubo ausentado el Emperador, Alejo se fugó de Moscow en compañía de su manceba, la finlandesa Eufrosia, y corrió á refugiarse á Viena bajo el amparo de Cárlos VI, trasladándose de allí á Nápoles, en cuyo castillo de San Telmo se creyó al fin seguro de los asesinos pagados por su padre.

Aun más sorpresa y temor produjo esta huida en el ánimo del Czar que una revolucion; y á fin de poner término á sus efectos, inmediatamente suavizó el lenguaje de sus cartas al Czarewitch, habló palabras de perdon y de cariño, dijo que se hallaba dispuesto á ser con él amante y benévolo, y para mejor persuadirlo y hacerlo caer en sus redes con la prontitud que deseaba, envió por embajadores á él á Romniantzof y Tolstoi, favoritos suyos. A su vez, intimidado el Gobierno de Nápoles con las reclamaciones de Pedro, manifestó al fugitivo que ya no podia sustraerlo más tiempo á los agentes de su padre, y con esto quedó el príncipe Alejo en manos de sus perseguidores, los cuales, con muestras de fingido respeto, lo llevaron cautivo al palacio de Preobrajenskoi, á las puertas de Moscow.

Pero, no bien hubo entrado en él, cuando las personas que lo acompañaban le quitaron las armas y lo condujeron con el aparato propio de los reos á la

cámara donde se hallaba su padre rodeado de los ministros y dignatarios del Imperio. Turbóse Alejo entónces por extremo, y cayendo de rodillas á los piés del Monarca se acusó de crímenes imaginarios y acabó implorando perdon. Y como Pedro le contestase á seguida que sólo podia remitir su falta renunciando á sucederlo en el trono, el Príncipe convino en suscribir en el acto el documento necesario en los términos que S. M. fuera servido de hacerlo redactar. Hízose así, dictando Pedro, y con esto queda dicho que Alejo firmó el testimonio de su deshonra.

No bastó, sin embargo, á satisfacer la saña de Pedro el papel arrancado á su hijo, ni la publicidad que le hizo dar mandándolo leer en las iglesias, sino que sometió al Príncipe al más infame interrogatorio para que á vueltas de preguntas capciosas resultara culpado y delator de cómplices. Bien será decir en honor de la verdad que de las respuestas de Alejo apénas si resulta que alentara vagas esperanzas de ocupar el trono cuando su padre hubiera muerto naturalmente, y que para entónces se prometia vivir tranquilo y libre de asechanzas. A esto hay que añadir la revelacion hecha por su confesor de haberse acusado S. A. en el tribunal de la penitencia de ser desafecto á su padre, culpa que, despues de todo, tenía explicacion en los malos tratamientos que siempre le dió el Emperador, no siendo tan fácil relacionar la conducta del sacerdote que así procedió con el cumplimiento estricto de sus deberes.

El mayor de los crímenes imputados al Czarewitch, con haberse calificado así, no merecia en justicia ni el nombre de falta, pues se hallaba reducido á un proyecto de mensaje al Senado, descu-

bierto por los esbirros de Pedro en poder de Eutrosia, en el cual proyecto rogaba el Príncipe de la manera más respetuosa y legal á los magistrados, clero y pueblo que dejaran á salvo sus derechos hereditarios en caso de ocurrir la vacante del trono miéntras durase su destierro en Nápoles; como que solo el odio encarnizado de un perseguidor podia condenar el hecho y la manera de realizarlo. Con todo esto, aún faltaba el crímen tan buscado, en cuya virtud habria de imponerse al Czarewitch ejemplarísimo castigo. Una casualidad suministró al sañudo Monarca, ya que no pruebas, pretextos y apariencias de culpa.

Sin embargo de que los hijos de Catalina estaban llamados á heredar en defecto de Alejo, cuyo proceso y muerte ofrece muchos puntos de semejanza con el de S. A. el príncipe D. Cárlos, no hay recelo siquiera de que la Emperatriz influyese por nada en el ánimo de su marido para enconarlo contra el Czarewitch. Pues como decia uno de los acusados con Alejo, y que sufrió el tormento, «á no suavizar ella, en la medida de sus fuerzas, los rigores del Emperador, ninguno hubiera podido sufrir la violencia de su carácter indómito y brutal.»

XL.

Algun tiempo ántes de haber sido repudiada y recluida en el monasterio de Souzdal la emperatriz Eudoxia, como se viera constantemente ofendida y maltratada de su marido, puso los ojos en un general, llamado Glebof, que parecia condolerse de su suerte. Fueron al principio estos amores inocentes pasaron desapercibidos en fuerza de ser misterio-

sos y del alma; pero la separacion, que tan ocasionada suele ser á entibiar los afectos, y nueve años de ausencia, sólo fueron parte aquella vez á exaltar el que se tenian la Emperatriz y Glebof y á convertirlo en pasion irresistible. Movido Glebof de su deseo de acercarse á Eudoxia, solicitó con habilidad y empeño ser nombrado para el mando de las tropas que guardaban el monasterio de Souzdal, y esto naturalmente proporcionó á los amantes muchas ocasiones de verse, concertarse y comunicarse sus pensamientos. Pero áun cuando la Emperatriz habia tomado el velo de religiosa y con él cambiado su nombre por el de Elena para despojarse de cuanto pudiera ligarla más á la tierra, no consiguió arrancar de igual modo de su corazon el amor hácia Glebof, ni el odio á sus perseguidores, ni el deseo de vengarse, ni la esperanza de volver al trono.

El arzobispo de Rostof, Dosifei, prelado intrigante y atrevido, y confidente de los amores de Glebof y de Elena, esperando labrar su fortuna, se prestó sin dificultad á casarlos en la capilla del monasterio. Marfa, hermana de Pedro, sabedora del caso y grande amiga de la desposada, la regaló muchas ropas, alhajas y prendas que por su lujo y magnificencia no convenian á la humildad y compostura del claustro, y eran propias solamente de la posicion que habia ocupado la Princesa y de la que aún se prometia reconquistar en el mundo. Bien será decir que ya fuese por el parentesco que ambas damas tenian con el Czarewitch, de quien la una era madre y la otra tia, ya por las muestras de afecto que siempre se dieron, la opinion pública las calificaba de parciales por Alejo, en cuyo advenimiento al trono debian fundar esperanzas de libertad.

Estos amores, pues, de la Emperatriz repudiada,

su casamiento secreto con Glebof, la intimidad y el acuerdo más ó ménos verdadero de María y Elena, y las ilusiones que las dos cautivas pudieran hacerse para lo porvenir, suministraron al descubrirse la copia de pruebas que habia menester Pedro para consumar la ruina de su hijo

Entretanto, y para no dejar sin castigo á los pretensos cómplices de Alejo, fué llevada Elena sin miramiento alguno á Moscow, empezando á seguida su proceso. Bajo la presion de amenazas terroríficas escribió la desdichada mujer á su marido una carta suplicante, confesando las faltas cometidas por ella, y que ya he dado á conocer, é implorando perdon de la vida; y como tampoco resultó ninguna otra de los interrogatorios y declaraciones, ni por lo hecho podia imponérsele pena de muerte, se limitaron los jueces á mandar que dos monjas la diesen azotes y quedara encerrada en un monasterio inaccesible del lago Ladoga miéntras viviese.

Dosifei, en castigo de haber casado á los amantes, despues de sufrir la degradacion de manos de sus pares, cayó bajo la vindicta de las leyes civiles, y en su virtud ántes de que le cortara el verdugo la cabeza, sus ayudantes le rompieron los huesos golpeándolo con barras de hierro

XLI.

Con ser esto cruel, la barbarie de los suplicios impuestos á los demas conjurados excedió á la de los strelitz, pues, porque tuvieron la mala ventura de acercarse al monasterio de Souzdal y trataron con Eudoxia ó Glebof, fueron descuartizados, despues de lo cual los verdugos de Pedro los decapitaron y

pusieron sus cabezas en picas, juntamente con la del arzobispo, expuestas á los ojos del pueblo en los torreones del Kremlin hasta que los cuervos las convirtieron en calaveras.

Glebof, cuya culpa consistia en el amor profundo y leal que siempre tuvo á la hermosa Eudoxia, y en haberla tomado por su mujer despues de repudiada por Pedro, fué empalado á medias, sufriendo este cruel tormento á la vista de las cabezas de sus cómplices. Y para prolongar indefinidamente su martirio, mandó el Emperador que lo repitieran los verdugos el mayor número de veces posible, retirándolo y volviéndolo á poner en el instrumento, y haciéndolo andar sobre puntas aceradas, todo con el objeto de que los dolores y angustias le hicieran prorumpir en palabras acusadoras de la ex-Emperatriz, á trueque de hallar lenitivo á sus dolores. Pero más ganoso Glebof de salvar la vida, el honor y la memoria de su amada que de aliviar su propio sufrimiento, calló, y cuando habló, nada dijo que pudiera comprometer á Eudoxia, ni servir á los jueces siquiera de pretexto para condenarla.

Al cabo de tan prolongado suplicio, y cuando expuesto Glebof por última vez en la estaca, en medio de la plaza mayor de Moscow, luchaba con las angustias de la naturaleza, Pedro se le acercó, é invocando la religion del Dios ante quien habia de comparecer en breve, lo requirió en nombre de la verdad para que confesara su crímen y complicidad con Eudoxia; mas el mártir, cuyo heroísmo se sublimaba en la medida del sufrimiento que padecia, volviendo el rostro para mirar á su principal verdugo, le dijo:

—Fuerza es que seas tan necio como infame, para esperar de mí, ahora que tan cerca estoy de verme

libre para siempre de tus crueldades, una sola palabra que pueda manchar la honra de la más digna y virtuosa de las mujeres. Apártate de ahí, monstruo,—añadió escupiéndole al rostro;—apártate, y deja morir en paz á quien no has podido dejar vivir!

Cuando el historiador imparcial consigna hechos de tanta odiosidad cometidos por un sér á quien la especie humana reputa de grande y famoso, siente una manera de conmiseracion y de lástima por ella, y al pensar que los hombres han calificado con los títulos más sonoros y encomiásticos al feroz verdugo que halló placer y delectacion en imponer y presenciar torturas y suplicios tan horribles que ni los mayores culpados podian merecer, comprende que para escribir la historia verdadera y corregir los fallos injustos y equivocados de la que conocemos, y que tanto pervierte la moralidad de los pueblos, será necesario rehacer tambien y corregir la lengua humana, ya que carece hoy de fuerza y vigor bastante á expresar los sentimientos del corazon y los juicios de la conciencia.

XLII

Mas no se sació Pedro todavía. «Cuando el fuego encuentra paja, la quema,—dijo aquellos dias á los que se admiraban de su perseverancia en la perversidad;—cuando encuentra hierro, se apaga;» sin advertir que la sangre tiene atraccion para el fuego.

Interrogada la finlandesa Eufrosina, confesó que su amante se habia quejado várias veces de los rigores de su padre con él, y él mismo compareció temblando ante sus jueces como reo convicto. Eran

éstos individuos del clero, y movidos de temor ó de complacencia, excitaron al Czar por medio de alusiones bíblicas á ser inexorable con su hijo, cerrando su corazon á la piedad. «David quiso—le dijeron—salvar á su hijo Absalon; pero la justicia de Dios lo condenó.»

Entónces comenzó para el Príncipe su martirio, pues un preso cuyo calabozo estaba pared por medio del de Alejo, llegada cierta hora de la noche oia el ruido de los golpes que le daban para obligarlo á firmar declaraciones y súplicas á su padre, y el rumor de sus gemidos. Cuando los jueces se hallaron en posesion de aquellos documentos arrancados á la flaqueza humana por la ferocidad, lo condenaron á muerte (1): que nunca omiten los tiranos el requisito de la sentencia para sancionar sus crímenes.

Merced á los detalles circunstanciados contenidos en documentos fehacientes que tengo á la vista, puedo dar ciertos pormenores relativos á las últimas horas del Czarewitch, y que arrojan mucha luz sobre tan lúgubre suceso. Es el caso, pues, que como al oir Alejo la lectura de su sentencia cayera desvanecido y cual si hubiese muerto de sorpresa y terror, su padre fingió dejarse vencer de la conmiseracion, y manifestó á todos que le hacía gracia de la vida; pero cuando hubo dicho esto y cumplido aparentemente con la clemencia que tan bien sienta en los reyes, quiso llegar al término de sus deseos, que no era otro sino la muerte del Príncipe; y volviéndose á un cirujano allí presente, muy parcial suyo y que interpretaba sus menores deseos á maravilla, le dijo á media voz:

(1) El dia 24 de Junio de 1718.

—Sángralo á seguida copiosamente de piés y manos, porque salga presto de su desmayo.

Ana Crammer, á la sazon confidenta de Pedro y de Catalina, manifestó, andando el tiempo, que no bien hubo espirado el Czarewitch por obra del cirujano, lo decapitaron, y que luego cosió ella misma el cuello, lavó la sangre y puso al muerto una corbata para cubrir las huellas del hacha y que nadie se diese cuenta del suceso viéndolo de cuerpo presente.

Tuvo lugar este crímen horrendo en la ciudadela de San Petersburgo, y Pedro presidió el entierro de su víctima, derramando abundantes lágrimas. Pero ya fuesen fingidas, ya efecto de una singular contradiccion de la naturaleza, Constantino en Bizancio y Felipe II en Madrid habian hecho lo propio en casos análogos; que la ferocidad como el fanatismo y la ambicion tienen sus misterios tambien.

XLIII.

No parecia castigar la Providencia los crímenes cometidos por el Emperador deteniendo el progreso de sus armas, pues la Livonia, la Estonia, la Carelia, la Ingria y casi toda la Finlandia habian ido incorporándose sucesivamente á sus Estados, y la Polonia por medio de su Rey le rendia su vasallaje.

El mismo éxito coronaba todos sus esfuerzos políticos y gubernamentales. Habia traido de Francia en su segundo viaje un personal completo administrativo, á imitacion del de Luis XIV, y así éste como las nuevas instituciones civiles que regian el Imperio prosperaban en la medida de su deseo. La ma-

rina crecia y se desarrollaba en Cronstadt; y miéntras las heroicas locuras de Cárlos XII lo libraban del único enemigo que pudiera temer en el Báltico, establecia en San Petersburgo manufacturas y promulgaba leyes suntuarias, contradiccion que un pueblo primitivo no podia comprender aún; fundaba hospicios y escuelas en Moscow y en las ciudades principales; imponia la obligacion á los boyardos ricos y á los príncipes de construirse palacios magníficos en la nueva capital; decretaba la uniformidad de pesos y medidas; creaba tribunales de comercio, y abria un canal para buques de alto bordo que ponia en comunicacion el lago Ladoga con el rio Neva. Fortificó el recinto de Cronstadt, extendió el movimiento comercial de Astrakan á Persia y de Tobolsk á China, y reformó los tribunales de justicia tomando por modelo á los de Francia.

La marina creada por él llegó á medirse con la inglesa en el Báltico; dictó la paz al sucesor de Cárlos XII, y con esto Senado, clero, pueblo y ejército lo apellidaron Grande, dictado que merecia por sus hechos, no por sus virtudes; partió para la campaña de Persia con Catalina; recorrió el mar Caspio; llegó hasta el Daghestan con un ejército de sesenta mil hombres; rindió á Dorbens sin ponerle sitio; volvió por tercera vez vencedor á Moscow, y dió á Turquía parte de las provincias que tomó á la Persia.

Sin embargo de esto, no era feliz. Pues enconado su mal carácter con los padecimientos físicos producidos por los desórdenes y excesos de su juventud, no sólo ponia miedo á cuantos condenó naturaleza á la dura obligacion de amarlo, sino que se hacía odioso á sí mismo. Y si á esto se agregan ciertos sinsabores domésticos de imposible remedio y para los cuales no hay lenitivo eficaz tratán-

dose de caracteres como el de Pedro y de pasiones como la suya por Catalina, se comprenderá que sus crímenes domésticos iban á recibir ejemplarísimo y terrible castigo en el seno de la familia, y que la mujer aquella tan amada y á la cual elevó desde la servidumbre y la esclavitud al trono del Imperio, sería el instrumento de misteriosa venganza destinado á darle tortura en el corazon y á destruirlo.

Valiéndome de documentos nuevos y fidedignos, que proceden de la servidumbre del Czar, me propongo ahora restablecer la verdad de los hechos acerca de un asunto tan discutido é interesante, y asimismo con el auxilio de las revelaciones á que hago referencia completaré la historia de los últimos años del legislador de Rusia.

XLIV.

Un hermano de aquella misma extranjera de quien hicimos mencion en los primeros párrafos del estudio que nos ocupa, llamada Ana Moëns de la Croix, jóven, hermoso y galan como ninguno, habia llegado á ser por influencia de la ex-favoria de Pedro, á la sazon casada y camarera mayor del Palacio imperial, primer gentil-hombre de la Emperatriz. Las gracias de su persona, sus modales distinguidos y lo ameno de su conversacion, que ofrecian tan visible contraste con las maneras toscas, el desenfreno y la brutalidad de un marido que habia llegado á ser con el tiempo tirano de su familia, movieron á simpatía en un principio el corazon de Catalina, lo enternecieron despues y acabaron por seducirlo de todo en todo y cautivarlo.

«Recuerdo—dice Villebois, testigo de las prime-

ras indiscreciones del naciente afecto de Catalina—que hallándome un dia en Palacio, muy á los principios de este empeño, y cuando nadie, ni yo mismo tampoco, sabía la menor cosa del suceso, me bastó ver á Moëns cerca de la Emperatriz para comprender el acuerdo que reinaba entre los dos. Y si añado que los ví en público, delante de muchas personas, se comprenderá mejor cuánto es el amor imprudente y cuán difíciles son de disimular sus impresiones.»

Treinta y siete años tenía entónces la Emperatriz, y áun se hallaba en la plenitud de su peregrina hermosura. Su hija Ana, digna por su belleza de tal madre, habia casado ya con el duque reinante de Holstein.

Descubierta la intriga por el Czar, tardó poco en sorprender á los amantes en el cuarto de la camarera mayor, siendo tal la cólera y el despecho que sintió con esto el ultrajado marido, que allí mismo la hubiese muerto, á no contenerlo la imágen de sus hijos. Moëns y su hermana fueron en el acto reducidos á prision, y sin más tardanza hubieran pagado el uno su delito y la otra su complicidad en el patíbulo, á no ser porque Ostermann y Tolstoï, ministros y confidentes de Pedro, puestos de rodillas, lograron persuadirlo de que la mancha más leve arrojada sobre la honra de Catalina redundaria en mengua de sus hijas, privándolas tal vez de contraer matrimonio conforme á su rango y calidad. Cedió el Emperador á las justas observaciones de sus amigos cuando se proponia imitar la conducta del rey Enrique VIII con Ana Bolena, y sacrificando su afrenta de marido al interes y al amor de padre, dispuso que se formara causa únicamente á los hermanos Moëns de la Croix por el delito de cohecho

en e. ejercicio de sus cargos. Más preocupado el digno y caballeroso Moëns de la honra de Catalina que de la suya propia, consintió en quedar convicto del imaginario crímen, prefiriendo morir á declarar en daño de su dama. Pedro, á su vez, daba cada dia mayores muestras de dolor y desesperacion, y esperaba con ánsias vivas el momento de la venganza.

XLV.

«Me refirió por entónces una señorita francesa de la servidumbre de las princesas Isabel y Ana,—dice Villebois,—que al volver el Czar un dia de la fortaleza de Petersburgo, donde se hallaba Moëns prisionero, á Palacio, entró sin hacerse anunciar en la cámara de las princesas, y que hallándolas ocupadas en labores propias de su sexo con otras jóvenes de la misma edad, comenzó á pasear sin decir palabra y como si lo preocuparan siniestros propósitos, siendo su aspecto tan terrible y amenazador que todos los presentes quedaron sobrecogidos y en silencio. Estaba—me dijo la testigo—pálido, desencajado, trémulo, vacilante, y con la mirada extraviada. De tiempo en tiempo se paraba para considerar á sus hijas, y tanto les impuso la severidad de su semblante que salieron temblando de la estancia y fueron á refugiarse donde ya se hallaban recogidas las damas.

»Entónces viéndose solo el Emperador, puso mano á la daga que traia siempre consigo, y dió con ella grandes golpes en las paredes y en la mesa como si ensayara el brazo para matar, acompañando estos temerosos movimientos de contorsiones tan

horribles, que la jóven de quien tuve noticia de la escena descrita, y que la presenció escondida detras de un biombo, se habria desmayado de terror á prolongarse más. Cerca de media hora duró, sin embargo, este acceso, que bien pudiera calificarse de locura, y al cabo de ella salió de la cámara, cerrando la puerta con tanta violencia que los cristales cayeron al suelo hechos pedazos.»

XLVI.

Otro dia sacó del mueble donde lo guardaba el testamento que debia depositar en los archivos del Senado, y á virtud del cual instituia por su heredera en el trono á Catalina, y despues de hacerlo pedazos, lo pisó.

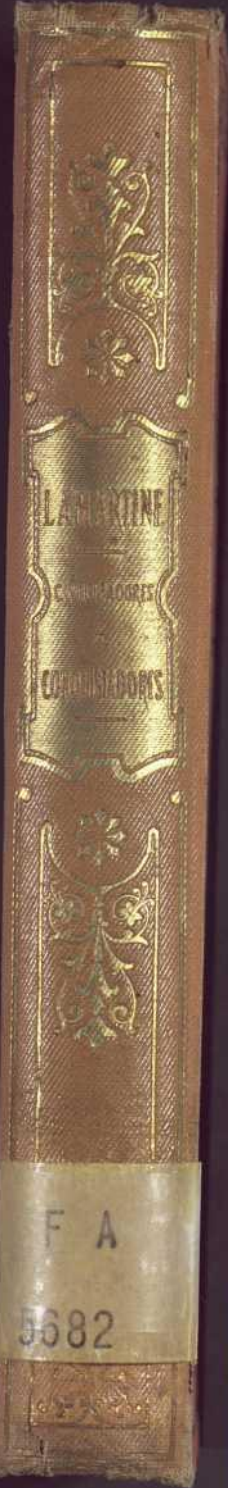
De allí á poco fué degollado Moëns, y extremando Pedro su venganza, no sólo hizo que la Emperatriz lo acompañara en carruaje para ver el cadáver de su cómplice, sino que, apeándose, se dirigió á la escarpia donde habian clavado su cabeza, y asiendo de ella por los cabellos, la escarneció; exceso tanto más cruel y odioso, cuanto que Catalina lo presenciaba, y que constituia una verdadera profanacion.

Desde aquel momento, dice la crónica palatina, ya nunca más habló á su esposa, sino en público. La infidelidad de la mujer adorada, en cuyo amor cifró la dicha de toda su vida, era el castigo del asesinato de Alejo. El dolor y la pena consumieron su espíritu lentamente, y una enfermedad contraida en época muy anterior á la de los sucesos referidos, pero agravada de un pasmo que contrajo el dia de la bendicion de las aguas, destruyó rápidamente su organismo, pasando de esta vida el 28 de Enero de 1725,

á la edad de cincuenta y dos años. Su hija Ana, imágen inocente de Catalina, recibió su postrer suspiro.

Tuvo Pedro I inteligencia poderosa, voluntad más fuerte y grande aún, y pasiones terribles; fué ingrato y mal hermano, marido cruel, padre desnaturalizado y monarca feroz y sanguinario, y realizó de una manera bárbara pensamientos civilizadores, imponiendo á su pueblo el progreso hacha en mano, y formándolo á semejanza de la imágen que forjó su fantasía. Y como la obra colosal iniciada por él se completó despues en poco tiempo, la Rusia le debe gratitud y respeto, y es para ella la encarnacion de la patria, libre del limo de su orígen, y asombro del mundo por la energía, la rapidez y el esplendor de su advenimiento á la política, á la guerra, á la civilizacion, á la fama y á la gloria.

FIN.


LAMARTINE
F A
5682